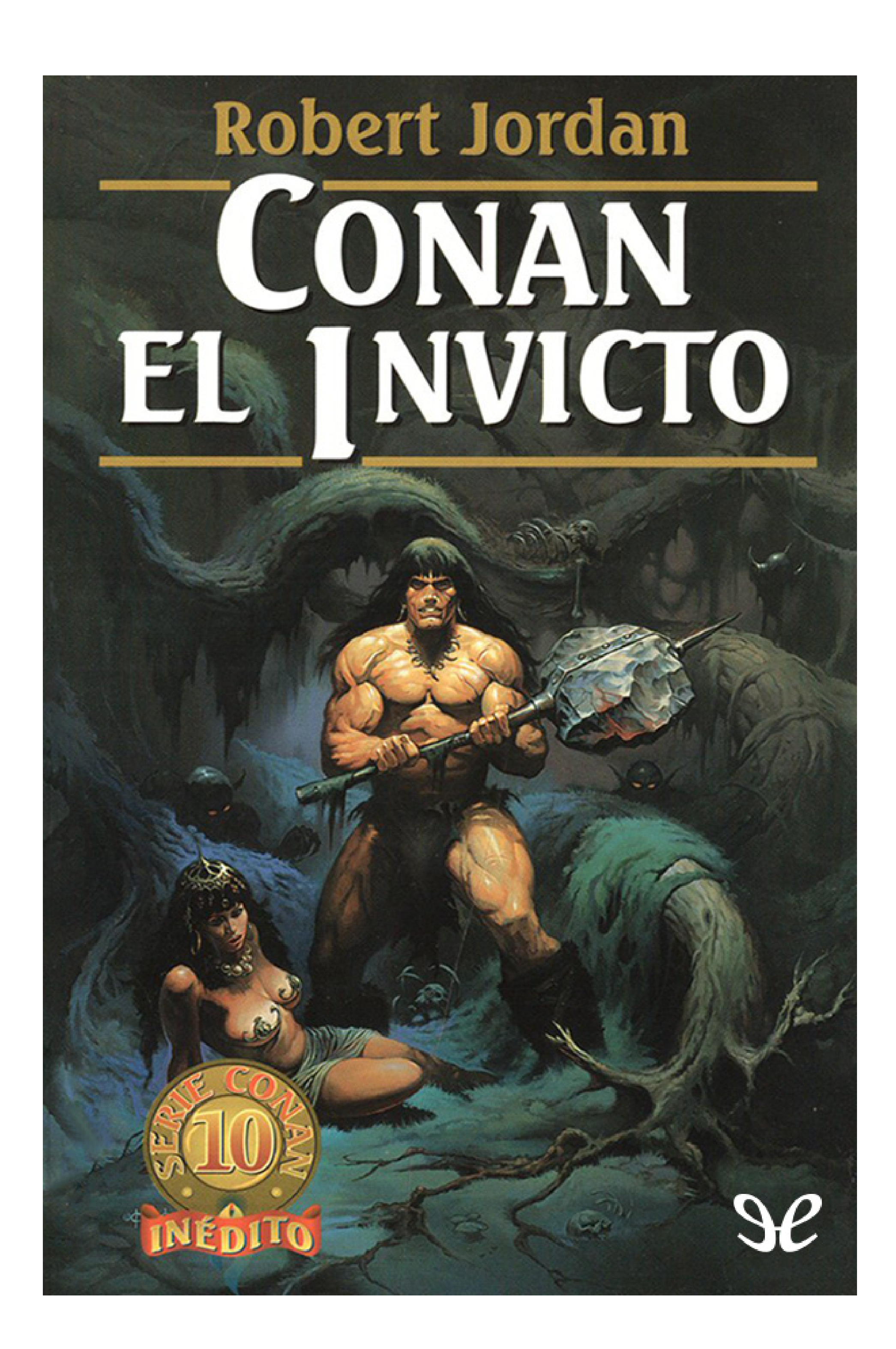

Robert Jordan
CONAN
EL INVICTO
SERIE CONAN
10
INÉDITO

En Aghrapur, la ciudad más poderosa y corrupta del mar de Vilayet, Conan se ve mezclado en las intrigas de una voluptuosa mujer aficionada a jugar con los hombres más poderosos de la nación, y en las abominables brujerías de un nigromante que quiere extraer del Caos primordial el poder supremo. El vigoroso cimmerio, acosado por mortíferos asesinos del lejano Khitai y perseguido por hombres que vuelven a la tumba, tendrá que rescatar a una joven de la aristocracia, bella e inocente, y para sobrevivir deberá atravesar el mar de Vilayet y hacer frente a los horrores de la Tierra Desolada en la lejana Khirkania.



Robert Jordan

# Conan el invicto

## Conan: Serie Conan - 10

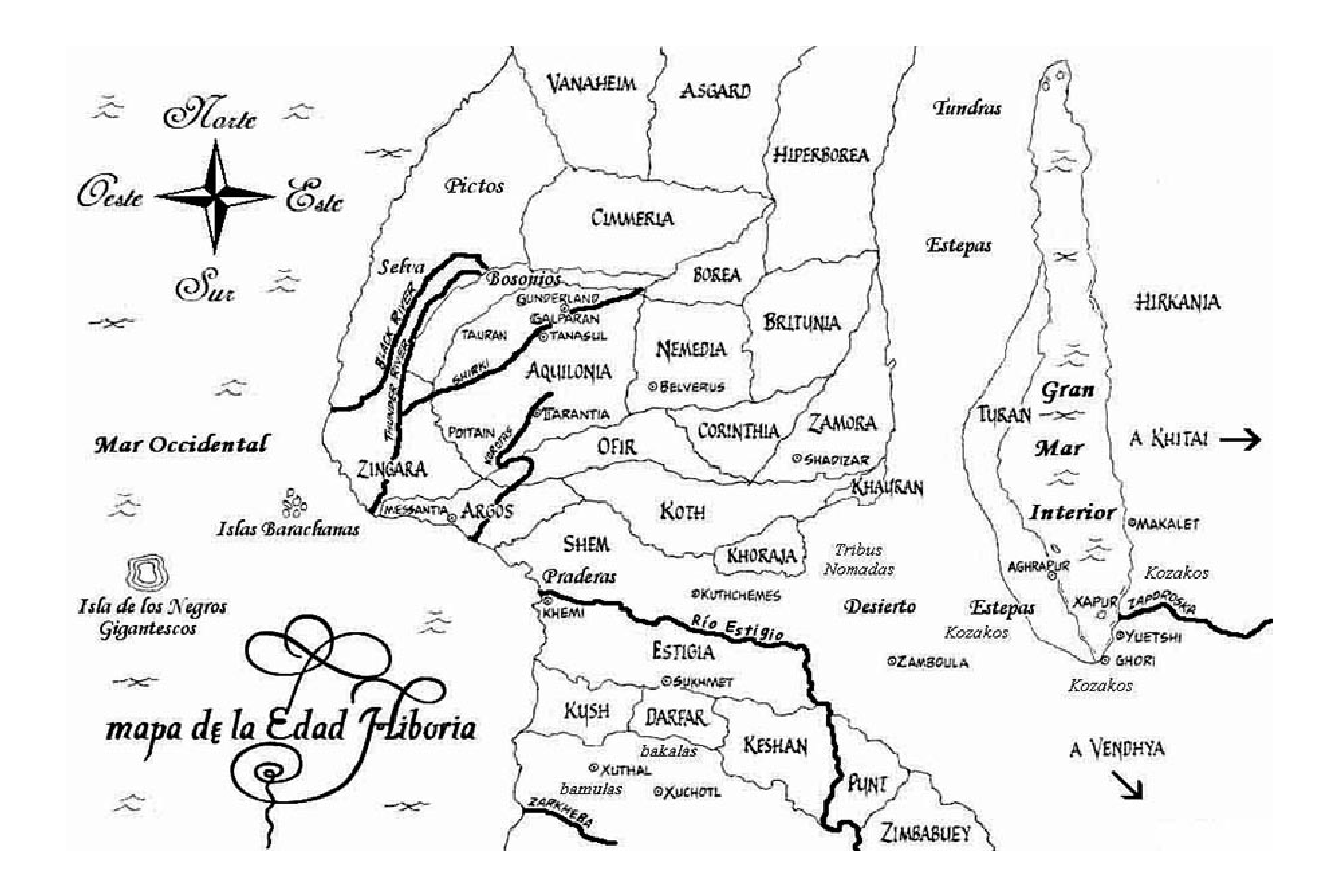
**ePub r1.0**

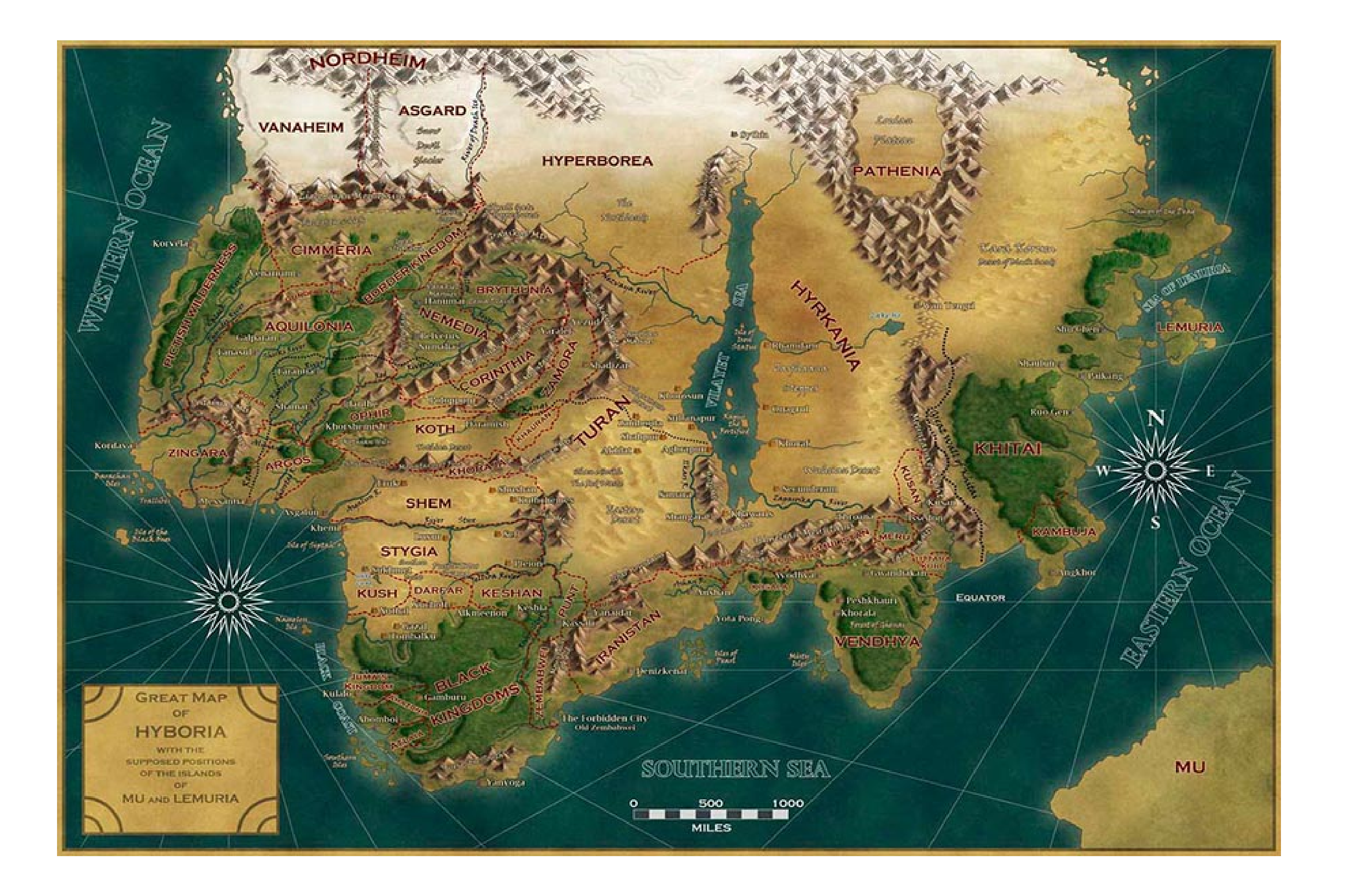
**Titivillus** 05.02.16

Título original: *Conan the Unconquered*
Robert Jordan, 1983
Traducción: Joan Josep Musarra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Hiperborea
Tundras
Pictos
Cimmeria
Estepas
Hirkania
Selva
Bosonios
Borea
Black River
Thunder River
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Belverus
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Khauran
Mar Occidental
Zingara
Messantia
Argos
Koth
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus
Nomadas
Praderas
Isla de los Negros
Gigantescos
Khemi
Kuthchemes
Desierto
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Zamboula
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Punt
Zarkheba
Zimbabuey
Turan
Gran
Mar
Interior
A Khitai
Makalet
Aghrapur
Kozakos
Xapur
Zaporoska
Estepas
Kozakos
Yuetshi
Ghori
Kozakos
A Vendhya



GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
AQUILONIA
NEMEDIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
KHITAI
LEMURIA
KUSAN
KAMBUJA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
VENDHYA
MERU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
MU
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Messantia
Khemi
Luxur
Sukhmet
Shadizar
Khorshemish
Khoraf
Shumballa
Kulalo
Gamburu
Abombi
Yanyoga
Keshia
Kassali
Yanaidar
Ayodhya
Aghrapur
Sultanapur
Khawarizm
Secunderam
Shangara
Shushan
Zamboula
Khorosun
Vendhya
Peshkhauri
Khorala
Gwandhakan
Yota Pong
Angkhor
Paikang
Shaulun
Shu-Chen
Ruo-Gen
The Forbidden City
Old Zembabwei
Alkmeenon
Sythia

# Prólogo

Los vientos de tormenta aullaban en el mar de Vilayet, al que amortajaba la medianoche, e iban a detenerse en el muro de granito de la fortaleza del Culto de la Condenación. Esta tenía la apariencia de una pequeña ciudad, aunque ya no había nadie por las calles en aquella hora. No solo la tormenta y la hora tardía les retenían en el lecho, donde rezaban por dormirse, si bien solo un puñado de los moradores del lugar tenía idea del verdadero motivo, y esos pocos no se permitían pensar en ello. Los dioses edifican, y los dioses destruyen. Pero nadie cree que los dioses vayan a tocarlo a él mismo.

El hombre que en aquel momento se llamaba Jhandar no sabía si los dioses se implican en los asuntos de los mortales, ni siquiera si los dioses existen, pero sí sabía que hay Poderes bajo el cielo, y que había aprendido a usar uno de ellos, e incluso, en cierta medida, a controlarlo. Los dioses los dejaba para aquellos que dormían en la fortaleza, los que le llamaban Gran Señor.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas, ataviado con una túnica azafranada, delante de un Poder tal. La estancia era sobria, sus nacaradas paredes de mármol y los dos arcos de entrada por los que se accedía a ella carecían de adornos. Sencillas columnas redondas sostenían la cúpula, sobre el no muy hondo estanque, de solo diez pasos de anchura, que era lo que más destacaba en la sala. No había ornamentación alguna, pues ni los frisos ni las esculturas habrían podido competir con el estanque, ni con el Poder que este contenía.

Aquello parecía agua a la primera mirada, pero no lo era. Su color azul intenso estaba salpicado de fosforescencias plateadas. Jhandar meditó, regocijándose en el resplandor del Poder, y el estanque brilló con tonos azulplateados, más y más, hasta que toda

la estancia pareció iluminada por un millar de lámparas. La superficie burbujeó y se agitó, y se alzaron neblinas, y estas se solidificaron. Pero entonces dejaron de elevarse. Las neblinas formaron una cúpula, como un contrarreflejo del estanque, dibujando los límites que encerraban el Poder, tanto por arriba como por abajo. En su interior estaba retenido el desorden, estaba confinado el mismo Caos. Una vez había visto Jhandar el estanque liberado de sus guardas, y deseaba con fervor no tener que volver a verlo. Pero no volvería a ocurrir. No ocurriría ya. No ocurriría jamás.

Sentía que el poder se estaba filtrando hasta sus mismos huesos. Era el momento. Se levantó tranquilamente y salió por uno de los arcos a un estrecho pasaje iluminado por lámparas de bronce, y sus pies descalzos anduvieron silenciosos sobre mármol frío. Se enorgullecía de su falta de ostentación, aun por algo tan nimio como no llevar sandalias. Igual que el estanque, no necesitaba de adornos.

El pasadizo le llevó hasta un gabinete circular, cuyos albos muros estaban adornados por intrincados arabescos, cuyo techo alto, abovedado, se sostenía sobre estriadas columnas de alabastro. La luz provenía de algunos fanales de oro, sostenidos en lo alto por cadenas de plata. Un par de monumentales jambas de bronce impedía el paso por la puerta principal de la estancia, y habían sido trabajadas a ambos lados con la figura del mismo Caos, por un artista sometido a los influjos del Poder, antes de que la locura y la muerte hubieran dado buena cuenta de él. El Poder no se daba a cualquiera.

Los cuarenta hombres allí congregados, una quinta parte de sus Elegidos, necesitaban aquella exhibición de esplendor para ver reflejada la gloria de su causa. Pero lo más importante en aquella estancia, el altar erigido en el centro exacto de la habitación circular, estaba hecho de mármol negro desprovisto de adornos.

Los cuarenta hombres se volvieron en silencio cuando Jhandar entró; llevaban túnicas azafranadas y afeitado el cráneo, como ordenaba la regla del Culto, del mismo modo que prohibía a las mujeres cortarse el cabello. Le observaban con ojos ansiosos; los oídos se esforzaban por oír sus palabras.

—Vengo del Estanque de las Postrimerías —salmodió, y se alzó

un desmesurado suspiro, como si volviera de comparecer ante un dios.

Jhandar pensó que, en verdad, así debían de entenderlo aquellos hombres, pues, aunque conocieran las metas y el significado del Culto, en realidad no sabían nada.

Lentamente, Jhandar se acercó al altar negro, y todas las miradas le siguieron, y centellearon, sintiéndose honradas por la visión de alguien de quien creían que se hallaba a un paso de la divinidad. Pese a todas sus ambiciones, Jhandar no tenía ese concepto de sí mismo. No exactamente.

Era un hombre alto, bien musculado, pero esbelto. Sus facciones suaves y tersas, unidas al rasurado cráneo, impedían que su edad pudiera calcularse, aunque había algo en sus oscuros ojos castaños que hacía pensar en años sin cuento. Tenía las orejas como cuadradas, pero sobresalían de tal manera de su cabeza que parecían acabar en punta, y le daban aspecto de hombre de otro mundo. Pero eran los ojos los que a menudo convencían a los demás de que era sabio, aun antes de que abriera la boca. En realidad, todavía no había cumplido los treinta.

Alzó los brazos por encima de la cabeza, y dejó que volvieran a caer los pliegues de su atuendo.

—¡Escuchadme!

—¡Te escuchamos, Gran Señor! —respondieron a una cuarenta gargantas.

—En el principio había la nada. Todo vino de la nada.

—Y a la nada ha de regresar.

Jhandar permitió que una leve sonrisa aflorara a sus delgados labios. Aquella frase, consigna de sus seguidores, siempre le había divertido. A la nada, ciertamente, había de regresar todo. Al final. Pero no pronto. Al menos, no con él.

Mientras había sido niño, conocido por el primero de los muchos nombres que había de llevar, el destino le había empujado más allá del mar de Vilayet, más allá incluso que la lejana Vendhia, hasta Khitai, que casi era leyenda. Allí, a los pies de un sabio taumaturgo, un anciano de largos y finos bigotes y piel del color del marfil lúteo, había aprendido mucho. Pero él no estaba hecho para pasar la vida en una búsqueda del saber. Al final se había visto obligado a matar al viejo para obtener lo que quería, el grimorio del mago, su libro

de encantamientos y hechizos. Y entonces, cuando todavía no dominaba más que un puñado de estos, se descubrió el asesinato, y le encarcelaron. Pero sabía ya lo suficiente para liberarse de la celda de desnuda piedra, aunque luego tuviera que huir de Khitai. Había tenido que huir otras veces en su vida, pero hacía tiempo ya de esas otras fugas. Había aprendido de sus errores. Tenía que seguir adelante, y elevarse hasta cumbres sin fin.

—En el principio, toda la totalidad estaba aún por formar. Reinaba el Caos.

—Bendito sea el Sagrado Caos —era la respuesta.

—El estado natural del Universo era, y es, el Caos. Pero los dioses aparecieron, no eran sino hijos del Caos, e impusieron el orden, orden contra natura, impío, al mismo Caos del que habían surgido.

La voz del hombre les acariciaba, evocaba sus miedos, y luego los apaciguaba, levantaba sus esperanzas y avivaba su fervor.

—Y con su imposición le hicieron un regalo abominable al hombre, la impureza que impedirá para siempre a la gran mayoría de los hombres alcanzar un rango mayor de conciencia, convertirse en dioses. Pues los dioses provienen del Caos, del definitivo desorden, y el hombre acarrea dentro de sí la mácula del orden impuesto.

Se detuvo entonces, abriendo los brazos como para ir a abrazarlos. El éxtasis les iluminaba los ojos, pues esperaban que les diera la bendición que estaban aguardando y que necesitaban.

—Con diligencia —siguió diciendo— habéis trabajado para liberaros de las impurezas de este mundo. Os habéis desprendido de vuestros bienes mundanos. Os habéis negado los placeres de la carne. Ahora —su voz se alzó hasta parecer un trueno—, ¡ahora, vosotros sois los Elegidos!

—¡Bendito sea el Caos sagrado! ¡Somos los elegidos del Caos sagrado!

—Que sea traída aquí la mujer llamada Natryn.

De un cubículo donde la habían tenido mientras aguardaba, *Lady* Natrin, la esposa de Lord Tarimán, fue llevada a la estancia de las columnas. No parecía en aquel momento la esposa de uno de los Diecisiete Celadores, los consejeros del rey Yildiz de Turan. Desnuda, se tambaleaba a causa de la maniota que le sujetaba los

tobillos, y habría caído de no haberla sostenido en pie, con rudeza, dos de los Elegidos. Tenía las muñecas atadas a la espalda con estrechadas cuerdas, sobre las nalgas. Abría desorbitadamente, y con terror, los grandes ojos castaños, y trataba, frenética, de mover los labios tras una mordaza de cuero. Era esbelta, pero tenía los pechos firmes y las caderas bien torneadas, y su cuerpo brillaba por el sudor del miedo. Y sin embargo, no había ojos allí que la miraran como a una mujer, salvo los de Jhandar, pues los Elegidos habían dejado de lado tales cosas.

—Has intentado traicionarme, Natryn.

La mujer desnuda se agitó al oír las palabras de Jhandar, como si la hubieran pinchado con alfileres. Se había aficionado a las enseñanzas del Culto, como muchas mujeres de la nobleza aburridas, pero Jhandar la había tratado de otra forma por ser su marido quien era, y necesario para su gran plan. Con sus nigromancias, había escrutado hasta el recoveco más oscuro y vergonzoso de su vida. La mayoría de mujeres nobles de Turan tenían secretos que habrían matado por esconder, y ella, con amantes y vicios más allá de todo recuento, no era ninguna excepción. Natryn había llorado ante sus revelaciones, se había rebelado ante sus órdenes, y al fin había aceptado la misión de presionar a su marido en ciertos asuntos. Sin embargo, la vigilancia mágica con que Jhandar la siguió había revelado que la mujer pretendía ir a su marido, confesárselo todo y confiarse a su clemencia. Jhandar no la había matado en la pretendida seguridad de sus estancias, en el palacio de su marido, sino que la había traído allí para que cumpliera con su papel en el gran plan. La mujer temía la muerte, pero Jhandar le reservaba algo peor.

—Preparadla —ordenó el nigromante.

La mujer forcejeó inútilmente en manos de los hombres que la ataban por muñecas y tobillos al altar de piedra negra. Le quitaron la mordaza; se lamió los labios, secos por el miedo.

—¡Misericordia, gran señor! —suplicaba—. ¡Déjame que te sirva!

—Ya me sirves —replicó Jhandar.

De una bandeja de oro batido que le trajo uno de los Elegidos, el mago tomó un cuchillo de hoja de plata y lo levantó sobre el cuerpo de la mujer. El acólito dejó al instante la bandeja en el suelo, frente

al altar, y se retiró. Los chillidos de Natryn se mezclaron con el cántico de Jhandar al invocar este el Poder del Caos. Sus palabras resonaban en las paredes, aunque no gritaba; pues no quería ahogar los gemidos de la mujer. Sentía que el poder fluía en él y por él. Apareció una cúpula azul plateado, y cubrió altar, ofrenda y nigromante. Los Elegidos cayeron de rodillas, y oprimieron el rostro contra el suelo con pavor. El cuchillo de Jhandar cayó. Natryn sufrió espasmos y chilló por última vez cuando el cuchillo se clavó hasta el mango bajo su seno izquierdo.

Rápidamente, Jhandar se inclinó para tomar un cuenco grande y dorado de la bandeja. La hoja y uno de los gavilanes del cuchillo estaban huecos, y un chorro de sangre del corazón de la mujer, de intenso color escarlata, manó sobre el cuenco. Este se llenó con rapidez. Al fin el chorro perdió fuerza, se detuvo, y solo siguieron cayendo algunas gotas que dejaron tras de sí algún reguerillo purpúreo.

Tras retirar el cuchillo, Jhandar lo sostuvo en alto junto con el cuenco, y llamó al Poder con palabras de hielo, llamó a la vida que no era vida, a la muerte que no era muerte. Sosteniendo todavía el cuenco en alto, le dio la vuelta, y vertió así la sangre del corazón de Natryn. Cayó el chorro sangriento, y desapareció, y con él desapareció la cúpula brillante.

Con una sonrisa de satisfacción en el rostro, Jhandar dejó que los instrumentos de su brujería cayeran al suelo con estrépito. Ninguna herida desfiguraba ya la belleza de Natryn.

—Despierta, Natryn —le ordenó, al tiempo que aflojaba sus ataduras.

Los ojos de la mujer a la que acababan de apuñalar en el corazón pestañearon y se abrieron, y miró fijamente a Jhandar, con la mirada llena de horror y vaciedad.

—Es… estaba muerta —murmuró—. He estado ante el Trono de Erlik. —Temblorosa, se acurrucó en el altar—. Tengo frío.

—Por supuesto que tienes frío —le dijo Jhandar con crueldad—. Ya no hay sangre que corra por tus venas, porque ya no vives. Ni tampoco estás muerta. Sino en un estado intermedio, y te verás forzada a la completa obediencia hasta que la verdadera muerte te salga al encuentro.

—No —dijo llorando—. No quiero…

—Calla —dijo él.

Las protestas de la mujer acabaron al instante. Jhandar se volvió hacia sus seguidores. Los Elegidos se habían atrevido a levantar el rostro, y le miraban con expectación.

—¿Por qué causa vais a atacar? —preguntó. Los Elegidos se sacaron agudas dagas de la túnica, y las blandieron en alto.

—¡Atacamos por el desorden, la confusión y la anarquía! —rugieron—. ¡Atacamos por el Caos sagrado! ¡Hasta morir!

—¡Atacad, pues! —les ordenó él.

Las dagas desaparecieron, y los Elegidos salieron uno tras otro de la estancia para buscar a aquellos cuyos nombres les había hecho saber previamente Jhandar.

Qué verdadera lastima —pensaba el nigromante— que el anciano mago ya no viviera. ¡Cuánto le había aventajado su pupilo, y qué grandezas estaba destinado a alcanzar!

Chasqueó los dedos, y la mujer que solo en parte seguía siendo *Lady* Natryn de Turan le siguió con sumisión cuando salió de la estancia sacrificial.

# 1

Muchas ciudades tenían apelativos tales como «la Poderosa» o «la Perversa», pero Aghrapur, la gran ciudad de las torres de marfil y las cúpulas doradas, asiento del trono de Turan, y centro del mundo para sus ciudadanos, no los necesitaba. Las perversiones de la ciudad y su poder eran tan conocidos que un apelativo hubiera causado la misma impresión que un baño de oro aplicado sobre oro.

Se contaban mil tres orfebres en las Casas del Gremio, el doble de plateros, y volvían a ser mil tres los que mercadeaban con joyas y gemas poco comunes. Estos, y los numerosísimos comerciantes en sedas y perfumes, abastecían a las apasionadas nobles de ojos endrinos, y a las sensuales cortesanas, que a menudo aparentaban más elevado rango que sus hermanas de sangre azul. Cualquier vicio podía satisfacerse tras los altos muros de alabastro de Aghrapur, desde los polvillos de sueño y los vahos de pasión que vendían grasientos buhoneros procedentes de Iranistán, hasta los burdeles especializados de la Calle de las Palomas.

Las trirremes turanias gobernaban las cerúleas anchuras del mar de Vilayet, y las drómonas traían al gran puerto de Aghrapur la mercadería de una docena de naciones. Las riquezas de otra veintena de estas llegaban a los mercados por caravana. Esmeraldas y simios, marfil y pavos reales, todo lo que uno quisiera, todo podía hallarse, no importaba cuál fuera su origen. El hedor de los esclavistas de Khawarism se perdía entre el aroma de las naranjas de Ofir, de la mirra y de los clavos de especia procedentes de Vendhia, y de los sutiles perfumes de Zíngara. Altos mercaderes de Argos hollaban las baldosas de las anchas calles, y también hombres morenos de Shem. Fieros tribeños de los Montes Ilbars se codeaban con eruditos corinthios, y mercenarios kothios con mercaderes de Keshán. Se decía que no pasaba un día en Aghrapur en que no se

encontraran dos hombres que creían legendaria la tierra del otro.

El alto joven que andaba por las calles atestadas con la gracia de un felino cazador, sin embargo, apenas si reparaba en las maravillas de la ciudad. Sin apartar la mano del gastado cuero que revestía el puño de su sable, pasaba delante de los palacios de mármol y de los puestos de fruta con igual indiferencia, como un león de melena negra al que no impresionan las moles de roca. Aunque sus ojos, azules como el ágata, estuvieran alerta, era visible el cansancio del viaje en su rostro bronceado por el sol, y la capa de ribetes de color escarlata la llevaba sucia de sudor y de polvo. Había hecho un duro viaje desde Sultanapur; apenas si había tenido tiempo para despedirse de los amigos antes de recoger sus bienes y partir, pues se había visto obligado a huir del hacha del verdugo. Un asunto pequeño de contrabando, y otras variadas ofensas contra la paz del rey.

Había llegado lejos desde que abandonara los accidentados riscos norteños de sus nativas montañas cimmerias, y no solo en lo que al camino andado respecta. Había pasado algunos años viviendo del robo en Nemedia, Zamora y las ciudades-estado corinthias, pero aunque sus años se contaran todavía en menos de veinte se había adueñado de él el deseo de mejorar su estado. Sabía de muchos mendigos que habían sido ladrones en su juventud, pero jamás había visto un ladrón rico. El oro que obtenía robando se le escapaba de las manos como el agua por un cedazo. Quería hallar algo mejor para sí mismo. Su fracaso en el contrabando no había menguado en lo más mínimo su empeño. Todas las cosas podían hallarse en Aghrapur, o por lo menos eso se decía. En aquel momento estaba buscando un mesón, el Toro Azul. Le habían dado el nombre entre las prisas de su huida de Sultanapur, como lugar donde podía obtener información. La buena información era siempre la clave del éxito.

Penetró en sus pensamientos el sonido de música desafinada, y se percató de que un extraño desfile se acercaba entre el gentío de la calle. Un nervudo y atezado sargento del ejército turanio, de holgados calzones y enturbantado yelmo, de cuya cadera colgaba un curvo sable vendhio, era seguido por otro militar que tocaba un tambor, y por otros dos que hacían sonar estridentes flautas. Tras ellos venían diez más, que blandían alabardas y escoltaban, o

vigilaban, a doce hombres jóvenes que vestían atuendos extravagantes, los cuales parecían tratar de seguir el ritmo del tambor. La mirada del sargento se cruzó con la del corpulento joven, y al momento se le puso delante.

—Los dioses te acompañen. Ahora veo que tú eres un hombre como los que buscamos. —El sargento se interrumpió con un gruñido—. ¡Por Mitra! ¡Mira qué ojos!

—¿Qué les pasa a mis ojos? —mascullό el musculoso joven.

—Nada de nada, amigo —replicó el sargento, al tiempo que levantaba la mano pidiendo disculpas—. Pero es que nunca había visto unos ojos del color del mar.

—En el país del que vengo, pocos hombres encuentras con los ojos oscuros.

—Ah. Eres un viajero venido de tierras lejanas en busca de aventuras. ¿Y qué mejor lugar para encontrarlas que en el ejército del rey Yildiz de Turan? Yo me llamo Alshaam. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Conan —respondió el musculoso joven—. Pero no tengo ningún interés en unirme a vuestro ejército.

—Pero piensa, Conan —siguió diciendo el sargento con untuosa persuasión—, lo que sería volver de una campaña con todo el botín que pudieras llevar, serías un héroe y un conquistador a ojos de las mujeres. Cómo caerían sobre ti. Vamos, amigo, tienes traza de haber nacido para esto.

—¿Por qué no pruebas con ellos? —dijo Conan, señalando con la cabeza a un puñado de nómadas hirkanios, ataviados con jubones de piel de cordero y pantalones bombacho de basta lana. Se cubrían con gorras de piel bien ajustadas el grasiento cabello, y miraban a todo el mundo con suspicacia—. Por su facha se diría que quieren ser héroes —dijo, riendo.

El sargento escupió con amargura.

—No tienen la más mínima disciplina. Me extraña verlos aquí. Por lo general, no les gusta esta orilla del mar de Vilayet. Pero tu caso no es el mismo. Piénsatelo. Aventura, gloria, saqueo, mujeres. ¿Porqué…?

Conan negó con la cabeza.

—No deseo ser soldado.

—¿Y si echáramos un trago juntos? ¿No? —el sargento suspiró

—. Bueno, yo tengo que cumplir con un cupo. El rey Yildiz quiere ampliar su ejército, y cuando este sea lo bastante grande, le dará uso. Fíjate en lo que te digo, habrá botín para dar y tomar. —Se dirigió a los otros soldados—: Sigamos adelante.

—Espera un momento —dijo Conan—. ¿Podrías explicarme dónde está un mesón que se llama Toro Azul?

En el rostro del militar se esbozó una mueca.

—Es una tasca de la Calle de los Soñadores del Loto, cerca del puerto. Seguro que te rebanan el pescuezo para quedarse con tus botas. Prueba más bien con el Mesón de la Virgen Impaciente, en la Calle de la Moneda. Tienen el vino barato, y las mozas limpias. Y si cambias de opinión, ven a buscarme. Alshaam, sargento del regimiento del general Mundara Khan.

Conan se apartó para dejar pasar el desfile, con sus reclutas que trataban en vano de andar al ritmo del tambor. Al volverse, tras observar la marcha de los militares, a punto estuvo de tropezar con los de otro cortejo, de una veintena que llevaba túnicas azafranadas, los hombres con la cabeza afeitada, las mujeres con trenzas que les llegaban hasta las nalgas, y cuyo corifeo tocaba una pandereta. Cantaban suavemente, y andaban como si no le vieran a él ni a nadie. Tratando de no chocar, dio un traspiés, y cayó torpemente entre el grupo de nómadas hirkanios.

Murmuraron imprecaciones tan desplacientes como la hediondez de su grasiento cabello, y llevaron las manos morenas y correosas a las empuñaduras de sus curvas dagas. Conan agarró el puño de su propia espada, seguro de que tendría que luchar. Los hirkanios apartaron de él la mirada para observar la procesión de azafranado atavío que seguía avanzando por la abarrotada calle. Conan vio con sorpresa que los nómadas le ignoraban y se apresuraban a seguir el cortejo de amarillo atuendo.

Meneando la cabeza, siguió adelante. Pensó que, al fin y al cabo, nunca se había dicho de Aghrapur que no fuera una ciudad sorprendente.

Pero, al acercarse al puerto, se le ocurrió que, pese a todas sus rarezas, la ciudad no difería en mucho de otras que hubiera visto. Dejó atrás los palacios de los ricos, los establecimientos de los mercaderes, y el bullicio de los ciudadanos prósperos.

En el lugar donde se halló entonces, el embarrado estuco se

agrietaba dejando a la vista el ladrillo de los edificios decadentes, que, a pesar de todo, seguían albergando ocupantes. Los tenderos ofrecían fruta demasiado picada o estropeada como para colocarla en otra parte, y las chucherías de los buhoneros eran de latón dorado, o de latón a secas. Había mendigos por todas partes, y gemían envueltos en harapos a los marineros que pasaban con aire fanfarrón. El número de rameras igualaba casi al de mendigos, y vestían sedas transparentes que realzaban, más que ocultaban, sus turgentes senos y redondeadas nalgas, con olivinos que hacían pasar por esmeraldas y carbunclos que aparentaban rubíes. Sal, brea, especias, y asaduras podridas se juntaban en una espesa miasma que impregnaba todo. Los ruegos de los mendigos, las insinuaciones de las putas y los gritos de los vendedores ambulantes pesaban en el mismo aire.

Entre la cacofonía, Conan oyó la voz de una muchacha que gritaba: «Si tenéis paciencia, habrá para todos».

Con curiosidad, se volvió hacia la voz, pero solo vio una turba de mendigos enfrente de un edificio ruinoso, y todos parecían ir hacia la misma meta. Esta, no importa cuál —o quién— fuese, se hallaba cabe el desastrado edificio. Más mendigos corrían a unirse a la agitada turba, y unas pocas de las mozas de partido se acercaron también, y se abrieron paso a codazos hasta el otro lado. De pronto, enfrente mismo del gentío, apareció una muchacha, como si se hubiera encaramado a un banco.

—Tened paciencia —gritó—. Os daré lo que tengo.

Sostenía en brazos un cofre burilado y adornado con motivos florales, que le pareció a Conan muy grande para que ella pudiera llevarlo. Estaba abierto, y había en su interior un revuelto montón de joyas. Una a una, la muchacha sacó las piezas y las fue entregando a las manos ansiosas de los otros. Se oyeron gritos codiciosos que pedían más.

Conan negó con la cabeza. Aquella muchacha no era vecina del puerto. Su atuendo de seda color crema tenía caros bordados de hilo de oro, y no revelaba ni recalcaba sus curvas voluptuosas, aunque tampoco las ocultaba al avisado ojo del cimmerio. No se había puesto sombra de ojos ni carmín como las rameras, pero era hermosa. El cabello negro, que le llegaba a la cintura, le adornaba el ovalado rostro, del color del marfil oscuro, y sus dulces ojos

castaños. Conan se preguntó qué locura la habría traído a aquel lugar.

—Mío —gritó una voz entre la apretujada muchedumbre de mendigos y mozas de partido.

—¡Quiero mi parte! —chilló otra.

En el rostro de la muchacha se pintaba la consternación.

—Tened paciencia. Por favor.

—¡Más!

—¡Dame ya!

Tres hombres, con la doble coleta de los marineros, atraídos por los gritos, se abrieron paso hasta la creciente turba que se iba apiñando en torno a la muchacha. Los mendigos, cuya codicia había acabado con sus habituales maneras serviles, les empujaron a su vez. Se murmuraron maldiciones, y luego obscenidades en voz alta, y el humor de la muchedumbre se agrió y se le contagió el enfado. El calloso puño de un marinero tumbó en el suelo a un mendigo andrajoso y desdentado. Las rameras chillaron, y los mendigos gritaron airados.

Conan sabía que tenía que seguir adelante. Aquello no era problema suyo, y tenía que encontrar el Toro Azul. Todo acabaría por resolverse muy bien sin su intervención. Entonces, ¿por qué —se preguntaba a sí mismo— no se movía de donde estaba?

Al instante, un par de manos huesudas, encallecidas, agarraron el cofre y lo arrancaron de las manos de la muchacha. Ella se quedó mirando, impotente, mientras estallaba una tumultuosa pelea, el cofre pasaba de mano en mano, su contenido caía al enlosado y los hombres y las mujeres disputaban por él con sus garras. Los mendigos cubiertos de basura rugían con avariciosa cólera; putas vestidas de seda, cuya abominable rapacidad les mudaba el rostro, se arañaban con sus uñas largas y pintadas, y caían rodando por la calle, pateándose con las piernas desnudas.

De pronto, uno de los marineros, que tenía en sus anchas narices una cicatriz que iba a desaparecer bajo el parche que le cubría el ojo derecho, saltó encima del banco, al lado de la muchacha.

—Es esto lo que yo quiero —rugió. Y agarrándola con ambos brazos, la arrojó a sus camaradas.

—Erlik se lleva consigo a todas las mujeres necias —murmuró Conan.

La turbamulta de mendigos y putas, perdida en su codicia, ignoró al gigantesco joven cimmerio cuando este avanzó hacia ellos como una bestia cazadora. Caracortada y sus compañeros, un kothio larguirucho de aguda mirada y un iranistanio de afilada nariz, cuyo turbante le cubría la cabeza dejando asomar tan solo las trenzas, estaban demasiado ocupados con la muchacha como para notar que se acercaba. Ella chillaba y forcejeaba inútilmente en sus garras. Sus manos golpeaban, sin causar efecto alguno, aquellos pechos y aquellos hombros curtidos por los rigores del tormentoso y violento mar de Vilayet. Las baratas túnicas a rayas de los marineros estaban sucias de aceites de pez y de brea, y les seguía un olor a comida de barco, pasada y sobrecargada de especias.

La voluminosa mano de Conan agarró al kothio por el pescuezo y lo empujó a la refriega que tenía lugar en torno al cofre. La nariz del iranistanio crujió y echó sangre bajo su puño, y un golpe con el dorso de este arrojó a Caracortada al sucio empedrado, junto con sus compañeros.

—Encontrad otra mujer —gritó el cimmerio—. Por aquí hay suficientes mozas de partido.

La muchacha le miraba con los ojos muy abiertos, y no estaba segura de si aquel hombre venía o no a rescatarla.

—Te trincharé el hígado y los bofes —le espetó Caracortada—, y echaré lo que quede a los peces.

Se puso en pie con dificultades; agarraba con fuerza una daga khawarismí.

Los otros dos se le acercaron, aferrando igualmente curvas dagas. El hombre del turbante se contentó con mirarlo amenazadoramente, pero quebró la pose al frotarse la boca con la mano que tenía libre. El kothio, sin embargo, quería burlarse de su pretendida víctima. Se pasaba la daga de mano a mano, y sonreía siniestramente con sus finos labios.

—Te vamos a arrancar la piel, bárbaro —dijo con sorna—, y la colgaremos en lo alto del aparejo. Chillarás largo rato hasta que acabemos contigo…

Entre las lecciones que Conan había aprendido en la vida, se contaba la de luchar, y no hablar, cuando de luchar se trataba. Sacó el sable de la gastada vaina de chagrén, y en el mismo gesto acuchilló hacia arriba. El kothio abrió los ojos desmesuradamente, y

trató de parar el sable a mitad del mandoble con ambas manos. Entonces, un dedo de sable se le clavó en la mandíbula y entre los ojos. La daga cayó al enlosado, y el cuerpo de su propietario encima de esta.

Los otros dos no eran hombres que perdieran el tiempo por un camarada muerto. De otro modo, no habrían sobrevivido mucho tiempo en el mar. Antes de que acabara de caer el larguirucho, se abalanzaban ya sobre el corpulento joven. El arma del iranistanio hirió a Conan en el antebrazo, pero este le dio una patada bajo las costillas que le hizo caer. Caracortada se agachó, al tiempo que trataba de alcanzarle el pecho a Conan con la daga. El cimmerio encogió el estómago, y sintió que la daga le cortaba la túnica y le arrancaba un doloroso hilillo de sangre bajo el costillar. Y atacó con su propio cuchillo. Caracortada chilló, pues el acero le entró en la articulación de cuello y hombro, y se hundió dos palmos. Soltó la daga y trató de aferrar, sin fuerzas, el sable, aunque ya se le iba la vida. Conan dio una patada al cuerpo para extraer la daga —pues ya era cadáver antes de que cayera sobre el enlosado— y se volvió para hacer frente al tercer marinero.

El iranistanio se había puesto de nuevo en pie, pero, en vez de atacar, miraba fijamente el cadáver de sus compañeros. De pronto, se volvió y huyó corriendo por la calle. «¡Asesino!», aullaba mientras corría, sin pensar en la daga ensangrentada que llevaba en la mano. «¡Asesino!». Las putas y los mendigos que un momento antes habían luchado enloquecidos se dispersaron como la hojarasca ante un viento fuerte.

Conan se apresuró a limpiar su acero con la túnica de Caracortada y luego lo envainó. Pocas cosas peores podían sucederle a uno que ser sorprendido al lado de un cadáver por la Guardia de la Ciudad. Muy especialmente en Turan, donde al arresto seguía la tortura, que no se detenía hasta que el prisionero confesaba. Conan agarró a la muchacha por el brazo y siguió al éxodo, arrastrándola tras de sí.

—Los has matado —decía ella con incredulidad. Al correr, parecía que no supiera si debía levantar o no los pies del suelo—. Habrían huido si tan solo los hubieras amenazado.

—Tal vez tendría que haber dejado que te violaran —respondió él—. Te habrían cabalgado como a un caballo de postas. ¡Ahora,

calla y corre!

La llevó por callejas laterales, sorprendiendo a los borrachos que salían con paso vacilante de las posadas de marineros, por callejones que olían a orina seca y asaduras podridas. En cuanto estuvieron lejos de los cadáveres, Conan frenó el paso —pues correr también era llamar demasiado la atención—, pero no se detuvo. Quería poner mucha tierra por medio entre él y los guardias que serían atraídos como moscas por los cadáveres. Esquivaba los carretones de altas ruedas que llevaban a la ciudad las mercancías del puerto. La muchacha le seguía de mala gana, y tan solo porque la mano que la agarraba por la muñeca era fuerte como un grillete de hierro.

Al fin, Conan entró por un callejón lateral —hizo pasar primero a la muchacha—, y se detuvo para mirar a sus espaldas. Era imposible que la Guardia le hubiera seguido, pero su estatura y el color de sus ojos le hacían fácil de encontrar, aun en una ciudad como Aghrapur.

—Te agradezco tu ayuda —dijo la muchacha, con un tono de voz altanero y frío a la par. Luego volvió hacia la entrada del callejón—. Tengo que irme ya.

Conan interpuso el brazo para evitar que siguiera adelante. Los senos de la muchacha rozaron cálidamente la dureza de su antebrazo, y esta retrocedió al instante, ruborosa y turbada.

—Todavía no —le dijo él.

—Por favor —le imploró ella sin mirarle a los ojos. Hablaba con voz trémula—. Soy…, soy doncella. Mi padre te recompensará bien si me devuelves a él en la misma… condición —sus mejillas enrojecieron aún más.

Conan tuvo que contener una risotada.

—No es tu virtud lo que yo quiero, muchacha. Solo quiero que me respondas a dos o tres preguntas.

Para sorpresa del bárbaro, la muchacha bajó la mirada con abatimiento.

—Supongo que debería alegrarme de que aún los asesinos prefieran mujeres altas y espigadas. Sé que parezco una vaca. Mi padre me ha dicho a menudo que me hicieron para que tuviera muchos hijos, y…, y pudiera amamantarlos —acabó de decir débilmente, ruborizándose de nuevo.

Conan pensó, mirando de soslayo las redondeces de la muchacha, que el padre de esta debía de ser un necio. Aquella mujer estaba hecha para algo más que tener hijos, aunque no dudaba que quienquiera que se casara con ella se los haría con placer.

—No seas necia —le dijo él bruscamente—. Tú le darías placer a cualquier hombre.

—¿Ah, sí? —murmuró sorprendida. Su diáfana mirada acariciaba el rostro del bárbaro, y él sabía que lo hacía con inocencia—. ¿Cómo —preguntó dubitativa— se cabalga un caballo de postas?

Conan tuvo que pensar para recordar por qué se lo preguntaba, y, cuando le vino a las mientes la razón, apenas si pudo reprimir una sonrisa.

—Durante mucho rato y sin compasión —le dijo—, sin descansar apenas, si es que en algún momento se llega a descansar.

La joven enrojeció hasta el cuello de su túnica de seda blanca, y Conan rio entre dientes. Seducía con su rubor.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Yasbet. Mi padre me llama Yasbet —tras decirlo miró a la calle principal, por donde pasaban con estrépito los carretones—. ¿Tú crees que, al menos, encontraremos el cofre si volvemos allí? Perteneció a mi madre, y Fátima se pondrá furiosa por su pérdida. Más furiosa que por las joyas, aunque solo por estas ya se habría enfadado bastante.

Conan negó con la cabeza.

—A estas horas, el cofre debe de haber cambiado de manos un par de veces al menos, sea por dinero o por sangre. Y también las joyas. ¿Quién es esa Fátima?

—Mi nodriza —respondió ella, y luego tragó saliva y le miró con odio, como si él la hubiera engañado para que le revelara aquel hecho.

—¡Tu nodriza! —dijo Conan, riendo estentóreamente—. ¿No eres un poco mayor para tener niñera?

—Mi padre no lo cree así —respondió Yasbet con voz malhumorada—. Cree que he de tener nodriza hasta que me entregue a un hombre. No porque a mí me guste. Fátima cree que solo tengo cinco años, y padre siempre le da la razón —cerró los

ojos, y siguió hablando con fatigados suspiros. Parecía haber olvidado que hablaba en voz alta—. Después de esto, me encerrarán en mi cuarto como mínimo. Habré tenido suerte si Fátima no…

Se le cortó la voz con un estremecimiento, y se llevó ambas manos a las nalgas, como para protegerlas.

—Te lo habrás merecido —dijo Conan severamente. Yasbet se sobresaltó, clavó la mirada en el bárbaro y enrojeció de la ira.

—¿Qué es lo que merezco? ¿Qué quieres decir? ¿Es que te he dicho algo yo a ti?

—Te mereces tener nodriza, muchacha. Después de lo de hoy, no me sorprendería que tu padre te hiciera seguir por dos o tres. —El cimmerio sonrió para sus adentros al ver el alivio en su rostro. Conan creía en verdad que la muchacha merecía una azotaina, pero con decirlo no satisfaría su curiosidad—. Ahora dime, Yasbet. ¿Qué hacías tú sola en una calle como esa, repartiendo tus joyas entre mendigos? Ha sido una locura, muchacha.

—No ha sido una locura —dijo ella en protesta—. Quería hacer algo que tuviera algún significado, algo mío. No tienes ni idea de cómo es mi vida. Cada momento, duerma o esté despierta, lo paso bajo el gobierno y vigilancia de Fátima. No se me permite tomar ni la más nimia decisión en lo que a mi propia vida concierne. Tuve que trepar por el muro del jardín para poder salir sin permiso de Fátima.

—Pero ¿para dar joyas a los mendigos y las rameras?

—Esas…, esas mujeres no formaban parte de mi plan. Yo quería ayudar a los pobres, y, ¿quién es más pobre que los mendigos? —Su rostro se endureció con ira—. Mi padre sabrá que ya no soy una niña. Me da igual renunciar a las bagatelas que él cree tan importantes para mí. Es una acción noble ayudar a los pobres.

—Quizá acabe contratando a seis nodrizas —murmuró Conan—. Muchacha, ¿en ningún momento se te ocurrió que podrían hacerte daño? Si querías ayudar a alguien, ¿por qué no preguntaste a tus siervos? Sin duda, conocen a gente que pasa necesidad. Podrías haber vendido algunas de tus joyas y ayudarlos con el dinero.

Yasbet gruñó.

—Aun cuando todos los siervos no estuvieran conchabados con Fátima, ¿dónde podía encontrar yo un comerciante en gemas que me pagara por ellas su verdadero valor? ¡Probablemente, habría

fingido que aceptaba el trato al tiempo que ponía a mi padre sobre aviso! Y él, sin duda alguna, habría enviado a Fátima para que me llevara a casa. Puedo pasar sin esa humillación, gracias.

—¿Dices que los mercaderes de gemas te habrían reconocido —preguntó Conan con incredulidad— y habrían sabido quién es tu padre? ¿De quién eres hija? ¿Del rey Yildiz?

Con súbita cautela, ella le miró de soslayo, como el cervato a punto de emprender la huida.

—No me llevarás otra vez con él, ¿verdad?

—¿Cómo quieres que no lo haga? Eres incapaz de andar por las calles si no te acompaña nadie que cuide de ti, muchacha.

—Pero entonces, no podré impedir que descubra lo que ha pasado hoy —se estremeció—. O si no, lo sabrá Fátima —humedeciéndose los labios con la punta de la lengua, se acercó más al bárbaro—. Escúchame solo un momento, por favor. Yo…

De pronto, huyó de él corriendo por la calle.

—¡Vuelve aquí, necia! —rugió el cimmerio, saliendo en su persecución.

Poco le faltó para ser arrollada por un pesado carretón, lleno de cacharros, e inmediatamente desapareció de la vista. Otros dos carretones siguieron al anterior. Conan no pudo pasar entre ellos. Tuvo que rodearlos para acabar de cruzar la calle. Cuando llegó al otro lado, Yasbet había desaparecido ya. Un aprendiz de ceramista estaba sacando el género de su amo delante de la tienda. Un vendedor de mantas desenrollaba sus mercancías al lado del otro. Los marineros entraban y salían de un mesón. Pero ni rastro de la muchacha.

—Necia —murmuró Conan.

En ese momento, un cartel colgante toscamente pintado que anunciaba una posada crujió al moverlo la brisa y le llamó la atención. El Toro Azul. Después de todo lo ocurrido, había acabado por encontrarlo. La suerte parecía acompañarle en Aghrapur. Tras ajustarse el cinturón del que colgaba su espada, y ponerse bien la capa que le cubría los anchos hombros, entró, calmoso, por el portal de piedra del mesón.

# 2

Algunas antorchas de junco, que perdían cera y estaban instaladas en toscos candelabros negros de hierro a lo largo de las paredes de piedra, iluminaban pobremente el interior del Toro Azul. Una docena de hombres, acodados sobre sus jarras, se sentaban, uno aquí y el otro allá, en torno a las mesas colocadas sobre el suelo de pizarra, el cual estaba sorprendentemente limpio para tratarse de un mesón de aquel género. Tres marineros, por turno, arrojaban sus dagas a un corazón groseramente pintado en un tablón de madera, que colgaba de la pared. En la basta piedra, a lado y lado del tablón, podían verse las marcas de diez mil puñales mal encaminados. Un par de rameras, una que tenía cuentas de varios colores que le ensortijaban el cabello, y otra con una voluminosa peluca de color rojo chillón, andaban entre los clientes pregonando las mercancías que sus diáfanas sedas permitían ver. Algunas camareras, cuyas muselinas cubrían poco más que el atuendo de puta, iban de un lado a otro a toda prisa repartiendo las jarras. El olor del vino rancio y la cerveza desbravada, común a todos los lugares de aquella jaez, competía con el hedor de la calle.

Cuando vio al posadero, un hombre calvo y corpulento que estaba frotando el mostrador con un jirón de trapo, Conan comprendió por qué el suelo estaba tan limpio. Conocía a aquel hombre, que se llamaba Ferian. Aquel Ferian estaba obsesionado por la limpieza de manera poco usual entre los hombres de su profesión. Se decía que había huido de Belverus, en Nemedia, por haber matado a un hombre que le había vomitado en el suelo de su posada. Pero, como fuente de información, jamás había tenido igual. A menos que hubiera cambiado de hábitos, estaría al tanto de todo lo que ocurriera en Aghrapur, y no solo de los rumores que suelen circular por las calles.

Ferian sonrió al ver que Conan apoyaba el hombro en su mostrador, pero sus pequeños ojos negros siguieron alerta y paró de limpiar.

—Por las Piedras de Hanumán, cimmerio —dijo tranquilamente —. Se dice que todos los caminos llevan a Aghrapur, por lo menos en Aghrapur mismo lo dicen, y ahora que te veo aquí me doy cuenta de que decían la verdad. Un año más, y toda Shadizar habrá venido aquí.

—¿Quién más de Shadizar está en la ciudad? —preguntó Conan.

—Rufo, el falsificador de moneda kothio. El viejo astrólogo Sharak. Y también está Emilio.

—¡Emilio! —exclamó Conan. Emilio el Corinthio había sido el mejor ladrón de Zamora después del mismo cimmerio—. Siempre juraba que jamás se iría de Shadizar.

Ferian rio entre dientes, y el seco chasquido de su risa no cuadraba con su gordura.

—Y antes también había jurado que jamás se iría de Corinthia, pero se fue de ambas naciones por la misma razón: le hallaron en el lecho de una mujer poco conveniente. El marido le perseguía, pero la madre todavía más. Parece que también había estado acostándose con ella, y le había afanado de paso piezas de orfebrería. La vieja pagó una cuadrilla de asesinos para asegurarse de que Emilio no tuviera nada que ofrecer a otra mujer. He oído que abandonó la ciudad disfrazado de anciana, y que no dejó de sudar durante medio año. Pregúntale, si quieres ver a un hombre que se vuelve a la vez de siete colores y que al mismo tiempo se traga la lengua. Ahora está arriba con una de las muchachas, aunque seguramente demasiado borracho para que a ninguno de los dos le aproveche.

—Entonces no saldrán hasta la mañana —dijo Conan, riendo—, porque ese jamás admite el fracaso. —El cimmerio puso dos monedas de cobre sobre el mostrador—. ¿Puedes darme cerveza khorajana? Tengo la garganta seca.

—¿Que si tengo cerveza khorajana? —dijo Ferian, buscando trabajosamente debajo del mostrador—. Tengo vinos y cervezas de los que jamás has oído hablar —sacó una vasija de polvoriento barro, llenó con ella una oscura jarra, y escondió las monedas de cobre mientras se la ponía delante a Conan—. Cerveza khorajana. ¿Cómo te fueron las cosas en el Zorra Dorada del Vilayet? Tuviste

que salir precipitadamente de allí, ¿verdad?

Conan escondió su sorpresa con un largo trago de la oscura y amarga cerveza, y se limpió la espuma blanca de los labios con el dorso de la mano antes de hablar.

—¿Cómo sabes que había estado en Sultanapur? ¿Por qué crees que salí de allí con precipitación?

—Te vio allí estos últimos diez días —dijo Ferian con sonrisa satisfecha—. Zefran el Esclavista, que se acercó hasta aquí cuando regresaba a Khawarism. —El posadero tenía como principal defecto el que le gustara explicar a los hombres lo que sabía acerca de las andanzas de otros. Algún día acabaría por recibir una puñalada entre las costillas—. Y en cuanto a todo lo demás, nada sé, salvo que estás aquí con todo el polvo encima de la dura cabalgata, y que yo sepa no sueles viajar por placer. Y bien, ¿qué vas a contarme?

Conan volvió a beber, y fingió que estaba pensando en lo que le diría. Era cosa sabida que aquel gordo intercambiaba información por información, y Conan estaba al corriente de una noticia que todavía no habría llegado a Aghrapur, a menos que alguien, desarrollando alas, se le hubiera adelantado.

—El contrabando está muy venido a menos en Sultanapur —dijo el cimmerio por fin—. La Hermandad de la Costa ha caído en el desorden. Sudan hasta a la sombra, y no salen de sus moradas. Pueden pasar meses antes de que un rollo de seda pase por esa ciudad sin pagar aduana.

Ferian resopló con expresión ausente, pero se le habían iluminado los ojos. Antes de que saliera el sol, los hombres que quisieran llenar el vacío que se había producido en Sultanapur le pagarían bien.

—¿Y qué puedes decirme tú de Sultanapur?

—Nada —respondió Ferian con resolución. Conan le miró fijamente. No era propio de aquel mesonero dar menos de lo que se le ofrecía. Era reputado por escrupuloso.

—¿Es que dudas del valor de lo que he dicho?

—No es eso —se detectaba un leve matiz de fastidio en la voz del posadero—. Oh, podría contarte lo que tú mismo averiguarías si pasearas un día por las calles escuchando. Yildiz tiene las miras puestas más allá de la frontera, y está preparando un ejército acorde con sus metas. El Culto de la Condenación consigue cada día nuevos

miembros. El…

—¡El Culto de la Condenación! —exclamó Conan—. ¿Qué es ese culto, en nombre de Mitra?

Una mueca de menosprecio apareció en el rostro de Ferian.

—Una necedad, y nada más que eso. Están por todas las calles con sus atuendos azafranados, ¿sabes?, los hombres de la cabeza afeitada.

—Yo he visto a algunos vestidos así —dijo Conan—, cantando al son de una pandereta.

—Serían ellos. Pero lo único extraordinario que tienen es el nombre. Predican que todos los hombres están condenados, y que amontonar riquezas terrenas es algo fútil —soltó un bufido, y se frotó las porcinas narices con su gruesa mano—. Por lo que respecta a tesoros terrenos, el Culto ha reunido uno bastante considerable. Todos los que se unen al Culto le entregan cuanto poseen. Algunos jóvenes hijos e hijas de ricos mercaderes, aun de nobles, han dado bastante. Por no mencionar el consabido ejército de viudas ricas. Parientes y demás se han quejado al Trono por estos comportamientos, pero el Culto paga a tiempo sus tributos, y ya es más de lo que puede decirse de los templos. Y hace llegar generosos regalos a los oficiales adecuados, aunque este último extremo no se conoce bien —pareció que aquello le divertía—. Tienen una fortaleza, casi una pequeña ciudad, a poca distancia hacia el norte, por la costa. Si pudiera descubrir dónde guardan sus tesoros…, pues bien, con tus habilidades te bastaría para labrarte una fortuna en una sola noche.

—Ya no soy ladrón —dijo Conan. A Ferian le decayó el semblante—. ¿Qué más puedes decirme de la ciudad? El gordo suspiró pesadamente.

—Últimamente sé menos que las putas, cuyos clientes, a veces, hablan dormidos. Durante estos tres últimos meses, dos tercios de los que me han procurado alguna noticia jugosa, siervos de nobles, y de prohombres del Gremio de Mercaderes, han sido asesinados. Lo que tú me cuentas es lo más interesante que me han dicho este mes. Te lo debo —añadió de mala gana. No era hombre a quien gustara tener deudas por saldar—. En cuanto sepa de algo que pueda redundar en tu beneficio, te lo haré saber.

—¿Y me lo contarás a mí antes que a ningún otro? ¿Cómo dos

días antes, digamos?

—¡Dos días! Igual podrías pedirme un año. La información pierde valor con la misma rapidez que la leche bajo un cálido sol.

—Dos días —repitió Conan con firmeza.

—Dos días, pues —murmuró el otro.

Conan sonrió. Entre los pecados de Ferian no se contaba el de no cumplir la palabra dada. Pero aquellos asesinatos de que le había hablado…

—No parece casual que tan gran número de tus confidentes muera en tan poco tiempo.

—No, amigo Conan —para sorpresa del cimmerio, Ferian volvió a llenarle la jarra sin cobrarle. Nunca había hecho cosa semejante. Conan pensó que quizá quisiera pagarle la deuda con bebida gratuita—. No solo han muerto los que tenían alguna relación conmigo. Hay una plaga de asesinatos en Aghrapur. Se han contado más asesinatos en estos últimos tres meses que en todo el año pasado. De no ser por la calidad de los que mueren, podría pensar que hay alguna conjura en marcha, pero ¿quién va a tramar conjuras contra siervos, y Guardias de Palacio, y gentes del mismo jaez? Es la mano de la fortuna que nos inquieta con sus antojos, y nada más.

—¡Conan! —gritó alguien desde las escaleras, al fondo de la taberna.

El corpulento cimmerio miró en derredor.

Emilio estaba en el primer escalón, rodeando con el brazo a una esbelta moza guarnecida de charrería de latón y carniola, que con ajustada faja de seda roja medio escondía caderas y senos. Ella casi lo sostenía en su torpeza de borracho, lo cual no le resultaba fácil. Aquel hombre era corpulento, casi tan alto como Conan, aunque de musculatura no tan pesada. Tenía el rostro atractivo, y los ojos, casi demasiado grandes para pertenecer a un hombre. Sus ojos y su silueta —le diría a todo aquel que quisiera escucharle— atraían a las mujeres como la miel a las moscas.

—Salud, Emilio —le respondió Conan—. Veo que ya no llevas ese vestido de anciana. —Y le dijo a Ferian—: Hablaremos luego. —Tomando la jarra, se acercó a las escaleras.

Emilio apartó a la muchacha dándole un manotazo en las lúbricas ancas, y miró a Conan de soslayo, confuso.

—¿Quién te ha contado esa historia? Apuesto a que Ferian. Ese gordo saco de carne. Pues yo te digo que no es cierto. No es cierto. Me fui de Zamora en busca de riq… —hizo una pausa para regoldar —, riqueza de pastos. Tú eres el hombre que quería ver, cimmerio.

Conan supuso que se avecinaba una propuesta de cooperación.

—Ya no estamos en el mismo negocio, Emilio —dijo.

Emilio no le prestó atención. Agarró por el brazo a una camarera que pasaba, al tiempo que devoraba con la mirada sus generosos pechos.

—Trae vino, muchacha, ¿me oyes?

Ella asintió y se fue a toda prisa, esquivando hábilmente el no consumado pellizco; Emilio dio un traspiés y poco le faltó para caerse. Aún tambaleante, logró sentarse sobre un taburete cabe una mesa vacía, y llamó al otro con gestos de borracho.

—Siéntate, Conan. Vamos, siéntate. Nos traerán vino en un periquete.

—Nunca te había visto tan borracho —dijo Conan, al tiempo que se sentaba en otro taburete—. ¿Celebras algo, o es que estás ahogando las penas?

Los ojos de Emilio se habían entrecerrado.

—¿Tú sabes —dijo, como divagando— que aquí una rubia vale su peso en rubíes? Estos turanios matan por hacerse con una amante de cabello rubio. Y si tiene los ojos azules, matarán a su madre por ella.

—Entonces, ¿te dedicas a comerciar con esclavos, Emilio? Esperaba algo mejor de ti.

En vez de responderle, el otro siguió divagando.

—Las rubias son más fogosas que las otras mujeres. Creo que es por el pelo. Si los dioses ponen más color en el cabello de una mujer, tendrán que emplear en la tarea parte del calor de su cuerpo. Es una explicación lógica. Davinia, ahora, es más ardiente que la hoguera de una fragua. Ese gordo general no puede complacerla. Está demasiado ocupado con el ejército —las risotadas de Emilio eran necias y lascivas a un tiempo. Conan se resolvió a dejar que se explayara—. Así que lo hago yo. Pero la muchacha quiere cosas. Yo le digo que no necesita collares, que ya es hermosa, pero ella dice que un brujo le puso un hechizo para una reina. Afirma que sucedió hace varios siglos. Cuando una mujer se lo pone, es irresistible. Dice

que tiene trece rubíes, y cada uno de ellos tan grande como el nudillo del pulgar de un hombre, y cada uno está engastado en una concha de oro con incrustaciones de adularías. Valdría la pena robarlo —se arrimó a Conan con estultas risotadas—. Decía que me pagaría con su cuerpo. Valiente recompensa. Su cuerpo ya lo tengo. Yo le dije que cien monedas de oro. Oro, como su cabello. Nunca ha tocado mi mano un cabello más suave. Ni una piel más suave. Lisa y cremosa.

La camarera volvió y dejó una jarra y un pichel de vino sobre la mesa, y esperó a que le pagaran. Conan no hizo gesto de ir a pagar. Él no tenía ninguna posibilidad de hacerse con cien monedas de oro. La muchacha le dio una puñada a Emilio en las costillas. Este gruñó, y la miró con ojos legañosos.

—Uno de los dos ha de pagar por el vino —decía la joven—, o si no, vuelvo a llevármelo.

—Así no se trata a un buen cliente —murmuró Emilio, pero rebuscó en su bolsa hasta que sacó unas monedas.

Cuando la moza se hubo ido, miró fijamente al cimmerio, que estaba al otro lado de la mesa.

—¡Conan! ¿De dónde sales tú? Ya me parecía haberte visto. Qué bien que estés aquí. Tenemos una oportunidad de volver a trabajar juntos, como antes.

—Nunca hemos trabajado juntos —dijo Conan con firmeza—. Y además, ya no soy ladrón.

—Memeces. Ahora, escúchame bien. No muy lejos al norte de la ciudad, hay una finca que contiene mucha riqueza. Me han encargado que robe un…, que robe algo de allí. Ven conmigo; podrías robar lo bastante para comer y dormir medio año seguido.

—Esta finca, ¿no será por casualidad la fortaleza del Culto de la Condenación?

Emilio se tambaleó sobre el taburete.

—Yo creía que acababas de llegar a la ciudad. Mira, aquellos siete que entraron en la fortaleza y a los que nunca se volvió a ver eran turanios. Los ladrones de aquí no son hábiles, no como lo somos nosotros. No durarían ni un solo día en Shadizar o en Arenjun. Además, sospecho que ni siquiera llegaron a ir a la fortaleza. Se escondieron, o murieron, o se fueron de la ciudad, y la gente se inventó toda la historia. Siempre lo hacen, para que un

lugar que no conocen o que no les gusta parezca temible.

Conan no dijo nada.

Ignorando la jarra, Emilio apuró el pichel de arcilla, y no lo soltó hasta dejarlo seco. Se acodó sobre la mesa, y habló con voz suplicante.

—Sé con exactitud dónde…, dónde se puede hallar el tesoro. En el extremo este de la fortaleza hay un jardín, y en este una única torre, en lo alto de la cual se encuentra una estancia en la que se guardan joyas y preciosas rarezas. Esos necios van allí a contemplarlas. Se supone que, al verlas, han de comprender cuan fútil es el valor del oro y las gemas. Mira, lo sé todo al respecto. He ido haciendo preguntas, a centenares.

—¿Y crees que, después de haber hecho tantas preguntas, nadie adivinará lo que pretendes? Déjalo correr, Emilio.

Un hirkanio, que se cubría con una capa de piel, anduvo hacia la mesa; el olor de su largo, lacio y grasiento cabello disimulaba los hedores de la taberna. Tenía una cicatriz desde el lóbulo de la oreja izquierda hasta la comisura de los labios, que forzaba a estos a perpetua media sonrisa. Por el rabillo del ojo, el cimmerio vio a cuatro más que le observaban desde el otro lado de la estancia. Aunque no habría sido capaz de jurarlo, tenía la impresión de que aquel mismo día se había cruzado ya con aquellos cinco.

El hirkanio que estaba sentado solamente malgastó una mirada con Conan. El que parecía interesarle era Emilio.

—Tú eres Emilio el Corinthio —dijo con voz gutural—. Querría hablar contigo.

—Déjame en paz —le respondió Emilio, sin mirarlo siquiera—. No conozco a ningún Emilio el Corinthio. Escúchame, Conan. Me avendría a darte la mitad de lo que sacara por el collar. Veinte monedas de oro.

Conan estuvo bien a punto de reír. Emilio estaba como una cuba, pero, aun así, trataba de engañar a su deseado socio.

—Querría hablar contigo —dijo de nuevo el hirkanio.

—¡Y yo te he dicho que me dejes en paz! —gritó Emilio, y de pronto su rostro enrojeció. Agarró la jarra de vino, se puso en pie de un salto y se la partió en la cabeza al hirkanio.

El nómada lleno de cicatrices, con las últimas heces del vino ensuciándole la cara, cayó sobre los fragmentos de loza.

—¡Crom! —murmuró Conan; un diluvio de hombres malolientes cubiertos con capas de piel arreciaba sobre ellos.

El cimmerio se puso en pie, y alcanzó con una patada el estómago de uno de los nómadas que los atacaban. El grito ahogado de este se cortó en seco, los ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas, y tuvo que doblar el cuerpo. El enorme puño del cimmerio le golpeó en la sien, y se desplomó.

Emilio se revolcaba en el suelo, debajo de dos de los hirkanios. Conan agarró a uno por la espalda de su abrigo de piel de cabra y lo apartó del ladrón corinthio. El nómada se dio la vuelta, con una daga en su mano veloz. La sorpresa le apareció en el rostro al ver que Conan le aferraba la muñeca. El enorme puño del cimmerio no avanzó más de tres palmos, pero las botas del nómada de la capa de piel no pudieron sostenerse ya sobre el suelo, y el hombre se desplomó sobre su camarada.

Conan miró en derredor buscando al quinto hirkanio por la estancia, pero no encontró al nómada restante. Emilio se puso en pie, tembloroso, y se examinó un sangrante corte en el hombro. Ferian volvía al mostrador con el pesado mazo que empleaba para taponar los toneles. Entonces, Conan vio un par de botas que asomaban por debajo de una mesa.

—Sacadlos de aquí —gritó Ferian tras dar la vuelta al mostrador y esconder el mazo—. Me habéis ensuciado el suelo, y ahora lo vais a limpiar. ¡Sacadlos de aquí, os digo!

Conan agarró por los talones a uno de los hombres desmayados.

—Ayúdame, Emilio —dijo—, a menos que ahora quieras luchar con Ferian.

El corinthio gruñó en respuesta, pero agarró a otro de los nómadas. Juntos los arrastraron hasta la calle, encubiertos por la noche, y los dejaron ante el establecimiento de un mercader de alfombras.

Tras dejar recostado al último de aquellos hombres —Conan se había asegurado de que todos respiraban todavía— Emilio levantó la mirada hacia el perlino cuarto creciente y sintió un temblor.

—Esto me produce un mal presentimiento, Conan —dijo—. Querría que vinieras conmigo.

—Ven tú conmigo —respondió Conan—. Entremos dentro y sigamos bebiendo del vino de Ferian, y quizá podamos probar

suerte con las muchachas.

—Ve tú, Conan. Yo… —Emilio negó con la cabeza—. Ve tú. Y se fue, tambaleándose bajo las sombras de la noche.

—¡Emilio! —gritó Conan, pero solo le respondió el viento, que susurraba por las calles en penumbra. Murmurando para sí, el cimmerio volvió a la posada.

# 3

Cuando Conan, a la mañana siguiente, bajó a la taberna del Toro Azul, la moza que llevaba cuentas en el cabello le acompañó, oprimiendo el brazo del cimmerio contra sus senos —cuya firmeza y redondez podía apreciarse pese a las sedas que los cubrían— y dándole en el muslo a cada paso con los contoneos de su cadera.

Acariciándole con los labios el hombro descomunal, le miraba desvaídamente entre pestañas.

—¿Esta noche? —Se mordió el labio, y añadió—: Para ti, a mitad de precio.

—Puede ser, Zasha —dijo él, aunque ni siquiera a mitad de precio habría podido pagar de su bolsa muchas noches con la joven. Y aquellas malditas cuentas habían llegado a irritarle—. Y ahora, vete. Tengo que hacer —ella se alejó con lúbrica risa, y todavía más lúbrico contoneo. Tal vez Conan pudiera permitirse una noche más.

La taberna estaba casi vacía a aquella hora temprana. Dos hombres con coleta de marinero trataban de apaciguar la resaca de la noche pasada bebiendo todavía más, al tiempo que hurgaban malhumoradamente en sus bolsas casi vacías. Una ramera solitaria, que había terminado por fin el trabajo de la noche y cuyas sedas azules estaban húmedas de sudor, se sentaba en un rincón, con los ojos cerrados, frotándose los pies.

Ferian, en el mostrador, llenó de cerveza khorajana una jarra sin esperar a que se lo pidieran.

—¿Ha llegado a tus oídos algo interesante? —preguntó Conan, al tiempo que agarraba con su mano enorme la oscura jarra. No tenía muchas esperanzas, pues tampoco esta vez le había exigido el gordo tabernero que pagara.

—La pasada noche —dijo el robusto individuo, sin apartar la mirada del jirón de trapo con el que limpiaba la madera del

mostrador— se supo que Temba de Kassali, un tratante en gemas que ostenta un elevado rango en el Gremio de Mercaderes, ha estado llevando vírgenes del Templo de Hammarán a sus orgías, con el resultado de que catorce antiguas vírgenes y cinco sacerdotisas han desaparecido del Templo, probablemente para añadirse a la caravana del algún esclavista. Sin duda, se le ordenará a Temba que entregue al templo un sustancioso donativo. Esta noche pasada, asimismo, tuvieron lugar veintitantos asesinatos, por lo que he oído hasta ahora, y seguramente otros cuarenta y tantos que no han llegado a mis oídos. Además, las cinco hijas de Lord Barash fueron descubiertas por sus padres complaciendo a los mozos de sus cuadras, y han sido enviadas a los Conventos de Vara, así como la princesa Esmira, o por lo menos eso se dice.

—Te he preguntado por algo interesante —dijo el cimmerio, interrumpiéndole—. ¿A mí qué me importan las vírgenes y las princesas? ¡Te pregunto por algo interesante!

Ferian rio débilmente y siguió mirando su jirón de trapo.

—Lo último que te he contado, por lo menos, sí es interesante. Esmira es hija del príncipe Roshmanli, el más cercano a Yildiz de los Diecisiete Celadores. Se dice que, en esta ciudad de marranas, ella es una virgen de la más pura inocencia, y, sin embargo, la alejan, para que friegue los suelos y duerma en un duro colchón hasta que se le encuentre un marido. —De improviso, Conan dio un puñetazo en el mostrador y escupió. El escupitajo fue a caer sobre madera, pero él no pareció darse cuenta—. Por la gracia de Mitra, cimmerio, ¿pues qué esperabas? Solo ha pasado una noche desde que te dije que no sabía nada. ¿Es que soy un brujo, que pueda conjurar noticias donde antes no las había? Si quieres respuestas caídas del cielo, pregúntale al viejo Sharak que está ahí. Él… —de pronto, sus ojos descubrieron el escupitajo. Con ahogado grito lo limpió, como si hubiera podido contaminar la madera.

Conan miró alrededor, buscando al astrólogo que había conocido en Shadizar. El encorvado viejo, ataviado con la que parecía ser la misma túnica marrón, raída y llena de remiendos que había llevado en Shadizar, se estaba sentando, tambaleante, sobre un taburete, cabe la puerta. El cabello blanco le escaseaba más que nunca, y como siempre se apoyaba en un largo bastón de madera negra, que, según él decía, era un bastón de poder, aunque nadie

hubiera visto que lo empleara para obrar magias. Los finos bigotes le colgaban sobre la boca delgada y el estrecho mentón, y tenía agarrado un montoncillo de pergaminos con sus manos huesudas.

Ferian pasó otra vez el trapo por encima del mostrador y lo volvió a mirar con suspicacia.

—No me gusta deber favores, cimmerio —murmuró.

—Y a mí no me gusta que me los deban —los gélidos ojos azules de Conan miraban la rubia cerveza—. Al cabo de un tiempo, empiezo a pensar que no me los van a devolver, y eso todavía me gusta menos.

—Yo pago mis deudas —dijo el otro en protesta—. Soy un hombre honrado. Lo saben desde Shahpur a Shadizar. Desde Kuthchemes a…

—Entonces, págame.

—¡Pero hombre, por el Trono de Erlik el Negro! ¡No está tan claro que lo que tú me contaste valga más que el viento que sopla en la calle!

Conan habló con la misma firmeza con que una daga sale de su vaina.

—¿Me estás llamando mentiroso, Ferian?

El aludido parpadeó, y tragó saliva. De pronto, le pareció que todo se desdibujaba a su alrededor salvo el cimmerio. Y recordó, al tiempo que su estómago se encogía, que entre los rasgos más incivilizados del joven se contaba una peligrosísima susceptibilidad en todo lo tocante al valor de su palabra.

—No, Conan —dijo con risa temblorosa—. Por supuesto que no. Me has entendido mal. Yo solo quena decir que no conozco el valor de esa noticia. Nada más.

—Si esta misma noche no has sacado oro de lo que te dije —manifestó Conan, con una carcajada de menosprecio—, yo me hago sacerdote de Azura.

Ferian frunció el ceño, murmuró algo entre dientes y dijo por fin:

—Quizá tenga alguna vaga idea de lo que vale. El cimmerio mostró sus fuertes y blancos dientes con una sonrisa. El tabernero se agitó incómodamente.

—Si sabes lo que vale, Ferian, quizá podamos acordar otro pago diferente del inicial.

—¿Otro pago? —pese a sus orondas mejillas, los ojos del mesonero le miraron con suspicacia de rata—. ¿Qué otro pago? —Conan dio un largo trago de cerveza mientras esperaba que al otro le creciera el interés—. ¿Qué otro pago, cimmerio?

—Para empezar, hospedaje.

—¡Hospedaje! —Ferian abrió la boca como un pez, con sorpresa y alivio—. ¿Eso es todo? Por supuesto. Puedes ocupar un cuarto durante…, durante diez días.

—Eso es honradez —murmuró Conan con sarcasmo—. Tu mejor cuarto. No la zahúrda donde dormí la pasada noche. El gordo disimuló una necia risilla.

—Si no interpreto mal la mirada de Zasha, poco dormiste. —Se aclaró ruidosamente la garganta al ver cómo le miraba Conan—. Pues muy bien. El mejor cuarto.

—Y no durante diez días. Durante un mes.

—¡Un mes!

—Y también quiero un poco de información.

—¡Pero si estamos hablando de lo que te voy a dar en lugar de información! —aulló Ferian.

—Información —dijo Conan con firmeza—. No te pido que me la des exclusivamente a mí, como acordamos al principio, pero, durante este mes, me tendrás al tanto de todo, y con puntualidad.

—Ni siquiera he aceptado todavía que vaya a hospedarte durante un mes.

—Oh, sí. Entrarán en ello la comida y la bebida. Tengo buen apetito —dijo riendo. Levantando la jarra, la vació en su garganta —. Me seguirás dando cerveza khorajana.

Ferian se aferró la lustrosa cabellera, como deseando arrancársela de raíz.

—¿Quieres algo más? ¿Esta posada? ¿Mi querida? Tengo una hija en alguna parte de Zamora, ¿quieres que vaya a buscarla y te la traiga a tu cama?

—¿Es bonita? —preguntó Conan. Calló como para pensárselo, y luego negó con la cabeza—. No, con el hospedaje y lo demás que te he dicho ya me basta —Ferian balbució algo, y los ojillos brillantes le resaltaron en su rolliza cara—. Por supuesto —siguió diciendo el cimmerio—, es posible que no logres saldar la deuda. Ya comprendes que lo que quiero es que me proporciones información

interesante, ¿verdad? La noticia que yo te di valía lo suyo, y no espero menos a cambio. Estaría bien que pudieras satisfacer pronto tu deuda —su voz se mezclaba con un gruñido, y el rostro se le ensombreció paulatinamente—. Ya sabes que los bárbaros no somos tan comprensivos como vosotros, los hombres civilizados. Bueno, si pasaran diez o veinte días sin que me dijeras nada, podría llegar a imaginar que pretendes aprovecharte de mí. Entonces me pondría furioso. Sería capaz de… —sus grandes manos, de pronto, agarraron el mostrador como si fueran a volcarlo.

Solo después de forzarse un tanto los labios, Ferian logró gritar: «¡No!», y agarró la mano de Conan con la suya propia.

—Trato hecho —gritó—. Quedamos de acuerdo. El mes, y todo lo j demás. ¡Trato hecho!

—Trato hecho —dijo Conan.

El orondo mesonero lo miró fijamente.

—Un mes —gimió—. Mis sirvientas se pasarán el día en tu cama. Ni se te ocurra tocarlas, cimmerio, porque entonces no habría manera de que trabajaran. Te aprovechas de mí. De mi buena naturaleza.

—Y eso que no te la conocía, Ferian. Quizá tomándote una purga se te pase.

—Gracias a Mitra que la mayoría de cimmerios prefieren vivir en esos gélidos yermos abandonados de la mano de los dioses. Si empezarais a bajar al sur, malditos diablos de ojos azules, os apoderaríais del mundo entero.

—No te pongas así —le dijo Conan en tono de reprensión—. Apostaría lo que te va a costar mi estadía en tu posada. Ferian gruñó.

—Pero ni se te ocurra tocar a mis sirvientas, cimmerio. Vete. Si quiero recuperar lo que me cuestas, no puedo pasarme el día aquí charlando contigo. Vete a hablar con Sharak.

El joven cimmerio rio, apurando la jarra de oscura cerveza.

—Por lo menos podrá contarme qué dicen las estrellas.

Aun después de que se alejara del mostrador, Ferian siguió mascullando algo sobre él.

El astrólogo miró con ojos miopes a Conan al acercarse este a la mesa donde se sentaba el viejo; entonces, una sonrisa arrugó sus magras facciones. La piel del rostro apenas si ocultaba las formas de

su cráneo.

—Me parecía haberte visto, Conan, pero estos ojos…, ya no soy el mismo de hace veinte años, ni siquiera el de hace diez. Querría ofrecerte una copa de vino, pero mi bolsa está fláccida como los pechos de mi mujer. Que los dioses le protejan la osamenta —añadió, con el desenfado de un hombre que ha dicho algo tantas veces ya que lo repite sin darse cuenta.

—Da igual, Sharak. Yo pagaré el vino.

Pero tan pronto como Conan se volvió para pedir, una de las mozas se acercó a la mesa apresuradamente y le trajo al astrólogo un cuenco humeante de estofado con lentejas, una hogaza de pan malo y una jarra de vino. Cuando hubo dispuesto la comida, se volvió hacia el musculoso joven. Pero de pronto se pintó la sorpresa en sus oscuros ojos gatunos, y se alejó de un salto, conteniendo un chillido. Sharak se echó a reír. Entonces la moza miró al viejo, al tiempo que se frotaba nerviosamente una nalga, y se fue.

Los graznidos de Sharak se interrumpieron por un ataque de tos, que solo logró controlar con dificultad.

—No funciona —dijo cuando pudo hablar—, aunque les dejes creer que eres demasiado viejo para ser peligroso.

Conan echó atrás su melena negra y rio con un rugido.

—Tú jamás te harás viejo —dijo por fin.

—Ya estoy senil —dijo Sharak, hundiendo una cuchara de cuerno en el estofado—. Eso es lo que dice Ferian, y empiezo a creer que tiene razón. Me da un cuenco de estofado dos veces por día, y si no me lo diese tendría que comer lo que encontrara entre la basura, como muchos hacen cuando son viejos. Además, casi no tengo ningún otro cliente. A cambio del estofado le leo las estrellas. Cada día se las leo, y difícilmente podría encontrar en ellas un relato más aburrido.

—Pero ¿por qué no tienes clientes? Tú leías las estrellas como un escriba lee la escritura de un pergamino. Nunca me fallaste en tus predicciones, aunque, a veces, lo que decías no me resultaba nada claro.

—Es por culpa de estos turanios —dijo el viejo resoplando—. En mal día vine aquí. Confunden el nombre de la mitad de las estrellas, y cometen también otros errores. Errores importantes. Los necios de esta ciudad que se hacen llamar astrólogos tuvieron la desfachatez

de acusarme de heterodoxia ante el Gremio. Solo por pura suerte me salvé de acabar en la hoguera. Sin embargo, el resultado fue el mismo. Si abriera un establecimiento sin el imprimátur del Gremio, me arrestarían. Los pocos que tienen tratos conmigo son extranjeros, y solo vienen porque les leo las estrellas por una jarra de vino o un mendrugo de pan, en vez de cobrarles una moneda de plata como otros. Si consiguiera una moneda de plata, volvería a Zamora de inmediato.

Con un gemido plañidero, se metió en la boca otra cucharada de estofado.

Conan calló por un momento. Rebuscó cuidadosamente en su bolsa y sacó una moneda de plata, que echó sobre la mesa de rugosa madera.

—Dime mi horóscopo, Sharak.

El anciano de enjutas carnes quedó inmóvil, con la cuchara a medio camino de la boca. Miró la moneda, parpadeando, y luego miró a Conan.

—¿Por qué?

—Quiero saber lo que me espera en esta ciudad —dijo bruscamente el cimmerio—. Confío más en ti que en cualquier agremiado de Aghrapur, y te voy a pagar, por lo menos, lo que ellos me pedirían. Además —dijo mintiendo—, ya me pesaba la bolsa de tantas monedas que llevaba.

Sharak dudó, y luego asintió con la cabeza. Sin tocar la moneda, revolvió torpemente entre los pergaminos con la mano izquierda, al mismo tiempo que lamía, como ausente, las trazas de estofado que le habían quedado en los dedos de la diestra. Cuando tuvo los pergaminos que buscaba extendidos sobre la mesa, se sacó una tableta de cera de la remendada túnica. Con el borde de un estilo alisó la cera. Casi tocando los pergaminos con la nariz, empezó a copiar símbolos arcanos con ágiles trazos.

—¿No es necesario que sepas cuándo nací y todo eso? —preguntó Conan.

—Recuerdo los detalles de tu carta natal —respondió el otro sin apartar los ojos del pergamino— como si los tuviera dibujados en el reverso de los párpados. Una carta magnífica. Increíble. Mmm. El Carro de Mitra está en retrógrada.

—¿Magnífica? Pues es la primera vez que me hablas de

magnificencias.

Con un suspiro, Sharak se volvió para mirar a Conan.

—También he dicho que es increíble, y no me creerías si te la revelara. Entonces no creerías nada más de lo que te dijera, y yo no podría ayudarte más. Por tanto, no te lo contaré. Ahora, ¿me permitirás hacer aquello por lo que me has pagado? —Volvió la mirada hacia los pergaminos sin esperar respuesta—. Ajá. La Estrella de Sangre entra en la Casa del Escorpión esta misma noche. Es significativa.

Conan negó con un gesto y bebió otro largo trago de oscura cerveza. ¿Es que Sharak trataba de hinchar la paga? Quizá el hábito de intentarlo estuviera ya tan arraigado en él que no podía contenerlo.

Siguió bebiendo. La taberna comenzaba a llenarse, sobre todo de marineros con coletas y de rameras semidesnudas. Las rameras eran sin duda las más interesantes. Una de corta estatura, de senos redondeados y ojos grandes, con un cinto de monedas, y brazaletes y collar dorados, le hizo pensar en Yasbet. Le habría gustado estar seguro de que se hallaba a salvo en su hogar. No, en verdad habría querido tenerla en su propia cama, en su cuarto, pero, ya que no era posible, prefería que estuviera en casa, independientemente de cómo la hubiera recibido Fátima. Si pudiera volver a encontrarla, le alegraría, sin duda, sus días en Aghrapur. Que Emilio hablara de su rubia —¿cómo se llamaba? ¿Davinia?—, como si de la pieza exótica que creían los turanios se hubiera tratado. En su propia opinión, era en las mujeres de ojos oscuros donde ardían los fuegos más vivos, aunque ellas mismas no lo supieran. Pues…

—He terminado —dijo Sharak.

Conan parpadeó, arrancado a sus ensueños.

—¿Qué? —miró la tableta de cera, cubierta de garabateados símbolos—. ¿Qué es lo que dice?

—No está claro —respondió el viejo astrólogo, tirándose de uno de sus delgados bigotes con huesudos dedos—. Hay tres aspectos de gran oportunidad y gran peligro. Mira, el Caballo y el León están en conjunción con la Casa de Dramath, mientras que las Tres Vírgenes están…

—Sharak, yo no sería capaz de distinguir la Casa de Dramath de la de un tejedor de alfombras. ¿Qué significa eso?

—¿Qué significa eso? —le repitió Sharak—. Siempre con lo de ¿qué significa eso? Nadie tiene interés por los aspectos verdaderamente interesantes, los detalles de cómo…, oh, muy bien. Lo primero: es necesario retroceder para poder seguir adelante. Si quieres convertirte en lo que vas a ser, tienes que volver a ser lo que antaño fuiste.

—De poco me sirve lo que dices —murmuró Conan—. Yo ya he sido muchas cosas.

—Pero esto es lo más importante. Esta ramificación, aquí, indica que, si no lo logras, jamás saldrás vivo de Aghrapur. Ya has dado inicio a ciertos acontecimientos.

El aire de la taberna pareció helarse de pronto. Conan habría preferido que el hombre no hubiera tenido tan larga carrera de aciertos.

—¿Cómo puedo haber puesto en marcha esos acontecimientos que dices? Apenas si llevo un día aquí.

—¿Y no has hablado con nadie? ¿Ni has hecho nada? Conan respiró pesadamente.

—¿Dice algo sobre el oro?

—Tendrás oro en las manos, pero no parece nada importante, y además te ocasionará peligro.

—El oro siempre es importante, y siempre ocasiona peligros.

¿Qué dice de mujeres?

—Ah, la juventud —murmuró cáusticamente Sharak—. Pronto estarás complicado con mujeres, con dos, según veo aquí, pero también te acarrearán peligro.

—Las mujeres siempre son, por lo menos, tan peligrosas como el oro —respondió Conan, riendo.

—Una tiene el cabello oscuro, y la otra claro.

La risa del cimmerio se apagó de pronto. ¿Cabello claro? ¿La Davinia de Emilio? ¡No! Implicaría con ello que había de ayudar a Emilio en su robo, y estaba resuelto a no hacerlo. Pero Conan tenía que «volver a ser lo que antaño había sido». Se forzó a apartar aquella idea del pensamiento. No quería volver al robo. La lectura del astrólogo debía de significar alguna otra cosa.

—¿Qué más? —preguntó ásperamente.

—No es por mi culpa que no te guste, Conan. Yo solo leo lo que está escrito en las estrellas.

—¡Te he preguntado qué más hay! Sharak suspiró pesadamente.

—No puedes culparme por… Hay peligro, conectado de algún modo con un viaje. Esta configuración —señaló un renglón de símbolos de extraña figura que había escrito en la cera— señala un viaje por mar, pero estos otros indican tierra. Esto no queda claro.

—Si quieres mi opinión, te diré que nada de lo que me has dicho queda claro —murmuró Conan.

—Cada vez se vuelve menos claro. Por ejemplo, aquí se indica el color amarillo como de gran importancia.

—El oro…

—… poco importa, y da igual que pienses otra cosa. Y esto entraña más peligros que el oro.

El corpulento cimmerio hizo rechinar los dientes audiblemente.

—Por lo que tú dices, aun el respirar conlleva riesgos.

—Bien puedo creerlo cuando miro esta carta. En cuanto al resto, el número trece y el color rojo tienen alguna importancia, y están ligados entre sí. Además, este alineamiento del Mono y la Víbora indica la necesidad de actuar con rapidez y decisión. Duda, y perderás el momento. Y al hacerlo habrás de morir.

—Lo que tenga que suceder, viejo, ya sucederá —exclamó Conan —. No me asustan las estrellas, ni los dioses ni los demonios.

Sharak frunció el ceño, y volvió a dejar la moneda de plata sobre la mesa.

—Si tan desagradable te resulta mi lectura, no puedo aceptar el pago.

La cólera del musculoso joven se apaciguó al instante.

—No es culpa tuya el que me guste o no la lectura que me ofreces. Quédate la moneda, y yo me quedaré con tu consejo.

—Ya tengo ochenta y dos años de edad —dijo el astrólogo, que de pronto aparecía apocado— y nunca, en todo este tiempo, he vivido una aventura. —Levantó su nudoso bastón y se encorvó sobre la mesa—. Esto contiene poder, cimmerio. Podría ayudarte.

Conan disimuló una sonrisa.

—No lo dudo, Sharak. Si necesito tal ayuda, acudiré a ti, no temas. Hay algo que ahora podrías hacer por mí. ¿Sabes dónde podría encontrar a Emilio a esta hora?

—¿Ese ulceroso fanfarrón? —dijo Sharak con desdén—. Frecuenta muchos establecimientos de mala nota, cada uno de ellos

peor que el anterior. —Enumeró rápidamente una docena de mesones y de otros tantos burdeles y garitos de juego—. Podría ayudarte a buscarlo, si de verdad crees que lo necesitas, aunque no alcanzo a imaginar en qué podría serte útil.

—Cuando acabes de cenar, búscalo por los mesones.

—Yo preferiría buscar por los burdeles —dijo el viejo con malicia.

—No, por los mesones —dijo Conan riendo, y se puso en pie.

Sharak, mascullando algo, volvió a dedicarse a su estofado.

Cuando se volvía hacia la puerta, la mirada del cimmerio tropezó con la de un hombre que acababa de entrar, de ojos oscuros y rudos en un rudo y oscuro rostro, y el yelmo enturbantado, rematado en espiral, del ejército turanio. Pese a su estatura media, andaba con la confianza de un hombre más corpulento. El listado de su túnica le señalaba como sargento. Ferian se apresuró, con el ceño fruncido, a recibir al atezado militar. Los soldados no eran clientes habituales del Toro Azul.

—Busco a un hombre al que llaman Emilio el Corinthio —le dijo el sargento a Ferian.

Conan salió sin esperar la respuesta del posadero. Aquello no le incumbía. Esperaba que no.

# 4

Conan entró en el séptimo mesón con paso firme, pese a la gran cantidad de vino y cerveza que había ingerido. El gran número de mozas repantigadas en la oscura y lóbrega estancia, cubiertas de maquillaje y de anillos y brazaletes, desarregladas casualmente sus sedas, le indicó que había un burdel en el piso superior del bajo edificio de piedra. Entre las largas mesas y otras más pequeñas, de caballete, hollando agolpados el suelo de pizarra, los marineros se codeaban con los oficiales de los gremios. Dispersos por la estancia estaban otros cuyo lánguido porte y aceitoso mostacho les señalaban como hombres de elevada cuna, así como sus túnicas de seda bordadas en oro y en plata. Sus finos dedos se tomaban con las rameras las mismas libertades que las manos encallecidas de los marineros.

El cimmerio se repantigó a su vez en uno de los asientos de la taberna y puso dos monedas de cobre sobre la mesa. «Vino», pidió.

El tabernero le trajo una jarra de tosca loza, llena a rebosar de la bebida de avinagrado olor, y recogió las monedas. Era un hombre nervudo y de rostro serpentino, ojos suspicaces de pesados párpados, y boca alargada y firme. No respondería fácilmente a sus preguntas. Otro cliente le llamó, y el tabernero se alejó, al tiempo que se enjugaba las manos con el mugriento delantal que le cubría las piernas larguiruchas.

Conan tomó un trago de su jarra e hizo un visaje de irritación. El vino estaba aguado, y tan avinagrado como su olor.

Al echar una ojeada por la taberna, una moza de partido de extraño atavío le llamó la atención. Pulcra y de bellas curvas, se había subido a una mesilla de caballete y bailaba para una docena de marineros que trataban de manosearla y proferían roncos gritos, y le sobaban con las manos sus largas piernas. Nada le cubría los

pechos untados de aceite, y no llevaba otro atuendo que una única faja de seda, no más ancha que la mano de un hombre, y un cinto estrecho y dorado que caía holgadamente sobre las redondeces de sus caderas, y le cubría hasta los tobillos por delante y por detrás. La razón de su extrañeza era que un opaco velo la cubría desde los ojos oscuros y ardientes hasta el mentón. Las hermanas de la calle pueden pintarse mucho el rostro, pero nunca lo cubren, pues pocos hombres descubrirían de buen grado que el rostro de su adquisición no fuera tan bello como esperaban. Pero no solamente aquella mujer iba velada; vio otras tres ataviadas de la misma guisa.

Conan tiró de la manga de la túnica al tabernero cuando este volvió a pasar.

—Nunca había visto rameras veladas. ¿Es que cubren las marcas de la sífilis?

—Hace poco que llegaste a Aghrapur, ¿verdad? —dijo el hombre, y una leve sonrisa afloró a sus delgados labios.

—No hace mucho. Pero ¿qué pasa con estas mujeres?

—Se rumorea —dijo el otro con afectada sonrisa de satisfacción que algunas mujeres de elevada alcurnia, aburridas de sus hombres que han perdido vigor, se divierten retozando como rameras ordinarias, y llevan los velos para que esos mismos maridos, que frecuentan los burdeles tan a menudo como los demás hombres, no las reconozcan. Ya te digo que es un rumor, pero ¿qué hombre deja pasar la oportunidad de montar a la mujer de un noble por tan solo una moneda de plata?

—No lo creo —dijo Conan con un resoplido—. Habría una muerte en cuanto uno de esos nobles descubriera que la moza de partido por la que había pagado es su propia mujer.

—No. No. Son los otros los que se apretujan en torno a ellas, pero no los nobles. ¿Cómo quieres que un hombre se arriesgue a pasar por la vergüenza de descubrir que su mujer se vende?

Conan vio que lo que le decía era cierto. Alrededor de cada una de aquellas mujeres se apiñaban marineros, y estibadores, y comerciantes, pero los nobles las ignoraban, y preferían mirar a otro lado sin dar muestras de percatarse de su presencia.

—Prueba con una —decía, incitándole, el hombre de serpentina faz—. Por una sola moneda de plata, podrás comprobar tú mismo si mueve su cuerpo debajo del tuyo como una noble.

Conan bebió un largo trago, como pensándoselo. Si hubiera querido divertirse, habría preferido el placer que podía procurarle una honesta ramera que el que le daría una aristócrata que se fingía tal. El tabernero no se adornaba con las bagatelas propias de los alcahuetes —ni sorbía por las narices el aroma de una jarrita de hierbas olorosas, ni llevaba encima las joyas de tres rameras juntas —, pero, sin duda, se quedaba con una parte del dinero que se ganaba sobre las esterillas de los pisos superiores. Hablaría con más libertad si veía en Conan a un posible cliente. El cimmerio dejó la jarra sobre la mesa.

—Tengo que pensarlo —dijo riendo entre dientes, al tiempo que miraba de soslayo a una muchacha que tenía cerca. Esta era una verdadera hija de las esterillas, y llevaba una peluca teñida de color naranja y el rostro tan descubierto como las nalgas, que no cesaban en su meneo—. Pero resulta que estoy buscando a un amigo que tenía que encontrarse conmigo. Tengo entendido que suele frecuentar este lugar en hora temprana.

El tabernero se apartó medio paso, y la voz se le enfrió notablemente.

—Mira en derredor. Si está aquí, lo verás. Y si no…

Se encogió de hombros y se volvió para marcharse, pero Conan le siguió y lo agarró del brazo, con una sonrisa que quería parecer amistosa.

—No lo veo, pero es necesario que lo encuentre. Le llaman Emilio el Corinthio. Al hombre que me dijera dónde encontrarlo, le pagaría el precio por noche de una de estas zorras.

Si Sharak había acertado —y siempre acertaba—, Conan debía encontrar a Emilio, y de poco le servían las indicaciones que le habían ido dando hasta entonces.

El rostro del tabernero se parecía cada vez más al de una serpiente, pero parpadeó al oír el nombre de Emilio.

—Pocos hombres tienen que pagar por conocer el paradero de un amigo. Quizá este sujeto, ¿Emilio, dices que se llama?, no sea amigo tuyo. Quizá no quiera verte. ¡Ashra! ¡Echa de aquí a este necio de ojos claros!

—Puedo demostrarte que le conozco. Es… Una enorme mano aferró las anchas espaldas del cimmerio, y una voz gutural masculló:

—¡Sal fuera!

Conan se volvió para mirar con frialdad la ancha mano y sus nudillos hundidos y llenos de cicatrices. Su mirada gélida y azul recorrió un brazo velludo, tan grueso como lo son las piernas de la mayoría de hombres. Y siguió hasta más arriba. Al llegar a la cabeza y los hombros vio que aquel Ashra era más alto que el propio Conan, y más corpulento, sin traza de grasas. Pese a las cicatrices de sus manos, ninguna marca tenía en el rostro de anchas narices. Conan pensó que pocos hombres debían de ser lo bastante altos como para herirle allí.

Trató de seguir hablando con ponderación. Poca información se encuentra peleando.

—Busco a un hombre conocido de este pellejudo, no es que quiera problemas. Ahora suéltame, y…

Como única respuesta, el gigante tiró del hombro de Conan. Con un suspiro, el cimmerio dejó que el otro le diera la vuelta, pero la sonrisa se borró del rostro de Ashra en cuanto el puño de Conan le golpeó en el costado, y se oyó el sonoro crujido de las costillas que se astillaban. Algunos de los que allí estaban bebiendo gritaron, y se apartaron, tambaleándose, de los dos gigantes. El otro puño del bárbaro golpeó al más alto, y volvió a sentir que destrozaba costillas.

Rugiendo, Ashra agarró con sus dos enormes manos la cabeza del cimmerio y levantó a Conan del suelo, oprimiéndole como para aplastar el cráneo que sujetaba, pero la lobuna luz de la batalla iluminó los ojos del bárbaro. Este logró hacer pasar los brazos por entre los de Ashra y aferró a su vez la cabeza del otro hombre, con una mano encima de esta y otra debajo del pesado mentón. Lentamente le dio la vuelta, y, lentamente, el cuello de toro del otro cedió. Jadeante, Ashra le soltó de pronto, pero aun así logró agarrarse al pecho de Conan para no caer. Haciendo fuerza con ambas manos, trató de quebrar el espinazo del cimmerio.

La sonrisa de Conan habría bastado para helarle a uno la sangre. En el tiempo que tardan en caer los últimos tres granos de arena de un reloj —lo sabía bien— habría podido romperle el cuello a Ashra, pero un asesinato habría cerrado la boca del tabernero como una mordaza. Inesperadamente, soltó al otro. Ashra se echó a reír, creyendo que había vencido. Conan levantó las manos, y luego

golpeó, con ambas palmas abiertas, las orejas del gigante.

Ashra gritó y retrocedió dando traspiés, soltando al cimmerio para cubrirse con ambas manos los oídos sangrantes. Conan le siguió, acabando de destrozar con sus enormes puños las costillas que ya había roto, y propinando luego un tercer trompazo al corazón del corpulento sujeto. Ashra tenía los ojos vidriosos, y las rodillas le flaqueaban, pero no iba a caer. Conan le golpeó de nuevo. La nariz hasta entonces intacta empezó a chorrear sangre, y Ashra se volvió lentamente, y fue a caer sobre una mesa que se hizo astillas bajo su peso. Postrado, se movió como para levantarse, y luego se quedó quieto.

Una multitud se congregó en torno al caído entre murmullos. Dos hombres lo agarraron por los tobillos y se llevaron a rastras el enorme peso, rezongando. Más de una de las rameras miró a Conan con lascivia, al tiempo que se lamía los labios y añadía contoneos a sus andares, y lo propio hacían las que llevaban el rostro velado. Él las ignoró y volvió con el tabernero para seguir con el asunto que traía entre manos.

El posadero de serpentino rostro le miraba desde detrás del mostrador, con expresión casi tan aturdida como la de Ashra. El mazo que empleaba para taponar los barriles colgaba olvidado de su mano. Conan le arrancó de los débiles dedos el pesado martillo y lo sostuvo ante los ojos de aquel hombre, palpándolo primero por la mitad de su grueso mango. Los músculos de sus brazos y hombros se tensaron y abultaron; se oyó un sordo crujido, y Conan dejó caer sobre el mostrador las dos mitades.

El tabernero se lamió los delgados labios. Miraba fijamente a Conan, como maravillado.

—Nunca había visto un hombre al que Ashra no pudiera partir en dos con las manos desnudas —dijo lentamente—. Pero ni siquiera él habría podido… —Bajó la mirada hacia el mazo roto, y tragó saliva—. ¿Buscas trabajo? El que tenía ese saco de carne que se están llevando a rastras ha quedado vacante. Una moneda de plata por día, más un cuarto, comida, bebida, y la ramera que tú elijas, siempre y cuando no la haya requerido un cliente. Me llamo Manilik. ¿Y tú?

—No me dedico a echar borrachos —dijo Conan resueltamente —. Ahora, dime lo que sepas de Emilio.

Manilik dudó, y luego rio nerviosamente.

—Quizá lo conozcas. Tú ya ves que tengo cuidado con lo que digo. Si uno habla cuando no debe, acaba por perder la lengua. La mía ni la muevo.

—Pues muévela ahora. Habla de Emilio.

—Pero si ese es el problema, forastero. Oh, algo sé de Emilio —se apresuró a decir cuando vio que Conan cerraba el puño sobre el mostrador—, pero muy poco. Y no le he visto desde hace tres días.

—Tres días —murmuró Conan, abatido. Había encontrado ya a muchos que conocían a Emilio, pero ninguno había visto al corinthio durante los últimos tres días—. Ese idiota fanfarrón debe de estar mirándose en el espejo, o revolcándose con la fogosa de su Davinia —masculló.

—¿Davinia? —dijo Manilik sorprendido—. Si la conoces a ella, quizá también conozcas de verdad… —se interrumpió con una risa nerviosa ante la gélida mirada de Conan.

—¿Qué sabes tú de Davinia, Manilik?

El posadero se estremeció, tan silenciosamente había formulado el otro la pregunta. Aquel le pareció el silencio de la tumba, quizá el de su tumba si no se daba prisa en responder. Las palabras salieron de su boca como el agua de la fuente.

—Es la amante del general Mundara Khan, bárb…, esto, extranjero, y una mujer peligrosa para gentes de la ralea de Emilio, no solo por ser quien es el que la mantiene, sino por su propia ambición. Se dice que las queridas tienen cuerpo, pero no nombre. Y sin embargo, el nombre de esta Davinia es conocido. Hace menos de dos años apareció en Aghrapur de la mano de un mercader de marfiles procedente de Punt. El mercader se marchó, y ella se quedó. En la casa de un mercader de gemas menor. Desde entonces ha logrado ir cambiando de manos con gran habilidad. Primero pasó a las de un mercader de alfombras moderadamente rico, y ahora a las de Mundara Khan, un primo del propio rey Yildiz, que sería príncipe de no haber nacido de una concubina.

El torrente de palabras empezó a refrenarse, y luego se detuvo. La codicia y el miedo se enfrentaban en el mismo rostro de Manilik, y contraía los labios, dolido por tener que dar lo que, en otra situación, habría vendido.

Conan rio con desprecio y mintió.

—¿Es que solo sabes decirme lo que se cuenta por todas las esquinas? Pues vaya, si he oído que hasta las rameras, mientras hacen la calle, apuestan sobre si el próximo lecho agraciado por Davinia será el del propio rey Yildiz. —Estaba buscando una manera de disipar la duda que todavía arrugaba el entrecejo del tabernero—. Luego —siguió diciendo— me contarás que, como elige a sus amos solo para mejorar su condición, tiene que arriesgarse a abandonar la cama del dueño para disfrutar de placeres propios —¿De qué otra manera podía explicarse lo de Emilio y de esta Davinia resuelta a mejorar su estatus?

Manilik parpadeó.

—No tenía ni idea de que lo supiera tanta gente. Si es así, los hay que querrán reclamarle el dinero que les debe antes de que Mundara Khan le haga castrar y despellejar. Más le conviene tener el oro del que se jacta, porque en caso contrario no vivirá para sufrir la clemencia del general.

—Habló de oro, ¿verdad? —le insistió Conan.

—Sí, él… —Los pesados párpados del posadero se abrieron desmesuradamente—. ¿Quieres decir que mentía? Había dicho que en cuatro o cinco días el oro le resbalaría de las manos. Si de verdad eres amigo del corinthio, prevenle contra un tal Narxes, un zamorio. Se le ha terminado la paciencia con las excusas de Emilio, y maneja de tal manera el cuchillo que tu amigo habrá de llorar por no haber muerto. A Narxes le gusta dar ejemplo para otros que pudieran no pagarte lo que le deben. Dile, sin embargo, que no comente con nadie que le he puesto sobre aviso. No quiero que el zamorio venga a por mí antes de que Emilio acabe con él.

—Se lo diré —le respondió Conan secamente.

Manilik se lamía los delgados labios, y parecía encarnar la avaricia. En cuanto pudiera, el tabernero le mandaría un mensajero al tal Narxes. Tanto si sobrevivía Narxes como si lo hacía Emilio, Manilik diría que su advertencia había inclinado la balanza. Pero Conan no quería causarle más problemas al ladrón corinthio.

—Por lo que yo sé, es verdad que recibirá ese oro, tal como él dice.

El posadero se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, te creo, extranjero —pero su voz aparecía totalmente falta de convicción.

Conan se fue con una sonrisa de ironía, pero al salir se detuvo y se quedó allí, recostado en la puerta. El Sol crepuscular iluminaba los tejados cual esfera sanguinolenta. Momentos después, una camarera esbelta y morena salió a toda prisa de la posada, envuelta en una burda capa de lana marrón. El cimmerio agarró a la muchacha por el brazo y la atrajo hacia sí. La moza le miró boquiabierta, y le miró con ojos desorbitados y oscuros.

—Es a ti a quien Manilik ha mandado a ver a Nances —dijo él.

Ella se irguió como para retarle —aunque no le llegara a Conan más arriba del pecho— y le miró con inquina.

—No te diré nada. Suéltame.

Tras soltarla, Conan la medio empujó a la calle.

—Vete, pues. Eres la primera que conozco que va corriendo a que le rebanen el gaznate.

La muchacha vaciló; se frotaba el brazo, y miraba de soslayo a los carretones que rodaban con estruendo sobre el empedrado. Los marineros y comerciantes se agolpaban entre los vehículos de altas ruedas. Con una carrerilla, la muchacha habría podido desaparecer entre ellos. Pero en cambio, dijo:

—¿Por qué iba a hacerme daño Narxes? En mi vida he tenido una moneda de cobre que pudiera apostar en sus mesas. La gente de mi condición jamás entra por su puerta.

—¿Quieres decir que no sabes nada? —dijo Conan con incredulidad—. Esto cambia las cosas.

—¿Que no sabía el qué? ¿Qué es lo que pasa?

—He oído que Manilik decía que le mandaba una muchacha a Narxes para que… —dijo, y dejó la frase a la mitad, al tiempo que meneaba la cabeza—. No, de nada serviría. Más te vale no saberlo. De todos modos, no podrías escapar.

La joven rio, temblorosa.

—Estás tratando de asustarme. Yo solo iba a decirle a Narxes que Manilik tiene que comunicarle algo. ¿Qué has oído tú?

Conan calló, arrugando el entrecejo como sumido en sus pensamientos, hasta que la muchacha se le acercó y le tocó el brazo con su mano temblorosa.

—¡Tienes que decírmelo! Por favor…

—De nada te serviría —dijo Conan, afectando reluctancia—. Narxes va a encontrarte, y no importa hasta dónde huyas.

—Mis padres tienen una granja lejos de la ciudad. No sería capaz de encontrarme allí. ¡Habla!

—Narxes ha estado vendiendo muchachas jóvenes al Culto de la Condenación para sus sacrificios —dijo él, mintiendo, y se inventó algún detalle—. Te atarán a un altar, y, tras cortarte la garganta, llenarán un cáliz con tu sangre, y luego…

—¡No! —La muchacha retrocedió, tambaleándose, y se cubrió la boca con la mano. El rostro se le puso verdoso, como si hubiera caído víctima de alguna dolencia—. En mi vida había oído que el Culto de la Condenación realizara tales sacrificios. Además, el empleo de personas libres desde su nacimiento para los sacrificios está vedado por la ley.

—¿Y cómo va a saberlo nadie, una vez estés convenientemente muerta y tu cadáver haya sido arrojado al mar? —Conan se encogió de hombros—. Pero si no me crees, ve con Narxes. Quizá él te lo explique de camino hacia la fortaleza del Culto.

—¿Qué puedo hacer? —dijo ella gimiendo, al tiempo que echaba a andar precipitadamente, ora a un lado, ora hacia el otro—. No tengo dinero, no tengo nada aparte de lo que llevo encima. ¿Cómo voy a llegar hasta la granja de mis padres?

Con un suspiro, Conan se sacó un puñado de monedas de cobre de la bolsa. Emilio se las reembolsaría si no quería tener problemas.

—Toma, muchacha. Con esto podrás llegar hasta allí.

—Gracias, gracias. —Casi lloriqueando, la joven le quitó las monedas de la mano que le tendía y se fue corriendo.

«Ni siquiera me ha dado un beso de gratitud», pensó Conan, malhumorado, al verla desaparecer por la abarrotada calle. Pero, si había suerte, Manilik tardaría por lo menos un día en saber que sus planes le habían salido mal. Tenía un día para buscar a Emilio, sin que tuviera que preocuparle la posibilidad de hallarlo muerto. La historia que había inventado para la muchacha había resultado todavía más convincente de lo que esperaba. Sonriendo satisfecho, se alejó por la calle.

Entre las sombras del incipiente crepúsculo, no llegó a ver a un hombre de cráneo afeitado y azafranado ropaje, de pie a la entrada de un callejón, cabe la posada de la que acababa de salir, que le observaba con interés.

# 5

La noche cubría la fortaleza de marfileños muros que albergaba al Culto de la Condenación. No se vislumbraba ni un atisbo de luz, pues los miembros del Culto se levantaban, trabajaban, comían y dormían siguiendo la orden dada. No malgastaban una sola moneda de cobre en candelas. En una estancia interior, sin embargo, donde Jhandar se reunía con aquellos que le seguían con más fidelidad, algunas lámparas de bronce con forma de león iluminaban los bajorrelieves de las paredes de alabastro y los mil colores del mosaico del suelo.

Los cuarenta hombres de azafranada túnica que aguardaban bajo la cúpula se arrodillaron cuando entró Jhandar, y se tocaron la frente con una daga.

—Bendito sea el Caos sagrado —salmodiaron—. Bendito sea el desorden, la confusión y la anarquía.

—Bendito sea el Caos sagrado —respondió el mago maquinalmente. Iba vestido, como tenía por costumbre, igual que los demás.

Miró de soslayo la bandeja lacada de esmeraldas y oro que había sobre una mesilla de tres patas, delante de los hombres que le aguardaban. Examinó con las manos la cuarentena de pequeñas botellas de piedra que reposaban sobre la bandeja, y sus dedos parecían lenguas de serpiente que pudieran sentir la frescura de la sangre que contenían aquellos taponados recipientes.

Uno de los hombres pareció turbarse.

—Todas las muertes tuvieron lugar en las horas que se habían precisado, Gran Señor.

Jhandar acusó la presencia del otro tan solo con un irritado parpadeo. No era necesario decir que las víctimas habían muerto tal y como él había ordenado, y a la hora que él había ordenado. Los

que se arrodillaban ante su presencia no sabían por qué aquellos hombres habían tenido que morir de aquel modo, ni siquiera sabían por qué tenían que recoger la sangre de sus víctimas mientras a estas todavía les palpitaba el corazón. Creían saber mucho, pero en realidad solo sabían obedecer. Para lo que Jhandar pretendía, con eso bastaba.

—Marchaos —ordenó el nigromante—. Os aguardan comida y bebida. Luego, dormid. Marchaos.

Jhandar esperó hasta que la pesada puerta de bronce se hubo cerrado ruidosamente a sus espaldas, y luego habló de nuevo.

—Che Fan —dijo—. Suitai. Compareced.

Dos hombres, altos, esbeltos y vestidos de negro, aparecieron como si se hubieran materializado en el aire. Solo un ojo aguzado habría alcanzado a ver el panel móvil de piedra de detrás del cual habían salido. Pero hay que decir que incluso ese ojo aguzado habría tenido que concentrarse en el panel hasta el punto de no ver nada más. Aun en Aghrapur, aquellos dos hombres habrían llamado la atención. Tenían los ojos negros y rasgados, y la piel del mismo color que el pergamino que se deja al Sol hasta secarse, pero en cuya tersura no se apreciaban los estragos de la edad. Alguien los habría tomado por un par de gemelos, aunque el llamado Che Fan parecía una pizca más alto. Por nacimiento y por formación eran asesinos, capaces de matar con solo un toque de la mano.

Suitai cogió la bandeja, al tiempo que Che Fan se apresuraba a abrir una pequeña puerta de madera, lacada y pulida hasta brillar como un espejo. Jhandar entró por ella, y los dos hombres le siguieron. El pasadizo al que daba era estrecho, y lo iluminaba el resplandor de las lámparas de oro que colgaban de los candelabros de la pared; y estaba vacío. El mago de afeitada cabeza ocultaba a sus dóciles asesinos, para que nadie supiera cuál era su verdadero oficio. Ni siquiera los Elegidos les veían a menudo.

El angosto corredor concluía en una estancia, en el centro de la cual había un círculo de mera mugre, de muerta esterilidad. Grandes columnas estriadas sostenían el techo —una cúpula de alabastro— y circundaban el desnudo suelo trece pilares de contornos escuadrados, truncados a la altura del talle.

Como tantas otras veces, Suitai empezó por dejar los recipientes de piedra en la espesa mugre. Los separó en cuatro grupos de cinco,

cada uno de los cuales formaba una cruz.

—Gran Señor —Che Fan habló con un ronco susurro—. Hacemos lo que tú nos ordenes, pero nuestra existencia sigue resultándonos huera.

Jhandar le miró sorprendido. Los dos asesinos nunca hablaban, a menos que se les hubiera hablado.

—¿Preferiríais hallaros en el lugar donde os encontré? —les preguntó con severidad.

Che Fan dio un paso atrás. Él y Suitai se habían visto emparedados vivos en la fortaleza khitania donde Jhandar había estado preso. Por accidente, el nigromante los había liberado en su propia fuga, y ellos a su vez habían jurado seguirle. Jhandar no estaba seguro de que creyeran que de verdad podía devolverlos a su lenta muerte en Khitai, pero al menos parecían creerlo.

—No, Gran Señor —dijo por fin el khitanio—. Pero Suitai y yo te rogamos que nos permitas emplear nuestros talentos en tu servicio. Desde que…

Dejó de hablar. Suitai alzó la mirada tras dejar el último de los recipientes, y luego evitó cuidadosamente volver a mirar a ninguno de los dos hombres.

El rostro de Jhandar se ensombreció. Hablar del pasado lejano era una cosa, y hablar del pasado reciente otra muy distinta. No le gustaba que le recordaran su fracaso y su ignominia. Aunque se esforzó en evitar que se le alterara la voz, lo que le vino a los labios parecía el chirrido de acero sobre roca viva.

—¡Necio! Tus talentos, lo que tú llamas así, destruyen la esencia del hombre, como bien sabes. Cuando matáis, no queda nada de la víctima que yo pueda evocar. Cuando vuelva a necesitar vuestras artes, si es que vuelvo a necesitarlas, ya os daré órdenes. A menos que queráis entrar en el círculo y recibirlas ahora mismo.

Suitai se apartó violentamente de la mugre reseca.

—No, Gran Señor —le respondió al instante Che Fan—. Os ruego disculpas por mi presunción.

Ambos asesinos se inclinaron al unísono. Jhandar dejó por unos momentos que siguieran inclinados, y luego volvió a hablar.

—Erguíos. En los días por venir, habrá tarea suficiente para saciar aun vuestros deseos. Ahora, marchaos hasta que vuelva a llamaros. Tengo que llevar a cabo mi propia labor.

Mientras se alejaban, todavía inclinados, de su presencia, Jhandar dejó de prestarles atención. Otros asuntos más urgentes le exigían concentración plena.

Sacó de su túnica un trozo de tiza negra. Sobre cuatro de los pilares, todos ellos a idéntica distancia del centro del círculo, trazó los antiguos ideogramas khitanios de las cuatro estaciones, cantando al mismo tiempo en una lengua que ni él mismo comprendía, aunque sí entendía los efectos de las palabras. Luego dibujó los ideogramas de los cuatro humores, y luego los cuatro elementos, y en todo el tiempo no dejó de entonar hechizos primordiales. Pero quedaba todavía uno de aquellos pilares pequeños de contorno escuadrado. Dibujó el símbolo de la vida y luego, al instante, encima de este, el símbolo de la muerte.

El aire se fue enfriando hasta que el blanquecino hálito acompañó a su aliento, y su voz se tornó más hueca, como surgida de un profundo abismo. Una neblina se arremolinaba sobre el círculo de tierra, azul con trazas escarlatas, semejante a la que se había cernido sobre el Estanque de las Postrimerías, pero pálida y transparente. El vello de los brazos y piernas de Jhandar se erizaba. Este sentía el poder que fluía en su interior y se arremolinaba en torno a sus huesos.

En el centro de la neblina arrojó destellos una luz, un relámpago argénteo y lívido. En el aire silencioso tuvo lugar una palpitación, que concluyó en monstruoso trueno. Todos los recipientes de piedra que se hallaban dentro del círculo quedaron reducidos a innumerables granos de arena, y la reseca mugre bebió sangre. Los tenues vapores empezaron a refulgir.

Sin interrumpir el encantamiento, Jhandar buscó dentro de sí la raíz del poder que le corría por las venas, la agarró, la dobló a su mandato. Con cada fibra de su ser deseó una evocación, ordenó una evocación, forzó una evocación.

La tierra cuajada de sangre se agrietó y se partió, y una mano salió de la grieta para tratar de arañar el suelo, una mano sarmentosa y deforme, con uñas como garras, con la piel de color verdegrís jaspeado y mohoso. Otro palmo del suelo empapado en sangre se rompió, y varias manos deformes hasta la monstruosidad pugnaron por subir, por salir. Y luego otra, y otra. Un baboso jadeo logró aflorar a la superficie. Inexorablemente atraídos por el cántico

de Jhandar, lograron abrirse paso desde las entrañas de la tierra: figuras deformes y achaparradas, que poco se asemejaban a seres humanos, pues todos los evocados eran manifestaciones corpóreas de las esencias de hombres y mujeres asesinados. Ya no podía distinguirse el hombre de la mujer. Todos podían considerarse neutros, y su piel jaspeada y carente de vello apenas si ocultaba la forma de sus abovedados cráneos, cuyos ojos opalescentes habían visto desde dentro la tumba. Con su boca sin labios proferían una cacofonía de aullidos y lamentos.

Jhandar interrumpió su cántico, y con mal humor percibió que el Poder escapaba de su cuerpo, igual que el agua del aguamanil se vierte. Con el Poder, también desapareció la neblina del círculo. Las rapaces criaturas se volvieron hacia él, y pareció que le vieran por primera vez; sus chillidos subieron de tono.

—¡Callad! —gritó él, y desapareció todo ruido como si lo hubiera cortado con un cuchillo.

Era él quien los había evocado; los otros solo podían obedecer, aunque algunos le miraran con furia nacida del infierno. Siempre había algunos que lo hacían.

—Escuchad mis palabras. Todos vosotros vais a volver a la casa donde servisteis en vida. —Se alzó un leve gemido, que fue acallado —. Allí, en forma incorpórea, observaréis, y escucharéis. Lo que vuestros antiguos amos y señoras no quieren que se sepa, eso es lo que me contaréis cuando vuelva a evocaros. No haréis nada más, si no os lo ordeno.

Había aprendido ya que era necesario dar esta última orden, aunque poco podían hacer aquellos si no les era ordenado.

—Oigo —dijeron con apagado gimoteo— y obedezco.

—Entonces, por el poder de la tierra y el Poder del Caos mediante los cuales os he evocado, marchaos.

Acompañadas por el estallido del aire que ocupaba el lugar donde habían estado, las deformes criaturas desaparecieron.

Jhandar sonrió al salir de la estancia. Ya sabía más de los secretos de Turan que otros diez hombres juntos. Susurrando al oído oportuno aquel secreto por el que su propietario habría muerto, influía ya en las decisiones que se tomaban en las esferas más elevadas. No, más bien tomaba esas decisiones. Muy pronto el mismo trono se doblegaría ante su voluntad. No pensaba exigir que

su posición como verdadero gobernante de Turan se hiciera pública. Con gobernar le bastaba. Primero en Turan, más adelante quizás en Zamora, y luego…

—Gran Señor.

Roto su ensueño, Jhandar miró con ira al hombre de cráneo afeitado que se le había acercado por un corredor principal de su fastuosa residencia. Lámparas de oro y plata, hechas con el metal fundido de piezas de orfebrería que le habían procurado los nuevos miembros del Culto, arrojaban los parpadeos de su luz sobre las paredes cuajadas de porfirio y ámbar.

—¿Por qué me molestas, Zefran? —le preguntó. Ni siquiera los Elegidos podían acercarse a él por su propia voluntad.

—Perdonadme, Gran Señor —respondió Zefran, inclinándose exageradamente—, es que he tenido un muy turbador encuentro en la ciudad, hacia la hora del ocaso.

—¿Un encuentro muy turbador? ¿Qué sandeces estás diciendo? No tengo tiempo para necedades.

—Era un bárbaro, Gran Señor, que hablaba de los sacrificios que tienen lugar dentro del Culto, del altar y de la sangre.

Jhandar aferró su propio atuendo con manos cuyos mismos nudillos habían palidecido.

—¿Un hirkanio? ¿Era hirkanio?

—No, Gran Señor.

—Tenía que serlo.

—No, Gran Señor. Su piel era pálida, salvo por el bronceado del Sol, y sus ojos extrañísimos, azules como el mar.

Jhandar flaqueó y tuvo que apoyarse en la pared. En Hirkania, allende el mar de Vilayet, él había fundado por primera vez el Culto, había creado y confinado por primera vez un Estanque del Caos. Había querido fraguar, a partir de las dispersas tribus de fieros jinetes hirkanios, una única fuerza, dócil a su palabra. Había querido arrojar una ola de guerreros contra Turan y Zamora, y contra el Oeste, hasta llegar al mar. Había querido…

Pero no llegó a controlar adecuadamente las manifestaciones de los espíritus. Estos lograron comunicar a los vivos lo que sucedía dentro de la fortaleza que había estado construyendo, y los tribeños se habían vuelto contra él, habían asesinado a los que le seguían. Solo desatando el poder, y transmutando en infierno una parte de

las estepas hirkanias, había logrado escapar. Aquellos hirkanios creían en la venganza sangrienta. En lo más profundo de Jhandar había quedado enterrada la semilla del miedo, y ese miedo le había seguido a través del mar. Lo juzgaba ridículo, y sin embargo no podía librarse de él.

—Gran Señor —dijo Zefran dubitativamente—, no comprendo por qué os preocupan esos sucios hirkanios. Los pocos que he visto en…

—Tú no comprendes nada —rugió Jhandar—. Ese bárbaro ¿lo mataste?

Zefran se agitó incómodamente.

—Gran Señor, le…, le perdí de vista, porque era de noche y había mucho gentío por los mesones cercanos al puerto.

—¡Necio! ¡Saca del lecho a tus camaradas! ¡Buscad a ese bárbaro! ¡Tiene que morir! ¡No! Traédmelo más bien. Tengo que saber cuántos otros se han enterado. Y bien, ¿a qué esperas? ¡Vete, necio! ¡Vete!

Zefran salió corriendo, y dejó a Jhandar con la mirada perdida en el vacío. «Que no suceda otra vez», pensaba el nigromante. No había de fracasar de nuevo. Reduciría todo el mundo a escombros si era necesario, pero no iba a fracasar.

# 6

Conan bajó a la taberna del Toro Azul, poniendo su cuidado en cada paso. No temía abrirse el cráneo aun cuando diera un paso en falso, pero más le valía no correr riesgos. La noche anterior había ido de posada en posada, de jarra en jarra, en inacabable sucesión. Y tan solo había obtenido, a cambio de sus desvelos, una cabeza como un barril.

Vio a Sharak, que devoraba ansioso un cuenco de estofado, y el entusiasmo del viejo le desagradó. Con un suspiro, se repantigó en un banco, cerca de la mesa del astrólogo.

—¿Tienes que engullir todo eso con tanta avidez, Sharak? —murmuró el cimmerio—. Lo que estás haciendo volvería del revés el estómago de cualquiera.

—El secreto está en llevar una vida limpia —dijo Sharak con jubilosa risilla—. Yo vivo como conviene, y por ello nunca tengo que sufrir una cabeza llena de humores espirituosos. O, al menos, raramente la sufro. La pasada noche, mientras preguntaba por Emilio, descubrí que a las rameras de esta ciudad las atrae la astrología zamoria. ¿Y sabes por qué?

—¿Qué has sabido de Emilio, Sharak?

—Porque es extranjera. Creen que todo lo que viene de afuera tiene que ser mejor. Por supuesto, había algunas que no querían pagar en oro y plata, sino con otra moneda. —Soltó otra risilla—. He pasado la noche en los brazos de una moza que tenía los más maravillosos…

—Sharak, ¿me hablas de Emilio?

El viejo de carnes macilentas suspiró.

—Si fueras tú el que quisiera pavonearse, yo no te lo impediría. Bueno, vamos a ver. No es que haya descubierto gran cosa. Nadie le ha visto durante, al menos, dos noches. Tres personas diferentes, sin

embargo, dos de ellas, rameras, me dijeron que Emilio había dicho que en el día de ayer iba a cerrar un trato del que sacaría mucho oro. Quizá alguien le haya apiolado para quitárselo.

—Defendería a Emilio de cualquier hombre que haya en esta ciudad —respondió Conan—, con espadas, con cuchillos, o a manos desnudas.

Pero no había entusiasmo en su voz. Estaba seguro ya de que Emilio había muerto, lo habían matado cuando trataba de robar el collar. Y seguramente, en plena borrachera.

—Tendría que haber ido con él —murmuró.

—¿Adónde? —preguntó Sharak—. No importa. Más de uno contaba con apoderarse de ese oro. Yo mismo he oído que el tahúr Narxes había proferido amenazas contra Emilio como para quitarme el apetito. —Se metió otra cucharada de estofado en la boca—. También hay que contar con que Nafar el alcahuete, y un prestamista kothio llamado Fentras, e incluso un militar turanio, un sargento, le buscaban. Si todavía vive, se habrá marchado ya de Aghrapur, y con razón.

—Emilio quería robar en la fortaleza del Culto de la Condenación, Sharak. Yo creo que lo intentó hace un par de noches.

—Entonces es que ha muerto —dijo Sharak con un suspiro—. Ese lugar se ha ganado mala fama entre la Hermandad de las Sombras. Algunos ladrones dicen que el mero pensamiento de robar allí es motivo de muerte.

—Pensaba robar un collar de trece rubíes para una mujer rubia. Quería que lo ayudara.

El viejo astrólogo arrojó la cuchara al cuenco de estofado.

—Quizás tu carta… —empezó a decir lentamente—. Estos ojos míos son viejos, Conan. Tal vez lo que vi fuera meramente un efecto de tu asociación con Emilio.

—Y también es posible que los hombres puedan volar sin magia —dijo Conan, riendo con amargura—. No, viejo amigo. No recuerdo ni una sola ocasión en que hayas errado al leer las estrellas. El significado estaba claro. Tengo que entrar en la fortaleza y robar el collar. El banco donde se sentaba Conan crujió, pues un hombre acababa de repantigarse inesperadamente a su lado.

—Y yo tengo que ir contigo —dijo.

Conan le miró. Era el sargento del ejército turanio de ojos

severos y piel negra al que había visto preguntar por Emilio.

—Me llaman Akeba —añadió el sargento. El corpulento cimmerio apoyó cuidadosamente la mano en el gastado cuero de la empuñadura de su sable.

—Mal hábito, este de escuchar las conversaciones de los demás —dijo con amenazadora calma.

—Poco me importa que despojes a los del Culto hasta del último alfiler —dijo Akeba. Sus manos descansaban sobre la mesa, y no parecía ver la espada de Conan—. Se rumoreaba que el tal Emilio no temía entrar en aquel lugar, pero he oído que decías que había muerto. Necesito entrar en la fortaleza, y también necesito un hombre que me cubra las espaldas, un hombre que no tema al Culto. Si vas allí, te acompañaré.

Sharak se aclaró la garganta.

—Por favor, cuéntanos por qué un sargento del ejército turanio quiere entrar en secreto en esa fortaleza.

—Por mi hija, Zorelle. —El dolor se adueñó por un momento del rostro de Akeba—. Ese culto maldito por Mitra la raptó. O la convencieron de que se uniera a ellos, no lo sé. No me permitirían hablar con ella, pero una vez la vi desde lejos. Ya no parece la misma que antes de caer en sus manos. Su rostro era frío, y no sonreía. Antes, Zorelle siempre sonreía. Voy a sacarla de allí.

—Tu hija —dijo Conan con un gruñido—. Yo tendría que ir con sigilo. El sigilo de dos hombres viene a ser la décima parte del de uno. Si a eso añadimos la necesidad de llevar con nosotros a una muchacha lloriqueante… —volvió a gruñir.

—¿Y crees que podrás robar un vaso de agua siquiera si llamo a mis hombres y les digo que te arresten? —le intimó Akeba. Conan cerró el puño sobre la empuñadura de la espada.

—No podrás llamar a nadie desde la tumba —rugió. Akeba llevó la mano a su propia arma, y ambos empezaron a levantarse.

—¡No seáis necios! —dijo Sharak bruscamente—. Tú, Akeba, no volverás a ver a tu hija si te parten el cráneo en esta misma posada. Y tú, Conan, sabes ya lo peligroso que será tu intento. ¿No te convendría otra espada?

—No la de un torpe militar —respondió Conan. El cimmerio y el turanio se miraban a los ojos, la mirada azul del uno y la negra del otro eran duras a la par como el acero—. Sus pies se hicieron para

marcar el paso, no para el sigilo de un robo.

—Durante tres años —dijo Akeba— tomé parte como explorador en acciones contra las tribus montañesas ibarri, y con todo conservo vida y hombría. En cambio tú, por tu mero tamaño, parece que hayas de ser silencioso como un toro.

—¿Fuiste explorador? —dijo el cimmerio con aire pensativo.

Así, aquel hombre sabría actuar con sigilo. Quizá Sharak tuviera razón. Era más que probable que sí le viniera bien otra espada. Además, si mataba a un militar sería casi imposible quedarse en Aghrapur.

Conan se dejó caer lentamente en el banco, y lo mismo hizo Akeba. Por un momento, siguieron mirándose a los ojos; luego, como si alguien les hubiera dado una señal, ambos apartaron la mano de la espada.

—Ahora que lo hemos arreglado —dijo Sharak—, tendríamos que formular juramentos que nos ataran en esta empresa.

—¿Tú también? —le dijo Akeba con mirada interrogadora. Conan negó con la cabeza.

—Todavía no sé si este militar vendrá conmigo o no, pero sí sé que tú no vendrás. Búscate una moza que quiera que le leas las estrellas. Puedo recomendarte a una de aquí, si no te importa que tenga la cabeza de chorlito.

—¿Y quién cuidará de los caballos —preguntó llanamente Sharak— mientras vosotros, los dos héroes, hacéis el héroe dentro de la fortaleza? Además, Conan, ya te he dicho que nunca he corrido una aventura. A mis años, esta oportunidad podría ser la última. Y también tengo esto. —Levantó el bastón—. Podría ser útil.

Akeba frunció el ceño.

—Solo es un palo. Miró a Conan.

—Esto tiene poderes mágicos —dijo el cimmerio, y guiñó un ojo. Tras un momento, el hombre moreno sonrió levemente.

—Como tú digas. —Su rostro se tornó más serio—. Y en lo tocante a la fortaleza, quema hacer esto con rapidez.

—Esta noche —dijo Conan—. Yo también quiero acabar rápido.

—¡Los juramentos! —dijo Sharak, entrometiéndose—. No olvidéis los juramentos.

Las cabezas de los tres se acercaron entre sí.

# 7

Tras dejar a Sharak bajo un árbol con los caballos, Conan y Akeba se adentraron en la penumbra de la noche, y corrieron medio agachados hasta los muros de alabastro de la fortaleza del Culto de la Condenación. Detrás de aquellos muros, las torres de marfil apuntaban a la noche, y las cúpulas purpúreas, rematadas en oro, se confundían con el cielo del color de oscura amatista. Las nubes pasaban rápidamente, arrojaban sombras a modo de juego con la luz de la luna, y los dos hombres eran dos sombras más en la noche. A mil pasos de allí, el mar de Vilayet azotaba la costa rocosa y la salpicaba de espuma blanca.

Al pie de la pared, dispusieron las cuerdas que habían llevado enrolladas sobre los hombros. Un par de garfios gemelos, bien acolchados con tela, fueron arrojados al aire y se engancharon en lo alto del muro sin hacer ruido.

Merced a sus descomunales brazos y hombros, Conan pudo subir con la agilidad de un gran simio. Se detuvo en el borde superior del muro, y examinó su dura y lisa superficie. Akeba trepó hasta que estuvo a su lado y, sin detenerse para hacer lo propio, pasó al otro lado. La consternación que con ello le causó a Conan —era un error de ladrón pisaverde— fue atemperado por el mismo hecho de que no hubiera fragmentos de loza y piedras melladas en lo alto del muro, preparadas para herir las carnes del incauto.

Conan pasó también al otro lado y, cuidando de sostener el garfio con la mano bien alejado del cuerpo, se dejó caer. Contuvo el golpe cayendo sobre un hombro, dando una voltereta y poniéndose, de nuevo, ágilmente en pie. Se hallaba en un jardín paisajístico, donde los arbustos exóticos y los árboles parecían cobrar vida ante las sombras que por él se movían. Akeba volvió a enrollar su cuerda sin dilación.

—Recuérdalo —le dijo Conan—, nos encontraremos al pie de la torre más alta de la fortaleza.

—Lo recuerdo —murmuró Akeba.

Habían discutido no poco cuál de los dos tendría que llevar a cabo en primer lugar su tarea. Akeba temía que, al robar el collar, Conan llamara la atención de los guardias, y Conan, en cambio, no creía que la hija del militar pudiera ser rescatada sin suscitar alarma. Sin duda, los aposentos de las mujeres estarían guardados, mientras que Emilio había insistido en que nadie vigilaba el collar. Sharak había logrado que llegaran a un compromiso: Conan buscaría el collar mientras Akeba trataría de encontrar los aposentos de las mujeres. Luego se reunirían, y solucionarían juntos el problema de sacar de allí a Zorelle. Akeba había aceptado el acuerdo con mayor reluctancia que Conan. El cimmerio no estaba seguro de que necesitara un compañero en aquella aventura, pese a la insistencia de Sharak.

Tras echarle una última mirada dubitativa al turanio, Conan se marchó sin dilación, y con paso de pantera se adentró rápidamente en la penumbra. Recordaba bien dónde le había dicho Emilio que estaba el collar. En la estancia más elevada de una torre solitaria, que se erguía en un jardín del ala oriental de la fortaleza. Habían entrado por el muro del este, y allí, amenazadora en la noche, se cernía sobre ellos una torre, alta y de planta cuadrada. Moderó el paso y siguió caminando, se acercó a su meta con sigiloso cuidado. Se detuvo poco antes de alcanzarla. La luz de la luna, sin embargo, apenas si le permitía verla con claridad.

Estaba hecha de lisa glauconita, y la circundaba a seis o siete pasos un camino de oscuras baldosas; no tenía abertura alguna, salvo una entrada en forma de arco y una balconada en el piso más elevado. En la cúpula que remataba el techo se hallaban las riquezas, sin vigilancia, sin barrotes ni cerraduras que las protegieran.

El mismo hecho de que no hubiera ningún guardia preocupaba al cimmerio. Cierto, el propósito supuesto de la torre era el de enseñar a los discípulos del culto la vanidad de toda riqueza, pero nunca, en sus casi veinte años, había llegado a pensar que un hombre cuerdo pudiera dejar sus riquezas sin vigilancia, y sin la protección de cerraduras y barrotes.

Los muros de la torre habían sido pulimentados, y no quedaba intersticio alguno por el que pudieran introducirse manos y pies, ni siquiera los de un hombre habituado a los escarpados riscos de Cimmeria. Miró al suelo. Las baldosas del camino estaban adornadas con extrañas formas: menudas franjas que se entrecruzaban. Cualquiera de ellas habría podido esconder una trampa; habría podido hundirse en una fosa repleta de víboras kothias o de mortíferas arañas como las que pueblan las estepas turanias.

No habría sido la primera vez. Sin embargo, el lugar apropiado para tales trampas se hallaba frente al arco de la entrada. Había allí un sendero con solería de mármol que llevaba hasta la misma torre y empezaba en el mismo lugar donde terminaban las baldosas. Se arrodilló para examinar el encaje de ambos enlosados y sonrió.

La losa de mármol era dos dedos más alta que las otras baldosas, y tenía el reborde brillante, como si lo hubieran frotado a menudo con algo. Y siguiendo aquel ángulo alcanzó a ver dos líneas de desgaste, a lado y lado del sendero de mármol, que llegaban hasta el arco de la torre. Allí debía de estar la trampa —no importaba de qué se tratara—, y por ello solía instalarse algún artilugio encima del sendero para que los miembros del culto pudieran entrar en la torre. Se le ocurrió que no debía de ser muy grande el desprecio por la riqueza que sentía aquella secta.

Aguzando el oído para que no se le escapara ningún sonido en toda la fortaleza, se apartó del camino de mármol y de la torre, contando sus pasos. Silencio. Por lo menos, nadie había dado la alarma todavía a causa de Akeba. Cuando hubo andado cuarenta pasos, se volvió. Alcanzaba a ver turbiamente la torre, pero el arco por el que habría entrado apenas si parecía un borrón en su base. Rápidamente, se ajustó en torno al pecho y por encima de uno de los hombros el cinturón del que pendía la espada, de tal modo que la raída vaina de cuero colgara sobre sus espaldas. No quería que su acero le estorbara las piernas en un momento inoportuno.

Tras tomar aliento echó a correr, forzó las piernas, tragando y expulsando el aire como un fuelle, en un esfuerzo por ir más y más de prisa. Ya veía con claridad el camino de baldosas, y luego el arco. Cuando a punto estaba de sentir el borde del mármol bajo las botas, dio un salto, y voló en el aire nocturno. Fue a caer

estrepitosamente con la punta de ambos pies en el interior. Se tambaleó, y poco le faltó para caer de espaldas —se aferró con los dedos a la esquina del arco—. Por un instante que parecía no acabarse, tuvo que emplear todas sus fuerzas para no caer en la trampa. Luego, lentamente, tiró de sí hasta que se halló dentro de la torre.

Con suave risa, desenvainó la espada y se adentró en el edificio. «¡Quién trata de impedirle la entrada a un cimmerio!», pensó.

En el piso más bajo de la torre había varias estancias, pero las puertas de todas ellas estaban cerradas. Sin embargo, lo que él necesitaba se hallaba en la planta más elevada, y una escalera de caracol ascendía desde la antesala central. Empuñando la espada, fue subiendo escalón a escalón, con suma cautela. Aunque hubiera eludido la primera trampa, podía haber otras. Pero llegó sin sufrir ningún percance al final de la escalera, y a la estancia más elevada de la torre.

La plata labrada de la cúpula capturaba y engrandecía la luz de la luna que a modo de pálida iluminación se filtraba en la estancia. Media docena de arcos, trabajados con exquisita filigrana, daban salida a la balconada de estrecha baranda. Había algunos armarios abiertos, adornados con ornamentos bañados en oro y lacados, dispersos sobre el mosaico del suelo, en el interior de los cuales relucían valiosísimas joyas sobre cojines de terciopelo. Una corona de rubíes y perlas, digna del mayor de los reyes. Una simple esmeralda, grande como el puño de un hombre. Una veintena de zafiros, todos ellos del mismo tamaño —el de un dedo—, labrados con figuras de tema erótico. Y más, y más, que hubieran encendido la codicia en los ojos de un sacerdote mendicante consagrado a la pobreza.

Y allí estaba también el collar, con los trece rubíes sin tacha que brillaban oscuramente a la plateada luz. Conan lo valoró con ojo experto antes de metérselo en la bolsa. Quizá la mujer que lo llevara apareciera irresistible a los ojos de los hombres, pero también es cierto que las mujeres suelen creer que las joyas de gran valor logran ese efecto, con o sin magia. En cualquier caso, la tal Davinia habría sacado provecho de sus cien monedas de oro. Aquel tesoro debía de valer diez mil. Diez veces diez mil. Ferian tenía razón; en aquel lugar había bastante para convertirle en un hombre

opulento.

Con dificultad pero sin queja, acalló aquel pensamiento. Había abandonado el robo, y no volvería a él por lo que hiciera en una única noche. Pero si se llevaba de la estancia todo lo que pudiera acarrear, no le sería fácil dejar de nuevo aquella vida. Y no dudaba que, por mucho oro que obtuviera de aquellas gemas, no duraría más que el obtenido con otros robos. Las monedas no tardaban en dejarle.

—Tenía la esperanza de que no vinieras. Conan se volvió espada en mano, y luego bajó la guardia con una sonrisa.

—¡Emilio! Creía que habías muerto, camarada. Puedes quedarte con este collar maldito por Mitra, y que te aproveche.

El alto corinthio acabó de subir la escalera de caracol y entró en la estancia. Blandía una espada y una daga.

—¿No te parece un buen castigo, proteger por siempre lo que quise robar?

Conan sintió que se le erizaba el cabello.

—¿Estás embrujado?

—Estoy muerto —respondió Emilio, y arremetió contra él.

Conan lo esquivó, y el arma del otro, al no acertarle, destrozó los estantes repletos de tesoros de uno de los armarios. Como una serpiente, Emilio se giró para volver a atacar, pero Conan daba vueltas a los armarios para que alguno de estos se interpusiera siempre entre los dos.

—¿Qué necedades estás diciendo? —le preguntó—. Lo que veo ante mí es un hombre, no una sombra. Emilio rio con huera carcajada.

—Se me ordenó matar a todos cuantos vinieran de noche a esta torre, pero no me prohibieron hablar. —Siguió avanzando lentamente como una amenaza de muerte; Conan siguió alejándose en la dirección contraria, procurando que siempre los separara uno de los lacados armarios—. Me capturaron en esta misma estancia con el collar en la mano. Hasta aquí llegué. Para mi dolor, me clavaron en el pecho un puñal hueco. Vi como llenaban un cuenco con la sangre de mi corazón aún palpitante, cimmerio.

—Crom —musitó Conan, agarrando con más fuerza todavía su espada.

Mala cosa es matar a un amigo —aunque esté hechizado,

aunque le hayan dado la orden de asesinar—, pero siempre es mejor matarlo que morir a sus manos.

—Jhandar, a quien ellos llaman Gran Señor, me quitó la vida —siguió diciendo Emilio, sin acelerar el paso ni frenarlo—. Tras habérmela quitado, obligó a una parte de ese mismo aliento a volver a este cuerpo, que antes había sido mío. —En su rostro apareció una mueca socarrona—. Y esta criatura que antaño fuera Emilio el Corinthio debe obedecer. Debe… obedecer.

Inesperadamente, Emilio dio una patada al lacado armario. Con el crujido de la madera que se rompe, este fue a caer sobre el joven cimmerio. Conan dio un salto atrás, y Emilio se abalanzó sobre él, astillando con las botas el exquisito trabajo de artesanía, .pateando con indiferencia gemas sin precio.

El arma de Conan se alzó fulgurante, arrancando destellos al acero de su rival. Al ir a clavar la daga bajo el costillar del cimmerio, el puño del corinthio se encontró con que otra mano, esta de acero, le detenía. Oprimiendo pecho contra pecho, se fueron empujando hasta la balconada. Conan, con la rodilla, golpeó la entrepierna del corinthio, pero el reanimado cadáver nada hizo salvo gruñir. Aunque corriera el riesgo de que Emilio lograra liberar el arma, Conan le dio con la empuñadura de la suya en el rostro. Y Emilio retrocedió. El arma de Conan rasgó la pechera de la túnica de su viejo amigo, y este volvió a retroceder. De improviso, sin haberlo esperado, el corinthio tropezó con ambas pantorrillas en la baranda, y por un instante logró sostenerse allí, agitando con desesperación los brazos para mantener el equilibrio. Y luego cayó, sin proferir un solo grito. Se oyó abajo un repulsivo ruido sordo.

Tragando saliva, Conan se asomó a la baranda y miró abajo, a un suelo que parecía oculto por las calladas sombras. No veía nada con detalle, pero le resultaba increíble que Emilio hubiera podido sobrevivir a la caída —si es que había estado vivo antes de caer—. Tras envainar de nuevo la espada, bajó corriendo por la escalera. Se detuvo frente al arco de entrada. El cuerpo de Emilio yacía desmadejado al otro lado de este, y había activado la trampa al caer. Desde el arco, a lo largo del sendero de mármol, delgadas picas de metal, largas como el antebrazo de un hombre, habían surgido entre las losas. Cuatro de ellas traspasaban al corinthio.

—Tira del Cuerno del Infierno por mí —musitó Conan.

Pero en aquel momento tenía que reunirse con Akeba, y no le quedaba tiempo para lamentaciones. Pasó con rapidez entre las picas y echó a correr hacia el lugar de encuentro que habían convenido, la torre más elevada de la fortaleza, cuya dorada cúpula era bien visible aun a la luz de la luna.

De pronto, un chillido de mujer desgarró el silencio nocturno, y se interrumpió con la misma brusquedad. Con un juramento, Conan desenvainó la espada y corrió todavía más veloz. Aquel chillido procedía de algún lugar no muy alejado de la torre de dorado remate.

Dentro de la fortaleza sonó un gong en declarada alarma, y luego un segundo, y un tercero. Se oyeron gritos lejanos, y algunas antorchas cobraron vida.

Conan corrió a ocultarse entre las sombras, al pie de la torre, y solo entonces se detuvo para mirar con asombro. Akeba estaba allí, y tenía agarrada a una esbelta belleza de piel oscura ataviada con ropajes azafranados, la aferraba por ambas muñecas con una mano y con la otra le cubría los labios. Los grandes ojos oscuros de la muchacha le miraban con odio entre los dedos de la mano del militar.

—¿Esta es tu hija? —preguntó Conan, y Akeba asintió, con una sonrisa nerviosa en el rostro.

—Es Zorelle. Me cuesta creer en mi suerte. Estaba llevando agua a los aposentos de las mujeres. Nadie me ha visto.

Los gritos les llegaron entonces más fuertes, y las antorchas parecían querer rivalizar en número con las estrellas.

—Ahora mismo no parece que eso tenga importancia —dijo Conan secamente—. No será fácil salir de este lugar, y mucho menos si llevamos a una muchacha que no quiere irse.

—Voy a sacarla de aquí —replicó el turanio, con duro tono de voz.

—Yo no he sugerido lo contrario. —Conan no habría dejado a ninguna mujer a merced de quien hubiera asesinado a Emilio—. Pero debemos… ¡chist!

Le ordenó silencio al otro con un gesto.

Un instinto atávico, profundamente arraigado en el cimmerio, le había advertido de que estaba siendo observado por ojos enemigos, por ojos que se le acercaban cada vez más. Pero su propia mirada

nada distinguía, salvo sombras que, de manera engañosa, cambiaban sin cesar. No. Una de las sombras tenía la forma de un hombre vestido con una túnica negra. Aunque Conan estaba seguro de ello, le costaba seguir mirando a la borrosa figura. Parecía que algo impidiera a su ojo observarla con claridad. Se le erizó el cabello. Estaba actuando alguna suerte de magia, una magia todavía más repugnante y antinatural que el propio lugar.

—¡Mitra! —juró repentinamente Akeba, apartando la mano de la boca de su hija—. ¡Me ha mordido!

Aprovechando que en aquel momento el otro la agarraba con menos fuerza, la muchacha le hirió en el rostro con las uñas. Ante la clara desventaja de tener que pelear con su propia hija, Akeba trató de seguir sujetándola al tiempo que intentaba evitar que lo cegara. Dadas las circunstancias, el forcejeo era desigual. Al cabo de un instante, ella se había liberado y corría. Y también chillaba.

—¡Socorro! ¡Hay unos extraños! ¡Quieren raptarme! ¡Socorro!

—¡Zorelle! —gritó Akeba, y corrió tras ella.

—¡Infiernos de Zandru! —exclamó Conan, y los siguió.

Inesperadamente, el hombre de la túnica negra apareció delante de la muchacha. Esta, jadeando, retrocedió.

La extraña figura alargó la mano, quizá para tocarle el rostro a la joven. Ella no dijo más, y cayó como si sus huesos se hubieran derretido.

—¡Zorelle!

El grito de Akeba encerraba toda la angustia que puede arrancarse a la garganta de un hombre.

El instinto primitivo, ya dominante, se adueñó de Conan una vez más. El cimmerio se arrojó al suelo, y agarrándolo por la cintura hizo caer consigo a Akeba. Algo zumbaba en el aire, como si alguien hubiera liberado un millar de avispones. Las flechas pasaron raudas por el lugar donde ambos habían estado, en dirección al hombre vestido de negro. Y este, ante los ojos pasmados de Conan, moviendo las manos con la rapidez del rayo, desvió dos flechas y detuvo dos más en pleno vuelo, y luego pareció escurrirse entre las otras y desaparecer.

Inmediatamente después de las flechas llegó una docena escasa de hirkanios, esgrimiendo en su carrera arcos cortos de cuerno y curvos yataganes. Hubo dos que se acercaron a Conan y Akeba,

pero otro les dijo con un grito gutural:

—¡No! ¡Dejadlos! ¡Estamos buscando a Baalsham!

Los rechonchos hirkanios desaparecieron entre las sombras.

Meneando la cabeza, Conan logró ponerse lentamente en pie. No sabía lo que ocurría, y a decir verdad, ni siquiera estaba seguro de querer saberlo. Más le valía preocuparse por lo suyo y dejar lo demás para los verdaderamente interesados. A lo lejos, los chillidos se estaban mezclando con los gritos, y también con los ecos de cientos de pies empujados por el pánico. Las llamas tiñeron el cielo, pues un edificio acababa de incendiarse.

Akeba se arrastró gateando hasta su hija. Cogiéndola en sus brazos, la acunó; las lágrimas le resbalaban por las oscuras mejillas.

—Está muerta, cimmerio —dijo con un susurro—. Ese hombre solo la ha tocado, pero ella…

—Trae a tu hija —le dijo Conan— y vámonos. Para nada nos importa lo que sucede aquí esta noche.

El turanio dejó cuidadosamente a Zorelle en el suelo, desenvainó su sable vendhio y examinó la hoja.

—Tengo que vengar una sangre, y matar a un hombre. Su voz parecía tranquila, pero severa.

—La venganza precisa de una cabeza fría y de un frio corazón —le respondió Conan—. Los tuyos están ardiendo. Si te quedas aquí morirás, y difícilmente volverás a ver al hombre que la ha matado.

Akeba se volvió hacia el cimmerio; sus negros ojos brillaban como brasas en un horno.

—Quiero sangre, bárbaro —dijo con voz ronca—. Si es necesario, comenzaré con la tuya.

—¿Así pues, entregarás a Zorelle a los gusanos y los cuervos?

Akeba cerró con fuerza los ojos y tomó aliento de una larga tirada, con un siseo. Volvió a envainar morosamente la espada y, encorvándose, tomó en brazos a su hija. Cuando se levantó, no quedaba expresión alguna distinta en su voz ni en su cara.

—Vámonos de este lugar maldito, cimmerio.

Una veintena de hombres y mujeres ataviados con azafranadas túnicas salió de entre las sombras y pasó corriendo, como arrastrada por el terror. Ninguno de ellos se fijó en los dos hombres, ni en que uno de estos tenía el cadáver de una muchacha en brazos.

En otras dos ocasiones, mientras corrían hacia el muro, vieron

grupillos de miembros del culto, que corrían fútilmente. Tras ellos, los gritos y chillidos se sumaban en un único fragor. Dos fuegos lamían el cielo.

Corrieron hacia los arbustos que había cerca del lugar por donde habían saltado antes, y, como una bandada de codornices, algunos miembros del culto abandonaron precipitadamente aquel escondrijo. Algunos huyeron chillando; otros trataron de escapar por donde los dos hombres venían, y a punto estuvieron de arrollarlos.

Conan apartó de un manotazo a un par de aquellos hombres de afeitada cabeza y gritó: «¡Vete, Akeba! ¡Sácala de aquí!». De un golpe echó al suelo a otro hombre, agarró a una mujer y la alejó de sí bruscamente… y se detuvo. Era Yasbet.

—¡Tú! —gritó.

Sin detenerse, Conan la agarró y la cargó a hombros, y siguió adelante apartando a los pocos que se habían quedado para intentar detenerlo. Yasbet le arreaba fútiles patadas, y le golpeaba las anchas espaldas con los puñitos.

—¡Suéltame! —le chillaba—. ¡No tienes derecho! ¡Déjame! Llegaron al muro; Conan la soltó. Ella le miraba con la altanería de una reina viuda.

—Olvidaré esto si te marchas ahora. Y por la gentileza que me mostraste, no diré…

Se interrumpió con un chillido al ver que Conan se indinaba hacia ella para cortarle un jirón de túnica con la daga. En un abrir y cerrar de ojos el cimmerio le hubo atado las manos a la espalda, y antes de que ella pudiera protestar la amordazó y la ató también por los tobillos.

Akeba había dispuesto los garfios. Dos cuerdas colgaban de la pared.

—¿Quién es esa? —preguntó, señalando a Yasbet con la cabeza.

—Otra moza que no hay que dejar en manos de este culto —respondió Conan—. Sube. Yo me ocuparé de que puedas izar a tu hija con la cuerda.

El turanio dudó, y luego dijo:

—Primero, la muchacha que todavía vive. Quizá no tengamos tiempo para ambas.

Sin esperar respuesta, trepó por una de las cuerdas.

Pese a los forcejeos de Yasbet, Conan la ató por las axilas con el cabo de una de las sogas. Al cabo de un momento, los ahogados chillidos de la muchacha se alejaron del suelo. Con premura, ató igualmente el cadáver de Zorelle con la otra cuerda. Mientras este era izado, Conan aguardó, tratando de adelantarse con ojos y oídos a la llegada de los hirkanios, de los miembros del culto, de lo que pudiera venir en aquella noche de locura. Escuchó y esperó. Y esperó. Sabía que Akeba tenía que bajar por el otro lado, y desatar a una de las muchachas antes de volver a trepar a lo alto del muro y echarle otra cuerda a Conan, pero aun así le parecía que estaba tardando mucho.

El cabo de la soga cayó a lo largo de la pared delante mismo de su cara, y no pudo contener un suspiro de alivio. Cuando llegó a lo alto del muro, se vio cara a cara con Akeba.

—Por un momento —le dijo— he llegado a pensar que me abandonarías.

—Por un momento —le contestó Akeba resueltamente—, cuando estaba al otro lado con mi hija, estuve a punto de hacerlo. Conan asintió con la cabeza, y dijo tan solo:

—Vayámonos ahora que todavía podemos.

Tras bajar al suelo recogieron a las dos mujeres —Conan a Yasbet y Akeba a Zorelle— y fueron corriendo a donde Sharak les aguardaba con los caballos. A sus espaldas, en la fortaleza, todavía oían la cacofonía producida por la conflagración.

# 8

Los rojos fulgores del incendio nocturno centellearon en el rostro de Jhandar en el momento en que este se apartó de la ventana. Los gritos de los iniciados que acarreaban agua para combatir las llamas levantaban ecos por toda la fortaleza, pero uno de los edificios, por lo menos, ya no podría salvarse del incendio.

—¿Y bien? —preguntó.

Che Fan y Suitai cambiaron miradas antes de que el primero hablara.

—Eran hirkanios, gran señor.

Los tres se hallaban en la antesala de los aposentos de Jhandar. La austeridad en la ornamentación que el nigromante se había impuesto para su atuendo se imponía también en aquel lugar. Sofás bajos y desprovistos de adornos habían sido dispuestos sobre el suelo que, si bien era de mármol, carecía de ornatos y alfombras, así como no había en las paredes tapiz alguno ni cortinas.

—¡Ya sé que eran hirkanios! —masculló Jhandar—. He oído cómo gritaban: «¡Muerte a Baalsham!». Yo no esperaba tener que oír de nuevo ese nombre.

—No, Gran Señor.

—¿Cuántos eran?

—Unos cuarenta, Gran Señor. Quizá llegaran a sesenta.

—Unos sesenta —dijo Jhandar con un susurro—. ¿Y cuántos de ellos siguen con vida?

—Tan solo un puñado, Gran Señor —contestó Che Fan—. Han perecido más de veinte.

—Entonces, tal vez hayan quedado con vida otros veinte para seguir acosándome —dijo Jhandar tristemente—. Hay que encontrarlos. Y os aseguro que, entonces, vosotros dos tendréis quehacer.

—Gran Señor —dijo Suitai—, esta noche también han entrado otros en la fortaleza. No eran hirkanios. Uno de ellos llevaba un yelmo de soldado turanio. El otro era alto, y tenía la piel pálida.

—¿Un bárbaro? —preguntó bruscamente Jhandar—. ¿Tenía los ojos azules?

—¿Los ojos azules? —preguntó Suitai con incredulidad, y al instante se sobrepuso a su asombro—. Estaba oscuro, Gran Señor, y mientras luchábamos no pude acercarme lo suficiente para verlo. Pero robaron en la Torre de la Contemplación, se llevaron el collar de trece rubíes, y mataron al ladrón que habíais dejado allí haciendo guardia. —Vaciló antes de seguir hablando—. Y también mataron a uno de los iniciados, Gran Señor. La muchacha llamada Zorelle. El nigromante le respondió con un ademán de desprecio. Él había deseado a aquella joven para su lecho, mas poco le importaba si vivía o moría. Pero, de nuevo el collar. El ladrón había venido a buscar la misma obra de orfebrería. Tenía que haber alguna relación.

—Espera aquí —dijo con un gruñido.

Cerrando cuidadosamente las puertas tras de sí, se dirigió a la columnata exterior, donde le esperaban diez de sus Elegidos entre los que se hallaba Zefran. Ellos se creían su guardia personal, aunque los asesinos khitanios podrían haberlos matado a los diez sin esfuerzo alguno. Se inclinaron ante su presencia. Él apuntó con un gesto a Zefran, que se acercó con una nueva reverencia.

—Ve a la Torre de la Contemplación —ordenó Jhandar—. Allí encontrarás el cadáver del que he dejado para que guardara el lugar. Trae el cuerpo a la Estancia de las Evocaciones.

—Ahora mismo, Gran Señor.

Pero Zefran no se movió. Quería congraciarse con el Gran Señor Jhandar.

—Han sido los hirkanios, Gran Señor. Aquellos de quienes os hablé, no me cabe duda.

Jhandar contrajo una mejilla, pero, salvo por aquel gesto, su rostro no expresaba emoción alguna.

—¿Sabías que había hirkanios en Aghrapur? —le dijo con un susurro.

—Sí, Gran Señor.

La frente de Zefran empezó a sudar. De pronto, se le ocurrió que

tal vez hablar no hubiera sido buena idea.

—Aquellos…, aquellos de quienes os hablé. Sin duda lo recordaréis, Gran Señor.

—Traed el cadáver —replicó Jhandar.

Zefran se inclinó en profunda reverencia. Cuando volvió a incorporarse, el nigromante ya se había ido.

En la antesala, Jhandar se frotaba las sienes al tiempo que caminaba sin cesar, ignorando a los khitanios. ¡Aquel necio había sabido de la presencia de los hirkanios y no había dicho nada! Por supuesto, no había ordenado que los vigilaran, ni había advertido a ninguno de los Elegidos de que informara de su aparición. Tomar medidas contra ellos equivalía a esperar su aparición, y, si esperaba su aparición, acabarían por aparecer. Así suceden tales cosas. Él mismo era la prueba. No había sido capaz de destruir su propia creencia en que acabarían por aparecer. Y en efecto habían aparecido.

Cuidadosamente, Jhandar recogió los polvos e instrumentos que necesitaría. Faltaban pocas horas para el alba, y a la luz del sol tenía pocos poderes aparte de los del común de los mortales. No podía llamar al Poder mientras brillara el sol. No podía evocar entonces manifestaciones de los espíritus, aunque las órdenes previamente dadas, por supuesto, se mantenían. Quizá debiera evocarlos de inmediato, mandarlos en busca de los hirkanios. No. Si lo hacía —si podía hacerlo— quedaría minada buena parte de sus fuerzas. No estaba seguro de su capacidad física de ejecutar ambos rituales, y lo que quería hacer era más importante. Algo sabía de los hirkanios, pero no sabía nada del alto bárbaro. La amenaza desconocida es siempre más peligrosa que la conocida.

Les hizo un gesto a los hirkanios para que le siguieran. Un panel de piedra móvil de la pared le permitió acceder a un pasadizo secreto, lóbrego y angosto, que descendía hasta la estancia en la que se encontraba el círculo de desnuda tierra. La Estancia de las Evocaciones.

El cuerpo fue llevado allí con presteza, como si con sus prisas hubiera querido Zefran mitigar su transgresión, y los khitanios lo arreglaron siguiendo las indicaciones de Jhandar, con los miembros extendidos en el centro del círculo. A una orden los Elegidos se retiraron, mientras el mago calculaba lo que iba a hacer. Nunca lo

había hecho, y no conocía rituales que le guiaran. No había sangre que pudiera manifestar el espíritu de aquel hombre; no había quedado sangre en aquel cuerpo tras su primera muerte. Después de aquella había quedado un tenue vínculo entre espíritu y cuerpo, un vínculo establecido por la magia, pero la segunda muerte, en la torre, había acabado incluso con este. Sin embargo, tenía que intentar aquello que pensaba hacer.

Observado por los khitanios, Jhandar eligió tres de los pilares que rodeaban el círculo, equidistantes entre sí. En el primero trazó con tiza el ideograma de la muerte, y sobre aquel el de la vida. En el segundo, el ideograma de la infinitud, y sobrepuesto a este el de la nada. Y en el tercero, el orden cubrió al caos.

Extendiendo los brazos empezó a cantar, y las palabras que cantaba, cuyos significados se habían perdido ya en la niebla de los tiempos, reverberaron en la pared. Casi de inmediato pudo sentir la oleada de poder, y que esta era casi incontrolable. Los símbolos que había elegido formaban una disonancia, y si el Poder todavía informe podía conocer la furia, entonces había furia en el Poder que fluía por los huesos de Jhandar.

Una niebla azul con reflejos plateados tomaba forma dentro del círculo, sulfuraba, se arremolinaba alejándose de los postes que Jhandar había marcado. Él no quería que ocurriera aquello, y sintió que la resistencia le desgarraba la médula de los huesos. El dolor más torturante y exquisito. Aquello tenía que ser como él quería. Como él quería. Pese a la abrumadora carga del dolor, cantó.

Lentamente, la neblina se acercó, en vez de alejarse, a los tres pilares truncados que había marcado, los tocó, y luego se precipitó hacia ellos. De pronto se oyó un chasquido, como el de la mano que chasca en una fría mañana, pero diez mil veces más fuerte, y haces de luz azul plata, brillantes como el sol, unieron los postes. El Caos, retenido por la fuerza en el triángulo, la forma perfecta, tres costados, tres vértices…, tres, el número perfecto del poder. Orden perfecto impuesto al definitivo desorden. Anatema, y anatema redoblado. Y de aquel anatema, de aquella perversión del Caos, manaba tal poder que Jhandar sintió que en cualquier momento él mismo se elevaría y flotaría en el aire. El sudor le anegaba el cuerpo, le pegaba la azafranada túnica a la espalda y el pecho.

—Tú que te llamabas a ti mismo Emilio el Corinthio —salmodió

Jhandar—. Te evoco para que vuelvas a esta arcilla que tú fuiste. Por los poderes del Caos encadenado, y los poderes del tres, te evoco. Te evoco. Te evoco.

El triángulo de luz se inflamó, y dentro del círculo, la cabeza del cadáver de Emilio se volvió a un lado. Movió trabajosamente la boca.

—¡Noooo! —gimió. Jhandar sonrió.

—¡Habla, yo te lo ordeno! ¡Habla, y dime la verdad! ¿Tú viniste a robar un collar de rubíes?

—Sí. —Dijo la palabra con torturado siseo.

—¿Por qué?

—Era para… Da-vin-ia.

—¿Para una mujer? ¿Y quién es?

—La am-mante… de… Mun-da-ra… Khan.

El mago frunció el ceño. Llevaba algún tiempo tratando de «ganarse» a uno de los siervos de Mundara Khan, sin éxito hasta aquel momento. El sujeto en cuestión se hallaba muy cerca del trono. ¿Podía ser que estuviera interesado en Jhandar, del mismo modo que Jhandar estaba interesado en él? Imposible.

—¿Conoces a un bárbaro de elevada estatura? —le preguntó—. Un hombre de piel pálida y ojos azules que también quería robar el collar.

—Conan —gimió el otro en respuesta. La cabeza del cadáver se sacudía espasmódicamente.

Jhandar sintió en sus entrañas la excitación.

—¿Dónde puedo encontrar a este Conan?

—¡Noooo!

El otro volvió de nuevo la cabeza, y agitó violentamente un brazo.

—¡Habla, te lo ordeno!

El triángulo de luz caótica brilló más, pero ningún sonido salió del cuerpo.

—¡Habla! —brilló más.

—¡Habla! —brilló aún más.

—¡Habla! ¡Te ordeno que hables! —y brilló más, y más.

—¡Soy… un… hombreee…!

Con este gemido, la luz se inflamó de pronto, y crepitó como el relámpago y la pólvora a un tiempo. Jhandar se tambaleó, y se

protegió los ojos con ambas manos. Entonces desapareció la luz, y el Poder, y el cuerpo. Solo quedó un hilillo de humo negro y aceitoso que ascendía hacia el techo.

—Libre…

Esta única y débil palabra se disipó con el humo, y nada quedó de Emilio el Corinthio.

La fatiga se adueñó de los huesos de Jhandar cuando el Poder los abandonó. A pesar de sí mismo, flaqueó y a punto estuvo de caer. Aquella noche no evocaría manifestaciones de los espíritus. Por tanto, tendría que pasar todo un día antes de que pudiera mandar a sus incorpóreos esbirros en pos de los hirkanios y del bárbaro. Conan. Qué extraño nombre. Pero también tenía que contar con aquella mujer, Davinia. Tal vez pudiera serle útil para encontrar al bárbaro, y para otras cosas también. La amante del general Mundara Khan.

Con un gesto de su mano fatigada ordenó a los khitanios que lo ayudaran a llegar a sus aposentos.

# 9

Mundara Khan tenía un palacio de mármol gris y granito, desahogado por ornados jardines en los que se alzaban torres de marfil y pórfido, mientras que las cúpulas de alabastro devolvían sus blancos reflejos al sol. Los guardias apostados a sus puertas con el sable vendhio alzado tenían más que nada un propósito ceremonial, pues un ataque a la residencia del gran general Mundara Khan era tan improbable como uno al Palacio Real del rey Yildiz. Pero los había en número suficiente para causar problemas, especialmente si un hombre joven y apuesto llegaba anunciando que había venido a ver a la amante del general.

Conan, sin embargo, no tenía ninguna intención de entrar por la puerta vigilada. Encontró un gran árbol de frondosa copa cerca del muro del jardín al que no alcanzaban las miradas de los guardias, y trepó por sus sólidas ramas. Una de ellas, gruesa como su pierna, crecía hacia el jardín, pero había sido limpiamente cortada, y aunque sobresalía por encima del muro no llegaba al otro lado. En lo alto de este muro sí que había afilados fragmentos de obsidiana. Serpenteaban por el jardín caminos de pizarra y senderos de ladrillo rojo, y en su centro había una pequeña dependencia redonda de pálido mármol, sostenida por columnas y rematada por una cúpula, en cuyas ventanas y arcos finas gasas ondeaban a la brisa.

Sosteniéndose en equilibrio con ambos brazos, corrió por la rama, saltó, y cayó ágilmente dentro del jardín.

Cuidadoso, y atento a la aparición de guardias y siervos, corrió hacia el pabellón amarillo. Tenía dos pisos, y el más bajo de estos cercado enteramente por una arcada guarnecida con gasas. Al trasponerla, se encontró con que las losas blancas vidriadas del suelo estaban cubiertas de cojines de seda y de raras alfombras azerjaníes. Boca abajo, sobre un sofá en el centro de la estancia,

yacía una mujer, cuyas pálidas y generosas curvas se mostraban en total desnudez, paliada tan solo por el largo cabello dorado que caía sobre sus hombros. Arriba, una rueda de blancas plumas de avestruz daba vueltas cerca del techo, movida por una correa de cuero que desaparecía por un orificio.

Conan profirió para sí un juramento. Debía de haber un siervo en el piso de arriba, dándole al manubrio que hacía girar las plumas. Con todo, no iba a volver sobre sus pasos. Al entrar, su mano encallecida apartó delicadas cortinas.

Por un instante se detuvo y gozó de lo que veía: una mujer de tersas redondeces.

—No te alarmes, Davinia —dijo por fin.

Con un grito de sorpresa, la rubia se levantó del sofá —sus largas piernas se movieron como el rayo— y agarró una prenda de seda azul, que se ciñó sobre los pechos. Aquella seda casi transparente la cubría ineficazmente hasta los tobillos.

—¿Quién eres? —preguntó furiosa.

Sus prominentes pómulos le daban un aire vulpino.

—Me llaman Conan. Vengo en lugar de Emilio el Corinthio. La furia dio paso a la consternación, y ella se lamió los labios dubitativa.

—No conozco a nadie con ese nombre. Si te ha mandado Mundara Khan, dile que sus sospechas son…

—Entonces, tampoco debes de saber qué es esto —dijo Conan, al tiempo que sacaba el collar de rubíes de su bolsa y sostenía con las yemas de los dedos la ristra de gemas montadas en oro. Rio con disimulo al ver que el rostro de la muchacha volvía a cambiar, y que sus ojos de profundo color azul se abrían desmesuradamente en su perplejidad, y que su boca apenas si podía articular palabra.

—Cómo… —dijo titubeante—. ¿Dónde…? —Su voz se convirtió en un susurro—. ¿Dónde está Emilio?

—Muerto —dijo él con aspereza.

Ella no pareció sorprendida ni consternada.

—¿Lo has matado tú?

—No —respondió él, y aunque lo que decía fuera mentira solo lo era a medias. La verdadera muerte de Emilio había tenido lugar antes de que se encontraran en la torre—. Pero el caso es que ha muerto, y yo te traigo el collar que querías.

—¿Y qué deseas a cambio?

Su voz se había vuelto de pronto cálida miel, y al tiempo que la mano que sostenía la prenda azul bajaba hasta los rosados pezones, le miró, como aguardándole en un nido de seda. Conan no juzgó accidental el cambio de actitud.

Sonriendo para sus adentros, contestó:

—Emilio me había hablado de cien monedas de oro.

—Oro.

La risa de la muchacha, que sonaba a campanillas, despreciaba el oro como algo trivial. Meciendo las redondeadas caderas, se le acercó. Y luego, de improviso, oprimió su cuerpo contra el pecho del cimmerio. La seda había desaparecido en algún momento.

—Hay muchas cosas que a un hombre como tú deben interesarle más que el oro —dijo en susurros, pasándole el brazo en torno al cuello—. Deben interesarle mucho más.

—¿Y qué hay del hombre que hace que gire el abanico? —preguntó él.

—No tiene lengua, y así no puede contar lo que oye —murmuró ella—. Y nadie va a entrar aquí si no se le ordena, salvo Renda, mi vestidora, que me es leal.

—¿Y Mundara Khan?

—Pasará dos noches lejos de la ciudad. ¿Es que solo sabes hacer preguntas, bárbaro?

La mujer trató de obligarlo a bajar la cabeza para darle un beso, pero él la levantó del suelo, y la besó antes de que ella pudiera besarle a él. Cuando Davinia gimió suavemente desde lo más profundo de su garganta, Conan la dejó en el suelo.

—Qué… —empezó a decir ella cuando dio de talones en tierra, pero el cimmerio le hizo dar la vuelta y le dio una manotada con el dorso de la mano en las nalgas. Con estridente chillido, la muchacha cayó dando una voltereta sobre los cojines, agitando en el aire sus largas piernas desnudas.

—Dame primero el oro, Davinia —dijo Conan riendo. Poniéndose en pie con dificultad, la aludida le arrojó un cojín a la cabeza.

—¿Oro? —le espetó—. Voy a llamar a los guardias, y…

—… y no volverás a ver el collar —acabó de decir él. La mujer frunció el ceño, molesta—. O bien escaparé, y me lo llevaré

conmigo, o bien los guardias me llevarán, junto con el collar, ante Mundara Khan. Sin duda tendrá algún interés en saber que su querida ha estado recibiendo joyas de sujetos como yo. Habías dicho que era un hombre receloso, ¿verdad?

—¡Erlik te reviente los ojos!

Los de la muchacha ardían con fuego azul, pero Conan los miraba con frialdad.

—El oro, Davinia.

Esta le miró todavía unos instantes con odio, y luego, murmurando algo para sí, se arrastró por encima de los cojines. Dándole cuidadosamente la espalda levantó del suelo una baldosa que cubría un escondrijo y revolvió en este.

Conan pensó que la muchacha no tendría por qué haberse molestado en hacerlo. Con lo que le ofrecía a la vista, arrodillada como estaba, le habría hecho olvidar las estancias del tesoro del rey Yildiz.

Al fin, devolvió la baldosa a su lugar y se volvió para arrojarle una abultada bolsa. Esta cayó al suelo con fuerte tintineo.

—Toma —le dijo ella con un gruñido—. Dame el collar y vete. Aquello había terminado. O por lo menos casi había terminado, según Conan pensó. Ya tenía el oro —no le importaba la cantidad —, y se habían cumplido las profecías de las cartas astrales de Sharak. Pero aquella mujer había querido utilizarle, igual que había querido utilizar a Emilio. Le había amenazado. Y en aquel momento le empujaba un orgullo que solo el hombre joven comprende.

—Cuéntalas —le exigió. Ella le miraba con incredulidad, pero alargó la mano hacia la bolsa—. Cuéntalas. Me dolería, y también te dolería a ti, que me hubieras estafado.

—Así los gusanos te devoren las partes —gritó ella, pero con todo abrió la bolsa y la vació, y los redondeles de oro rodaron y tintinearon sobre las blancas baldosas.

«Una. Dos. Tres…». Tras contar las monedas las iba echando al saquito, con tal rabia que parecía que viera en cada moneda una daga dirigida al corazón de Conan. Los ojos mordaces de este no dejaban de mirada a la cara. «… cien», dijo por fin. Ató las correas de la bolsa y se la echó.

Conan agarró fácilmente con una mano el saquito lleno de oro, y le arrojó el collar. Davinia lo oprimió contra sus pechos y

retrocedió, todavía de rodillas, mirando con cautela al cimmerio.

Este no había columbrado ni un atisbo de magia cuando ella agarró el collar, pero, por todos los dioses, aquel pedazo de carne por sí solo bastaba para secarle la boca a un hombre y hacerle un nudo en la garganta.

Conan sopesó la bolsa con la mano.

—Solo por el peso —dijo—, nadie sospecharía que has contado dos veces cinco monedas.

—Es… posible que me haya equivocado —dijo ella, y siguió retrocediendo—. Si es así, te daré las cinco monedas que faltan.

Conan dejó caer la bolsa al suelo, se quitó el cinturón y lo dejó caer sobre la bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, dubitativa.

—Es un precio muy caro por una ramera —le respondió—, pero, como no quieres pagar lo que acordamos, me cobraré yo mismo la diferencia.

La muchacha ahogó un chillido en su garganta, y trató de huir. El cimmerio la agarró con facilidad, y la levantó con sus brazos musculosos. Davinia trató de desembarazarse de él, pero Conan la atrajo hacia sí tan fácilmente como si ella no hubiera ofrecido ninguna resistencia. Sus brazos tenían cogidas las manos de la muchacha; estrujaba contra su amplio pecho los senos de esta.

—¿Es que crees —jadeó Davinia— que no voy a contar lo que ha pasado aquí? Después de que me has pegado, llamado ramera, maltratado…

Sus airadas palabras dieron paso a balbuceos de protesta.

—Mundara Khan es viejo —le dijo Conan suavemente, al tiempo que le reseguía con el dedo la espina dorsal hasta la curva de las nalgas—. Y gordo. —Volvió a levantar el dedo para juguetear con un mechón de cabello dorado que caía sobre su mejilla—. Y a menudo te deja sola, como ahora. —La muchacha suspiró, y dejó de forcejear. Unos ojos azules se clavaban en otros, y el cimmerio le dijo dulcemente—: Dímelo, y me iré. ¿Quieres que me vaya?

Sin decir palabra, ella negó con la cabeza.

Conan, sonriendo, la tendió sobre el sofá.

# 10

Conan todavía sonreía cuando entró más tarde, aquel mismo día, en el Toro Azul. Davinia, sin duda, había estado muy sola. Sabía que era una locura retozar con la amante de un general, pero a él también le suscitaban las mujeres sus propias debilidades. Empezaba a tener la esperanza de que el ejército de Mundara Khan no tardara en abandonar Aghrapur.

La taberna estaba llena hasta la mitad de la habitual turba de marineros, jornaleros y ladrones. Sharak y Akeba compartían una mesa en uno de los rincones, y conversaban acercada la cabeza, pero Conan, ignorándolos, se acercó al mostrador.

Ferian lo saludó arrugando el entrecejo, y siguió fregando el mostrador con aún más energía.

—Todavía no tengo nada para ti, cimmerio. Y quiero que te lleves de aquí a esa moza.

—¿Todavía está encerrada en mi cuarto? —preguntó Conan. Poco había contribuido el hecho de encontrarse en una posada del puerto a que Yasbet entrara en razón.

—Sigue allí —le dijo el mesonero con amargura—, pero, si desapareciera, yo iría a hacer sacrificios en todos los templos de la ciudad. No hace ni una clepsidra, parecía que fuera a reventar el techo con sus chillidos. Gracias a todos los dioses, ha callado desde entonces. Esa muchacha no es una ramera, cimmerio, ni una moza de partido. Los hombres que retienen contra su voluntad a una de su rango suelen acabar empalados.

—Déjala a mi cuidado —le respondió Conan en tono conciliador —. Tú, mantén ojos y oídos atentos.

Subió a toda prisa por las escaleras, atento al silencio que repentinamente parecía haberse adueñado de su cuarto. La cuerda que sujetaba el pestillo de su puerta seguía sólidamente atada a una

sólida barra. Un hombre podría haber roto la cuerda y levantado el pestillo desde dentro, pero para Yasbet tenía que ser tan sólida como un cerrojo de hierro. Aunque también había podido escapar por la ventana. Sin duda, aquel pequeño tragaluz era demasiado estrecho aun para ella, pero… murmurando juramentos entre dientes, Conan deshizo el nudo de la cuerda e irrumpió en el interior.

Una jarra de loza que acababa de arrojar la mano de Yasbet se rompió en la puerta, encima de su cabeza. Conan se agachó para eludir la jofaina de peltre que le tiró a continuación, y agarró a la joven por la cintura. Le era difícil ignorar el placer que le causaba rodearla con el brazo, aunque ella le golpeara la cabeza y los hombros con sus puñitos. El cimmerio la sujetó por las muñecas y la obligó a poner ambas manos a la espalda, sujetándolas con la suya.

—¿Qué se ha adueñado de ti, muchacha? ¿Es que ese culto te ha reblandecido el seso?

—¡Qué me han reblandecido…! —se estremeció de contenida ira —. Ellos me tenían por digna. Y me trataron bien. Tú me has traído aquí atada como un fardo sobre un caballo, y me has encerrado sin decirme ni palabra. Y luego te has ido a ver a esa ramera.

—¿Qué ramera? ¿De qué me estás hablando?

—De Davinia —gruñó, más que dijo—. ¿No es así como se llama? Ese viejo, ¿Sharak?, vino para tratar de tranquilizarme. Me dijo que habías ido a ver a esa… mujer. Y luego me vienes con la misma mirada fachendosa que tiene mi padre cuando vuelve de visitar su zenana.

Mentalmente, Conan envió muchos males —todos ellos muy penosos— sobre la cabeza de Sharak. Dijo en voz alta:

—¿Y a ti qué te importa si visito aunque sea a veinte mujeres? Ya he salvado en dos ocasiones tu necia vida, pero no hay nada entre nosotros dos.

—Yo no he dicho que lo hubiera —replicó ella con resolución, si bien le temblaban los hombros.

Con cautela, Conan le soltó las muñecas, y ella se sentó abatida sobre el lecho de tosca factura —un jergón de paja cubierto por una burda sábana—, con las manos sobre el regazo.

—Una vez me salvaste la vida —murmuró—. Quizás. Pero esta vez se ha tratado de un secuestro.

—Tú no has visto lo que yo vi en aquel lugar, Yasbet. Allí obraba la brujería, y la maldad.

—¡Brujería! —La muchacha le miró con el ceño fruncido, y luego negó con la cabeza—. No, me mientes para impedir que vuelva allí. Conan murmuró algo entre dientes, y luego preguntó:

—¿Cómo es que te uniste a ellos? Cuando escapaste de mí, yo pensé que te habrías ido a tu casa. —Sonrió, a pesar de sí mismo—. Ibas a trepar por el muro del jardín.

—Lo hice —le contestó ella, esquivándole la mirada—. Fátima me pilló en lo alto del muro y me encerró en mi habitación.

Se revolvió incómoda en su asiento, y los restos de un desagradable recuerdo revolotearon por su rostro.

Conan habría apostado a que encerrarla en su cuarto debía de ser lo menos que le había hecho su nodriza. Conteniendo a duras penas la risa, dijo:

—Pero no tiene sentido huir y luego unirse a algo como ese culto.

—¿Y tú que sabes? —le preguntó ella—. Allí las mujeres trabajan en pie de igualdad con el hombre, y pueden tener el mismo poder. Y tampoco hay ricos ni pobres en el culto.

—Pero el culto mismo es rico —le dijo él secamente—. He visto algunos de sus tesoros.

—¡Porque fuiste allí a robar!

—Y vi a un hombre que había sido embrujado al morir.

—¡Mentiras! —gritó ella, cubriéndose los oídos con la palma de ambas manos—. No me impedirás que regrese.

—Lo dejaré en manos de tu padre. Vas a volver con él, aunque tenga que dejarte atada de pies y manos ante su puerta.

—Ni siquiera sabes quién es él —dijo la joven, y Conan tuvo la impresión de que la muchacha a duras penas se había contenido de sacarle la lengua.

—Lo descubriré —le respondió él terminantemente. Al ponerse en pie el cimmerio, ella le agarró la muñeca con ambas manos. En sus ojos estaba escrita la súplica.

—Por favor, Conan, no me devuelvas a mi padre. Ha…, ha dicho que tengo que casarme. Ya conozco al prometido. Me casaría, cierto, con un nombre honrado y respetado. Y me encerrarían en una zenana con otras cincuenta mujeres.

Conan negó compasivamente con la cabeza, pero solo dijo:

—Mejor será eso que el culto, muchacha.

Conan había pensado que, en cuanto abriera para salir, la joven se arrojaría sobre la puerta, pero, sin embargo, esta no se levantó del lecho. Tras atar de nuevo la correa que sujetaba el pestillo, volvió a la taberna. Akeba y Sharak apenas si le miraron cuando se sentó en un taburete, cabe la mesa donde estaban.

—… y así te digo —decía Sharak, dando al mismo tiempo golpecitos en la mesa con su dedo descarnado para cobrar más énfasis— que cualquier intento de confrontación directa solo llevara al desastre.

—¿Qué estáis rumiando vosotros dos? —les preguntó Conan.

—Cómo atacar al Culto de la Condenación —le respondió brevemente Akeba. Afloraba a sus ojos el sombrío recuerdo de la noche anterior—. Tiene que haber una manera de acabar con ese Jhandar —el desagrado se pintó en su rostro—. Me han dicho que lo llaman Gran Señor, como si fuera un rey.

—Y está el khitanio, por supuesto —añadió Sharak—. Pero Jhandar, él es el líder del culto, tiene que haber dado órdenes a ese hombre. Los de su ralea, comúnmente, no matan por placer.

Conan estaba perplejo en grado sumo.

—¿Un khitanio? ¿Los de su ralea? Parece que habéis descubierto muchas cosas en el breve rato que he pasado fuera.

—No ha sido tan breve —dijo Sharak con lasciva mirada—. ¿Cómo era la muchacha? —Cuando su mirada se cruzó con la de Conan, se apresuró a toser—. Sí. El khitanio. Según la descripción que da Akeba del hombre que…, bueno, yo estoy seguro de que provenía de Khitai, y era miembro de lo que llaman Hermandad del Camino. Estos hombres son asesinos de gran destreza. —Arrugó el entrecejo, añadiendo con ello más arrugas a su rostro—. Pero sigo sin comprender qué tenían que ver con todo ello los hirkanios.

—Nunca había oído hablar de esa hermandad —dijo Conan—. De hecho, creo solo a medias en la existencia de Khitai.

—Para mí también eran extraños —dijo Akeba—, pero este sujeto insiste en que sí existe. De todas formas no me importa su origen, voy a matarlo.

—Oh, sí existe, desde luego —dijo Sharak—. Cuando tengas el doble de años que ahora, comenzaras a aprender que hay más cosas

bajo el cielo de las que tú imaginas en los más locos vuelos de tu imaginación o en las más oscuras pesadillas. Ambos tenéis que andaros con cuidado con este khitanio. Los de la Hermandad del Camino conocen muy bien los más sutiles venenos, y pueden matar con el mero tacto.

—Bien puedo creerlo —dijo Akeba con voz ronca—, puesto que lo he visto.

Levantó la jarra y no volvió a dejarla hasta que la hubo apurado por completo.

—Especialmente tú, debes tener cuidado, Conan —siguió diciendo el astrólogo—. Sé bien que te inflamas fácilmente, y también que esa fiebre podría matarte. Este asesino…

Conan negó con la cabeza.

—Esta venganza es cuestión de Akeba, no mía. Sharak graznó en protesta.

—Pero ¡Conan! ¡Asesinos khitanios, venganzas, hirkanios, y solo los dioses saben qué más! ¿Cómo podemos darle la espalda a una aventura como esa?

—Me has hablado de saber —le dijo Conan—. Y no sabes todavía que «aventura» significa tener el estómago vacío, dormir en sitios fríos y tropezar con hombres que tratan de clavarte una daga en las costillas. Ya me encuentro con todas esas cosas con solo tratar de vivir, y no tengo ninguna necesidad de buscarlas.

—Tiene razón —dijo Akeba, cogiendo del brazo con una mano al viejo—. Esta mañana he entregado mi hija al Gremio de Sepultureros. Yo tengo razones para querer vengarme, pero él no.

—Pues yo pienso que esa es una pobre razón para mantenerse al margen —dijo Sharak refunfuñando.

Conan compartió una sonrisa con Akeba a costa del viejo. Sharak podía llamarse sabio en muchas cosas, pero en otras era bastante más joven que el cimmerio.

—Yo creo que lo que hemos de hacer ahora mismo —dijo Conan — es beber.

Akeba no podría olvidar jamás, pero, al menos, podía embotarse la memoria hasta que las consoladoras cicatrices tuvieran tiempo de cerrarse.

—¡Ferian! —vociferó—. ¡Una jarra de vino! ¡No, un cubo! El propio mesonero les trajo una jarra de tinto solvanio en cada mano,

y un pichel para Conan bajo el brazo.

—No tengo cubos —dijo secamente.

—Con esto bastará —dijo Conan, al tiempo que llenaba las jarras —. Y lleva algo de comer a mi cuarto para la muchacha.

—Su comida tienes que pagármela aparte —le recordó Ferian. Conan pensó en el oro que le colgaba del cinturón y sonrió.

—Te pagaré.

El tabernero se marchó, murmurando para sí, y Conan se volvió hacia el astrólogo.

—Tú, Sharak —le dijo bruscamente. Sharak balbució con la boca llena de vino.

—¿Yo? ¿Qué? Yo no he dicho nada.

—Has dicho demasiado —le replicó el cimmerio—. ¿Por qué le contaste a Yasbet que había ido a ver a Davinia? ¿Y qué le contaste exactamente?

—Nada —protestó el viejo—. Yo solo quería que dejara de chillar, habías dicho que no la amordazáramos, y pensé que, si le decía que estabas con otra mujer, no tendría miedo de que la ultrajaras. Eso es lo que siempre temen las mujeres. Erlik se te lleve consigo, cimmerio, ¿en qué he obrado mal?

—Está celosa —le respondió Conan—. Solo he hablado con ella en dos ocasiones y no la he tocado ni siquiera en una, pero está celosa.

—¿Que no la has tocado? Pero si la ataste como un saco de lino —dijo Akeba.

—La habrá subyugado con sus encantos —añadió Sharak, a quien la risa forzó a una imposible mueca.

—A vosotros os divierte esto —dijo Conan malhumorado—, pero poco faltó para que me abriera el cráneo con mi propia jofaina. Ella…

Mientras las bastas risotadas ahogaban las palabras de Conan, Ferian vino corriendo entre jadeos hasta la mesa donde estaban sentados.

—¡Se ha marchado, cimmerio! —dijo el tabernero con voz entrecortada—. Juro por Mitra y por Dagón que no creía que pudiera pasar por aquella ventana, pero lo ha hecho.

Conan se puso en pie de un salto.

—No puede haber ido lejos. Akeba, Sharak, ¿me ayudaréis a

buscarla?

Akeba asintió con la cabeza y se puso en pie, pero Sharak le respondió con una mueca.

—Si tú no la quieres, cimmerio, ¿por qué no la dejas para alguien que sí la quiera?

Sin molestarse en responder, Conan fue hacia la puerta seguido por Akeba. Sharak les siguió tan de prisa como pudo, ayudándose con el bastón.

Ya en la calle, los tres se separaron, y durante poco menos que una clepsidra nada halló Conan salvo frustración. Ni los buhoneros que cantaban su perfume barato u ofrecían horquillas para el pelo, ni los vendedores de fruta, ni los alfareros, ni los ladronzuelos de la calle, nadie había visto a una muchacha alta, de busto generoso y bella, ataviada con una túnica azafranada y que, posiblemente, había estado corriendo. Solo halló miradas vagas y mudas negativas. No pocas de las rameras le sugirieron que ellas mismas podían darle lo que buscaba, y hubo hombres que le graznaron que de haberla encontrado habrían preferido quedársela, aunque sus risas se desvanecían y daban paso al temeroso sudor ante la mirada azul y glacial del cimmerio.

Cuando regresó al mesón de fachada de piedra, y se encontró con Akeba y Sharak. Respondió a la mirada del turanio negando con la cabeza.

—Entonces, ya no la encontraremos —dijo el astrólogo—. Después de preguntarle a tanta gente, necesito aclararme la garganta con vino fresco. Apuesto a que Ferian ha acabado por darle nuestro solvanio a algún otro.

Las jarras seguían sobre la mesa donde las habían dejado, pero Conan no siguió bebiendo con los demás. Encontraría a Yasbet, estaba decidido a encontrarla. Le extrañaba su propia resolución, pero resuelto estaba. Davinia era capaz de hacer bullir la sangre de un hombre; Yasbet no le había inflamado más el deseo que cualquier otra muchacha bonita con la que pudiera tropezar. Pero le había salvado la vida dos veces, aun en contra de la voluntad de la joven. Sus convicciones le dictaban que con ello se había hecho responsable de la muchacha. Y ella le necesitaba para que la protegiera. Conan no estaba ciego a la lujuria que Yasbet podía despertar en un hombre.

Se dio cuenta de que un hirkanio, cargado de espaldas y patiestevado, se acercaba a la mesa precedido por su rancio olor. Llevaba los bastos pantalones de lana y el jubón de piel de cordero todavía más sucios —si cabía la posibilidad— de lo normal en un nómada. Se detuvo a dos pasos de él, moviendo nerviosamente la nariz como si de un pico de ave prensora se hubiera tratado, y sin apartar del cimmerio sus ojos negros.

—Tenemos a tu mujer —le dijo con tonos guturales, y dio un respingo, alarmado, al ver los fuegos de la rabia que se habían inflamado en el rostro del cimmerio.

Conan se había puesto en pie, y antes de darse cuenta de su propio gesto ya tenía el sable a medio desenvainar.

Akeba le agarró por el brazo. No por el brazo que sujetaba la espada; ya llevaba demasiadas campañas sobre sus espaldas como para hacerlo.

—Escúchale antes de matarlo —le dijo con apremio.

—¡Habla! —la voz de Conan recordaba al chirrido del acero sobre el hueso.

—Tamur quiere hablar contigo —empezó a decirle lentamente el hirkanio, pero luego tuvo que hablar cada vez más deprisa—. Pero, como habías luchado con algunos de nosotros, Tamur creyó que no querrías hablar con nosotros, y por eso nos llevamos a tu mujer para que quisieras hablar. ¿Quieres hablar?

—Sí quiero hablar —dijo Conan con un gruñido—. Y si la muchacha ha sufrido algún daño, también querré matar. Ahora, llevadme con ella.

—Esta noche —fue la estólida respuesta.

—¡Ahora!

—Una clepsidra después de que se ponga el sol, alguien vendrá a buscarte. —El hirkanio miró de reojo a Akeba y a Sharak—. Solo a ti.

Con áspero roce, la espada de Conan acabó de salir de su vaina de chagrén.

—No, Conan —le exhortó Sharak—. Si le matas, quizá no la encuentres jamás.

—Me mandarían a otro —dijo Conan, pero, tras un momento de duda, dejó la espada sobre la mesa—. Lárgate antes de que cambie de idea —le dijo al nómada, y, agarrando una de las jarras de vino,

empinó el codo en un esfuerzo por apurarla.

El hirkanio lo miró sin decidirse a nada, y después salió a toda prisa del mesón.

# 11

Davinia se desperezaba con lujuria mientras los dedos de la canosa Renda untaban de aceites perfumados los lisos músculos de su espalda. Había magia en las manos de la rolliza mujer, y la rubia la necesitaba. El corpulento bárbaro la había satisfecho con creces. Y le había dado a entender que volvería. No había dicho cuándo, pero volvería con toda seguridad. El conocimiento que ella tenía de los hombres lo daba por cierto. Aunque solo se habían vaciado unas pocas clepsidras desde la marcha de Conan, un cosquilleo de anticipación le recorría el cuerpo cada vez que pensaba en las horas que había pasado en sus robustos brazos. ¿A qué dioses —se preguntaba— tenía que ofrecer sacrificios para que Mundara Khan se demorara en su retorno a la ciudad?

Alguien llamó a la puerta del tapizado vestidor de Davinia, y Renda tuvo que dejar de darle masajes en la espalda. Con petulante suspiro, la hermosa rubia esperó con impaciencia a que regresara su vestidora.

—Señora —dijo Renda suavemente—, ha venido un hombre a veros. Sin prestar atención a su propia desnudez, Davinia se irguió para sentarse.

—¿Es el bárbaro?

Lo confiaba todo a su vestidora. Casi todo. Sin duda, Conan no osaría entrar por las puertas y hacerse anunciar, pero con solo imaginar el riesgo se excitaba más de lo que ella misma habría creído posible.

—No, señora. Es Jhandar, Gran Señor del Culto de la Condenación.

Davinia parpadeó sorprendida. Tenía alguna idea de la existencia del culto, si bien era cierto asimismo que los asuntos de religión no le interesaban demasiado. ¿Por qué venía a verla el

cabecilla de un culto? Quizá la divirtiera.

—Trae una túnica, Renda —ordenó, alzándose.

—Señora, si disculpas mi osadía…

—No la disculpo. Trae una túnica.

Extendió los brazos y Renda le ciñó en torno al cuerpo una prenda de seda roja. Cuidó de que fuera opaca. Renda se preocupaba siempre de su reputación —y así, de su seguridad— más que ella misma.

Davinia entró de manera imponente en la estancia donde aguardaba Jhandar. Los esclavos le abrieron las puertas, altas y ornadas con tallas, para que pudiera entrar. Al cerrarse estas, la joven se detuvo con afectación, adelantando un pie, la rodilla ligeramente doblada, los hombros erguidos. El hombre estaba medio reclinado en un sofá, entre las columnas. Ella sostuvo por un instante la afectada pose, y luego siguió adelante, ignorando en apariencia al hombre, aunque de hecho le estudiara con la mirada. Este se incorporó a medias, y se sentó en el borde del sofá.

—Eres… diferente de como yo esperaba —dijo Jhandar con voz ronca.

Ella se permitió una breve sonrisa, sin mirarte directamente. Había logrado el efecto que deseaba.

No carecía de atractivo el tal Jhandar, según pensó Davinia. El cráneo rasurado, sin embargo, le afeaba el rostro. Y aquellas orejas le daban al semblante un desagradable aire animal.

Lo miró por primera vez a la cara; se humedeció despreocupadamente los labios con la lengua y le dio con los ojos una caricia zalamera. Tuvo que contener la risa cuando vio que al otro se le aceleraba el aliento. Era tan fácil manipular a los hombres…, excepción hecha, quizás, del bárbaro. Se quitó de la cabeza, sin dilación, aquel pensamiento intruso. Cuidadosamente, se aseguró de hablar a media voz.

—Querías verme… ¿Jhandar, verdad?

—Sí —repuso él pausadamente.

Era obvio que se había sobrepuesto. Todavía no se le había calmado la respiración, pero en sus ojos se reflejaba cierto grado de autodominio. Cierto grado.

—¿Has disfrutado del collar, Davinia?

—¿El collar?

—El collar de rubíes. El que me fue robado la pasada noche.

Hablaba con voz tan calmada, tan familiar, que la joven tardó un momento en comprender el sentido de sus palabras. Entonces, se adueñó de ella el espanto. Se preguntó si se le habría notado en los ojos. El collar. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para no relacionar una cosa con la otra en el mismo momento en que anunciaron a Jhandar? Había sido cosa del maldito bárbaro. La joven parecía incapaz de concentrarse en otro que no fuera él.

—Ignoro por completo de qué me hablas —le dijo, y se sorprendió de la firmeza de su propia voz. Por dentro, se había vuelto de gelatina.

—Me pregunto qué dirá Mundara Khan cuando sepa que tienes un collar robado. Quizá te interrogará violentamente para saber quién le dio tal cosa a su amante.

—Lo compré…

Se mordió la lengua. Aquel hombre había logrado confundirla. Lo sucedido no entraba dentro de sus hábitos. Era ella la que siempre desconcertaba a los hombres.

—Sé que Emilio fue tu amante —dijo él tranquilamente—. ¿Es que Conan también ha tomado su lugar en eso?

—¿Qué quieres? —le dijo ella con un susurro. Deseaba con desesperación que un milagro la salvara, que lo hiciera desaparecer.

—Que me digas una cosa —le respondió el otro—: ¿Dónde puedo hallar a ese bárbaro llamado Conan?

—No lo sé —dijo ella, mintiendo automáticamente. Ya había tenido que admitir demasiadas cosas.

—Qué lástima. —Masculló de tal manera estas últimas palabras que le produjo estremecimientos a Davinia—. Qué terrible lástima.

—Puedes quedarte con el collar —le dijo de pronto.

Ella lo miró sorprendida. Vio que el hombre todavía no había recobrado del todo el dominio sobre sí mismo. Tenía que lamerse continuamente los labios, y se la bebía con los ojos, lo mismo que el hombre que está en el desierto hace con el agua.

—Gracias, yo…

—Póntelo para mí.

—Por supuesto —dijo ella. Todavía le quedaba una oportunidad.

Salió de la estancia con el mismo porte real con el que había entrado, pero, una vez estuvo fuera, salió corriendo; aunque el no

hacer ni pizca de esfuerzo físico en todo el día fuera una de las notas distintivas de la amante bien atendida.

Renda, que estaba poniendo bien los almohadones del lecho de Davinia, dio un respingo cuando su señora irrumpió en la estancia.

—¡Señora, me habéis asustado!

—Dime lo que sepas de este Jhandar —Davinia, jadeante, cayó de rodillas y empezó a hurgar en el cofre de las joyas—. Vamos. ¡Habla ya!

—Es poco lo que se sabe, señora —empezó a decir, dubitativa, la rolliza vestidura—. El culto profesa…

—¡Eso no, Renda! —Arrojando piezas de orfebrería a izquierda y derecha, acabó por aferrar con el puño el collar robado. A pesar de sí misma, exhaló un suspiro de alivio—. Gracias le sean dadas a Mitra. Dime lo que ya sepan los siervos y esclavos, y que sus amos no vayan a saber antes de medio año. ¡Dímelo!

—Señora, ¿qué es lo que ha…? —La feroz mirada de Davinia le impidió terminar la pregunta—. Jhandar tiene mucho poder en Turan, señora. Eso es lo que se rumorea entre los siervos. Y se dice que cada día es más poderoso. Algunos dicen que el engrandecimiento del ejército lo empezó él, diciendo a algunos hombres, que a su vez convencieron al rey, de que así debía hacerse. Por supuesto, es cosa sabida que el rey Yildiz lleva tiempo soñando con tener un imperio. No habrá sido difícil convencerle.

—Con todo —murmuró Davinia— es una muestra de que tiene poder. —Mundara Khan nunca había logrado convencer de nada al rey, pese a su parentesco de sangre con el trono—. ¿Cómo lo ha obtenido?

—Cada hombre tiene sus secretos, señora. Jhandar se preocupa de descubrirlos. Para que no salgan a la luz, muchos hombres se someten a lo que les diga Jhandar —hizo una breve pausa—. Muchos creen que es brujo. Y el culto posee inmensas riquezas.

—¿Cuán inmensas?

—Es posible que rivalicen con las del rey Yildiz.

La firmeza del pragmatismo más resuelto afloró al rostro de Davinia. Aún podría aprovechar esta situación, que le había parecido tan atemorizadora, en beneficio propio.

—Tráeme una capa —le ordenó—. Y rápido.

Cuando volvió con Jhandar, el semblante de este no ocultó su

sorpresa. La joven iba envuelta en una capa de fina lana escarlata desde la garganta hasta los pies.

—No lo entiendo —dijo él, con voz en la que crecía la ira—. ¿Dónde está el collar?

—Me lo he puesto para ti. —Y abrió la capa, dejando al descubierto los rubíes que le acariciaban el contorno superior de los senos. Y, aparte del collar, su hermoso cuerpo estaba desnudo.

Solo por un instante se mostró. Antes de que Jhandar hubiera podido sofocar el grito que le vino a la garganta, ya volvía a cubrirse. Pero entonces, de puntillas, se dio la vuelta, de tal manera que el otro entrevió sus blancas caderas bajo el encendido carmesí. Bailó por toda la habitación, dejándole vislumbrar tantálicos atisbos de su cuerpo, pero sin exponerlo de nuevo como al principio.

Acabó cayendo de rodillas ante él, y se bajó la prenda escarlata hasta los pálidos hombros, y los rubíes quedaron a la vista en el escote húmedo de sudor. Enmascarando cuidadosamente su triunfo, la joven le miró a los ojos. El rostro de Jhandar enrojecía de deseo. Y en aquel momento iba a dar el golpe final.

—El llamado Conan —dijo Davinia— me dijo que se aloja en el Toro Azul, que está en la Calle de los Soñadores del Loto, cerca del puerto.

Por un momento, él la miró, sin comprender; luego, sintió como una sacudida que le recorría el cuerpo.

—Ya le tengo —murmuró con excitación—. Si encuentro a los hirkanios… —Toda expresión huyó de su rostro al mirarla—. No le conviene a un hombre tener una querida que le mienta —dijo. Ella le respondió con una sonrisa.

—Una amante le debe absoluta sinceridad y obediencia a su señor. —O al menos, pensó ella, tiene que hacérselo creer—. Pero tú no eres mi señor. Aún.

—Te llevaré conmigo —dijo Jhandar con voz apagada, pero Davinia negó con la cabeza.

—Los guardias no me dejarían salir. Sin embargo, hay una vieja puerta detrás del palacio, que nadie usa ni vigila. Estaré allí esta noche con mi sirvienta, una clepsidra después de que haya oscurecido.

—Esta noche. Mandaré hombres a buscarte.

Bruscamente, Jhandar la obligó a ponerse en pie y la besó con

brutalidad.

Pero no como Conan, pensó la joven después de que se fuera. Qué desdicha que el bárbaro tuviera que morir. No le cabía ninguna duda de que aquella era la intención de Jhandar. Pero Jhandar era el primer paso en su futuro; Conan pertenecía al pasado. Y, como todo lo que pertenecía al pasado, lo apartó de sus mientes como si ni siquiera hubiera existido.

# 12

La taberna del Toro Azul iba llenándose a medida que se acercaba la hora señalada, y las risas de las mozas de partido y los borrachos ganaban en estridencia. Conan no reía ni bebía, sino que permanecía sentado con sus dos amigos vigilando la puerta.

—¿Cuándo vendrá ese hombre? —preguntó Sharak sin esperar respuesta—. Sin duda alguna, ya ha pasado la hora.

Ni Conan ni Akeba le respondieron, ni apartaron los ojos de la puerta de entrada. El cimmerio aferraba cada vez con más fuerza el puño de su espada, hasta que, alarmando a todos, le crujieron los nudillos.

El viejo astrólogo se encogió al oír el sonido.

—¿Qué aventura es esta, que la pasamos aquí sentados esperando durante Mitra sabe cuánto rato…?

—Ya está aquí —dijo Akeba en voz baja, aunque Conan estuviera ya poniéndose en pie.

El hirkanio de prominente nariz se detuvo en la entrada y llamó a Conan con un gesto, al tiempo que miraba afuera, a la noche, con preocupación.

—Que te acompañe la buena suerte, cimmerio —siguió diciendo Akeba en voz baja.

—Lo mismo te digo —le respondió Conan.

Mientras salía del mesón, oyó la voz quejumbrosa del astrólogo.

—¿Qué le dices de que tenga suerte? Si solo quieren hablar.

No se detuvo a escuchar la respuesta de Akeba, si es que la hubo. Muchos de los hombres que han acudido a un encuentro en la noche no han vuelto vivos jamás.

—Guíame —le dijo al hirkanio, y, tras echar una mirada recelosa en ambas direcciones de la calle, el nómada le guio.

Ya había terminado el ocaso, y reinaba la noche cerrada sobre la

ciudad. Una luna pálida, cual moneda de plata, pendía sobre el horizonte. Oyeron la música y las carcajadas de una veintena de mesones al ir pasando ante sus puertas iluminadas, y, en alguna ocasión, también los gritos de hombres que luchaban por una mujer o por el resultado de los dados.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó Conan.

El hirkanio no le respondió. Doblaba esquinas casi al azar, y en ningún momento dejaba de mirar con cautela a sus espaldas.

—Mis amigos no nos seguirán —dijo Conan—. He aceptado venir solo.

—No son tus amigos los que temo —murmuró el hirkanio, y luego apretó la mandíbula y miró con dureza al musculoso joven. No hablaron más.

Conan se preguntaba a quién o a qué temía aquel hombre, pero por fuerza había de dividir su propia atención entre prevenirse de la emboscada en la que quizá se metiera y no perder la pista por los giros y desvíos que el otro le hacía tomar. Cuando el hombre de la capa de piel le indicó que entrara en un portal a oscuras y subiera por unas escaleras de madera, estaba seguro —y sorprendido— de que el Toro Azul se hallaba a no más de dos calles yendo hacia el norte. Le convenía estar orientado por si se daba el caso de que la reunión terminaba en pelea.

—Tú primero —dijo Conan.

Sin aparentar expresión alguna, el nómada le obedeció. Los desencajados escalones crujieron de forma alarmante bajo sus pies. Conan desenvainó media espada y subió detrás del otro.

Al final de la escalera, se entraba por una puerta en un cuarto iluminado por dos goteantes lamparillas de sebo, que reposaban sobre una mesa desvencijada. El rancio olor a grasa llegaba a toda la estancia. Con el guía, eran diez los hirkanios que le miraban con suspicacia, aunque ninguno llegara a blandir un arma. Conan reconoció a uno, el hombre de la cicatriz en la mejilla sobre cuya cabeza había roto Emilio la jarra de vino.

—Me llamo Tamur —dijo Caracortada—. ¿Tú eres Conan? —A causa de su acento gutural, pronunció muy mal el nombre.

—Sí, soy Conan —asintió escuetamente el cimmerio—. ¿Dónde está la mujer?

Tamur hizo un gesto, y dos de los otros abrieron un gran baúl

que tenían apoyado contra la pared. Sacaron de él a Yasbet, meticulosamente atada como un fardo y amordazada con un enroscado jirón de tela. Su azafranado atavío estaba sucio de barro, y rasgado, y los secos rastros de sus lágrimas eran visibles todavía en el polvo que le cubría las mejillas.

—Ya he advertido a este —gritó Conan—. Si le habéis hecho daño, os…

—No, no —dijo Tamur, impidiéndole seguir—. Sus ropas ya estaban así cuando la encontramos tras el mesón donde dormías. Si hubiéramos maltratado a tu mujer, ¿crees que te la mostraríamos y aun así esperaríamos que hicieras tratos con nosotros?

Cabía la posibilidad. Conan se acordó de la angostura de la ventana por la que había tenido que escapar.

—Desatadle los pies.

Sacando una daga corta de hoja curva, uno de los nómadas cortó las cuerdas que sujetaban a Yasbet por los tobillos. La muchacha trató de ponerse en pie, y, con un gemido ahogado por la mordaza, se sentó en la tapa del baúl donde la habían tenido encerrada. El hirkanio miró a Conan interrogadoramente y acercó el cuchillo a las muñecas todavía atadas de Yasbet, y a su mordaza, pero el musculoso joven negó con la cabeza. Basándose en las pasadas experiencias, no quería arriesgarse a que la muchacha dijera o hiciera cualquier cosa si la liberaban. Ella le miró de modo extraño, pero, y esto fue motivo de asombro, no hizo nada.

—Se te reconoció en las fincas de Baalsham —dijo Tamur.

—¿Baalsham? —dijo Conan—. ¿Y quién es Baalsham?

—Tú lo conoces con el nombre de Jhandar. ¿Quién puede conocer su verdadero nombre? —Tamur suspiró—. Esto será más fácil si empiezo por el principio.

Dio rápidas órdenes, y al instante les trajeron un pichel de vino barato y dos toscas jarras de arcilla. Tamur se sentó a un extremo de la mesa, y Conan al otro. El cimmerio se dio cuenta de que los otros nómadas tenían cuidado de no quedarse a sus espaldas y que ostensiblemente no acercaban la mano a la espada. Aquello le asombraba. Los hirkanios eran un pueblo arrogante y susceptible y, desde luego, poco dado, en el mejor de los casos, a evitar la pelea.

Aceptó la jarra de vino que le ofrecía Tamur, y luego, escuchándole, se olvidó de beber.

—Hace cinco años —empezó a contarle el nómada caracortada—, el hombre que nosotros llamamos Baalsham apareció entre nosotros, él y dos hombres extraños de piel amarilla. Hizo un par de prodigios mágicos menores, los suficientes para que le aceptaran los chamanes de la tribu, y empezó a predicar lo mismo que aquí: el caos y la inevitable condenación. Sus enseñanzas cobraron fuerza entre los hombres jóvenes, pues decía que las naciones del oeste eran malignas, y que los pueblos hirkanios tenían por destino cabalgar al oeste del mar de Vilayet. Y, esta vez, para purgar la tierra.

—Un hombre ambicioso —murmuró Conan—. Pero parece que sus ambiciones fallaron.

—Solo por el grosor de una uña. No solo reunió en torno a sí a jóvenes guerreros que llegaron a contarse por millares, sino que también empezó a ejercer una extraña influencia en los Consejos de Ancianos. Entonces se vieron criaturas en la noche, parecidas a demonios, o a desfiguradas formas humanas, y descubrimos que se trataba de espíritus de hombres asesinados, hombres de nuestra sangre y amigos, conjurados por Baalsham y obligados a obedecerlo. Había cobrado influencia en los Consejos gracias a su labor de espionaje.

Yasbet logró que su grito de protesta se oyera a través de la mordaza, y asimismo negó violentamente con la cabeza, pero los hombres la ignoraron.

—He visto su magia —dijo Conan—, negra y abominable. ¿Cómo fue expulsado? Porque supongo que no se iría por su propia voluntad.

—En una única noche —respondió Tamur—, diez tribus se alzaron contra él. Los mismos espíritus que nos habían advertido, encadenados por su voluntad, lucharon contra nosotros, y también los jóvenes guerreros que lo seguían. —Se palpó la cicatriz de la mejilla—. Esto me lo hizo mi propio hermano. Los jóvenes guerreros, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros primos, murieron hasta el último, e incluso las muchachas lucharon hasta la muerte. Al fin, nuestro mayor número nos dio la victoria. Baalsham huyó, y con su fuga desaparecieron los espíritus ante nuestros propios ojos. Para evitar derramamiento de sangre entre tribus, los Consejos decretaron que ningún hombre podría invocar el derecho

de sangre por la muerte de quien hubiera seguido a Baalsham. No se podía decir sus nombres. No habían existido. Pero los hubo que no pudimos olvidar que habíamos sido forzados a derramar la misma sangre que nos corre por las venas. Cuando conocimos a través de los comerciantes los rumores relacionados con el hombre llamado Jhandar y con el Culto de la Condenación, comprendimos que se trataba del mismo Baalsham. Fuimos cinco veces diez los que cruzamos el mar para ir en busca de la prohibida venganza. La pasada noche fracasamos, y ahora solo quedamos diecinueve.

No dijo más.

Conan frunció el ceño.

—El relato es interesante, pero ¿por qué me lo habéis contado? El mal humor se pintó en el rostro del nómada.

—Porque necesitamos tu ayuda —le dijo pausadamente.

—¿Mi ayuda? —exclamó Conan. Tamur se apresuró a seguir hablando.

—Cuando tomamos el palacio que Baalsham se estaba construyendo, fueron desatados poderes más allá de toda comprensión. El mismo suelo se derritió y fluyó como el agua. Aquel lugar se llama ahora la Tierra Desolada. Durante tres días y tres noches, los chamanes trabajaron en contener aquella maldad. Cuando hubieron construido barreras mágicas, se marcaron los límites de la Tierra Desolada y se proclamó un tabú. Ninguno de nuestra raza puede cruzar esos límites y seguir con vida. Debe de haber artefactos mágicos allí dentro, artefactos que podrían emplearse contra Baalsham. Él no pudo llevárselos todos en su fuga. Pero ningún hirkanio puede entrar para sacarlos. Ningún hirkanio.

Miró detenidamente al corpulento cimmerio.

—Yo no quiero saber nada más de Jhandar —dijo el cimmerio.

—Pero ¿crees que él no querrá saber nada más de ti, Conan? La enemistad de Baalsham no se marchita con el tiempo. Conan gruñó.

—¿Y a mí qué me importa su enemistad? Él no sabe quién soy ni dónde me puede encontrar. Que su enemistad le corroa como dentelladas de zorro.

—Sabes poco de él —le dijo Tamur con insistencia—. Él…

Con estrepitoso crujido, los tablones del suelo sobre el que estaba Conan se astillaron, y una deforme mano verdegrís salió por el agujero y lo agarró del tobillo.

—¡Los espíritus han venido! —gritó uno de los nómadas con los ojos a punto de saltarle de las cuencas, y Yasbet empezó a chillar tras su mordaza.

Los otros hombres echaron mano de las armas, gritando en confusión.

Conan logró ponerse en pie y trató de liberar la pierna, pero los correosos dedos del otro la sujetaban con fuerza preternatural. Otra mano deforme apareció destrozando tablones y trató de cogerle, pero Conan desenvainó la espada y le asestó un mandoble. Una de las manos caía al suelo; la otra todavía le tenía agarrado. Pero por lo menos —pensó el cimmerio— el acero podía cortarlas.

Con la punta de la espada, pinchó los dedos que le sujetaban para obligarlos a soltarle. Pero, cuando por fin la otra mano cayó al suelo, la cabeza de la criatura, con sus orejas puntiagudas y ojos embrujados y muertos, y su boca sin labios, reventó el suelo arrojando por los aires una lluvia de astillas de madera. Extendió los mutilados brazos hasta las dos manos que habían quedado en el suelo. Sus carnes enmohecidas parecieron mudar la forma, y las manos se unieron de nuevo a los brazos. La criatura empezó a abrirse paso para acabar de entrar en el cuarto, destrozando el sólido suelo como si las tablas hubieran estado podridas.

De pronto, un nuevo par de manos atravesó la pared destrozándola, y agarró a uno de los hirkanios que chillaba, desgarrándole —la piel. Conan decapitó a la primera de las criaturas, pero esta siguió arrastrándose hasta encontrarse dentro del cuarto, al tiempo que su cabeza rodaba por el suelo con mirada de odio. Una tercera cabeza abrió otro boquete en el suelo, y la siguió una mano que agarró a Yasbet por la pierna. Con un chillido, la muchacha se desmayó.

Conan la agarró antes de que terminara de caer, y logró liberarla de la criatura que la sujetaba. Nada podía hacerse en aquel cuarto salvo morir.

—¡Huye! —gritó él—. ¡Vete!

Cargó a hombros con Yasbet como si de un saco de harina se hubiera tratado, y, saliendo por la ventana, saltó abajo, a la calle.

Los hirkanios se esforzaron por seguirle. Los chillidos que se oían en la infernal habitación siguieron creciendo, y persiguieron al cimmerio que corría con su carga. Tan bruscamente como habían

empezado, los chillidos cesaron. Conan miró atrás, pero no logró ver nada en la penumbra.

Yasbet gimió débilmente, y se movió sobre sus hombros. Conan, recordando la tenacidad de la mano que lo había agarrado a él mismo, la bajó al suelo y se agachó para palparle en la pierna. Sus dedos encontraron el trozo de piel correosa y tendón. Con un juramento, se lo arrancó y lo arrojó a la negrura de la noche.

Yasbet gimió, y abrió los ojos.

—Yo… he tenido una pesadilla —dijo con un susurro.

—No era un sueño —murmuró él. Sus ojos escudriñaron las sombras en busca de perseguidores—. Pero ya ha terminado —dijo, formulando un deseo.

—Pero, esos demonios… ¿quieres decir que eran reales? —Brotaron de su garganta los gimoteos—. ¿De dónde venían? ¿Por qué? Oh, Mitra nos proteja —dijo entre lloriqueos.

Conan gruñó y le tapó la boca con una mano.

—Cálmate, muchacha. Si tuviera que apostar mi dinero en este asunto, lo haría por Jhandar. Y si sigues chillando como una pescadera, sus secuaces acabarán por encontrarnos. Puede que la próxima vez no escapemos con tanta facilidad.

La soltó con cautela; ella se puso en pie y le miró fijamente.

—No te creo —le dijo—. Y tampoco a esos hirkanios malolientes. —Pero no volvió a levantar la voz.

—Ese hombre es malvado —dijo Conan en voz baja—. He visto la más repugnante nigromancia puesta en práctica por su mano, y no tengo ninguna duda de que esto también ha sido producto de sus negras artes.

—No puede ser. El culto…

—¡Chist!

Oyeron el golpe seco de muchos pies que aterrizaban en la calle. Tras ocultar a Yasbet entre las sombras, Conan aguardó espada en mano. Aparecieron algunas figuras borrosas, que se acercaban lentamente por el mismo camino que había seguido él. Le llegó el olor de la grasa rancia.

—¿Tamur? —dijo en voz baja, llamándole. Hubo murmullos de sorpresa, y el brillo de las espadas desnudas en la penumbra. Entonces, una única figura se le acercó.

—¿Conan?

—Sí —respondió el cimmerio—. ¿Cuántos habéis logrado escapar?

—Trece —dijo Tamur con un suspiro—. Los demás han sido despedazados. Ahora tendrás que venir con nosotros. Esas cosas eran criaturas espirituales de Baalsham. Acabará por encontrarte, y cuando lo haga…

Conan sintió que Yasbet se estremecía.

—No podrá encontrarme —dijo el cimmerio—. Ni siquiera sabe a quién tiene que buscar.

De improviso habló otro hirkanio.

—Un incendio —dijo—. Hacia el norte. Un gran incendio.

Conan miró en aquella dirección, y un frío de muerte le caló en los huesos. En efecto, aquello era un gran incendio, y, a menos que se hubiera desorientado por completo, el Toro Azul se hallaba en su centro. Sin decir otra palabra salió corriendo, y arrastró a Yasbet tras de sí. Oyó que los nómadas le seguían, pero poco le importaba que fueran o vinieran.

La Calle de los Soñadores del Loto estaba atestada del gentío que observaba el siniestro. Las llamas azotaban la noche desde cuatro casas, y sus centellas carmesíes se reflejaban en el rostro de quienes miraban. Uno de los edificios, el más castigado, era el Toro Azul. Algunos, entre los cuales se hallaba Ferian, habían organizado una cadena de cubos hasta la cisterna más cercana, pero, sin duda, buena parte del distrito sería destruida antes de que se contuviera el incendio, lo cual, probablemente, solo se lograría derribando los edificios que lo rodeaban y esperando a que se extinguiera por sí solo.

Mientras se abría paso entre la turba de mirones, Conan oyó una voz.

—Lo golpeé con el bastón, y desapareció en una nube de humo negro. Te digo que este bastón tiene poderes mágicos.

Sonriendo por la que parecía ser la primera vez en días, Conan logró llegar hasta la voz. Encontró a Akeba y a Sharak, con los rostros tiznados de humo, sentados y recostados contra la pared del establecimiento de un alfarero.

—Has vuelto —dijo Sharak cuando vio al corpulento cimmerio —. Y con la moza. Y nosotros que creíamos que serías tú quien corriera peligros esta noche. He matado a uno de los demonios.

—¿Demonios? —preguntó Conan bruscamente. Akeba asintió.

—Eso es lo que parecían. Entraron reventando las paredes e incluso el suelo, y destrozaron a todos los que se cruzaban en su camino. —Dudó antes de seguir hablando—. Parecía que estuvieran buscando a alguien que no estaba.

—A mí —dijo Conan sombríamente.

' Yasbet ahogó un grito. «No puede ser». Los hombres no le prestaron atención.

—Ya te he dicho que acabará por encontrarte —le dijo Tamur, que acababa de aparecer a su lado—. Ahora no te queda más remedio que ir a Hirkania.

—¡Hirkania! —exclamó Sharak.

Conan, tristemente, asintió. Quedaba comprometido. Tendría que destruir a Jhandar, o morir.

# 13

En el alba gris, Conan anduvo por el muelle de piedra, abarrotado ya de marineros orientales y mercancías, hasta que encontró el navío que le habían descrito. El Bailarín de las Espumas parecía hallarse fuera de lugar entre los bajeles redondos de pesado casco y las grandes drómonas. Medía menos de veinte pasos de eslora, lucía en la arboladura una única vela latina y tenía quince remos por costado, manejados desde bancos individuales. La acaracolada proa se alzaba a la misma altura que el estrecho tajamar, con lo que parecía la imagen misma de la agilidad. Conan había visto naves parecidas en Sultanapur, pequeños barcos pensados para varar en playas donde las Aduanas del Rey difícilmente podían hacerse valer. Todos los contrabandistas, sin excepción, las hacían pasar por navíos de pesca, y todas las que había visto tenían el mismo olor a pescado pasado y a comida de barco igualmente pasada.

Subió por la pasarela con mirada cauta, pues las tripulaciones de tales navíos, invariablemente, sentían una fuerte animadversión por los extraños. Dos marineros curtidos por el sol, que llevaban el pelo recogido en una coleta e iban desnudos de cintura para arriba le observaron sin parpadear, con sus ojos oscuros, cuando llegó a la cubierta.

—¿Dónde está vuestro capitán? —empezó a decir, pero se volvió al oír subrepticios pasos a sus espaldas.

Se volvió al instante y alcanzó a detener un brazo que iba a clavarle una daga, y se encontró un rostro de nariz afilada, que con un sucio pañuelo listado en rojo se cubría la frente.

Se trataba del iranistanio cuyos compañeros había tenido que matar en su primer día en Aghrapur. Y si formaba parte de la tripulación, los otros dos, sin duda, también habían pertenecido a

esta. El iranistanio abrió la boca, pero Conan no esperó a escuchar lo que el otro tuviera que decirle. Agarrándolo por el cinturón con la mano que tenía libre, tomó carrerilla y lo arrojó por la borda mientras el otro gritaba. Nariz afilada cayó en las aguas del puerto, donde flotaban abundantes desechos, con ruidoso chapoteo, y, dando furiosas brazadas, se alejó del barco sin mirar atrás.

—¡Piedras de Hanumán! —rugió un hombre de cuello de toro que acababa de salir a la cubierta.

Salvo por un fino mechón negro, era calvo, y una poblada barba alcanzaba a cubrirle el amplio pecho. Sus ojos pequeños y brillantes se clavaron en Conan.

—¿Eres tú el motivo de todo este barullo?

—¿Tú eres el capitán? —preguntó Conan.

—Sí, lo soy, y me llamo Muktar. Ahora, en nombre del Trono de Erlik, ¿puedes decirme qué sucede aquí?

—He venido a alquilar tu barco —le dijo Conan tranquilamente —, y un miembro de tu tripulación ha tratado de clavarme una daga en la espalda. Lo he arrojado al agua.

—Lo has arrojado al… —El capitán calló antes de empezar a vociferar, y siguió hablando en tono más calmado, si bien suspicaz —. ¿Quieres alquilar el Bailarín de las Espumas? ¿Y para qué?

—Para un viaje de comercio a Hirkania.

—¡Eres comerciante! ¿Tú? —Muktar estalló en carcajadas y se dio palmadas en los rollizos costados.

Conan apretó los dientes y esperó a que el otro acabara. La noche anterior, él, Akeba y Tamur habían elaborado aquel cuento del viaje de comercio. Los hirkanios, que nunca habían sido un pueblo confiado, rechazaban aún más a los forasteros después de lo de Jhandar, pero los comerciantes todavía eran admitidos. Conan decidió recurrir, de mala gana, al oro de Davinia. Cuando el coste de las mercancías, necesario para adoptar el disfraz, se añadió al de alquilar el barco, no le quedó dinero ni para pagarse una buena noche de borrachera.

Al fin, el regodeo de Muktar terminó. Su vientre dejó de agitarse, y la codicia iluminó sus ojos.

—Bien, últimamente la pesca ha sido muy provechosa. No creo que pueda dejarla por menos de, digamos, cincuenta monedas de oro.

—Veinte —le replicó Conan.

—Ni hablar. Ya me has costado un tripulante. No se habrá ahogado, ¿verdad? Si se hubiera ahogado, las autoridades me obligarían a rescatar el cuerpo y pagarle el entierro. Cuarenta monedas de oro, y puedes tenerlo por barato.

Conan suspiró. Tenía poco tiempo que perder. Si Tamur estaba en lo cierto, tenían que haber abandonado Aghrapur a la caída de la noche.

—Nos repartiremos la diferencia —le ofreció—. Treinta monedas de oro, y esa es la última oferta. Si no te gusta, ya encontraré otro navío.

—No hay otro en el puerto que pueda desembarcarte en una playa hirkania —respondió el capitán con soma.

—Pues lo habrá mañana, o pasado mañana, o el otro. —Conan se encogió de hombros como con indiferencia.

—Está bien —murmuró agriamente Muktar—. Treinta monedas de oro.

—Trato hecho —dijo Conan, dirigiéndose ya a la pasarela—. Saldremos tan pronto como tengamos la mercancía a bordo. Poco afectarán las mareas a esta embarcación ligera.

—Habías dicho que no tenías prisa —dijo el barbudo en protesta.

—Ni la tengo —le respondió Conan tranquilamente—. Pero tampoco hay necesidad de perder el tiempo.

Para sus adentros, se preguntaba si lograrían prepararlo todo a tiempo. En realidad no tenían tiempo que perder.

—Sigue hablando —ordenó Jhandar, y siguió andando a su vez por el suelo de liso mármol de su antesala al tiempo que escuchaba.

—Sí, Gran Señor —dijo el hombre joven, al tiempo que hacía una reverencia—. Encontraron a un hombre en un mesón del puerto, un iranistanio que decía haber luchado con alguien que debía de ser el tal Conan. Este iranistanio había servido como marinero en un barco contrabandista, el Bailarín de las Espumas, y parece que este ha zarpado hace tan solo algunas horas llevando como pasajeros a un grupo de hirkanios, un corpulento bárbaro de ojos azules y una muchacha cuya descripción coincide con la de la iniciada que desapareció la noche del ataque de los hirkanios.

Dejó de hablar, esperando el elogio por haber descubierto tantas

cosas en tan poco tiempo.

—Dime con qué destino, necio —le preguntó Jhandar—. ¿Hacia dónde iba el barco?

—Oh, hacia Hirkania, o por lo menos eso es lo que se dice, Gran Señor.

Jhandar cerró con fuerza los párpados, y se frotó ambas sienes con los dedos.

—¿Y no te parece que esto último era lo bastante importante como para decírmelo sin esperar a que te preguntaran?

—Pero, Gran Señor —dijo el discípulo con voz entrecortada—, como que ya han huido…, pues…

—Tienes que decirme cualquier cosa que averigües —gritó el nigromante—. No te corresponde a ti decidir qué es importante y qué no lo es. ¿Has omitido algo más?

—No, Gran Señor. Nada.

—¡Entonces, vete!

Antes de que el joven de cabeza afeitada se alejara de la presencia de Jhandar, había desaparecido ya de los pensamientos del mago. El hombre que antaño había sido conocido como Baalsham se acercó a una ventana. Desde allí, pudo ver a Davinia tumbada a la sombra de un árbol en los jardines, y a un esclavo que le enviaba suave brisa con un abanico de blancas plumas de avestruz. Jamás había conocido una mujer como aquella. Le turbaba. Y también le fascinaba.

—Yo solo escucho casualmente lo que se habla, Gran Señor —le dijo Che Fan a sus espaldas—, pero me he enterado de que ya se comenta que esa mujer no recibe el mismo trato que los demás.

Jhandar contuvo un gesto de sorpresa y miró por encima del hombro a los dos khitanios. Nunca, en todos los años que llevaban siguiéndole, se había acostumbrado al silencio con el que se movían.

—Si hay lenguas charlatanas que no saben estar quietas —dijo —, me encargaré de que no les quede lengua con la que charlar. Che Fan se inclinó en reverencia.

—Perdóname, Gran Señor, si he hablado fuera de lugar.

—Nos enfrentamos a problemas más importantes —dijo Jhandar —. El bárbaro ha zarpado para Hirkania. No habría ido allí si solo quisiera huir. Por lo tanto, debe de estar buscando algo, algún

arma, para emplearla contra mí.

—Pero si no queda nada, Gran Señor —dijo Suitai en protesta—. Todo fue destruido.

—¿Estás seguro de lo que dices? —replicó secamente Jhandar—. ¿Lo bastante seguro como para poner en peligro todos mis planes? Yo no. Me haré con la galera más rápida de Aghrapur, y los dos partiréis con la próxima marea. Matad a este Conan, y traedme lo que sea que busque.

—Como tú ordenes, Gran Señor —murmuraron los khitanios al unísono.

Jhandar se decía a sí mismo que todo llegaría a buen fin. Había llegado demasiado lejos como para fracasar. Demasiado lejos.

# 14

La mar gris se rizaba bajo la proa cabeceante del Bailarín de las Espumas, y esas mismas espumas salpicaban la cubierta. La vela triangular se erguía tensa frente al cielo, donde un pálido sol amarillento había recorrido ya la mitad de camino que va del cénit al horizonte occidental. En la popa, un marinero, que no igualaba a Conan en estatura pero le superaba en corpulencia, apoyaba todo su peso —que no era poco— en el timón, pero los otros tripulantes, en su mayor parte, se habían tumbado sobre los fardos de mercancías.

Conan, agarrándose con una mano, se sostenía fácilmente en pie. No era hombre de mar, pero, durante el tiempo pasado con los contrabandistas de Sultanapur, su estómago había aprendido a sobrellevar el constante balanceo de los barcos.

Akeba no tenía tanta suerte. Se incorporó —había ido encorvado sobre la borda prácticamente desde que el navío saliera de Aghrapur— y dijo con voz apagada:

—Un caballo no se mueve tanto. ¿Esto no para nunca?

—Nunca —dijo Conan. Pero al oír el bufido del otro suavizó lo dicho—: A ratos no se balanceará tanto, y, en cualquier caso, acabarás por acostumbrarte. Mira a los hirkanios. Habían hecho un solo viaje, y ya no se marean.

Tamur y los otros nómadas se habían sentado en el suelo enfrente del único mástil, y sus callados murmullos se mezclaban con el crujido del maderamen y el cordaje. Se iban pasando jarras de arcilla llenas de vino y porciones de queso blanco fermentado, y apenas si interrumpían la charla para llenarse la boca.

—No quiero ni mirarlos —dijo Akeba, recalcando cada palabra —. Juro ante Mitra que no sé qué huele peor, si el pescado podrido o el queso de leche de yegua.

Cerca de allí, a mitad de la cubierta, algunos de los marineros

estaban reunidos escuchando a Sharak.

—… y así agité mi bastón de poder —y gesticulaba aparatosamente con el bastón que empleaba para andar— y maté a tres de los demonios del Toro Azul. Grandes fueron sus lamentos y súplicas de misericordia, pero, con tales criaturas de perverso corazón, no podía yo tener clemencia. Muchos más habría reducido yo a humo inocuo, que la brisa se hubiera llevado, pero huyeron de mí y regresaron a sus regiones infernales, y mientras lo hacían arrojaban bolas de fuego para estorbarme en mi persecución, mientras yo…

—Pero ¿logró realmente hacer daño a una sola de las criaturas? —le preguntó Conan a Akeba—. Lleva años jactándose de este bastón, pero nunca he visto que hiciera mayor proeza que prestarle apoyo a una espalda anciana.

—No lo sé —dijo Akeba. Estaba haciendo visibles esfuerzos por ignorar a su estómago, pero el atezado rostro se había tornado de un pálido verdoso—. Lo vi al principio, pegando saltos como uno de esos faquires farthii que danzan sobre brasas, y dándole con el bastón a todo lo que se movía; y nada más supe de él hasta que hubimos salido a la calle. Sin embargo, sí sé cómo empezó el incendio. Lo sé. Lo empezó Ferian. Arrojó una lámpara a uno de los demonios, y no le hizo daño, pero el aceite que ardía se extendió por una pared.

—Y así quemó su propia posada —dijo Conan riendo entre dientes—. Cómo le dolerá tener que construirla de nuevo, aunque me imagino que debe de tener oro suficiente para poner en pie diez como esa.

Muktar, que volvía del retrete —una plancha que sobresalía de la proa—, pasó por el lado de Conan. Sus ojillos brillantes miraron al cielo, y luego al rostro del cimmerio.

—Niebla —dijo. Y lo pensó un momento antes de añadir—: Hacia el ocaso. El Vilayet es traicionero.

Cerró el pico, como si hubiera dicho ya más de lo que quería, y fue hacia la popa con unos andares que en tierra habrían parecido caprichosos, pero que en el barco compensaban a la perfección el balanceo de cubierta.

Conan miró sombríamente cómo se iba.

—Cuanto más nos alejamos de Aghrapur, menos habla y menos

me fío yo de él.

—Quiere la mitad que todavía no le has pagado del oro. Además, entre nosotros y los hirkanios superamos en número a la tripulación.

La mención del oro no fue afortunada. Cuando acabara de pagar al capitán, solo le quedarían a Conan ocho monedas de oro en la bolsa. En otro tiempo le habría parecido una buena suma, pero no después de que hubieran pasado por sus manos hasta cien. Esperaba poder sacar un buen beneficio de las mercancías que llevaban, y, sin embargo, cuando pensaba en beneficios y en el comercio le quedaba en la boca el mismo sabor que le habría dejado el más fermentado de los quesos hirkanios.

—Quizá —le dijo agriamente—. Aunque, si pudiera, nos echaría a los peces como comida y volvería a sus negocios de contrabando. Y…, pero ¿qué te pasa?

Con los ojos desorbitados, Akeba tragó saliva bruscamente, y con fuerza.

—Nos echaría a…

Gimiendo, volvió a encorvarse sobre la borda, y le vinieron ruidosas e inútiles arcadas. Nada le quedaba dentro que pudiera vomitar.

Yasbet vino corriendo de la popa; echaba miradas a sus espaldas con el entrecejo fruncido al tiempo que se abría paso entre maromas enrolladas y cestos de mimbre llenos de provisiones.

—No me gusta este capitán Muktar —le hizo saber a Conan—. Me mira con lascivia, como si quisiera verme desnuda en el mercado de esclavos.

Conan había decidido que la túnica azafranada no le convenía para un viaje por mar, y nada había objetado ella a deshacerse de aquel recuerdo del culto. Llevaba un corto justillo de cuero que se ataba por la parte de arriba de la pechera, y debajo de este una blusa de lana gris, pantalones del mismo género y botas rojas de media caña. Era un atuendo de hombre, pero la basta lana se ceñía de tal manera a su figura que no permitía dudar de que se trataba de una mujer.

—No le has de tener miedo —le dijo Conan con firmeza.

Quizá tuviera que charlar con Muktar en privado. A puñetazos. Y no solo con el capitán. No escapaban a sus gélidos ojos las

miradas lascivas de una docena de marineros dirigidas a ella.

—No tengo miedo de nada mientras tú estés conmigo —dijo la muchacha e, inocentemente, le oprimió el brazo contra uno de sus senos. El cimmerio, por lo menos, creía que lo hacía inocentemente —. Pero ¿qué le pasa a Akeba, Conan? —el mar, en sus momentos de mayor embravecimiento, no había hecho mella en la joven.

—Está enfermo.

—Oh, lo siento. ¿Quizá le vendría bien que le trajera un poco de sopa?

—Erlik se lleve consigo a todas las mujeres —gimió Akeba desmayadamente.

—Creo que por ahora es mejor que no —dijo Conan riendo.

Tomó a Yasbet del brazo y la alejó de la convulsa figura apoyada en la borda, y la sentó delante de él, sobre un barrilete. Tenía el rostro más serio.

—¿Por qué estás tan abatido, Conan? —preguntó ella.

—Si hay problemas —dijo él suavemente—, aquí o en la costa, no te alejes de mí, o de Akeba, si no estoy yo. En el peor de los casos, Sharak te ayudará a escapar. No es luchador, pero ningún hombre vive tanto como él si no ha aprendido a sobrevivir.

La muchacha arrugó el entrecejo. Cuando Conan hubo dejado de hablar, exclamó:

—¿Por qué hablas como si no hubieras de poder estar conmigo?

—Ningún hombre sabe lo que puede ocurrirle, muchacha, y quiero que tú estés a salvo.

—Ya lo suponía —dijo ella con un calor y una alegría que Conan no comprendió—. Deseaba que se tratara de eso.

—Como último recurso, confía en Tamur, pero solo si no te queda otra salida. —Conan creía que aquel nómada era el mejor de todo el grupo, el que menos traicionaría la confianza de otros, pero más valía no probarle demasiado. Como dice el antiguo dicho, quien tiene un amigo hirkanio se paga el entierro por adelantado—. No confíes en ninguno de los otros, aunque entonces tengas que componértelas tú sola.

—Pero tú estarás aquí para protegerme —dijo ella sonriendo—. Lo sé.

Conan gruñó, desesperando de que la joven lo escuchara. Al llevarla consigo, aunque lo hubiera hecho con la mejor intención, la

había expuesto a un peligro tan grande como el de Jhandar, si bien de distinta naturaleza. ¿Cómo podía hacérselo comprender? Si la muchacha, al menos, hubiera sido capaz de protegerse a sí misma. Si…

Revolviendo los fardos de mercancías, el cimmerio sacó una sica nemedia, de hoja corta y sin afilar. A los nómadas hirkanios les gustaba la certeza de que sus espadas habían salido directamente de la forja, y querían ver cómo el acero era afilado por primera vez.

Arrojó al aire la espada corta y la agarró en pleno vuelo por la hoja, y acto seguido le ofreció el mango a Yasbet. Ella la miró perpleja.

—Cógela, muchacha —le dijo Conan.

Vacilante, la joven puso una mano encima de la empuñadura forrada en cuero. Él soltó la hoja, y ella dio un respingo; poco faltó para que soltara el arma.

—Es pesada —dijo, medio riendo.

—Seguramente te has puesto collares más pesados, muchacha. Te acostumbrarás a sostener ese peso con la mano antes de que lleguemos a Hirkania.

—¿Dices que me acostumbraré?

Su grito de consternación arrancó cloqueos y risotadas a tres marineros que estaban cerca. Los hirkanios, que todavía comían, se volvieron; en el rostro de Tamur apareció una abierta sonrisa.

Conan los ignoró en la medida que pudo, y se resistió con firmeza a la idea de arrojar a uno por la borda para que sirviera de escarmiento a los demás.

—El sable te pesaría demasiado —dijo, mirando con ceño a la muchacha—. El sable vendhio y el yatagán son más ligeros, pero no tengo tiempo de enseñarte su empleo antes de que lleguemos a tierra. Así, vas a aprender a manejar esa espada.

Ella le miraba en silencio con ojos grandes y diáfanos, al tiempo que oprimía la espada con ambas manos contra sus senos.

Se alzaron risas estridentes por toda la cubierta, y Muktar las acompañó con palabras.

—¡Una mujer! ¿Quieres enseñarle el manejo de la espada a una mujer?

Conan se tragó un juramento, y tuvo que contentarse con mascullar:

—Cualquiera puede aprender el manejo de la espada.

—¿Y luego lo enseñarás a niños? Este —cacareó Muktar a su tripulación— querrá enseñar a los carneros cómo conquistar el mundo.

Todavía fue mayor el regodeo, y los comentarios entraron en el dominio de lo escabroso.

Conan apretó los dientes, pues su ira quemaba como el hierro de la espada cuando está en la forja. ¿Aquel rollizo y lascivo simio osaba llamarse a sí mismo hombre?

—¡Una moneda de oro a que en un décimo de clepsidra puedo enseñarle a derrotar a cualquiera de las acémilas que te siguen!

Muktar se mesó las barbas, y la sonrisa de sus labios dejó paso a un visaje de odio.

—¿Una moneda de oro? —dijo con sorna—. Apostaría cinco por el cocinero del barco.

—Cinco —exclamó Conan—. ¡Trato hecho!

—Habla con ella pues, bárbaro —la voz del capitán parecía de pronto empalagosa y torticera—. Habla con la moza, y ya veremos si puede respaldar tu jactancia.

Conan había deseado ya no haber pronunciado las palabras que acababa de decir, pero los dioses, como suele suceder en estos casos, no le escuchaban. Apartó a Yasbet a un lado y le puso las manos sobre el puño de la espada.

—Sostenía así, muchacha.

La mano de esta no parecía tener fuerzas, y agarraba el arma con la firmeza de la masa de pan… o, al menos, así le parecía a Conan. La joven no había dejado de mirarle a los ojos.

—¡Mitra te maldiga el pellejo, muchacha! —rugió él—. ¡Quieres agarrar la empuñadura igual que le estrecharías a alguien la mano!

—Crees de verdad que puedo hacerlo —dijo ella de pronto. Había extrañeza en su voz, y en su rostro—. De verdad crees que puedo aprender a manejar una espada. Y derrotar a un hombre.

—Si no lo creyera, no habría apostado por ti —murmuró, y luego suspiró—. He conocido mujeres que blandían la espada igual que un hombre, y mejor que los más entre estos. No es un arma cuyo manejo dependa solo del músculo, como sucede con el hacha. Aquí se necesita resistencia, y agilidad, y una mano rápida. Solo el necio niega que una mujer pueda ser ágil y rápida.

—¡Pero… derrotar a un hombre! —dijo ella a media voz—. Si ni siquiera había sostenido nunca una espada. —De pronto, la muchacha miró la hoja del arma con el ceño fruncido—. Esta no cortará. Las espadas tienen que cortar. Eso lo sé hasta yo.

Conan rezaba en silencio.

—Por eso la he elegido, para que practiquemos. Ahora más vale que emplees esa. La punta puede hacer algún corte, pero aun así no podrás matar por accidente al marinero, y no tendré que matar yo a Muktar.

—Ya veo —dijo ella, asintiendo con alegría. Se le serenó el rostro e hizo como que iba a alejarse de Conan, pero este la agarró por el brazo.

—Todavía no, muchacha —dijo él, riendo suavemente—. Primero, escúchame. Estos contrabandistas saben matar con el cuchillo, especialmente en la oscuridad, pero no son buenos guerreros a la luz del día.

Hizo una pausa para que asimilara lo que acababa de decir, y luego continuó.

—Así pues, si esto fuera una pelea de verdad, él te mataría en el tiempo que se tarda en respirar tres veces.

La desolación se pintó en el rostro de la muchacha.

—Entonces, cómo voy a…

—Porque recordarás que puedes correr. Alentarás el desprecio que siente por ti, y lo usarás en provecho propio.

—No lo haré —protestó ella indignada—. Tengo tanto orgullo como cualquier otro, incluso tú.

—Pero todavía no la misma habilidad. Por ahora, tendrás que vencerle con la astucia, y la sorpresa. La habilidad vendrá luego. Atácale solo cuando tenga un pie levantado del suelo. Mientras no le ataques, en ningún momento dejes de correr. Arrójale todo lo que tengas a mano, a la cabeza o a los pies, pero nunca a la espada, porque lo desviara con facilidad. Hazle creer que eres presa del pánico. Chilla si quieres, pero no te creas tus propios chillidos.

—No chillaré —dijo ella hoscamente. Conan reprimió una sonrisa.

—Si lo haces te costara menos derrotarte, porque te verá más como mujer, y menos como oponente.

—Pero ¿y la espada? ¿Qué hago con la espada?

—Dale con ella —dijo Conan, y se rio al ver su mirada de absoluta perplejidad—. Imagínate que la espada es un palo, muchacha.

La comprensión empezaba a iluminar los rasgos de la joven; sopesó la sica con ambas manos, como si hubiera sido un bastón.

—Y no te olvides de pincharle —añadió—. Esa gente, a menudo, solo piensa en tirar tajos, y olvidan que la espada tiene punta. Si tú lo recuerdas, vencerás.

—¿Cuánto rato piensas estar hablando con la moza? —le gritó Muktar—. Se te ha acabado el tiempo. Si hablas mucho más, Bayan envejecerá, y hasta tu picarona podrá derrotarlo.

Al lado del barbudo capitán de barco había un hombre nervudo, de estatura media, que exhibía desnudo hasta la cintura su torso curtido por el sol. Con un sable vendhio trazaba brillantes círculos de acero, primero a un lado y luego al otro, y sonreía con sus dientes amarillentos.

A Conan se le desplomó el ánimo. Había contado con que Muktar eligiera en efecto al gordo cocinero del barco, o a uno de los hombres más corpulentos de la tripulación, y así pudiera Yasbet sacar más partido de su agilidad. Y, aunque tuviera que tragarse sus palabras, no permitiría que le hicieran ningún daño a la muchacha. Con un sabor amargo en la lengua, abrió la boca para poner fin a aquello.

Yasbet se avanzó para luchar con el marinero antes de que Conan pudiera decir nada, sosteniendo la espada corta con sus dos pequeñas manos. Clavó en el hombre una mirada desafiante.

—¿Dices que te llamas Bayan? —le espetó con sorna—. Por tu aspecto podrías llamarte Baya, porque tienes un aire más bien mujeril.

Conan quedó boquiabierto mirándola. ¿Es que la moza se había vuelto loca?

Habríase dicho que los ojos de Bayan iban a saltar de su alargado rostro. «Vas a acabar suplicándome que te demuestre mi hombría», le gritó.

—¡Muktar! —gritó Conan. Yasbet le miró, rogándole con los ojos, y el cimmerio, a pesar de sí mismo, dijo algo distinto de lo que había querido decir—: Esto es solo una demostración, Muktar. Nada más. Si le hace daño, tú morirás en el acto.

El barbudo asintió de mala gana con la cabeza. Se acercó a Bayan y le dijo algo en susurros, con callada insistencia.

El nervudo marinero se negó a escucharlo. Levantó bien alto el curvo sable y saltó hacia Yasbet, con un visaje de desprecio y un terrible aullido que le surgía de la garganta.

Conan agarró el puño de su espada.

Bayan cayó de pie frente a ella sin acometerla, y se vio bien claro que pretendía asustarla para que se rindiera. El visaje de desprecio dejó paso a una sonrisa de refocilación.

El rostro de Yasbet palideció, pero la muchacha, gritando su propio grito, atacó con la espada al vientre del marinero. La hoja sin filo apenas si llegó a penetrar, pero la punta pudo arrancarle un reguerillo de sangre, y la fuerza del mandoble dejó atónito a Bayan.

El hombre masculló algo y se tambaleó, pero ella no se detuvo. Torpe, pero rápida, golpeó con la roma espada, como si de una cahiporra se hubiera tratado, en el hombro del brazo con que el otro sostenía su arma. Esta vez, Bayan no gritó por voluntad propia. El arma cayó de una mano de pronto inútil. Antes de que el sable vendhio cayera en la cubierta, Yasbet le había propinado ya un oblicuo golpe en la sien, y había abierto herida hasta el hueso. Con un gemido, Bayan cayó de rodillas.

Conan contempló atónito cómo el nervudo marinero trataba desesperadamente de escapar. Yasbet lo persiguió por la cubierta, y le iba golpeando los hombros y la espada con el romo acero. Trataba, a la vez, de hacer una bola con el cuerpo y de perforar a arañazos la madera de la cubierta para ponerse a salvo.

—¡Ríndete! —le exigió Yasbet, erguida sobre él como un furia. Le daba pinchazos en las nalgas a Bayan, que le arrancaban aullidos, y dejaban manchones de sangre en los sucios pantalones del marinero, que habían sido blancos.

Daga en mano, Muktar se acercó a ella; un aullido le brotó de la garganta. Súbitamente, la espada de Conan se interpuso cual barrera ante los ojos del capitán.

—Ella ha vencido, ¿verdad? —le preguntó en voz baja el joven cimmerio—. Y tú me debes cinco monedas de oro. ¿O tendré que afeitarte las barbas a la altura del hombro?

Oyeron otro chillido de Bayan; tenía ya otro manchón rojo en los pantalones, sobre otra nalga.

—Sí, ha vencido —murmuró Muktar. Vacuo al sentir el sable de Conan en la barba, y luego gritó—: ¡La moza ha vencido!

—Encárgate de que esto no siga —le dijo Conan a modo de advertencia.

El otro asintió de mala gana como respuesta. Cuando el cimmerio le tendió la palma de la mano, contó las monedas con más desagrado si cabía.

—¡He vencido! —gritó Yasbet. Agitando en alto su corta espada, dio una alegre cabriola por la cubierta—. ¡He vencido!

Conan envainó el arma y la agarró a medio salto, y la volteó en el aire.

—¿No te había dicho ya que lo lograrías?

—¡Sí, es cierto! —decía ella riendo—. ¡Es cierto! Juro aquí mismo que, desde ahora, creeré cualquier cosa que me digas. Lo que sea.

Conan la bajó al suelo, pero, casi sin darse cuenta, siguió agarrándola de los hombros y la besó. «Qué dulce abrazo», pensó el cimmerio. La muchacha oprimió los senos suaves, redondeados, contra su amplio pecho.

De pronto, bruscamente, Conan la soltó y la dejó sobre cubierta.

—Practica, muchacha. Tienes que practicar mucho todavía para que te ponga filo en esa espada. Y además, no has peleado como te había dicho. Tendría que darte una zurra. Pudiste haber salido malparada.

—Pero, Conan… —dijo Yasbet en protesta, bajando el rostro.

—Tienes que poner así los pies —le dijo, dándole él mismo el ejemplo—, para no perder nunca el equilibrio. ¡Hazlo, muchacha!

Ella le obedeció de mal humor, y Conan empezó a enseñarle ejercicios en el empleo de la espada corta. «Ese es el problema —pensaba él— cuando pones bajo tu protección a una muchacha». Tarde o temprano, tienes que protegerla de ti mismo.

# 15

Conan, que podía sostenerse en cuclillas pese a la socollada con que las largas olas que venían de frente sacudían la proa del barco, miraba a Yasbet, la cual se ejercitaba con la espada roma contra un fardo de capas y túnicas envuelto en cuero. A pesar del viento que refrescaba, el sudor empapaba el rostro de la muchacha, pero había aprendido ya diez veces más que el primer día. Todavía llevaba puesto el atuendo varonil, pero había decidido prescindir de la blusa de lana, pues aquel burdo tejido le causaba comezón. El entero contorno de sus pechos asomaba tras los lazos del justillo, y cada gesto que hacía amenazaba con romper los cordones de cuero crudo.

Al fin su brazo armado cedió a la fatiga, y la joven miró a Conan con una mirada de calculada súplica.

—Por favor, Conan, déjame que me retire a mi tienda. —Aquella tienda, un tosco armazón cubierto de mugrienta lona, había sido idea del cimmerio, para protegerla de las constantes rociadas de los turbiones y ocultar su sueño a ojos lascivos—. Por favor. Ya me duele todo.

—Llevamos mucho linimento —le dijo Conan ceñudamente.

—Huele mal. Y escuece. Además, no puedo ponérmelo yo misma por la espalda. Tal vez, si tú…

—Basta ya de reposo —le dijo Conan, indicándole con un gesto que volviera adonde el fardo.

—Esclavista —murmuró Yasbet, pero volvió a asestar mandobles al cuero con la corta espada.

Estaban ya a mitad del viaje. La costa de Hirkania se entreveía como una línea oscura en el horizonte oriental, aunque todavía tenían que virar hacia más al norte. Cada día, desde que le pusiera la sica en las manos, Conan había obligado a Yasbet a practicar, a

ejercitarse desde la gris aurora hasta el ocaso purpúreo. La había sacado de entre las sábanas, le había vaciado cubos de agua en la cabeza cuando se lamentaba por el calor del mediodía, y la había amenazado con pasarla por la quilla cuando le suplicaba reposo. También le había curado y vendado las ampollas que se hacía en sus pequeñas manos, y, para su sorpresa, Yasbet parecía tomarse aquellas magulladuras como timbre de orgullo y como reto.

Akeba se acercó a Conan, mirando a Yasbet de soslayo pero con respeto.

—Está aprendiendo. Si sabes enseñar tan bien, y además a una mujer, te queremos en el ejército, para que entrenes a los nuevos reclutas que estamos alistando.

—Ella no tenía ideas preconcebidas sobre esgrima que tuviera que desaprender —le respondió Conan—. Además, hace exactamente lo que le digo.

—¿Exactamente? —Akeba rio, y enarcó una ceja. Cuando vio cómo le miraba Conan, cambió de semblante y afectó una expresión de exagerada suavidad.

—¿Todavía te atormenta el estómago? —le preguntó el joven cimmerio con buenas esperanzas.

—Mi cabeza y mis piernas ignoran ya la socollada —le respondió Akeba con forzada sonrisa.

Conan le miró sin saber muy bien qué creer.

—Entonces, quizá te gustaran unos mejillones ya no muy frescos. Muktar tiene una cubeta llena de mejillones madurados…

—No, gracias, Conan —se apresuró a responderle el turanio, con cierto rictus en los labios. Y, deseoso de cambiar de tema, siguió diciendo—: Hoy no he visto a Bayan. No lo habrás arrojado por la borda, ¿verdad?

Las facciones del cimmerio se endurecieron.

—Oí por casualidad que contaba a los otros qué pensaba hacer con Yasbet, y comenté el asunto con él.

—Confío en que fuera una charla amistosa. Tú mismo vas murmurando que estas ratas de mar están esperando una excusa para rebanarnos el gaznate.

—Sí, fue una charla amistosa —le respondió Conan—. Hoy se ha quedado en cama, cuidándose las magulladuras.

—Bien —replicó el turanio con voz sombría—. Esa muchacha

tiene la misma edad que Zorelle.

—Esa muchacha es un bocado apetecible —dijo Sharak, al tiempo que se sentaba al lado de Conan—. Si tuviera veinte años menos, te la quitaría, cimmerio.

Oyeron que la espada de Yasbet caía a la cubierta, y los tres se volvieron. La joven los miraba enfurecida.

—¡Yo no soy un simio amaestrado, ni un oso bailarín, y no tenéis derecho a estar ahí los tres sentados divirtiéndoos a mi costa como palurdos granjeros!

Se marchó airada, e instantes más tarde volvió para recoger la sica —les retaba con los ojos a que hablaran, igual que había hablado ella— y se fue por la cubierta para meterse en la pequeña tienda, bajo el mástil.

—Tu moza empieza a criar genio, Conan —dijo Sharak, mirándola—. Quizá hayas cometido un error enseñándole a manejar un arma.

Akeba asintió con burlona gravedad.

—Ya no es la misma doncella tímida y retraída de antes, cimmerio, gracias a ti. Por supuesto, imagino que ya no debe de ser doncella en absoluto, también gracias a ti, pero, al menos, podrías amansarla un poco antes de que nos desafíe a todos a un duelo a muerte.

—¿Cómo puedes hablar así? —protestó Conan—. Hace solo unos momentos la estabas comparando con tu propia hija.

—Sí —dijo Akeba, dejando de reír—. La virtud de Zorelle me preocupó mucho mientras ella vivió. Ahora veo las cosas de otra manera. Ahora que ha muerto, espero que disfrutara tanto como pudiera de la vida.

—Yo no la he tocado —murmuró Conan de mala gana, y se puso en pie ante la mirada incrédula de los otros dos—. La rescaté. Es inocente, y está sola, y nadie puede protegerla excepto yo. ¡Misericordia de Mitra! Igual podríais pedirle a un cazador que metiera en la cuadra una gacela mansa y la matara allí por deporte.

Sharak se echó a reír ruidosamente.

—Como el tigre y la gacela. Pero ¿quién es quién? ¿Cuál de los dos es el cazador, y cuál es la presa? Esa moza te tiene el ojo puesto, cimmerio.

—Es cierto —dijo Akeba. Trató de esbozar una leve sonrisa—.

Esa muchacha se cuenta también entre los pasajeros del barco que la consideran tu muchacha. Por los Nueve Infiernos de Zandru, ¿es que quieres llegar a santo?

—Tendría que obligaros a hacer el resto del camino nadando —masculló Conan—. Os digo que… —Dejó de hablar, pues Muktar estaba mirándolos amenazadoramente a los tres.

Aquel hombre de cuello de toro se mesaba las barbas, que le caían cual abanico desplegado sobre el pecho, y miraba de soslayo a Conan con aire reflexivo.

—Nos están siguiendo —dijo por fin—. Una galera.

Conan se puso en pie con agilidad y anduvo hacia la popa; Akeba y Sharak trataron torpemente de seguirle el paso. Muktar les siguió sin darse tanta prisa.

—Yo solo veo agua —se quejó el sargento turanio, empleando la mano a modo de visera.

Sharak murmuró su acuerdo, al tiempo que guiñaba ambos ojos frenéticamente.

Conan sí vio el bajel que los perseguía, apenas una mota que avanzaba a lo lejos sobre las aguas, pero una mota en la que se distinguía movimiento a ambos lados, movimiento que solo podía atribuirse a largos remos que se esforzaban por ganar velocidad.

—¿Piratas? —preguntó Conan.

Aunque hubiera muchos en el mar de Vilayet, no creía en realidad que sus perseguidores hubieran de contarse entre estos.

Muktar se encogió de hombros. «Quizás». Tampoco parecía que lo creyera.

—¿De quién podría tratarse si no? —preguntó Akeba. Muktar miró de reojo a Conan, pero nada dijo.

—Yo sigo sin ver nada —dijo Sharak.

—¿Cuándo nos darán alcance? —preguntó Conan.

—Al anochecer —respondió Sharak.

Conan miró a las aguas de color verdegrís, cuyas largas olas se alzaban espumeantes al viento, y luego observó el cielo, donde las nubes de pálido gris encapotaban el azul de la tarde.

—Aunque también es posible que antes nos caiga encima una tormenta. El Vilayet es una perra traidora.

El cimmerio volvió a observar el barco que se les acercaba, y acompañó sus pensamientos con un puñetazo sobre la borda del

barco. ¿Cómo luchar en la batalla que ya era inevitable, y vencer? ¿Cómo?

—Si hay tormenta —dijo el viejo astrólogo— podremos aprovecharla para escondernos de ellos.

—Eso si la hay —le dijo Conan.

—He calculado el ritmo que marcan con los remos —dijo Muktar de repente—, y van a matar a sus esclavos si no aflojan. Pero no creo que lo hagan. A nadie le importan tanto los hirkanios como para darles caza con tal vigor. Y el Bailarín de las Espumas es un barco pequeño, no una drómona que vaya cargada hasta la borda de marfil y especias. Deben de venir a por vosotros tres, o a por la moza. ¿Es que lleváis la corona de Turan escondida en vuestros fardos? ¿O quizá vuestra lagarta es una princesa arrebatada a su padre? ¿Cómo es que os persiguen así?

—Somos comerciantes —le respondió Conan con voz calmada—. Y te hemos pagado para que nos lleves a Hirkania, y después otra vez a Turan.

—No he recibido una sola moneda por esto último.

—Te aseguro que tendrás tu oro. A menos que permitas que unos piratas se lleven nuestras mercancías. Y también tu barco. En este último caso, solo tendrás las manillas del mercader de esclavos, y eso si sobrevives.

Indicando a los demás que lo siguieran, el corpulento cimmerio se apartó de Muktar, que murmuraba algo tras su barba y no dejaba de mirar al barco que los seguía.

A mitad del navío, Conan se quedó en la borda, en un lugar desde donde también él podía observar la galera. Parecía ya más grande. Tamur se acercó a ellos.

—Nos sigue —dijo Conan en voz baja.

—Baalsham —masculló el hirkanio, al mismo tiempo que Akeba, asintiendo con la cabeza, decía: «Jhandar».

Sharak agitó el bastón en el aire señalando a la galera, con inesperada ferocidad.

—¡Que nos mande sus diablos! Estoy dispuesto a hacerles frente. Los oscuros ojos de Tamur brillaron.

—Esta vez lo trincharemos como a los cuartos traseros de una ternera, aunque se haya traído a mil demonios.

La mirada de Conan se cruzó con la de Akeba. Parecía más

probable que fueran los del Bailarín de las Espumas los que acabaran rustidos en un espetón.

—¿Cuántos hombres puede llevar un bajel como ese? —preguntó el turanio—. Sé poco de asuntos navales.

El conocimiento que el propio Conan tenía del mar se limitaba al poco tiempo que había pasado con los contrabandistas en Sultanapur, pero ya se había visto perseguido por bajeles como aquel.

—Tiene dos hileras de bancos por banda, pero los remeros no estarán habituados a luchar. Un bajel de ese tamaño puede transportar a cien hombres, aparte de la tripulación.

Se hizo un momento de silencio, roto tan solo por el murmullo de las jarcias tañidas por el viento que se levantaba. Entonces, Sharak dijo con voz hueca:

—¿Tantos? Empiezo a pensar que esta aventura no le conviene a un hombre de mi edad.

—Por el Único Padre, que voy a morir alegre —dijo Tamur— si sé que Baalsham me acompaña a la larga noche. Akeba negó tristemente con la cabeza.

—No debe de ir en ese barco. Los hombres como él mandan a otros para que lleven a término sus asesinatos. Pero, al menos, derramaremos sangre bastante para pagar al barquero, ¿eh, cimmerio?

—Será una gloriosa contienda en la que morir —dijo Tamur como asentimiento.

—Yo no quiero morir todavía —respondió sombríamente el cimmerio.

—La tormenta —dijo Sharak, y renació en sus palabras el entusiasmo—. La tormenta nos ocultará. —Las nubes parecían más densas, y más oscuras, y escondían al sol que se acercaba ya a su ocaso.

—Quizás —respondió Conan—. Pero no podemos confiarnos con eso.

El dios de los helados picos y los peñascos estragados por el viento de su patria cimmeria era Crom, el Señor Oscuro del Montículo, que le daba al hombre vida y voluntad, y nada más. De cada hombre dependía el adueñarse de su propio destino con las manos, con el corazón y con la cabeza.

Conan fue a la popa, con Muktar, que seguía allí observando la galera. Alcanzaban a ver ya con claridad los destellos broncíneos de su espolón, que se abría paso entre el gris oleaje.

—¿Nos darán alcance antes de que caiga la noche? —le preguntó Conan al capitán—. ¿O antes de que estalle la tormenta?

—Quizá esa tormenta no haya de estallar —murmuró Muktar—. En el Vilayet, puede caer el rayo de un cielo donde momentos antes había brillado el sol, y las nubes pueden oscurecerlo durante días y luego desaparecer sin dejar caer una sola gota. Si por ti se pierde mi barco, cimmerio, veré tu cadáver.

—Yo te había tomado por un capitán de barco —dijo Conan en tono de mofa—, no por una anciana que solo quiere jugar con sus nietos. —Aguardó a que los músculos del cuello de Muktar se abultaran a fuerza de ira, y a que su rostro enrojeciera, y entonces siguió hablando: Escucha. Todavía podríamos salvarnos. Mientras nos sea posible, tenemos que seguir huyendo de ellos. Luego…

Mientras Conan hablaba, los oscuros colores fueron abandonando el rostro de Muktar. Llegó a palidecer y a tratar de detener el torrente de palabras del cimmerio, pero Conan no callaría por lo que le dijera el otro. Siguió hablando, y Muktar acabó por escucharlo con atención, y asentir.

—Podría dar resultado —dijo por fin—. Por el Gran Rabo de Dagón, podría dar resultado. Da órdenes a tus nómadas, cimmerio. —Volviéndose con más agilidad de la que hubiera parecido posible, el corpulento capitán rugió—: ¡A mí, perros nacidos de una puta! ¡A mí, y escuchad cómo voy a salvar de nuevo vuestro pellejo sin valor!

—¿Qué es todo esto, en nombre de Mitra? —preguntó Akeba cuando Conan hubo vuelto a la borda.

Mientras la voz de Muktar subía y bajaba como las olas, en arenga a la tripulación reunida en la popa, Conan explicó a sus compañeros lo que planeaba.

Apareció una sonrisa en el enjuto rostro de Sharak, y este empezó a bailar.

—Ya los tenemos. Ya los tenemos. ¡Qué gran aventura! La sonrisa de Tamur era lobuna.

—Tanto si escapamos como si morimos, esta historia habrá de contarse en torno a las hogueras de los campamentos. Ven, turanio,

y pruébanos si queda en ti algún resto de sangre hirkania.

Meneando irónicamente la cabeza, Akeba siguió a Tamur y se unieron a los otros nómadas.

Conan pensó que el asunto estaba decidido. Nada quedaba, salvo… Yasbet. Al mismo tiempo que le vino a la mente su nombre, la muchacha apareció ante él. Sus ojos, suaves y redondeados, le acariciaban el rostro.

—Lo he oído —dijo—. ¿Cuál es mi papel en esto?

—Te haré un lugar entre los fardos —le explicó Conan—, donde estarás a salvo. Por lo menos, a salvo de los arqueros y honderos.

—No me ocultaré —le centellearon los ojos, y su voz perdió toda suavidad—. ¡Me has enseñado muchas cosas, pero no a ser cobarde!

—Vas a esconderte aunque tenga que atarte por las manos y los pies. Pero, si tengo que hacerlo, te prometo que durante diez días no podrás sentarte sin que te duela. Dame tu espada —añadió bruscamente.

—¿Mi espada? ¡No!

La muchacha agarró protectoramente el puño de esta, pero Conan se la arrancó de las manos, y se marchó andando por la cubierta. Ella lo siguió en silencio, dolida, y nada parecía haber en su rostro salvo unos ojos llenos de lágrimas.

Tenían delante del mástil la muela de afilar del barco, en la que los miembros de la tripulación afilaban hachas y espadas, sólidamente atada al maderamen de cubierta. Dándole con el pie al pedal, Conan aplicó el filo de la embotada sica a la rueda giratoria. Saltaron chispas del metal. Con la mano que tenía libre, echó el aceite de un tarro de arcilla en la rueda. No tenía que calentarse demasiado, para que no estropeara el temple de la espada.

Yasbet se frotaba la mejilla con la mano, deshecha en lágrimas.

—Yo creía que tú querías…, que tú…

—No eres una mujer guerrera —le dijo bruscamente—. No has podido llegar a serlo en tan pocos días. Pero quizá tengas que defenderte si sucede lo peor.

—Entonces, no me harás… —empezó a decir, pero Conan la acalló con una gélida mirada.

La sangre batalladora bullía en su interior, y expulsaba de él todo rasgo de dulzura que pudiera albergar. En la hora de desenvainar el acero, la más mínima traza de gentileza podía matar

a quien se la permitiera. Saltaban ardientes centellas de un acero no más duro que el hombre que lo estaba afilando.

# 16

Los hombres se apiñaban sobre la cubierta del Bailarín de las Espumas, preparando cada aspecto del plan de Conan. Las nubes se ensombrecían en lo alto, como si el ocaso hubiera llegado con dos clepsidras de antelación, y el viento rasgueaba el cordaje como si se hubiera tratado de un laúd, y aun así ninguna gota salpicaba la cubierta salvo las de la espuma producida por el oleaje que iba a romper contra la proa.

Palmo a palmo les iba dando alcance la galera, cual mortífero ciempiés de pico de bronce que se hubiera deslizado sobre las aguas, sin que la estorbaran, al parecer, las olas de fuerza creciente a las que tenía que enfrentarse el Bailarín de las Espumas, el cual sufría pesadas sacudidas de extremo a extremo. El Bailarín de las Espumas parecía una suerte de moroso escarabajo de las aguas que estuviera aguardando la muerte.

—¡Ellos también están trabajando en la proa! —gritó de pronto Muktar.

Conan acababa de anudar la cuerda en torno al talle de Yasbet, oculta entre un montón de fardos, y de amarrarla firmemente, a su vez, a la cubierta.

—Ahora ya no has de temer que te caigas por la borda —le decía él—, no importa cuan violenta sea la tormenta.

—¡Una catapulta! —gritó Muktar.

Conan se volvió de un salto, pero Yasbet le agarró por la mano y le besó la encallecida palma.

—Te estaré esperando —murmuró— cuando termine la batalla.

Atrajo hacia sí la mano de Conan, y este se encontró con que sus dedos habían desaparecido bajo el justillo de cuero, y que entre estos se acurrucaba un seno turgente.

Con un juramento sacó la mano de allí, aunque no de buena

gana.

—Ahora no tenemos tiempo para esto —dijo con voz ronca.

¿Es que no comprendía cuánto le costaba ya —se preguntó— proteger a una moza a quien de buena gana habría estuprado?

—¡Se preparan para tirar! —gritó Muktar, y Conan apartó a Yasbet de sus pensamientos.

—¡Ahora! —gritó el joven cimmerio—. ¡Cortad!

En la popa, Muktar corrió hacia el timón, apartando violentamente al membrudo timonel para poder agarrar él mismo el macizo eje de madera. En la proa, dos piojosos contrabandistas alzaron sus curvas espadas y dieron un corte. Las cuerdas se partieron con fuertes chasquidos, y los fardos de ropa marinera sobrante que Conan había hecho colocar sobre el costado cayeron al agua. El bajel de líneas puras avanzó, saltando casi de la cresta de una ola a la siguiente.

Casi debajo de la popa cayó una piedra, una roca de granito que pesaba la mitad que un hombre, y causó una ola que fue a empapar a Muktar.

—¡Ahora, Muktar! —gritó Conan. Agarrando un saco encerado, corrió hacia la popa—. ¡He dicho ahora! ¡Los demás, vigilad las ollas!

La cubierta estaba llena de ollas de arcilla tapadas, veintenas de ollas de arcilla, que habían ido a buscar en los últimos rincones del barco. Escapó de algunas un siseo cuando el agua espumeante las sumergió y se extendió por encima de la tablazón.

Maldiciendo con toda la fuerza de sus pulmones, Muktar empujaba el timón, y la pesada solidez de este cedía ante los esfuerzos del hombre. Lentamente, el Bailarín de las Espumas respondió, y viró en redondo. La tripulación se apresuró a empujar con manos y piernas, desesperadamente, para ayudar al viraje.

Era este momento el que había hecho palidecer el rostro de Muktar al contárselo Conan. Como que estaba ofreciendo el costado al envite de las olas, el bajel escoró, más y más, hasta que la borda alcanzó casi a tocar la superficie marina. Los contrabandistas, en cuyos rostros se pintaba el miedo, dieron a los remos con febril intensidad. Akeba, Sharak y los hirkanios impedían con grandes dificultades que los recipientes de arcilla se tumbaran, o cayeran por la borda. Pues una montaña de agua gris estaba asaltándola, y

llegó a parecer que los tripulantes hubieran estado vadeando por unos bajíos.

Entre los hombres atareados, los ojos de Conan encontraron a Yasbet, libre de sus ataduras, afanándose entre las ollas que quedaban. Las maldiciones de Conan se las llevó el viento, y no había tiempo para hacer nada por ella.

Lenta, pero sin vacilaciones, la proa del Bailarín de las Espumas completó el viraje, y el bajel se enderezó. Ya no avanzaba, como antes, con facilidad —seguramente, tenía bajo la cubierta agua suficiente para hacer flotar un bote—, pero, con todo, remontó la primera ola y siguió adelante. Hacia la galera.

En el otro barco, el brazo de la catapulta estaba alzado. Si alguna otra piedra había sido arrojada, el chapuzón se había perdido en el mar borrascoso. En la cubierta de la galera, al ver que su presa se había vuelto hacia ellos, los hombres se agitaban como hormigas en un hormiguero destrozado. Pero no había tantos hombres como Conan había temido, a menos que llevaran más en la sentina. Los que veía iban peinados, en su mayor parte, con la doble coleta de los marineros.

—¡Hemos perdido la mitad de las ollas! —gritó Akeba por entre el viento aullador—. ¡Han caído al mar!

—¡Pues preparad las que tengamos! —bramó Conan en respuesta—. ¡Daos prisa!

Los hirkanios tomaron sacos encerados como el que llevaba Conan.

Los que estaban en el otro barco, que al parecer creían que su presa quería abordarles, habían tomado las armas. Las espadas, las lanzas y las hachas erizaban la borda de la galera. En su proa, los hombres se esforzaban en volver a bajar el brazo de la catapulta para otro disparo, pero Conan sabía que ya era tarde para ellos; el Bailarín de las Espumas se les había acercado demasiado.

Tras deshacer los nudos que cerraban su saco, Conan extrajo su seco contenido: una aljaba llena de flechas, cada una de las cuales llevaba un trapo atado a la punta, y también un corto y muy curvo arco. Cerca de él, un hirkanio, que también tenía ya en la mano su propio arco, quitó la tapa de uno de los recipientes de arcilla. En su interior brillaban algunos carbones con fulgor mortecino, que silbaban a causa de las gotas que salpicaban dentro de la olla. Con

unas pocas bocanadas de aire se avivó en ellos una llama chisporroteante, y dentro de aquel fuego introdujo Conan la flecha. La ropa que esta llevaba atada en la punta se encendió.

Con rápido movimiento, el corpulento cimmerio se volvió, tensó el arco, tiró de la flecha y la soltó. La encendida saeta voló hasta la galera y se clavó en el mástil. Era la señal. Una lluvia de flechas encendidas la siguieron, salpicando la galera.

Conan tiró una y otra vez con el arco a medida que los dos navíos se acercaban. Aunque la galera tratara de escapar, el Bailarín de las Espumas le dio caza. En la galera, los hombres llevaban a toda prisa cubos de arena para extinguir los pequeños incendios, pero se encendían dos por cada uno que apagaban. Subían tentáculos de fuego por las maromas embreadas, y una de sus velas, una grande cuadrada, empezó de pronto a arder, y el viento chillón agravó el desastre.

—¡Más cerca! —le gritó Conan a Muktar—. ¡Más cerca, bajo la popa!

El hombre de cuello de toro rezongaba, pero el Bailarín de las Espumas abandonó la persecución, y se cruzó en la estela de la galera a un tiro de lanza de la popa.

Sin parar un punto, Conan tapó la olla de los carbones, y la metió en el saco encerado con precavido respeto por las quemaduras que le pudiera causar. Volteó una vez el saco por encima de su cabeza, dos veces, y luego lo arrojó a la galera, dejando que cayera sobre su cubierta, sin que lo notaran los hombres que, frenéticamente, estaban cortando la vela incendiada.

—¡El aceite! —gritó Conan al tiempo que caía el saco. Agarró otra olla, cuya tapadera había sido sellada en su lugar con brea, y la arrojó igualmente a la galera, donde se hizo añicos—. ¡Rápido, antes de que nos separemos más!

Se arrojaron más ollas selladas al otro bajel. La mitad cayeron a las revueltas aguas, pero el resto lo alcanzó en la popa. Los dos barcos se separaron, pero la vela que ardía en la galera había caído sobre un costado, y sus hombres acudían al Bailarín de las Espumas.

Conan dio un puñetazo en la borda.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué todavía no ha…?

Las llamas se adueñaron de la popa de la galera, pues el aceite había alcanzado los carbones, los cuales habían acabado por

quemar el saco que los encerraba. Se oyeron gritos por toda la embarcación, y salvajes aplausos de los hombres del Bailarín de las Espumas.

En aquel instante llegó por fin la lluvia: un espeso chaparrón que les impidió seguir viendo el otro barco. El viento que hasta entonces había aullado les abrumaba ya como una bestia salvaje, y el bajel de Muktar se tambaleaba ante el martilleo de las olas, que se alzaban a la altura del mástil.

—¡Mantén el rumbo hacia el norte! —gritó Conan. Tenía que acercar los labios al oído de Muktar para que le oyera, y aun así era difícil.

Al tiempo que forcejeaba con el timón, el barbudo negó con la cabeza.

—¡No se puede navegar en las tormentas del mar de Vilayet! —vociferaba—. ¡Cómo mucho, se sobrevive a ellas!

Y entonces el viento empezó a soplar con más fuerza, acallando los gritos antes de que salieran de su boca, y le fue imposible seguir hablando.

El viento no se apaciguó, ni tampoco las furiosas olas. Grises montañas de agua, cuyos picos se deshacían en blanca espuma al azotarles, se arrojaban contra el Bailarín de las Espumas como si los propios dioses, airados por su nombre, hubieran querido probar que no podría bailar a su disgusto. Los que habían osado desafiar con su concha de berberecho al poder desatado del Vilayet, nada podrían hacer salvo agarrarse a algo y tener esperanza.

Tras lo que pareció un siglo inacabable, las lluvias empezaron a amainar y, por fin, terminaron. Del viento que había coronado de espuma las olas tornadizas quedaba poco más que un vigoroso vientecillo, y este apartó las nubes para dejar a la vista un cuarto creciente que se aproximaba ya al plenilunio, colgado en el cielo negro como el terciopelo, cuya pálida luz hacía que la noche recordara en algo al día. Ni avistaron la galera ni hallaron rastro alguno de su paso.

—El fuego la ha consumido —cacareó Sharak—. O si no la tormenta.

—Quizás —le respondió Conan, dubitativo.

Si el fuego no había llegado a prender bien, la tormenta lo habría extinguido. Y si el Bailarín de las Espumas podía

sobreponerse a aquella tormenta, entonces la galera, si la guiaba una mano capaz, también habría podido hacerlo. A Muktar, que había devuelto el timón al timonel, le dijo Conan:

—Encuentra la costa. Tenemos que saber si nos hemos apartado mucho de la ruta.

—Al alba —le respondió, confiado de sí mismo, el barbudo.

Parecía que el contrabandista sintiera como solo suya la batalla que habían sostenido contra el mar; después de la victoria, se pavoneaba todavía más que antes.

Yasbet, acercándose, cogió del brazo a Conan con una mano.

—Tengo que hablar contigo —le dijo suavemente.

—Y yo contigo —le respondió él, con aire sombrío—. ¿Qué pretendías, en el nombre de Mitra, cuando…?

Pero ella ya se iba y le indicaba con un gesto que la siguiera, tratando de no pisar las formas medio ocultas por la noche de hombres a quienes la fatiga había rendido en el mismo lugar donde se hallaban. Gruñendo entre dientes temibles juramentos, Conan la siguió. La muchacha desapareció a la pálida sombra de su deshecha tienda, cuya pesada tela había quedado medio abatida por la furia de la tormenta. Apartando furiosamente la de la entrada, Conan pasó adentro y tuvo que arrodillarse por falta de cabida.

—¿Por qué no te has quedado donde yo te dejé? —le preguntó—. ¿Y cómo te has desatado? Hice ese nudo demasiado firme para que tus dedos lo desataran. ¡Podrían haberte matado, estúpida muchacha! Y además, me habías dicho que te quedarías allí. ¡Lo habías prometido!

Ella miró su rostro airado, si no tranquila por lo menos sin arredrarse.

—Es cierto que tus dedos hicieron un nudo firme, pero el arma afilada que me diste lo cortó con facilidad. Y en cuanto al porqué, he de decirte que me has enseñado a defenderme por mí misma. ¿Cómo iba a hacerlo, amarrada allí como un fardillo para la lavandera? Además, yo no había prometido nada. Yo solo dije que te estaría esperando cuando terminara la batalla. ¿Y acaso no hice algo todavía mejor? Vine a buscarte.

—¡Yo recuerdo las promesas! —bramó Conan—. ¡Y tú quebrantaste la tuya!

Desconcertantemente, la muchacha sonrió y dijo en voz baja:

—Tu capa está empapada.

Con dedos delicados abrió el broche de bronce que le sujetaba el atuendo, y con brazos suaves le acarició el cuello al tiempo que le quitaba la capa de los hombros. Con labios sensuales recorrió el contorno de su mandíbula, y su oreja.

—Para con esto —masculló él, apartándola de sí—. No lograrás distraerme de mi meta. Si tuviera una vara a mano, ibas a echar de menos la mano de tu nodriza.

Suspirando exasperada, Yasbet se echó al suelo, apoyándose en un codo, y lo miró con el entrecejo fruncido.

—Pero no tienes ninguna vara —le dijo.

Mientras Conan la miraba asombrado, la joven se desató los lazos del justillo y se lo quitó por la cabeza. Sus pechos turgentes y redondeados se mecieron; aquella piel de reluciente satén le secaba la garganta al cimmerio.

—Aun así —siguió diciendo ella—, tu mano es dura, y tu brazo fuerte. No dudo de que te valdría para lograr tu… ¿meta, lo llamas?

Las botas y los pantalones siguieron el mismo camino que el justillo. Se puso de rodillas y se dio la vuelta para hurtar a la mirada del cimmerio su rostro, y, al fin, oprimió a este contra la cubierta.

Conan tragó saliva. Aquellas exuberantes nalgas de bello marfil habrían hecho sudar al rostro de una estatua, y Conan se daba cuenta a su pesar de que él mismo estaba hecho de carne y sangre.

—Cúbrete, muchacha —le dijo ásperamente—, y acaba con este juego. Es peligroso, pues no pienso servirle de juguete a una niña.

—Y yo no juego a ningún juego —dijo ella, volviendo a erguir el busto, y tocándole las rodillas con las suyas propias. No trató de volver a coger su atavío—. Sé que todos los que viajan a bordo de este bajel creen que soy tu…, tu querida. —Se le enrojecieron las mejillas; aquello, más que la desnudez de la joven, hizo que Conan gimiera y cerrara los ojos. Una mirada de triunfo revoloteó por el rostro de la muchacha—. ¿Es que no me he quejado ya antes —le dijo fieramente— de que me protegías cuando yo no quería que me protegiesen?

Conan abrió los puños, que habían palidecido hasta los nudillos, y la atrajo hacia sí; ella jadeó al verse estrujada contra su pecho.

—El jugueteo ha terminado, moza —dijo él con un gruñido—.

Dime que me vaya, y me iré. Pero si no lo dices…

La fuerza del cimmerio los arrojó a ambos sobre la cubierta; el suave cuerpo de la muchacha hizo como de almohadón debajo del de Conan, los ojos azules como el ágata del bárbaro miraban a los de la joven con tal ardor que no admitía un parpadeo.

—No soy una niña —le dijo ella en susurros—, sino una mujer. Quédate.

La joven estaba sonriendo, abierta, triunfalmente.

Conan pensó que era extraña aquella sonrisa, pero lo que tenía delante era una mujer, y no pensó más en sonrisas.

# 17

Desde un promontorio rocoso cubierto de enredada y raquítica maleza, en cuya falda iban a romperse las olas, Conan oteaba tierra adentro en espera del retorno de Tamur. El nómada había declarado que traería caballos para todos en el plazo de tres o cuatro vueltas de clepsidra, pero se había marchado al alba, y el sol había descendido mucho ya en su viaje hacia el horizonte occidental.

En una estrecha playa de arena fangosa, al norte del promontorio, habían varado el Bailarín de las Espumas, algo escorado sobre la quilla. Habían cargado con el ancla hasta unas dunas cubiertas de oscura hierba, alta y escasa, y su largo cable retenía el bajel contra las olas que tiraban de la popa. Hicieron fuegos para cocinar sobre la arena, entre el barco y las dunas. La tienda de Yasbet había sido plantada a cierta distancia de las mantas de los hirkanios y de los marineros, dispersas entre las maderas apiladas que las olas habían arrastrado hasta allí.

Cuando Conan se volvió tras haber hecho su observación, alcanzó a ver una nube de polvo, a lo lejos, hacia el sur. Podía ser Tamur con los caballos, o también podía ser… ¿quién? Le hubiera gustado saber más sobre aquella tierra. Por lo menos, el centinela que había apostado en la cima de la duna más elevada también podría verlo. Miró en aquella dirección y se tragó un juramento. ¡Su hombre había desaparecido! La nube de polvo se acercaba, y sin duda la levantaban unos caballos. ¿Era Tamur? ¿o algún otro?

Esforzándose para que pareciera una acción casual, subió a lo alto del promontorio, desde el cual una empinada ladera descendía hasta la playa, salpicada de árboles a los que el viento había dado forma, cuyas nudosas raíces apenas si hallaban agarre en el suelo rocoso. Entre las dunas y la llanura había espesuras de la misma vegetación. Casi se deslizaba por la pendiente, esforzándose todavía

por no demostrar prisa alguna.

Ya en el campo de hogueras se acercó a Akeba, que estaba sentado, con las piernas cruzadas, frente a una de estas, afilándose la espada.

—Se acercan jinetes —le dijo en voz baja—. No sé si se trata de Tamur, o de algún otro. Pero el centinela parece haber desaparecido.

Con un dejo de rigidez, el turanio se metió la piedra de afilar en la bolsa y la espada en su vaina. Se había quitado su característica túnica y el yelmo rematado en espiral, pues poco aprecio hallaba el ejército turanio en aquella orilla del Vilayet.

—Voy a dar un paseo por las dunas. ¿Puedes encargarte de que todo vaya bien por aquí?

Conan asintió, y Akeba, tomando una pala como en respuesta a una llamada de la naturaleza, anduvo hacia las dunas.

—¡Yasbet! —llamó Conan, y la muchacha apareció a la entrada de su tienda. El cimmerio le indicó con un gesto que le siguiera.

La joven dio una buena exhibición con el gesto de abrocharse el cinturón y ajustárselo a las caderas, antes de echarse a caminar lentamente por la arena. En cuanto la tuvo al alcance del brazo, Conan la agarró por los hombros y la sentó con firmeza al resguardo de un gran tronco arrastrado por las olas.

—Quédate aquí —le dijo cuando ella trató de levantarse. Volviéndose hacia los otros, dispersos entre las hogueras, les dijo, con voz tan baja como le permitía la necesidad de ser oído—: Que ninguno de vosotros se mueva. —Algunos lo miraron con curiosidad, y Muktar se puso en pie—. ¡He dicho que no os mováis! —exclamó Conan. Habló con tal aire de autoridad que el barbudo capitán le obedeció. Conan siguió hablando sin pausa—: En cualquier momento llegarán unos jinetes. No sé quiénes son. ¡No os mováis! —Un hirkanio no terminó el gesto de ir a coger el arco con la mano, y un marinero, que se había puesto en pie con la intención de huir corriendo pintada en el rostro, no dio ni un paso—. Además de esto, el centinela ha desaparecido. Es posible que haya alguien observándonos. Elegid un lugar para poneros a cubierto, y, cuando dé la orden, ¡todavía no!, coged las armas y aprestaos. ¡Ahora!

Al cabo de un instante la playa pareció quedar desierta, pues todos se habían escondido detrás de las maderas apiladas. Conan

echó mano de un arco y un carcaj, y se ocultó detrás del tronco con Yasbet. Se alzó lo suficiente para echar una mirada por encima de este, para escudriñar las dunas.

—¿Por qué te has preocupado por mi seguridad antes de decirlo a los otros? —le preguntó Yasbet, contrariada—. Me he pasado la vida envuelta en mantillas. No quiero que vuelvas a mimarme.

—¿Eres el héroe de una saga, pues? —¿Estaba oyendo fragor de cascos? ¿Dónde estaba Akeba, por los Nueve Infiernos de Zandru? —. ¿Eres invulnerable al acero, y no te hacen nada las flechas?

—Una heroína —respondió ella—. Seré una heroína, no un héroe. Conan resopló.

—Las sagas están bien para contarlas al calor del fuego durante una noche fría, o para entretener a los niños, pero nosotros estamos hechos de carne y de sangre. El acero puede derramar la sangre, y las flechas perforar la carne. Si te veo hacerte el héroe, o la heroína, veras como tu trasero hace las veces de tambor. Ahora, no te muevas.

Sin apartar la mirada de las dunas, fue palpando las flechas que llevaba en el carcaj, pasando revista a sus emplumadas colas.

—¿Así pues, vamos a morir, Conan, en esta playa miserable? —preguntó la muchacha.

—Claro que no —le respondió él al instante—. Te llevaré de nuevo a Aghrapur y te pondré perlas en torno al cuello, si es que no te entrego a Fátima por tozuda.

Se acercaba ya con toda seguridad el galopar de caballos.

Por un largo instante, la muchacha pareció meditar aquello. Luego, de pronto, gritó:

—¡Conan de Cimmeria es mi amante, y yo lo soy suya! ¡Me glorio de compartir sus mantas! Conan la miró fijamente.

—¡Por Crom, muchacha! ¡Te he dicho que no hicieras nada!

—Si he de morir, quiero que el mundo sepa lo que compartimos.

Cuando Conan iba a abrir la boca, el eco del galopar de las bestias devino de pronto en trueno, y docenas de caballos aparecieron cabalgando por las dunas, levantando con sus cascos la fangosa arena, y se reunieron en amplio círculo en la playa. Conan preparó una flecha, y dudó luego al ver que muchos de los caballos venían sin jinetes. Tamur apareció entre la agitada turbamulta de estos.

—¡No tiréis! —gritó Conan, y acto seguido se avanzó a recibir al hirkanio, que desmontó al ver que el otro se le acercaba—. ¡Erlik te lleve consigo, Tamur! Por venir cabalgando de esa manera, podrías haber acabado más lleno de plumas que una gallina.

—Pero ¿no te ha dicho Andar quiénes éramos? —dijo, arrugando el entrecejo, el hirkanio de marcado rostro—. Creía que lo habías apostado para que vigilara.

—Se había dado un respiro —dijo Akeba disgustado, uniéndose a ellos—, y no se molestó en poner a otro en su lugar.

Le seguía un hirkanio de alargada mandíbula, a quien los mugrientos mostachos le adornaban boca y mentón.

Tamur le dirigió una mirada asesina, y el otro se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué hay aquí que valga la pena vigilar, Tamur? ¿Estos carroñeros apiladores de estiércol?

Andar señaló, haciendo un gesto con la cabeza, a los hombres montados, que, sentados sobre sus caballos pequeños y peludos, habían venido cabalgando en un círculo que encerraba a los demás que habían traído.

—No has montado guardia como yo te he ordenado —masculló Tamur. Se volvió y llamó a los otros hirkanios—. ¿Hay alguien que quiera acudir en su defensa? —Nadie respondió.

En el rostro de Andar se pintó la alarma, y echó mano de su yatagán. Tamur se volvió hacia el hombre del mostacho, y desenvainando velocísimamente, le acometió. Andar cayó, con su propia arma a medio desenvainar, y su cuello casi seccionado mojó de sangre la arena.

Tamur pateó el cuerpo que aún se movía convulsivamente.

—Llevaos a este violador del útero de su madre a las dunas, y dejadlo allí con las asaduras que juzgó más importantes que montar guardia.

Dos de los hirkanios agarraron al muerto por los tobillos y se lo llevaron. Ninguno de los otros enarcó siquiera una ceja. Conan oyó a sus espaldas que Yasbet tenía arcadas.

—Por lo menos has traído los caballos —dijo Conan.

—Más parecen corderos —murmuró Akeba. Tamur miró al turanio con mirada dolida.

—Quizá, pero son las mejores monturas que se encuentran en la

costa. Ahora préstame oídos, Conan. Los que me vendieron los caballos me dijeron que habían visto a más forasteros. Dales lo que piden por las monturas, y ellos dirán lo que saben.

—Lo que piden —repitió Conan secamente—. No serán parientes de sangre tuyos, ¿verdad, Tamur? El hirkanio lo miró atónito.

—Eres extranjero, cimmerio, e ignorante, y por tanto no te mataré. Estos son carroñeros y apiladores de estiércol, como los llamó Andar, que viven de desenterrar raíces y saquear nidos de aves marinas. De tiempo en tiempo, vacían algún barco arrastrado a la costa por la tormenta. —Removió la arena con la espada para hacer desaparecer la sangre de Andar—. No son mejores que salvajes. Ven, te llevaré con su cabecilla.

Los hombres que habían traído aquellos caballos peludos tenían facha de desastrados; llevaban apolillados los jubones de cuero, raídas las listadas túnicas, y todavía más sucias que cuando las había llevado algún marinero cuyo infortunado bajel había ido a parar a aquella costa. El cabecilla era un hombre enjuto, curtido por el clima, que veía por un ojo, rápido y suspicaz, y tenía una cuenca vacía en el lugar donde había estado el otro. Llevaba al cuello un collar de amatistas, de cuyo bronce se había gastado ya la mitad del dorado. Parecía que en alguno de aquellos barcos había viajado una ramera.

—Este es Baotan —dijo Tamur, señalando con un gesto al tuerto—. Baotan, este es Conan, comerciante conocido en tierras lejanas y guerrero temido por muchos.

Baotan gruñó, y su único ojo se volvió hacia Conan.

—¿Quieres mis caballos, comerciante? Por cada caballo, cinco mantas, una espada y un hacha, y además un cuchillo, una capa y cinco monedas de plata.

—Es demasiado —dijo Conan.

Tamur gimió. Murmuró, solo para el oído de Conan.

—No pienses ahora en hacer negocio, cimmerio. Ya tenemos entre manos los medios para destruir a Baalsham.

Conan lo ignoró. Los mercaderes pobres eran poco respetados, y la falta de respeto comportaría falta de información, si no mentiras declaradas.

—Por cada dos caballos, una manta y una espada. Baotan enseñó con su sonrisa los restos de sus dientes amarillentos, y bajó

del caballo.

—Hablemos —dijo.

La charla, que Baotan y Conan sostuvieron cabe una de las hogueras, fue más lenta de lo que este habría querido, pero el cimmerio tenía que mantener las apariencias como mercader. Tamur trajo jarras de arcilla llenas de cerveza hirkania, y porciones de queso de leche de yegua. La cerveza le iluminó la mirada a Baotan, pero el tuerto fue cediendo de mala gana, y a menudo interrumpía la conversación para hablar del tiempo o de cualquier incidente que hubiera podido tener lugar en el campamento.

Al final, sin embargo, llegaron a un acuerdo. El cielo empezaba a oscurecer; los hombres traían más maderas para apilarlas en las hogueras. Por cada una de las bestias de carga que necesitaban, darían una espada y una manta. Por cada uno de los animales que hubieran de montar, un hacha y una manta. Además, cada uno de los hombres que acompañaban a Baotan tendría un cuchillo, y el enjuto individuo recibiría, él mismo, dos monedas de oro.

—Trato hecho —dijo Conan.

Baotan asintió con la cabeza y empezó a sacar cosas de su jubón. Una bolsa. Un pequeño par de tenazas. Lo que parecía una imitación del cuerno de un toro, reducido a la mitad de su tamaño y moldeado en arcilla. Ante la mirada estupefacta de Conan, Baotan metió hierbas que había sacado de la bolsa dentro del cuerno de arcilla. Con las tenazas, el tuerto extrajo hábilmente un carbón de la hoguera y lo empleó para calentar las hierbas, hasta que estas empezaron a humear. Conan no pudo sostenerse ya la mandíbula cuando vio que el hombre aspiraba profundamente del cuerno, inhalando aquel humo de acre olor. Alzando el rostro, Baotan expulsó el humo en larga espiración, hacia el cielo, y luego le ofreció el cuerno a Conan.

Tamur se le acercó para hablarle al oído.

—Es así como sellan ellos un trato. Tienes que hacer lo mismo. Ya te he dicho que son salvajes.

Conan estaba dispuesto a creerlo. No sabía si tomar el cuerno de arcilla. Las hierbas humeantes olían como un montón de desperdicios incendiado. Llevándoselo a la boca, inhaló su contenido, y apenas si pudo disimular una mueca. Sabía aún peor de lo que olía, y estaba lo bastante caliente para quemarle la

lengua. Tratando de dominar la necesidad de toser, devolvió al cielo una bocanada de humo.

—En esa mezcla se combinan estiércol y hierbas —dijo Tamur, con una sonrisa— para asegurar que arda. Al otro lado de la hoguera reía Akeba.

—¿No te apetecen unos mejillones pasados, cimmerio? —le dijo, faltándole poco para dejarse caer rodando sobre la arena.

Conan apretó los dientes y le devolvió el cuerno de arcilla a Baotan, quien se lo puso en la boca y empezó a soltar pequeñas bocanadas de humo. El cimmerio meneó la cabeza. Había visto muchas costumbres extrañas desde que abandonara su patria, pero, dejando aparte las prácticas de la brujería, aquella era sin duda la más extraña.

Cuando dejó de tener en la boca la sensación de haber tratado de comerse uno de los carbones que ardían en la hoguera —aunque le quedara su sabor—, Conan dijo:

—¿Habéis visto algún otro extranjero en la costa? Ya comprenderéis que me importa lo que hagan los otros mercaderes.

—Forasteros, sí —dijo Baotan, por entre los dientes que sostenían el cuerno de arcilla—, pero no comerciantes. —Acompañó cada una de las palabras con una bocanada de humo—. También querían caballos. No nos pagaron con mercancías sino con plata. —Sonrió de pronto. Pagaron más de la cuenta.

—No eran comerciantes —dijo Conan, fingiendo que lo meditaba—. Esto es muy extraño.

—Los extranjeros siempre serán extranjeros. Su buque tenía la popa muy chamuscada, y muchos de los tripulantes tenían quemaduras.

La galera. Después de todo, había sobrevivido al incendio y al fuego.

—Quizá podamos ayudar a esos hombres —dijo Conan—. ¿Cuán lejos están de aquí, y en qué dirección? Baotan señaló al sur con la mano.

—A medio día de distancia. Quizás un día.

Lo bastante lejos como para no saber que el Bailarín de las Espumas se había salvado también. Pero si no lo sabían, ¿para qué habrían querido los caballos? Quizá hubiera algo en aquel lugar a lo que Jhandar temiese. Conan sintió que se le alborotaba el ánimo.

—Podéis pasar esta noche al calor de nuestras hogueras —le dijo a Baotan—. Akeba, Tamur, partiremos con la primera luz.

Yasbet salió de la oscuridad y acarició con la cadera el hombro de Conan.

—Está haciendo frío —le dijo—. ¿Vienes a darme calor?

Los hombres que la habían oído estallaron en risas procaces, pero, por extraño que parezca, una severa mirada de la muchacha los hizo callar a todos, incluso a Tamur y Baotan.

—Ya voy —dijo Conan, y al levantarse se la cargó a hombros mientras ella chillaba.

Sus chillidos ya se habían convertido en risas cuando llegaron a la tienda.

—Bájame, Conan —logró decirle entre tontas risillas—. Esto es indecoroso.

De pronto, el cimmerio sintió que se le erizaba el cabello en la nuca, y se volvió, tratando de escudriñar la oscuridad, hacia el promontorio.

—¿Es que quieres marearme, Conan? ¿Qué te pasa?

Que tenía imaginaciones, se dijo el cimmerio para sí. Solo imaginaciones. La galera y los que iban en esta se hallaban mucho más al sur, seguros de que el Bailarín de las Espumas y todos cuantos llevaba a bordo habían perecido en la tempestad.

—No sucede nada, muchacha —masculló. La joven mezcló chillidos y risas cuando Conan se agachó para entrar en la tienda.

—Pues vayamos allá y matémoslos —dijo Suitai—. Tendremos más problemas si luego hemos de encontrarlos de nuevo.

Los seis de la galera que los habían acompañado se agitaron incómodamente, pero los khitanios no parecieron notarlo.

—No lo haremos antes de que encuentren lo que vinieron a buscar —le replicó Che Fan—. El Gran Señor no quedará complacido si no le llevamos nada, aparte de la noticia de su muerte. —Hizo una pausa—. Hemos de andarnos con cuidado con el bárbaro llamado Conan.

—Solo es un hombre —dijo Suitai—, y morirá tan fácilmente como cualquier otro.

Che Fan asintió con un lento movimiento de cabeza, sin saber muy bien por qué había dicho aquello. Y, sin embargo…, de muchacho había aprendido el arte de volverse invisible, de

ocultarse en la sombra de una hoja y de fundirse con la noche, pero había algo en la mirada del musculoso bárbaro que parecía penetrar en aquellos subterfugios. Se dijo para sí que no tenía sentido lo que pensaba. Él pertenecía a la Hermandad del Camino, y aquel Conan solo era un hombre. Moriría tan fácilmente como cualquier otro. Pero… sus dudas seguían en pie.

Che Fan se alzó lentamente de las sombras en las que se había escondido, y miró la playa, más abajo, donde brillaban los fuegos de acampada. Nada más podría descubrir allí con solo mirar. El bárbaro ya se había acostado por aquella noche. Luego anduvo hacia el otro lado del promontorio y bajó por la otra ladera, se deslizó con pie firme por el quebrado suelo, como un fantasma en la noche.

Suitai le esperaba a la lumbre de su pequeña hoguera —bien ocultos por la frondosa maleza—, junto con los seis que habían escogido, entre los que no estaban heridos, para que los acompañaran. Los hombres se acurrucaban en silencio al otro lado de donde estaban los khitanios. Habían visto bastante durante el viaje para adivinar que aquellos dos hombres de túnica negra tenían alguna suerte de cualidad mortífera como nunca antes la habían encontrado. Así, les temían mucho, y sabiamente, si bien todavía desde la ignorancia.

—¿Qué has visto? —preguntó Suitai. Probó un sorbo de una humeante decocción de hierbas.

Che Fan se sentó cerca de la hoguera y se llenó un tazón del mismo líquido amargo al tiempo que hablaba.

—Están allí. Y ese escarabajo pelotero de Baotan les ha proporcionado caballos.

# 18

Envolviéndose más en su capa para protegerse del fuerte viento, Conan se volvió sobre la silla de montar de piel de cordero para mirar atrás la vez que hacía cien desde el alba. La llanura de ralo herbaje y ondulados alcores, tan árida que algún raquítico árbol ocasional llegaba a sorprender, no revelaba señal alguna de que alguien les estuviera siguiendo. Malhumorado, miró al frente. El pálido sol amarillento, que apenas si daba calor al gélido aire, estaba alcanzando su cénit. El Vilayet quedaba a dos noches de camino. Daba igual lo que viera con los ojos, sus más profundos instintos le decían que alguien los estaba siguiendo, y era aquel instinto el que le había mantenido con vida cuando fallaban los más civilizados sentidos.

La partida cabalgaba en estrecho pelotón; la mitad de los hirkanios llevaban de la rienda a alguna de las acémilas, profiriendo maldiciones, las pequeñas bestias, que poco más grandes parecían que los bultos y fardos que llevaban amarrados sobre la sillas, trataban de volver la grupa en la dirección de donde venía el viento tan pronto como sentían que la mano que sujetaba la rienda se había relajado. Los hombres que no sufrían aquel estorbo no apartaban la mano del arma, y se volvían sin cesar la mirada en constante vigilancia. No era extraño que los viajeros fueran atacados en las llanuras de Hirkania. Los mercaderes eran habitualmente respetados, pero más de uno había perdido la cabeza.

Tamur echó a galopar con su peludo caballo hasta que estuvo entre Conan y Akeba.

—Pronto llegaremos a la Tierra Desolada.

—Lo vas diciendo desde que nos alejamos del mar —dijo Conan con un gruñido. El modo en que sus piernas colgaban a lado y lado

de su enana montura no le mejoraba el humor.

—Nos quedan algunos collados, cimmerio. Solo unos pocos más. Y tienes que estar preparado para hacer de comerciante. Una de las tribus, sin duda, ha acampado cerca de aquí. Todas se turnan en la vigilancia de la Tierra Desolada.

—Eso ya me lo habías contado.

—Espero que no tardemos en encontrar un pueblo —dijo Yasbet entre dientes. Se incorporó a medias sobre los estribos, pero notando el regocijo en el rostro de los hombres volvió a sentarse violentamente, dando un respingo de dolor. Conan logró mantener la seriedad.

—Tenemos linimento en uno de los fardos —le dijo. No se lo ofrecía por primera vez.

—No —le respondió ella bruscamente, igual que había respondido a las otras ofertas—. No necesito que me mimen.

—No te estoy mimando —exclamó él, exasperado—. Todo el mundo se pone linimento cuando le duele… un músculo.

—Déjale que te de friegas —dijo Sharak entre risillas. El astrólogo iba montado en su caballo de extraña guisa, como un muñeco de madera que unos niños han montado encima de un *pony* —. O si no quieres que lo haga él, moza, déjame a mí.

—Calla esa boca, viejo —dijo Akeba, con ancha sonrisa—. Veo que tú mismo no cabalgas muy bien, y me viene la tentación de echarte encima tanto linimento que hagas el resto del camino en cabeza.

—Lo has hecho bien, mujer —dijo inesperadamente Tamur, sorprendiendo a todos—. Yo creía que tendríamos que atarte sobre la silla antes de que el sol llegara a su cénit, pero tienes la resolución de un hirkanio.

—Gracias —le dijo ella, al tiempo que miraba airada al cimmerio—. No me permitían…, bueno, quiero decir que hasta ahora nunca había montado a caballo. Iba andando, o me llevaban en palanquín.

Se puso cómoda sobre la silla y murmuró un juramento. Sharak siguió cloqueando hasta que le vino un acceso de tos.

—Ya me pondré el linimento esta noche —dijo Yasbet con voz malhumorada—, aunque no sé si el remedio será peor que la enfermedad.

—Bien —dijo Conan—, porque si no, mañana por la mañana no podrías andar, y mucho menos… —dejó de hablar; acababan de llegar al final de una ladera.

Desde allí vieron un gran campamento de yurtas con forma de arco. Más de mil tiendas de fieltro cubrían la ondulada llanura como si de otras tantas setas grises se hubiera tratado.

—Es el campamento del que tú hablabas, Tamur. Supongo que ha llegado el momento de que empecemos a hacer el comerciante.

—Espera. Esto podría ser peligroso —dijo el nómada—. Quizá haya cuatro tribus acampadas aquí, no solo una. Entre tantos, podría haber alguno que recordara que juramos venganza contra Baalsham a pesar del edicto. Si comprenden que te hemos traído aquí para poder quebrantar el edicto de la Tierra Desolada… —Se alzó un murmullo entre los demás hirkanios.

Una cuarentena de jinetes cubiertos con capas de cuero salió galopando hacia ellos de entre las tiendas; las puntas de sus lanzas refulgían al sol naciente.

—Ahora ya es tarde para echarse atrás —Conan espoleó a su montura para que siguiera adelante—. Seguidme, y recordad que hemos de parecer comerciantes.

—Al hombre que viola un tabú —dijo Tamur, cabalgando detrás del cimmerio— se le desuella vivo, y se le mantiene vivo durante días mientras otras partes importantes para un hombre le van siendo amputadas lentamente. Se le clavan astillas encendidas en la carne viva.

—¿Se le desuella? —dijo Sharak con voz débil—. ¿Otras partes? ¿Astillas encendidas? Después de todo, ¿no podríamos dejarlo correr?

Pero les siguió igualmente, así como los demás: Yasbet, que erguía los hombros y tenía agarrado el puño de la espada; Akeba, que iba gacho, como por casualidad, sobre el arco envuelto que llevaba atado sobre la silla. Los otros hirkanios tardaron más en ir, y murmuraron, pero al final fueron.

Tamur alzó el brazo derecho a modo de saludo —y, sin duda, para mostrar que no tenía intención de desenvainar la espada— cuando los otros jinetes se acercaron.

—Te veo. Me llamo Tamur, y he vuelto con mi pueblo desde la otra orilla del mar, junto con este comerciante, que se llama Conan.

—Te veo —dijo el cabecilla de los montados nómadas, al tiempo que alzaba la mano derecha.

Sus bigotes caídos y oscuros, untados con grasa, le colgaban hasta más abajo del mentón; miraba a Conan de soslayo entre los pliegues de la capa de piel con que se cubría hasta la peluda sien.

—Yo me llamo Zutan. Esta época del año ya no suelen venir mercaderes.

Conan forzó una ancha sonrisa.

—Entonces, no habrá otros que quieran competir conmigo.

Zutan le miró largo rato sin hacer ademán alguno. Luego, obligando a su caballo a darse la vuelta, les indicó con un gesto que le siguieran.

Los jinetes del campamento se desplegaron en dos líneas, una a cada lado de Conan y de su partida, y les escoltaron —o les vigilaron, quizás— hasta el centro de las yurtas, en un amplio claro, en el centro de la luna creciente que era el campamento. La gente se reunía en torno a ellos, los hombres vestidos con capas de piel y gruesos jubones de piel de cordero, las mujeres con túnicas de lana teñidas en un arcoiris de colores, sobre las cuales llevaban capas de piel con capuchón. A los que por su edad ya podían llamarse hombres les rodeaba invariablemente el hedor a grasa rancia, y los de mediana edad estaban tan curtidos y correosos que a duras penas habría podido adivinarse cuántos años tenían. Las mujeres, sin embargo, eran harina de otro costal. Había entre ellas viejas desdentadas y arrugadas arpías, pero todas parecían estar limpias. Muchas de las más jóvenes habrían podido, por su belleza, entrar en cualquier Zenana. Andaban ágilmente acompañadas por el tintineo de los cascabeles que llevaban en los pies, y más de un par de ojos oscuros y teñidos de carmín seguía al joven gigante, subrayado por un par de labios carnosos y sonrientes.

Conan se obligó severamente a ignorar a las mujeres. Había venido en busca de un medio para destruir a Jhandar, no para recrearse con mozas nómadas. Y ningún beneficio le reportaría verse obligado a matar a un padre, hermano, esposo o amante. Tampoco quería tener problemas con Yasbet.

Al bajar de su lanuda montura, Conan se acercó a Tamur y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué las mujeres no se untan el pelo de grasa?

Tamur pareció sorprenderse.

—Eso es cosa de hombres, cimmerio —Conan meneó la cabeza—. Escucha. Hace rato ya que quería hablarte de eso. Muchos comerciantes adoptan la costumbre mientras viven entre nosotros. Si lo haces, será más fácil que se crean tu disfraz. ¿No podrías dejarte crecer el bigote también? Y esa costumbre de lavarte en la que persistes es cosa de mujeres. Quita las fuerzas.

—Lo meditaré —dijo Conan. Se dio cuenta de que Akeba, que les seguía a caballo, le miraba con maliciosa sonrisa.

—Bigotes largos —decía el turanio—. Y quizá una barba como la de Muktar.

Conan gruñó, pero antes de que pudiera responderle oyó un agudo chillido de Yasbet. Se volvió y vio que estaba cayendo de la silla en un intento de desmontar. Se apresuró a cogerla antes de que llegara al suelo.

—¿Qué te sucede, moza?

—Las piernas, Conan —gimió ella—. No me sostienen. Y…, y… —le subieron los colores al rostro— me duelen los músculos —dijo con un susurro.

—Linimento —le respondió Conan, y ella volvió a gemir.

La muchedumbre que los estaba rodeando empezaba a armar revuelo. Rápidamente, el cimmerio la puso en pie y le hizo poner las manos sobre su silla de montar de piel de cordero.

—Agárrate ahí. Tendrás que sostenerte de pie un rato más.

Gimiendo, la muchacha se aferró con ambas manos a la tupida lana; el bárbaro la dejó al instante para preocuparse de asuntos de mayor urgencia.

Zutan se había abierto paso entre la multitud. Cuatro ancianos achaparrados y patiestevados lo seguían, y los murmullos de los curiosos se acallaron de pronto.

—Os presento —salmodiaba Zutan— al mercader llamado Conan. Has de saber, Conan, que te están presentando a los cuatro cabecillas de las cuatro tribus que aquí se reúnen, a Olotan, a Arenzar, a Zoan, a Sibuyan. Has de saber que te están presentando a hombres que solamente responden ante el Gran Rey. Sábelo, y tiembla.

En aquellas tribus era casi imposible adivinar la edad de cualquier hombre que pasara de los veinticinco, pero aquellos,

seguramente, contaban ya con tres veces aquellos años, si no cuatro. Más parecían barrancos que arrugas las que les hendían el rostro, y tenían el color y la textura de la bota abandonada durante diez años al sol del desierto. El cabello que asomaba en desorden fuera de sus mugrientas capas de piel se veía tan blanco como el pergamino blanqueado, y sus bigotes, igualmente pálidos, eran largos y escasos. Uno de ellos no tenía ningún diente y mascullaba sus palabras con las encías, mientras los otros tres enseñaban negros muñones cada vez que abrían la boca. Y sin embargo los ocho ojos oscuros que le miraban aparecían severos y lúcidos, y no temblaban las manos huesudas que reposaban sin fatiga en el puño de sus yataganes.

Conan levantó la mano derecha para saludar igual que Tamur. Se preguntó qué habría de decir un mercader en aquella circunstancia. Pero, dijera lo que dijese, le convenía decirlo rápido. Zulan empezaba a tirarse del bigote con impaciencia.

—Os veo. Me honra ser presentado a vosotros. Mi comercio con vuestro pueblo será limpio.

Los cuatro le miraron sin pestañear. Zulan se tiraba cada vez más de los bigotes.

Conan se preguntó qué más tenía que decir. ¿O hacer? De improviso, dio la espalda a los cabecillas y volvió a toda prisa con las bestias de carga. Se oyeron murmullos entre los tribeños, y los hirkanios que tenían sujetos a los animales con sus respectivas cuerdas le miraron arrugando el entrecejo. Conan desató con rapidez un cesto de mimbre y sacó de este cuatro sables vendhios con puños de marfil y ébano. En las hojas habían sido labradas, con ceras y ácidos, escenas de hombres que cazaban con arco montados a caballo, y los aguafuertes estaban bañados en plata, y amartillados hasta hacer relucir el argentino metal. Conan había armado un alboroto al encontrar las armas entre las mercancías que llevaban —y no habían logrado convencerle de que Tamur no las hubiera comprado para él y sus compañeros—, pero había tenido que quedárselas porque ya estaban pagadas. En aquel momento se alegraba de tenerlas.

Cuando el cimmerio volvió, con dos espadas en cada uno de sus voluminosos puños, Tamur dijo con un gemido:

—Esas no, cimmerio. Dales otras. Esas no. Conan llegó adonde

estaban los cuatro cabecillas e hizo un amago de desmañada reverencia.

—Aceptad estos, uh, humildes regalos como, uh, prueba de mi admiración.

Los oscuros ojos de los otros brillaron con avaricia, y le quitaron las armas de la mano como si los cuatro hubieran temido que volviera a llevárselas. Tocaron el acero labrado; durante un rato, ignoraron a Conan. Al fin, el cabecilla que tenía más cerca —a Conan le parecía que se llamaba Sibuyan— alzó la mirada.

—Te permitimos comerciar aquí —dijo.

Sin decir otra palabra los cuatro se fueron, con sus nuevas espadas todavía en la mano.

Akeba agarró a Conan del brazo.

—Ven, cimmerio. Como mercaderes, hemos de exponer nuestra mercadería.

—Muéstrala tú, pues. Yo he de ver a Yasbel.

Mientras la buscaba, Conan ignoró el bullicio de los cestos que eran descargados de las acémilas y de los que salían ollas y cuchillos, espadas y capas, para ser expuestos ante ojos ansiosos. El gentío se apiñaba cada vez más, y muchos hacían sus ofertas para comprar pieles, marfil u oro en cuanto estos aparecían. Algunos de los seguidores de Tamur empezaron a reunir los caballos.

Yasbet se había dejado caer sobre manos y rodillas en el duro suelo, al lado de su montura. Murmurando un juramento, Conan se quitó la capa y la extendió en tierra. Cuando la muchacha estuvo acostada boca abajo, le quitó la silla de piel de cordero al caballo y se la puso debajo de la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿No puedes ponerle en pie de ninguna manera?

—No necesito que me envuelvan en pañales —dijo ella entre dientes.

—¡Muchacha, por las Piedras de Hanumán! No te estoy poniendo pañales. Tienes que poder cabalgar cuando llegue el momento de partir.

La joven suspiró sin mirarle.

—No puedo ponerme en pie, ni cabalgar. Ni siguiera puedo sentarme.

Rio sin alegría.

—Es posible que tengamos que marcharnos de improviso —dijo él pausadamente—. Tal vez sea necesario atarle a una silla. Y le digo de nuevo que no me burlaré de ti por ello.

—Lo sé —dijo ella en voz baja. De pronto, le agarró la mano al bárbaro y se la llevó a los labios—. No solo tienes mi cuerpo —murmuró—, también mi corazón y mi alma. Te quiero, Conan de Cimmeria.

Él apartó bruscamente la mano de la joven y se incorporó.

—Tengo que ir a ver qué hacen los demás —murmuró—. ¿Estarás bien aquí? Quizá pase algún ralo antes de que puedan levantar tu tienda.

—Estoy cómoda.

Dijo esto último en voz tan baja que Conan apenas si la oyó. Asintió brevemente y anduvo al lugar donde se estaban exponiendo las mercancías. Se preguntaba por qué las mujeres tienen siempre que hablar de amor. La más encallecida ramera habla de amor si se le da una pizca de ánimos, y las otras mujeres todavía necesitan menos. Y luego esperan que el hombre actúe como un chicuelo con una brizna de pelo en la barbilla. O, todavía peor, como un poeta o un bardo.

Miró de reojo a Yasbet. Se ocultaba el rostro con la piel de cordero, y sacudía los hombros como si llorara. Sin duda, le debía de doler el trasero. Gruñendo sin palabras por lo bajo, se unió a los compañeros que estaban haciendo de comerciantes.

Sharak iba de nómada a nómada sin dejar de gesticular, ofreciéndole a uno pedazos de cera, a otro tazas de peltre de Khaurán, o peines de concha de tortuga de Zambuía, o rollos de seda de Vendhia. Akeba parecía más comedido en sus demostraciones de armas: sables vendhios marcados con el sello del Arsenal Real de Turan, gladios de la lejana Aquilonia, e incluso khetenes, hachas de batalla de ancha hoja traídas de Estigia. Tamur y sus hombres, por otra parte, se habían sentado en el suelo, a un lado, y se pasaban jarras de arcilla, llenándolas de cerveza que habían obtenido de los hombres de las tribus.

Conan andaba entre las mercancías, se detenía de vez en cuando para escuchar qué tratos cerraban Akeba y Sharak y asentía si estaba de acuerdo. Sin duda, de un comerciante que tenía dos hombres que se encargaran del regateo no se esperaba que hiciera

más.

El mercadeo era animado pero Conan, al cabo de poco, pensaba ya más en apagar la sed con todo un cántaro de cerveza que en su comedia. Fue entonces cuando vio a la mujer.

Había pasado ya de la mediana edad, y sin embargo todavía era bella, era alta y de bellos senos, tenía los ojos oscuros y grandes, y carnosos labios rojos. Su capa azul, adornada con pieles, estaba tejida con buena lana, y la túnica verde listada en seda azul. El collar de intrincado diseño era de oro, no de latón sobredorado; el broche que le sostenía la capa, una gran esmeralda; y los brazaletes de las muñecas, amatistas parejas. Y no prestaba atención a los perfumes y baratijas doradas que Sharak iba dando en trueque. No apartaba del musculoso cimmerio la mirada. Una mirada interesada.

Conan supuso que debía de tratarse de la mujer de algún hombre rico, tal vez de un cabecilla. Se trataba entonces de una de esas mujeres que debía evitar, más todavía que a las otras mujeres de la tribu. Se aseguró de que nada, en la expresión de su rostro, pudiera entenderse como una invitación, y se volvió para fingir que examinaba las mercancías que habían sido dispuestas sobre una cercana manta.

—Eres muy joven para ser comerciante —dijo a sus espaldas una profunda voz femenil.

Se dio la vuelta, y se encontró cara a cara con la que había estado observándole.

—Tengo edad suficiente —le respondió con voz resuelta. No le gustaba comentar su juventud, y todavía menos con una mujer.

Ella sonreía, con una sonrisa que medio era de burla, y medio… de alguna otra cosa.

—Pero, con todo, eres joven.

—En alguna edad hay que comenzar. ¿Quieres comprar algo?

—Y yo, jovencito, que creía que estarías enseñando las espadas y lanzas a los hombres.

La mirada de la mujer le recorrió la anchura de los hombros, y resiguió, como si de dedos se tratara, la túnica en la que se marcaban los músculos del pecho.

—Quizá quieras khol para los ojos.

Cogió de la manta una jarrita pequeña azul, y se la mostró.

Buscó con la mirada entre el gentío algún hombre que siguiera su conversación con antipatía. Aquella mujer seguiría teniendo pretendientes cuando llegara a abuela.

—Por la manera en que llevas la espada a la cadera, no me parece que seas comerciante, sino… —Se llevó un dedo a los labios, como pensando— guerrero.

—Soy comerciante —le replicó con énfasis el cimmerio—. ¿Si no khol, tal vez querrás perfume?

—Nada —dijo ella, y el regocijo le brillaba en los ojos—. Por ahora, al menos. Más adelante, querré algo de ti. —Giró sobre sus talones y antes de irse volvió la cabeza para mirarla—. Querré perfume. Comerciante.

Su risa, suave y musical, quedó en el aire después de que hubiera desaparecido entre el gentío.

Con repentino y penetrante chasquido, la jarrita se rompió en la mano de Conan.

—Erlik se lleve consigo a todas las mujeres —murmuró, al tiempo que se quitaba de la mano pedacitos de cerámica lacada. Nada podía hacer contra el olor a jazmín que le envolvía el cuerpo.

Gruñendo, prosiguió con su paseo entre mercancías. De vez en cuando algún hombre le miraba sorprendido y arrugaba la nariz, y alguna mujer le ojeaba de soslayo y sonreía. Conan iba furioso de un lado para otro, profiriendo juramentos cada vez más sulfurados entre dientes. Un baño, estaba decidido. Cuando terminaran de establecer el campamento, se bañaría, y Mitra acabara con todos los hirkanios si no lo tenían aquello por práctica digna de un hombre.

# 19

Durante todo el día prosiguió el animado mercadeo: mercancías procedentes del oeste a cambio de otras ganadas en el saqueo de caravanas orientales. Cuando el ocaso teñía ya de púrpura el cielo, Zutan regresó. A su aparición, los tribeños que estaban allí regateando empezaron a marcharse.

—Voy a llevaros al lugar donde dormiréis —dijo el hirkanio de grasientos bigotes—. Ven. —Y siguió los cimbreantes andares de aquel hombre, mas acostumbrado al lomo del caballo que a caminar por su propio pie.

Conan indicó a los otros que recogieran la mercadería, y luego cargó con Yasbet en brazos. La muchacha se había dormido de pura fatiga, con tan profundo sueño que apenas si se movió, aunque Conan la llevara consigo mientras seguía a Zutan hasta un lugar que había a unos trescientos pasos de las yurtas.

—Dormiréis aquí —dijo el nómada—. Sería peligroso que os alejarais de vuestras hogueras después de caer la noche. Los guardias no os conocen. Podríais resultar heridos.

Esta última posibilidad, al parecer, no les apesadumbraba en absoluto. Los comerciantes eran necesarios —decían con el rostro—, pero no les garantizaban hospitalidad y refugio, y tampoco confianza.

Conan le ignoró —pues más le convenía aquello que matarlo, aunque esto último le habría dejado más satisfecho— y ordenó que fuera montada la tienda de Yasbet. Tan pronto como se hubieron clavado las estacas y tensado con fuerza las cuerdas, la llevó adentro. La muchacha solo hizo un comentario soñoliento cuando el cimmerio le quitó la ropa y la envolvió en mantas.

Quizá dormir un poco le convenía a la muchacha —pensó Conan —. Arrugó la nariz al notar que el aroma a jazmín empezaba a

impregnar la tienda. A él no le convenía dormir.

Cuando salió, Zutan ya se había ido. El cielo se oscurecía con rapidez, y las hogueras de estiércol seco alumbraban de trecho en trecho. Las yurtas parecían estar muy lejos, porque tenían todas las lámparas y fuegos en la parte de dentro, y así la oscuridad ocultaba el campamento de las tribus. Los caballos habían sido atados a una hilera de estacas, y, cerca de estos, los cestos llenos de mercancías se amontonaban en oscuros montículos.

Conan anduvo directo hacia los cestos, y los revolvió hasta que hubo encontrado un pedazo de jabón desagradable al tacto. Se lo metió en la bolsa que le colgaba del cinturón, y, cargando con dos odres en cada mano, se adentró en las sombras de la noche. Al volver olía a lejía, y no poco le costaba evitar que le castañetearan los dientes en el gélido viento que azotaba el llano.

Se sentó, cruzando las piernas, al lado de una hoguera donde burbujeaba un caldero de estofado espeso, y aceptó una cuchara de cuerno y un cuenco de arcilla lleno hasta el borde.

—Yo no estoy seguro de que la lejía huela mejor que el jazmín —dijo Akeba, husmeando exageradamente.

—El olor a jazmín es bueno —graznó Sharak—. Eres demasiado corpulento para hacer de bailarina, cimmerio, pero creo que resultarías más convincente que en tu nuevo oficio.

Tamur se atragantó entre el estofado y las risas.

Conan levantó la mano derecha y cerró lentamente el puño hasta que le crujieron los nudillos.

—Yo no huelo nada. —Fue mirando, retador, a cada uno de los otros tres—. ¿Hay alguien que huela algo?

Sin dejar de reír, Akeba negó con las manos y la cabeza.

—No te conviene lavarte tanto —dijo Tamur, y al instante añadió, al ver que Conan iba a levantarse—: Pero yo no huelo nada. Eres un hombre violento, cimmerio, puesto que te pones así por una pulla entre amigos.

—Hablaremos de otras cosas —dijo Conan decididamente. Reinó el silencio por un instante, antes de que Sharak hablara.

—De comercio. Hablaremos de comercio, Conan. No me extraña que los comerciantes reúnan tantas riquezas. Solo por lo que hemos conseguido hoy en trueque, nos pagarán trescientas monedas de oro en Aghrapur, y con todo aún nos quedan dos tercios de las

mercancías. Quizá tengamos que abandonar la vida de aventureros y dedicarnos de verdad al comercio. Yo nunca he sido rico. Creo que me gustaría serlo.

—Hemos venido aquí por asuntos más importantes que el oro —dijo Conan con un gruñido. Dejó a un lado el cuenco; ya no tenía hambre—. ¿Sabéis que nos han estado siguiendo desde la costa? Tamur le miró penetrantemente.

—¿Baotan? Ya me parecía a mí que no se contentaba con lo que le habíamos dado por los caballos.

—No se trata de Baotan —respondió Conan.

—Ibas mirando atrás a menudo —le dijo Akeba, pensativo—, pero no decías nada. Y yo no vi a nadie.

Conan negó con la cabeza, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Yo tampoco vi a nadie. Pero había alguien que nos seguía. O algo. Tuve el presentimiento… de algo inhumano. Sharak rio, tembloroso.

—Si Jhandar, o Baalsham, o como quiera llamarse, nos ha seguido hasta estos yermos, yo seguiré viajando hasta Khitai. O hasta más allá, si es que hay algún otro lugar más allá.

—Baalsham es un hombre —dijo nerviosamente Tamur. Miró de soslayo a la oscuridad que los rodeaba y se acercó más a la hoguera, bajando la voz.

—Pero, los espíritus…, si ha enviado a hombres muertos tras nosotros…

Oyeron una pisada en la oscuridad, adonde no llegaba la lumbre de la hoguera, y Conan se puso en pie de un salto, sable en mano. Le tranquilizó en alguna medida el ver que los otros también habían desenvainado el arma. Aun el viejo astrólogo, tembloroso, blandía su bastón como si de una lanza se hubiera tratado.

Zutan se acercó a la hoguera y se detuvo, mirando los aceros desenvainados.

Conan envainó el suyo con un gruñido.

—Es peligroso para vosotros que os alejéis de vuestras hogueras en la oscuridad —dijo.

El hirkanio frunció violentamente el bigote, pero tan solo dijo:

—Samarra quiere verte ahora mismo, Conan.

—¡Samarra! —Pareció que Tamur había hablado con los labios

resecos—. ¿Ella está aquí?

—¿Quién es esa Samarra? —preguntó Conan—. Quizá yo no desee verla.

—No, Conan —le dijo Tamur con insistencia—. Debes verla. Samarra es una chamán poderosa. Muy poderosa.

—Una chamán —dijo Sharak con un resoplido—. A las mujeres no se les debería permitir que se mezclaran en estos asuntos.

—Ten cuidado con lo que dices, viejo —exclamó Tamur—, si no quieres que tus partes se te reduzcan a polvo, o los huesos a agua. Te repito que es poderosa.

Le había vuelto la espalda a Zutan y miraba a Conan con exagerada mueca.

El joven cimmerio le miraba a su vez, de soslayo, sin saber qué hacer, y se preguntaba si el miedo que aquella mujer infundía en Tamur acabaría por enloquecerlo.

—¿Por qué quiere verme Samarra? —preguntó.

—Samarra no da razones —replicó Zutan—. Llama a quien le place, y los que han sido llamados acuden. Aun si se cuentan entre los cabecillas.

—Iré a verla —dijo Conan.

Tamur gruñó con fuerza cuando Conan desapareció con Zutan entre las sombras.

Caminaron en silencio hasta las yurtas. El nómada no se dignaba a conversar con un mercader, y Conan estaba ocupado con sus propios pensamientos. ¿Por qué quería hablar con él aquella Samarra? Cabía la posibilidad de que sus artes brujeriles le hubieran revelado la verdadera intención con que él había viajado a Hirkania, pero solo en el caso de que lo hubiera investigado deliberadamente. Por la experiencia que tenía de tales prácticas, nada se hallaba con ellas si no era buscado, y nada se buscaba por casualidad. El saber obtenido mediante procedimientos taumatúrgicos tiene su precio, y, aunque hubiera conocido la brujería y la magia en muchas de sus formas, jamás había oído decir que alguien la empleara con el mero fin de satisfacer su curiosidad.

Si aquella Samarra hubiera sido un hombre, habría podido empezar por explicarse y, si no tenía éxito, matar a continuación al tal sujeto. Pero no iba con él matar a una mujer.

Perdido en sus pensamientos, Conan se sobresaltó al detenerse el otro ante una gran yurta e indicarle con un gesto que entrara. La gran tienda de feltre, tendida sobre un armazón de madera, medía al menos veinte pasos de extremo a extremo, y parecía apropiada para un cabecilla. Pero había que pensar también —se dijo a sí mismo— que una mujer que podía llamar a los cabecillas a su presencia tendría que vivir, sin duda, tan bien como ellos. Sin dirigirle otra mirada a Zutan, apartó la tela de la entrada y entró.

Se encontró en una amplia estancia, dentro de la yurta, que tenía por «paredes» cortinajes de brocado. El suelo estaba cubierto de abigarradas alfombras kasmirias, y de cojines de seda. Las lámparas, sobredoradas, colgaban de cadenas de oro que terminaban en el armazón de madera del techo, y los carbones vegetales de un gran brasero de bronce daban calor pese al frío de afuera.

Cuando apenas había tenido tiempo todavía para ver nada, se vio forzado a abrir desmesuradamente los ojos: ocho muchachas acababan de irrumpir de detrás de los cortinajes. Las había esbeltas y las había de mucho cuerpo, las había de tez pálida que traía recuerdos de Aquilonia y las había del color moreno de las hirkanias, y también las había amarillas como el marfil viejo. Tintineaban en sus tobillos campanillas doradas mientras le rodeaban entre cloqueos; aquel era todo su vestido.

Parecía que nada le cupiera en los ojos aparte de los redondeados pechos y nalgas; las muchachas le obligaron a sentarse sobre unos cojines cabe el brasero. Las envolvía un aroma de rosas.

En cuanto se hubo sentado, dos de las jóvenes se marcharon, y volvieron con paños húmedos para limpiarle el rostro y las manos. Otra le trajo una bandeja de plata cincelada llena de dátiles y de orejones, mientras una cuarta le servía vino de una jarra de cristal a una copa de oro batido.

La música de flautas y cítaras se adueñó de la estancia; las otras cuatro jóvenes habían traído instrumentos y, sentándose cruzadas de piernas, tocaron. Las cuatro que le habían servido empezaron a bailar.

—¿Dónde está Samarra? —preguntó Conan—. ¿Y bien? ¡Respondedme! ¿Dónde está? —la música subía de tono, y también las bailarinas, pero nadie le respondió.

Cogió la copa y volvió a dejarla sin haber bebido un sorbo. En el vino pueden echarse polvillos muy fuertes; habría apostado a que la chamán los conocía bien. Más le valía no comer ni beber hasta que hubiera abandonado la morada de Samarra. Y más le valía, también, no mirar demasiado a las muchachas. Quizá la chamán tuviera algún motivo para querer distraerle. Observaba con fija atención los cortinajes, y no apartaba la mano de la espada.

Pero, pese a sus intenciones, se encontraba con que su mirada volvía a deslizarse hacia las muchachas que bailaban. Saltaban con la gracia de las gacelas, daban largas zancadas en el aire y caían dando vueltas sobre las alfombras, meneando las caderas con abandono. A Conan, el sudor le perlaba la frente, y empezó a preguntarse si el brasero no estaría caldeando demasiado la yurta. Si Samarra tardaba mucho más en comparecer, acabaría por perder toda cautela. Aunque no quisieran hablar, aquellas muchachas tal vez se avinieran a retozar con el joven norteño.

Se oyó una fuerte palmada a pesar de la música. De inmediato, las muchachas dejaron de tocar y de bailar y desaparecieron tras los cortinajes. La sonrisa que había comenzado a esbozarse en el rostro de Conan desapareció, y volvió a llevar la mano a la espada al tiempo que se ponía en pie. Los cortinajes se abrieron, y apareció la mujer que antes había estado mofándose de él. Ya no llevaba la capa, y su largo cabello, negro como la noche, le caía en suaves ondas sobre la espalda. La larga túnica se ceñía mucho a sus curvas.

—Yo prefiero la danza de hombres jóvenes —dijo—, pero no creí que compartieras mi gusto.

—¿Tú? —dijo Conan con incredulidad—. ¿Tú eres Samarra? Ella le respondió con una carcajada gutural.

—¿Es que te decepciona que yo no sea una vieja arpía, con un pico de ave por nariz y verrugas? Prefiero seguir así mientras las artes de la mujer y las de la magia, combinadas, me lo permitan.

Se alisó con las manos la pechera de la túnica, recalcando la forma de sus redondeados senos.

—Algunos dicen que todavía soy hermosa. —Humedeciéndose delicadamente los labios, se acercó más a él—. ¿Te lo parezco a ti?

Conan pensó que aquella mujer no necesitaba de la magia para distraerlo. El aroma almizcleño de su perfume parecía entramparle el pensamiento. Con no más de lo que cualquier mujer conoce, le

había inflamado la sangre, le había secado la garganta de deseo.

—¿Por qué has mandado a buscarme? —dijo con voz áspera.

Los ojos oscuros de la mujer le acariciaron sensualmente el rostro, más de lo que hubieran podido unas manos, se entretuvieron en los anchos hombros y el robusto pecho. Hizo gesto de husmear con la nariz.

—Te has quitado ese aroma —dijo, con cierta reprobación socarrona en la voz—. Las mujeres hirkanias estamos acostumbradas a hombres que huelen a sudor, y a grasa, y a caballo. Con aquel olor te habrías ganado muchas miradas favorables. Pero a pesar de todo resultas exótico, con estos músculos, y esta estatura, y esta piel pálida. Y estos ojos.

Sus finos dedos se detuvieron a la anchura de un cabello de su rostro, y siguieron la forma de sus mejillas.

—Del color del cielo —dijo con un susurro—, e igual de tornadizos. El cielo primaveral que sigue a la lluvia, el cielo de una mañana de otoño. Y, cuando te enfureces, el cielo de truenos y tormentas. Qué gigante exótico. Podrías tumbar a la mitad de mujeres de este campamento, quizá de tres en tres o de cuatro en cuatro, si tal cosa te complaciera.

Airado, Conan la rodeó con un brazo, y la levantó del suelo, estrujándose contra el pecho la suavidad del cuerpo de la mujer. La mano que tenía libre jugueteaba entre su cabello, y los ojos azules con los que miraba a los de Samarra, en verdad, albergaban una tormenta.

—Burlarse de mí es un juego peligroso —dijo él—, aun para una bruja.

Ella le devolvió la mirada sin perturbarse, y en sus labios danzaba una sonrisa misteriosa.

—¿Cuándo te propones entrar en la Tierra Desolada, extranjero?

Sin quererlo, Conan la estrujó con más fuerza, hasta arrancarle un grito sofocado. Ya no quedaba un palmo de cielo en la mirada del cimmerio, sino más bien hielo y acero.

—Es un estúpido momento para revelarme tus brujerías, mujer.

—Estoy a tu merced. —Con un suspiro que sabía a contento se acomodó en sus brazos, deslizándole los senos sobre el firme pecho —. Podrías romperme el cuello con solo doblar el brazo, o partirme el espinazo como si de una ramilla se tratara. Presa como estoy,

desde luego, no puedo obrar magia alguna. Quizá me haya entregado indefensa a tu fuerza para probarte que no te quiero mal alguno.

—Yo creo que estás tan indefensa como una tigresa —le replicó él con ironía. La dejó bruscamente sobre la alfombra; los ojos de la mujer se tiñeron de decepción mientras se arreglaba el cabello con las manos—. Cuéntame más, mujer. ¿Qué sospechas te llevaron a escudriñar la razón de mi venida con tu magia?

—No empleé magia alguna, salvo la del entendimiento —dijo ella, riendo—. Viniste en compañía de Tamur, y de otros de quienes sabía que habían cruzado el Vilayet para encontrar y matar a Baalsham. Conozco bien el horror de aquellos días, pues yo fui una de los que pusimos las defensas que encierran lo que hay en la Tierra Desolada.

Conan comprendió entonces por qué Tamur se había agitado al oír su nombre.

—Es posible que yo, queriendo comerciar en Hirkania, tomara a Tamur a mi servicio.

—No, Conan. Tamur tiene muchas faltas, pero él, y otros, juraron desafiar el edicto que se decretó sobre la memoria de Baalsham y vengar a los de su estirpe. El hecho de que hayan vuelto contigo solamente indica que creen poder triunfar en la Tierra Desolada. Aunque sus votos les hayan llevado a la rebeldía, saben que la violación del tabú comporta la muerte para un hirkanio, y así buscaron a otro para que acometiera la empresa.

—¿Y cómo es que tus guerreros no han intentado matarme todavía?

La mujer le respondió pausadamente, con voz tensa, como si sus palabras hubieran encerrado un sentido oculto. Como si pudieran ponerle en peligro, un peligro que debía evitar cuidadosamente.

—Cuando las barreras fueron erigidas, solo yo, entre todos los chamanes, creí que no bastarían. Sostuve que debíamos perseguir a Baalsham y destruirlo, pues, sin duda, si lograba establecer su maldad en otras regiones, acabaría por regresar para atormentarnos. Los otros, que temían otro enfrentamiento con él, me forzaron a… —calló bruscamente.

—¿Te forzaron a qué? —dijo Conan con un gruñido—. ¿A jurar algo? ¿El qué?

—Sí —dijo ella, asintiendo con la cabeza, ansiosa—. Un juramento. Si quebrantara el juramento, me encontraría al día siguiente fregando ollas en la yurta de algún hombre repulsivo, y mis poderes mágicos ya no alcanzarían siquiera a aliviar un diente dolorido, ni podría pensar nada que no fuera un deseo de obedecer. Muchos se toman a mal el que haya un linaje de mujeres que use los poderes, y les gustaría que terminara conmigo.

Calló de nuevo, pero le suplicaba a Conan con la mirada que le preguntara más.

—¿Qué te priva de hablar, mujer? ¿Qué juramento pronunciaste?

—Ha sido difícil poder contártelo —dijo suspirando, al tiempo que en su rostro se apaciguaba la tensión—. Primeramente, no puedo hablarle a nadie de los juramentos a menos que este me pregunte, y ningún hirkanio me preguntaría, salvo los que, como yo, montan guardia en la Tierra Desolada. De vez en cuando, alguno se divierte con ello haciendo befa de mí.

—Así que tenías que inducirme a preguntarlo —murmuró Conan.

—Exacto. Además, no puedo ayudar a ningún hirkanio a entrar en la Tierra Desolada ni a hacer algo contra Baalsham, ni buscar a ningún hombre que lo haga.

Una ancha sonrisa iluminó las facciones de Conan.

—Pero si algún hombre que no sea hirkanio te sale al encuentro…

—… en ese caso, puedo ayudarlo. Pero ha de tratarse del hombre apropiado, extranjero. No puedo arriesgarme al fracaso. —Torció los labios, como si hubiera paladeado un sabor repugnante—. Anator, el sapo abominable de quien te hablaba, espera que acabe cayendo en sus manos repulsivas. Acepto el riesgo de morir, pero no el de tener que pasar toda mi vida con él hasta que esté vieja y arrugada.

—Pero ¿me ayudaras? —le preguntó Conan, frunciendo el ceño.

—Si eres el hombre apropiado, sí. He de consultar al Fuego que Arde en Tiempos Pretéritos. Y, para poder hacerlo, necesitaré un rizo de tu cabello.

A pesar de sí mismo, Conan dio un paso atrás. El pelo, la saliva, los recortes de uña, cualquier cosa que saliera del cuerpo de un

hombre podía ser empleado en taumaturgias que lo dominaran.

—¿Crees que necesito la magia para dominarte? —dijo Samarra entre risas, y meneó exageradamente las caderas.

—Córtalo pues —dijo Conan. Pero no pudo evitar una mueca cuando ella, con mano diestra, le cortó algunos cabellos de la sien con un cuchillito de oro.

Entonces, la mujer abrió con rapidez toda una hilera de pequeños cofres que tenía delante de un cortinaje, y sacó de estos su parafernalia. Pulverizó los cabellos en un molinillo de mano, y luego los mezcló, en un sencillo cuenco de marfil, con el contenido de una decena de frascos —polvos de color violeta y fuerte hedor, líquidos que hervían y burbujeaban— y revolvió la mixtura con una vara hecha de hueso. Tras colocar un pequeño brasero dorado sobre un trípode, Samarra lo llenó de cenizas, y las alisó con la vara de hueso. Cantando palabras ininteligibles para Conan, vertió los contenidos del cuenco en la ceniza apagada, y luego lo dejó aparte.

Su voz subió, no en volumen, sino en tono, hasta perforar los oídos del bárbaro como alfileres al rojo vivo. Se alzaron extrañas llamas de la ceniza, llamas azules, que no chisporroteaban como el fuego ordinario, sino que se mecían calmosas como las olas de un perezoso mar. Y se elevaba aquel fuego no natural al unísono con las palabras de Samarra, a la altura del brazo de un hombre. Sin parpadear, la mujer miró a sus profundidades mientras pronunciaba los encantamientos. Se formaba escarcha en la superficie del cuenco dorado que contenía las llamas.

Los otros fuegos que había en la estancia, las lámparas de trémula lumbre y los brillantes carbones, perdieron fuerza, como asustados, o agotados. El cimmerio sintió que las uñas se le clavaban en la carne. Con un juramento, abrió los puños. Ya se había visto en otras ocasiones frente a la brujería, brujería dirigida hacia él con mortífera intención. No permitiría que esta lo asustara.

De pronto, Samarra cesó en su cántico. Conan parpadeó al tiempo que miraba el recipiente dorado; vio que algunas astillas de madera a medio quemar asomaban entre las cenizas, que ya no eran tantas como antes. Entonces, Samarra cerró el brasero con una tapa dorada, encerrando el fuego azul.

Durante largo tiempo, la mujer contempló el brasero antes de volverse hacia él.

—Si entras en la Tierra Desolada, los habrá que morirán a veintenas —dijo con voz apagada—, y quizá se encuentre Baalsham entre ellos. Y quizá también tú. Quizá tus huesos sirvan como alimento a las bestias deformes que viven atrapadas en ese lugar maldito.

—¿Quizás? —dijo Conan—. ¿Qué clase de adivinación es esa? Ni siquiera Sharak gasta tantas evasivas en sus cartas astrales.

—El fuego muestra las muchas cosas que pueden ser. Los hombres eligen cuáles serán sus decisiones. Lo que existe es como una línea, pero en cada decisión esa línea se divide, en dos direcciones o en diez, y cada una de estas vuelve a dividirse, hasta que sobrepasan todo recuento. Puedo decirte esto: si entras allí, tú, o Baalsham, o los dos, tendréis que mirar a los ojos a los esbirros de Erlik. Pero, si no entras allí, sin duda alguna morirás. He examinado cien líneas con la esperanza de encontrar una escapatoria para ti, y cien veces te he visto morir, con una muerte cada vez más horrible que la anterior. Y no solo tú morirás. Decenas y decenas de miles van a morir combatiendo con la maldad de Baalsham, y, cada día, cientos más irán libremente a la muerte para alimentar sus nigromancias. Reyes y reinas se arrastrarán sobre el vientre para, a sus pies, adorarlo, y cubrirá la tierra una oscuridad que durante muchos miles de años no ha sido conocida, desde los corruptos días del repugnante Aquerón.

Conan rio sin alegría.

—Entonces, parece que me veo forzado a intentar salvar el mundo, lo quiera o no. —Cogió la espada con la mano; probó cuidadosamente el filo—. Puesto que he de jugarme la vida, no peligrará menos esta si alargo la espera. Iré ahora mismo a esta Tierra Desolada.

—No —le replicó ella tajantemente. Conan iba a decir algo, pero Samarra siguió hablando atropelladamente—. Más vale partir de noche, es cierto, pero esta noche no. Piensa en la muchacha que está contigo. Cuando la hayas atendido, debes partir de inmediato, pues otros montan guardia cerca de mí, y no tardarán en enterarse de lo que ha sucedido. Pero la muchacha no se tiene en pie, y mucho menos podrá ir montada.

—Entonces, la llevaré atada encima de la silla —le respondió él con aspereza.

Se inflamaba ya en su pecho la furia de la batalla. Si tenía que morir aquella noche, no moriría con mansedumbre.

—Pero si me permites que la traiga aquí, podría curarle en un día las carnes magulladas. Ya podría cabalgar mañana por la noche. —Samarra sonrió—. Muchas mujeres me han pedido que les alivie su dolorido trasero, y sin embargo esta será la primera vez que emplee mis poderes con tan ordinario propósito.

—Cuanto más aguarde, mayor será la posibilidad de que algún otro recuerde a Tamur.

—Pero, aun así, no puedes entrar en la Tierra Desolada sin ninguna ayuda. La barrera del Círculo Exterior matará tan solo a quienes tengan sangre hirkania, pero la del Círculo Interior, adonde tienes que ir para encontrar lo que buscas, destruye todo lo que vive. Tengo que darte algunos polvos especiales para que la espolvorees, y enseñarte algunos encantamientos para que puedas sobrevivir.

—Pues dámelos —requirió él.

Ella, sin embargo, se quitó el cinto de seda y lo arrojó a un lado.

—Ningún hirkanio —le dijo, mirándole a los ojos— entiende que una chamán también es una mujer. Tengo esclavos, hombres jóvenes y llenos de vigor, pero presa del miedo también. —Empezó a quitarse los broches de plata que le cerraban el vestido—. Me tocan porque se lo ordeno, pero creen que podría aniquilarlos, y tienen miedo de hacerme daño o de enfurecerme. Hasta el momento en que tú has puesto la mano sobre mí, nunca nadie, en toda mi vida, me había tocado como a una mujer, ninguno había sido capaz de poner alguna aspereza en sus caricias. Ya no puedo esperar más.

La larga túnica cayó a las alfombras y ella quedó en espléndida desnudez; no había en la mujer sino maduras redondeces y suavidad femenil. Le hacía frente con airoso porte, con el desafío en la mirada, con los puños hundidos en la curva de sus caderas, con los hombros erguidos como para reafirmar la turgencia de sus senos.

—Mi ayuda tiene un precio. Si con ello me convierto en ramera, bien está, pues es algo que jamás he experimentado. Y quiero experimentar cualquier cosa que un hombre y una mujer puedan hacerse. Cualquier cosa, Conan.

Conan dejó que su espada cayera al suelo. La furia de la batalla

había dejado paso a otra especie de fuego que se había encendido en su sangre.

—Mañana por la noche habrá tiempo más que suficiente —dijo con rudeza, y la atrajo hacia sí para abrazarla.

# 20

A la mañana siguiente, en hora temprana, Conan le hizo llegar a Akeba el mensaje de que tendría que ser el turanio quien se encargara del comercio aquel día. Yasbet entró en la yurta de la chamán en una litera que portaban dos de los musculosos esclavos de Samarra. Esta se puso en pie con torpeza, ruborizándose, y se apresuró a echarse una túnica de seda encima de su desnudez. Los esclavos miraron ceñudos a Conan con furtiva envidia.

—Conan, ¿por qué me han traído aquí? —dijo Yasbet casi llorando. Tumbada boca abajo sobre la litera, se encogía a cada movimiento—. Me duele, Conan.

—Pronto te dejará de doler —le dijo Conan suavemente—. Samarra cuidará de ti.

Todavía colorada y furiosa, la chamán condujo a los portadores de la litera a otra parte de la yurta. Volvió al cabo de media clepsidra, con las mejillas aún ruborosas. Conan yacía repantigado sobre cojines de seda, ocupado en ir bebiendo de una jarra de vino.

—Le he dado también una poción del sueño —dijo Samarra—. El hechizo le borró de inmediato el dolor, pero precisa descanso, y más le conviene que no le venga de la magia. Si la empleara para quitarle la fatiga, esta le volvería luego multiplicada por diez. Los poderes siempre exigen compensación.

Mientras le hablaba, la mujer se quedó en el extremo opuesto de la estancia, frotándose las manos con nerviosismo. Conan le indicó con un gesto que se acercara a él.

—Ven. Siéntate, Samarra. No me hagas hacer de huésped bajo tu techo.

Por un momento la mujer dudó, y luego se arrodilló graciosamente a su lado.

—Antes dije «cualquier cosa» —murmuró arrepentida—, pero no

hasta el punto de que mis propios esclavos entraran mientras yacía desnuda en el torpor del deseo. Por no hablar de la mujer de aquel con quien yacía. Me siento mal por tener a tu amante a unos pocos pasos de mí.

El ardor de Samarra había sorprendido a Conan con su fiereza.

—Ningún daño le hará lo que no sabe —le respondió Conan, tratando de quitarle la túnica de un tirón de encima de los hombros de suave piel.

Samarra le apartó bruscamente la mano.

—¿Eso es lo que somos las mujeres para ti? ¿El revolcón de una noche, y nada más?

—Las mujeres sois música, y belleza, y deleite hechos carne. —Conan volvió a alargar el brazo hacia ella. Samarra se zafó de su abrazo, y el cimmerio suspiró. Se iba a quedar sin poesía, a pesar de todo—. Algún día, tal vez, encontraré una mujer con la que casarme. Hasta entonces, querré a todas las mujeres, pero nunca fingiré que alguna me importe más de lo que me importa en realidad. Ahora, ¿vas a quitarte ya esa túnica?

—No conoces tu propio vigor —dijo ella en protesta. Trató de estirarse, y se detuvo con un espasmo—. Mis músculos doloridos necesitan casi tanta ayuda como los de esa pobre muchacha.

—En tal caso, más conviene que regrese adonde Akeba y los demás —dijo Conan, poniéndose en pie.

—¡No! —gritó Samarra. Arrancándose la túnica, cayó de rodillas y le rodeó las piernas con los brazos—. Por favor, Conan. Quédate. Te…, te retendré por la fuerza bruta, si no me queda más remedio.

—¿Por la fuerza bruta? —dijo el cimmerio riendo entre dientes. La mujer asintió con decisión. Riendo, Conan permitió que le tumbara sobre los almohadones.

Dos clepsidras después del crepúsculo, estaba listo para partir. Miró brevemente a Yasbet. En aquel momento, la muchacha dormía por la natural necesidad; ya había terminado el efecto de la poción. Le acarició la mejilla, y ella rio sin despertar.

Cuando regresó a la estancia principal, Samarra se había puesto la falda, y andaba además con el semblante sombrío.

—¿Tienes los polvos? —le preguntó ella—. Debes cuidar de no perderlos.

—Los llevo aquí —respondió, tocando la bolsa que colgaba de su

cinturón junto con la espada y la daga.

Llevaba dentro dos saquitos de cuero en los que había cantidades de polvo bien medidas que habrían de debilitar la barrera del Círculo Interno lo bastante para que Conan pudiera entrar; un saquito para entrar, y otro para salir.

—El encantamiento. ¿Recuerdas el encantamiento?

—Lo recuerdo. No te preocupes.

El cimmerio trató de rodearla con los brazos, pero ella esquivó el abrazo; su rostro parecía una máscara.

—Que los dioses te acompañen, Conan. —Tragó saliva, y dijo con un susurro—: Que nos acompañen a todos nosotros.

Más le había de valer el acero que los dioses, pensaba Conan al adentrarse en las sombras de la noche. La luna refulgía en un cielo sin nubes, iluminando el campo con pálida luz, amortajando en sombras el campamento. Parecía un lugar de muerte aquel campamento. No se veía a nadie, y hasta los perros guardianes se acurrucaban en las yurtas, y levantaban la cabeza tan solo para gemir agitadamente a su paso. Conan se abrigó bien con la capa contra el frío de la noche, contra un frío que no era el frío del viento.

Akeba, Sharak y Tamur le estaban esperando, como habían acordado, al este de la luna creciente de yurtas. El resto de los hirkanios permaneció en su pequeño campamento, para que este no fuera hallado vacío. Los caballos se quedaron en el campamento también; el estrépito de sus cascos, en la noche, podía llamar atenciones no deseadas.

Tamur miró nerviosamente en torno a Conan y le preguntó:

—Ella no ha venido contigo, ¿verdad?

—No —dijo Conan. Tamur exhaló un profundo suspiro de alivio —. Hagámoslo ya y terminemos —siguió diciendo—. Tamur, tú irás delante.

Sin acabar de resolverse, el hirkanio se puso en marcha hacia el este. Akeba lo siguió, con el arco de caballería en la mano y la flecha preparada, a un lado de Conan. Sharak, al otro lado, se esforzaba por seguirle, apoyado en su bastón y murmurando de los problemas que tenía para no tropezar, pese a la luna rutilante.

—Poco ha faltado para que Tamur no viniera —dijo en voz baja Akeba—, tanto es el miedo que le produce Samarra. Si odiara a

Jhandar una pizca menos, ya estaría cabalgando hacia la costa.

—Pero el caso es que odia de verdad a Jhandar —respondió Conan—. Nos guiará con lealtad.

—Me pregunto si te quedarán energías para esto, Conan —dijo Sharak con risa disimulada—, después de que hayas pasado un día y una noche con esa hechicera. La he visto poco, y no tan de cerca como tú —se concedió un graznido chillón—, pero me pareció una mujer de esas que te dejan sin fuerzas.

—Ten cuidado con donde pisas, viejo —le dijo secamente el corpulento cimmerio—. Hace tiempo que no te lees tus propias estrellas. Tal vez esta noche te rompas el cuello.

—¡Mitra! —blasfemó Sharak, tropezó, y por poco no cayó—. No las he leído —siguió diciendo con voz temblorosa—. Desde que salí de Aghrapur. Es que la excitación, y la aventura, y… —Tropezó, miró al cielo, y murmuró—: El fulgor de la luna me ciega. No distingo una estrella de la otra.

Siguieron adelante sin decir palabra, tras la borrosa figura de Tamur, hasta que, de improviso, el hirkanio se detuvo.

—Ahí —dijo, señalando a dos altas sombras que se hallaban más adelante—. Esos son los indicadores de la barrera. Yo no puedo seguir más allá.

Samarra había descrito aquellos megalitos que apenas si se podían ver con claridad, y le había dicho a Conan cuanto sabía de lo que podían encontrar más allá de estos. En torno al perímetro del Círculo Exterior, habían sido erigidos grandes pilares de ordinaria piedra, altos como tres hombres y anchos como cuatro. Pasar entre aquellas estelas significaba la muerte para un hombre o mujer de sangre hirkania.

—No es necesario que yo te acompañe, Conan —dijo Sharak—. Mis ojos…, sería más estorbo que ayuda. No, mejor que me quede aquí y averigüe, observando las estrellas, cuanto pueda de lo que nos aguarda.

Aferró de pronto por el brazo a un sorprendido Tamur, y, aunque el hirkanio trató de sacudírselo de encima, Sharak le agarró con todavía más fuerza, dándole tirones.

—¿Sabes distinguir una estrella de la otra, hirkanio? No importa. Te diré qué es lo que tienes que buscar. Ven. —Los dos se apartaron de los otros, mientras Tamur todavía daba fútiles

sacudidas con el brazo.

—Yo, al menos, voy a venir contigo —dijo Akeba, pero Conan negó con la cabeza.

—Samarra me dijo que cualquier otro que entrara conmigo iba a morir.

La mujer no había dicho tal cosa, pero lo que sí había dicho le había convencido de que dos hombres, o cincuenta, tendrían la misma probabilidad de sobrevivir que uno, quizá menos.

—Oh. Entonces, aguardaré tu retorno, cimmerio. Eres un extraño sujeto, pero me gustas. Que tengas suerte.

Conan le dio una palmada en el hombro a aquel hombre de complexión menos robusta.

—Tira por mí del Cuerno del Infierno si llegas allí antes que yo, Akeba.

—¿Qué? Qué cosas más extrañas dices.

—Otros países, otras costumbres —dijo Conan—. Es una manera de decir adiós.

Su alegría terminó de pronto cuando miró de soslayo los pilares de piedra. Ya era hora de poner manos a la obra. Sacó el arma de la vaina, y se oyó el áspero roce del acero con el cuero.

—Sois extraños sin duda, bárbaros de ojos pálidos —dijo Akeba —. Bueno, tira tú del…, de eso que decías.

Pero Conan ya se había puesto en camino. Sin detenerse, el cimmerio pasó por entre los toscos pilares, espada en mano. Al hacerlo, una comezón le recorrió todo el cuerpo, como si sus dientes y sus uñas, a la vez, le hubieran rechinado sobre una pizarra. Sintió el mayor escozor en la cintura, bajo la bolsa que pendía de su cinturón. Samarra ya le había advertido que aquello ocurriría, y le había dicho que lo ignorara, pero palpó igualmente los dos saquitos. Ambos estaban intactos.

No había ya vegetación de ningún tipo, ni siquiera el áspero herbaje que cubría las llanuras de Hirkania. El suelo aparecía liso, pero se quebraba en arrugas, como si en su origen hubiese sido una masa de agua que luego se hubiera solidificado, y hubieran quedado las marcas de las olas. Había visto terrenos semejantes con anterioridad, allí donde se habían abierto fisuras y las entrañas de la tierra habían regurgitado roca fundida. La luz de la luna se teñía del amarillento color de la carne mohosa. Algunas sombras se

movían furtivas en aquella luz nacarada, aunque ninguna nube se interponía delante de la luna.

Si él hubiera sido el héroe de una saga —pensó Conan—, habría salido al encuentro de aquellas criaturas y se habría abierto camino a cuchilladas hasta el Círculo Interior. Pero los héroes de las sagas siempre disfrutaban de la suerte de diez hombres, y la empleaban en su totalidad. Siguió adelante, adentrándose en la Tierra Desolada, con gracia de pantera, pero también con cuidado, como para eludir a unos ojos que pudieran buscarle. Aquellos ojos estaban allí, o por lo menos algo que percibía el movimiento; de eso estaba seguro. Oyó extraños roces sobre las rocas que le rodeaban, y chasquidos, como de garras quitinosas sobre la piedra. En un determinado momento, vio sin lugar a dudas unos ojos, tres globos rojos que no parpadeaban, cercanos entre sí, que le miraban en la oscuridad desde detrás de un peñasco, y giraban para seguir sus huellas. Aceleró el paso. El arañazo de unas garras en el suelo se le acercaba, y cada vez con mayor velocidad. Oyó un agudo siseo a cada lado y a sus espaldas, como el grito de caza de una jauría.

De pronto, se hizo el silencio. ¿Atacarían calladamente las ocultas criaturas —se preguntó—, o bien habían cesado en su persecución? Y si así era, ¿por qué? ¿Qué podía hallarse más adelante que asustara…? Supo la respuesta cuando tuvo que detenerse de un patinazo, a un paso de uno de los pilares que marcaban la entrada al mortífero Círculo Interior.

A pesar de sí mismo, soltó largamente resuello. Pero aún vivía, y quizá el temor que infundía la barrera mantendría alejado un poco más a lo que fuera que le estaba siguiendo. Oyó a sus espaldas que se reanudaba el siseo. Se apresuró a sacar de la bolsa uno de los saquitos y aspergió su polvillo brillante en una larga línea cabe el pilar. Con gran atención pronunció las palabras que Samarra le había enseñado, y un trémulo fulgor apareció en el aire, sobre la línea, ancho como los brazos extendidos de un hombre, y casi tan alto como el indicador de piedra. Dentro de aquel fulgor la barrera se debilitaba, pero no se destruía, o por lo menos así se lo había dicho Samarra. Un hombre fuerte podía sobrevivir si pasaba por el fulgor. Así se lo había dicho.

Los chasquidos de las garras le llegaban con más fuerza, y también los siseos. La criatura que producía aquellos sonidos estaba

a punto de alcanzarlo. Tomando profundo aliento, dio un salto. Los siseos crecieron hasta convertirse en un chillido de frustrada hambre, y en aquel mismo momento Conan entró en el fulgor. Todos los músculos de su cuerpo sufrieron espasmos y se retorcieron en dolorosas convulsiones. Cayó, arqueado el espinazo, dentro del Círculo Interior.

Con la cabeza que todavía le daba vueltas, se puso en pie tambaleante. No sabía bien cómo, había logrado no soltar la espada. Pensó que, si aquella era una barrera debilitada, no quería probarla a plena fuerza. Volvió a palpar la bolsa. El segundo saquito seguía igual.

Lo que fuera que le había dado caza ya no estaba allí; había desaparecido en la tortuosa penumbra que se extendía fuera del Círculo Interior. El fulgor se mantenía en la barrera, pero en el tiempo que se tarda en contar cien se desvanecería la protección que otorgaba. El segundo saquito de polvo que le quedaba era su único medio para volver a cruzar, a menos que saliera en aquel mismo momento. Volviéndole la espalda al fulgor, se adentró en el devastado paraje.

Se llamaba con justicia Tierra Desolada. Enormes fisuras hendían los altozanos, o bien quedaban de ellos tan solo algunos restos torturados, como si el resto se hubiera evaporado. Había fumarolas que burbujeaban y echaban vapor, y el aire estaba cargado del hedor a podredumbre, tan antiguo que solo la brujería podía haber impedido que desapareciera tiempo atrás. Flotaban en el aire cúmulos de vahos pestilentes, como nubes perniciosas que abrazaran el suelo; dejaban una sensación de humedad y suciedad en toda piel que tocaban.

Samarra le había contado dónde se había hallado el palacio por terminar de Jhandar en aquel día en que se desataron las pesadillas. Se había visto incapaz de decirle lo que había de encontrar allí —las fuerzas desatadas habían sido más, incluso, de lo que los chamanes podían afrontar—, pero no le había podido aconsejar otro lugar en su búsqueda. En medio de aquellos alcores, la tierra había sido allanada para que se pudiera edificar el palacio. Ya veía cómo terminaban los collados. Aquel tenía que ser el lugar.

Corrió hacia allí, dio la vuelta al escarpado risco que había quedado donde la mitad de un cerro desapareciera, hacia el amplio

terreno allanado… y se detuvo, pues los hombros le flaqueaban, vencidos.

Había encontrado unos escalones de mármol, que acababan en un pórtico de columnas enormes y rotas. Detrás de este, donde habría tenido que estar el palacio, una enorme fosa se adentraba en la tierra, una fosa en la que palpitaba roja luz, en la que reverberaba el burbujeo de roca fundida procedente de honduras mucho mayores.

Conan se dijo que no podía haber nada allí. Y sin embargo, hasta allí había tenido que ir. Somarra le había predicho que, si él entraba en la Tierra Desolada, se daría por lo menos una oportunidad de destruir a Jhandar. En alguna parte de aquella región devastada tenía que haber algo que se pudiera emplear contra el nigromante. Tenía que encontrarlo.

Un abrumador rugido le obligó a dar media vuelta, y le arrancó un involuntario «¡Crom!» de los labios.

Le hacía frente una criatura alta como dos hombres, de cuyas carnes gangrenosas supuraba cieno fosforescente. Un único ojo del color del rubí le observaba desde el centro de su cabeza con horripilante destello de inteligencia, pero también con hambre. Y aquellas mandíbulas enormes y colmilludas, las garras semejantes a curvas agujas que le remataban los dedos, estaban diciéndole qué quería comer.

Así que vio a la criatura, Conan actuó. Blandiendo la espada, gritó como yendo a acometer. La bestia retrocedió en algo para hacerle frente, y Conan salió corriendo hacia el risco. Pensaba que una criatura de tal tamaño no podría igualarle en la escalada de abruptas alturas.

Metió la espada en su vaina al tiempo que corría, alcanzó el risco y empezó a trepar sin detenerse; buscaba con los dedos grietas y asideros, más rápido de lo que él mismo había sido jamás. Los riesgos que habría evitado de haber sido hombres sus perseguidores, los corría en aquella hora sin escrúpulo alguno: hundía las uñas en grietas que ni siquiera podía ver, apoyaba los pies en rocas que su peso desmenuzaba y seguía escalando con tal celeridad que ya no estaba allí cuando estas cedían por fin. Se aferró al margen del risco y tiró con los brazos hasta que estuvo arriba, se tumbó, respirando trabajosamente.

Una mano garruda, cubierta de cieno, se clavó a un palmo de su cabeza. Mientras profería maldiciones, Conan se puso en pie de un salto; el arma salió con leve siseo de la vaina. Con un ojo que asomaba por arriba del risco, la bestia le vio y rugió, y, en vez de sujetarse bien, trató de agarrarle con la mano que tenía libre. El acero bruñido trazó un arco en el aire, y cortó la mano que se aferraba al suelo. Con Un chillido parejo al de todos los demonios de los infiernos, la bestia cayó y desapareció entre los fétidos vapores. Cuando finalizó su caída, produjo un temblor por todo el risco que Conan sintió a pesar de sus botas.

La mano garruda, que brillaba débilmente, seguía en el mismo sitio donde Conan la había cortado. Rezumaba cieno, como si de sangre se hubiera tratado. Sintió alivio —recordaba los espíritus de Aghrapur— al ver que aquella mano no se movía por sí sola ni para un espasmo. Con la punta de la espada, la arrojó a los vapores que humeaban a sus pies.

Pese a la turbia penumbra, Conan vio bien los pilares rotos del palacio de Jhandar; desde su privilegiada posición distinguía su silueta recortada contra el ardiente fulgor del foso. Sin embargo, no veía en qué podía servirle el volver allí. Su búsqueda tendría que continuar en algún otro lugar. Bajó por la empinada cuesta que había al otro lado del risco, y tuvo que saltar las fisuras que hendían una y otra vez el terreno, tuvo que rodear peñascos, recorridos por mil dementes arrugas como si de mala cerámica se hubiera tratado, que tan pronto desaparecían tras los fétidos cúmulos de neblina gris como volvían súbitamente a aparecer.

A sus espaldas, oyó el choque de la piedra con la piedra, en la cima de la abrupta pendiente. Sopesando la espada con la mano, Conan miró atrás, tratando en vano de ver a través de los cúmulos de bruma. Quizá había visto alguna criatura en lo alto del barranco, entre las nieblas. Un estruendo como de cuerpo pesado que cae llegó hasta sus oídos. No podía haberle pasado inadvertido algo tan grande como para…, entonces, la bestia de un solo ojo salió de entre los vapores para abalanzarse sobre él, y tanto su mano garruda como el muñón de la otra, cortada, se alzaron para herirle.

Conan retrocedió de un salto. Y fue a caer en una gran fisura. Pirueteando como un gran felino, agarró el borde rocoso, y se aferró a este aunque fuera con un solo brazo. La piedra que se iba

desmigajando repiqueteaba al caer por la ancha hendidura, y sus ecos menguaban antes de que llegaran al fondo, como si aquella caída hubiera de prolongarse por siempre.

La bestia corría, demasiado veloz para detenerse. Con un rugido de frustrada rabia saltó, tratando de alcanzar el otro lado de la fisura, su único ojo rojo miraba con ferocidad al corpulento cimmerio. Torpemente, Conan atacó a la enorme criatura cuando esta le pasaba por encima. La bestia, entre gruñidos, hizo una bola con el cuerpo para eludir el arma, cayó pesadamente al otro lado de la amplia grieta, y siguió rodando abajo por la empinada cuesta; sus chillidos de furia se hacían oír entre la niebla.

Conan, tan rápido como pudo, trepó afuera de la fisura. Se había hecho de pronto el silencio, pero no osaba creer en la muerte de la bestia. Todavía no.

Como para confirmar sus siniestras sospechas, oyó ruido de garras que arañaban algo, y el jadeo del hambre. La criatura había sobrevivido, y estaba avanzando hacia él.

El hallarse más arriba en la pendiente podía darle una ligera ventaja —quizás—, pero el joven cimmerio no había ido a aquel lugar infernal para matar monstruos. Empezó a bajar corriendo, siguiendo la grieta, e iba maldiciendo entre dientes a cada piedra que se encontraba con su bota y bajaba haciendo ruido por la ladera. Tal vez, si ponía un buen trecho entre él mismo y el lugar donde el monstruo le había visto por última vez, correría menos peligro. Por lo menos, mientras la bestia no le oyera ni pudiera seguirle. Si tenía la mitad de la suerte de aquellos héroes en mala hora engendrados de las tres veces malditas sagas, la criatura andaría buscándole sin encontrar rastro alguno por el cerro, mientras él seguía con su propia búsqueda.

Se detuvo, y aguzó el oído en un intento de encontrar a la bestia de un solo ojo… y la oyó algo más abajo en la ladera, pero más cercana. ¡Por las tripas y la vejiga de Erlik el Negro! Le habría gustado tener consigo a una docena de aquellos irresponsables narradores de cuentos, para ver las tribulaciones que sufrían unos hombres de carne y hueso al enfrentarse con los monstruos a los que tan fácilmente mataban con palabras en la plaza del mercado. Habría echado a dos o tres a la bestia para que se los comiera, con los pies por delante.

Si no le cabía otro remedio que enfrentarse a la criatura —y no veía cómo iba a poder evitarlo—, poco importaban ya el tiempo y el lugar. Si seguía corriendo, tendrían que luchar en otro sitio, quizá cuando se viera presa del cansancio. Quizá en un momento difícil, cuando estuviera saltando la hendidura con una pendiente muy pronunciada. Si le atacaba entonces… En aquel mismo momento, se apercibió de que la fisura que había venido siguiendo se estrechaba hasta quedar tan solo en una grieta de un palmo de ancho.

Por un momento, la ira del cimmerio llegó a impedirle incluso que profiriera una maldición. Por la fruslería de no haber prestado atención, tendría que correr un peligro mayor. La gran bestia se hallaba a menos de cincuenta pasos, más abajo en la ladera, y tan solo lo empinado de esta la frenaría, y no quedaba nada que separara aquella cosa de…, decidió bajar por la pendiente. Iba mirando a la bestia que subía. Su ojo rojo era visible, brillaba, y también la pálida y leprosa fosforescencia de su cuerpo; y trepaba por la quebrada cuesta mejor que cualquier humano. Parecía que se moviera con la celeridad y la tenacidad de un leopardo.

Conan sabía que necesitaba sacarle mucha ventaja a la bestia para escapar de ella durante el tiempo que le requeriría terminar su búsqueda; con todo, la nimia sombra de una posibilidad se le había ocurrido, como si en la pestilencia que le rodeaba se hubiera filtrado aire fresco.

Echó una rápida mirada en derredor en busca de lo que necesitaba, y lo encontró a diez pasos: una masa medio oculta por las sombras, alta como él, pero que parecía más baja por su anchura, oscurecida por un cúmulo de niebla que más que flotar en el aire parecía habérsele adherido. Se apresuró a buscar a la bestia con la mirada. Se hallaba a cuarenta pasos más abajo, y su masa brillante siguió avanzando paralelamente a la grieta hasta que se encontró enfrente del cimmerio. Cuarenta pasos. Conan esperó.

La imponente bestia siguió trepando hacia él con las garras, acercándose más y más. Treinta y cinco pasos. Treinta. Conan ya podía oír su rasposo jadeo. También arrastraba un hambre famélica, y en aquel ojo sanguinario había algo más, el puro deseo de matar, divorciado de la necesidad de comer. Se le erizó el cabello de la nuca. Veinticinco pasos. Veinte. Conan retrocedió entre la sucia neblina gris que flotaba a sus espaldas. Gritando con rabia, para

impedir que la ignorara, la criatura siguió trepando más rápida todavía.

Avanzando las rodillas, Conan apoyó las espaldas en el lado superior del peñasco que había elegido, y empujó. Chillidos de primaria cólera levantaron ecos por los collados. Hasta el último tendón del cimmerio se tensó, sus grandes músculos se abultaron y anudaron hasta que parecieron esculpidos en una sustancia más tenaz que la piedra con la que luchaban. El peñasco se movió por la anchura de un dedo. Los aullidos se acercaban. La repugnante criatura tardaría solo unos momentos en llegar hasta donde él estaba. El sudor de sus esfuerzos, al límite de las humanas fuerzas, empapaba el rostro y el pecho de Conan. La gran piedra volvió a moverse. Y acabó por caer rodando.

Conan se volvió, a tiempo de ver que el peñasco topaba con la grieta —estrecha en aquel sitio— que recorría la pendiente del cerro, daba un breve salto en el aire y golpeaba a la monstruosa criatura en pleno pecho. Mientras la bestia bajaba rodando por la cuesta, chillando, y arañando la gran roca como si de un enemigo viviente se hubiera tratado, Conan se lanzó a la carrera, bajando por el cerro en diagonal, y saltaba las grietas con temerario desprecio por el peligro de caer, y corría hacia la barrera.

No pretendía salir aún del Círculo Interno, pero tampoco creía que el peñasco fuera a matar a la bestia de un solo ojo. No iba a creer que aquella cosa pudiera morir hasta que la viera muerta. O tal vez hubiera muerto ya; las había visto más extrañas. Pero, en el Círculo Exterior, aquellos seres con garras que no pudo ver habían temido acercarse a la barrera. Si alcanzaba la mortífera defensa antes de que la criatura de un solo ojo se liberara, quizá aquel ser monstruoso no le buscara allí.

Conan atravesó como una pantera fantasmal las cortinas de dañina niebla, dejó atrás fosas que rebosaban barro burbujeante, hirviente, y géiseres que arrojaban a la noche fuentes en ebullición. Las columnas que señalaban la barrera aparecieron ante sus ojos a la enfermiza y cetrina claridad de la luna.

Con callada precipitación, la bestia de un solo ojo salió de entre la niebla y cargó contra Conan. El cimmerio, desesperadamente, saltó para esquivarla; garras afiladas como guadañas le desgarraron la pechera de la túnica, la dejaron hecha trizas. Conan se puso en

pie de un salto, sable en mano, e hizo frente a la descomunal criatura. La bestia emitió sordos gruñidos desde lo más hondo de su garganta cuando se volvió hacia el cimmerio. Había aprendido a respetar el acero que este empuñaba.

La sangre de cuatro profundas heridas mojaba el pecho de Conan, pero poco lo preocupaba el hecho en aquel momento, ni siquiera le preocupaban los colmillos que ansiaban morder su carne. Al palparse el cinturón con la mano que le quedaba libre, tuvo que tragar saliva. La bolsa ya no estaba allí, pues aquellas afiladas dagas se la habían arrancado, y con la bolsa perdía el polvillo que necesitaba para atravesar la barrera. Mientras lo pensaba, volvió la mirada hacia las columnas que señalaban aquel confín… y allí, en la base de un monolito groseramente esculpido, yacía la bolsa, y en ella la esperanza de fuga.

Lentamente, ofreciendo siempre a la bestia refulgente la punta de su espada, Conan empezó a ir hacia un lado, acercándose al tosco pilar. La criatura dudó, y una inteligencia retorcida le brilló en el ojo cuando vio también la bolsa. Como adivinando la importancia de lo que dentro había, el gigante cubierto de cieno trató de acercarse a la bolsa de cuero, y casi tocó la mortífera barrera. Torció la boca colmilluda en lo que casi parecía una sonrisa burlona.

Conan dio por comprobado que la bestia no temía acercarse a la barrera. Si aquello podía razonar tan bien, no dejaría la bolsa en un lugar donde el cimmerio pudiera encontrarla, aun en el caso de que este lograra ahuyentar a la criatura. Habríase dicho que Erlik tendía ya sobre Conan su Manto de la Noche sin Fin, pero aun así, ningún hombre debe aceptar mansamente su destino.

—¡Crom! —rugió Conan, y atacó—. ¡Crom y acero!

Mostrando los colmillos con un gruñido, la criatura se abalanzó sobre Conan, pero este no quería luchar cuerpo a cuerpo con la repugnante bestia. En el último momento se agachó, y dio un tajo con su arma al vientre de putrefacta y argentina carne cubierta de cieno brillante, y se agachó todavía más para eludir las afiladas garras del monstruo, que llegaron a clavarse tan solo en su capa. Por un instante, Conan estuvo atrapado, luego la criatura le destrozó el atuendo, y el cimmerio acabó por pasar al otro lado de la bestia con los jirones de ropa colgándole de los hombros.

Frenándose un poco, Conan se inclinó para coger la bolsa del suelo, giró sobre un solo pie y echó a correr siguiendo la hilera de piedras que señalaban la barrera. El cimmerio oía que las piedras eran arañadas a sus espaldas, y se volvió, y con la espada detuvo a una mano garruda que descendía sobre su cabeza. Tres dedos de yema cruel cayeron, cortados, pero la mano mutilada golpeó a Conan y lo hizo caer aturdido de rodillas.

Entonces, abrazaron al cimmerio unos brazos adamantinos, y la criatura lo acercó a sus dientes carniceros. Solo el brazo armado de Conan podía defenderse aún de las tenaces garras del otro, y, asestando un mandoble con el arma a la boca colmilluda, y procurando que la punta se clavara en carne, rascó hueso, y alcanzó a salir por el otro lado de la cabeza de la gran bestia.

La criatura gruñó, y dio dentelladas al ver el arma; trató, con persistente furia, de alcanzar al cimmerio; el hedor de su aliento llegaba hasta las narices de Conan. Como las piezas metálicas de un instrumento de tortura, aquellos fuertes brazos se estrechaban, y el bárbaro pensó que iba a partirle el espinazo. Ya no sentía los pies, ni la mano que el otro le sujetaba. Ni siquiera sabía si aún tenía cogida la bolsa que contenía su única esperanza de escapar de la Tierra Desolada. Solo podía luchar con lo que le quedaba de sus fuerzas para que aquella boca famélica no le alcanzara la garganta.

Súbitamente, Conan se apercibió de un motivo de angustia mayor todavía que la bestia. Por encima del hombro de la criatura vio los pilares indicadores; entre forcejeos, ambos se estaban acercando a aquella mortífera defensa. Se acercaron más. El cimmerio iba a morir, al menos, con la espada en la mano, y no moriría solo. La incerteza brilló en el ojo, bermejo como la sangre, de la bestia, cuando oyó que una sombría carcajada escapaba de los labios de Conan. Contactó con la barrera.

El dolor embargó al cimmerio, dolor como nunca había conocido. Le arrancaba la piel del músculo, le desgarraba el músculo del hueso, le molía el hueso hasta solo quedar polvo y todo junto lo hundía en metal fundido, y una vez más volvía a empezar el ciclo de torturas. Y otra vez. Y…

Conan se encontró en el suelo, sosteniéndose con manos y rodillas, y cada uno de sus músculos se estremecía con el esfuerzo por no caer sobre su rostro. Con los ojos enturbiados alcanzó a ver

que todavía estaba sosteniendo la bolsa en agonizante gesto. Aún tenía medios para escapar del Círculo Interior, y podía decirse, en cierto modo, que había sobrevivido al contacto de la barrera, pero una única idea le dominaba el confuso pensamiento, la desesperada necesidad de ponerse en pie, de aprestarse para hacer frente a otro ataque del monstruo. Vio el sable no muy lejos. Se acercó dando tumbos al arma, agarró el gastado cuero de la empuñadura, y a punto estuvo de dejarla caer. El cuero estaba agrietado, y tan caliente que ampollaba a quien lo tocara.

De pronto, Conan oyó un estrépito a sus espaldas, crepitaciones y siseos como de mil relámpagos encadenados, y comprendió que hasta entonces no había recuperado el oído. Tembloroso, logró ponerse en pie… y miró.

La bestia estaba tumbada sobre la barrera, y se sacudía espasmódicamente mientras arcos brillantes de energía se iban alzando de alguna parte de su cuerpo para golpear a otra. Se alzaban llamas de mil colores del enorme bulto que ya se ennegrecía.

Una sonrisa empezó a aflorar al rostro del cimmerio, y murió en cuanto este miró a la barrera. Ya no se hallaba dentro del Círculo Interior. No sabía cómo había sobrevivido —quizá la monstruosa vitalidad de la bestia había absorbido en su mayor parte la fuerza mortífera, protegiéndole—, ni le importaba. Solo le importaba que únicamente le quedase polvo para sortear una vez la barrera. Si volvía a entrar, jamás saldría.

En silencio, dio la espalda al cuerpo de la bestia, que aún se agitaba convulsivamente, dio la espalda al Círculo Interior, y apareció en sus ojos una luz sombría que auguraba males.

# 21

Akeba y los demás estaban acurrucados en torno a una minúscula hoguera cuando Conan salió de la Tierra Desolada, limpiando las trazas relucientes de sangre negra que le quedaban en la espada con los jirones de su capa. El cimmerio anunció su presencia arrojando al fuego el ensangrentado andrajo, donde soltó llamaradas y produjo humo denso y de olor acre.

Los tres se pusieron en pie de un salto, y Sharak arrugó la nariz.

—¡Puajj! ¿Qué hedor nacido de Erlik es este?

—Volvemos a las yurtas —dijo Conan, envainando la espada en su vaina de chagrén—, pero solo por un momento. Necesitaré la ayuda de Samarra para volver a entrar en el Círculo Interno.

—Entonces, no has encontrado nada —dijo Akeba, pensativo. Miró de soslayo la sangre seca en la destrozada túnica de Conan, la bolsa improvisadamente atada a su cinturón, y añadió—: ¿Estás seguro de querer volver, cimmerio? ¿Qué ha ocurrido allí dentro?

Le respondió Tamur.

—¡No! —Todos le miraron. Se limpió la boca con el dorso de la mano antes de seguir hablando—. Es un lugar tabú. No hables de lo que ha ocurrido tras las barreras. Es tabú.

—Qué absurdo —dijo Sharak rezongando—. Ningún daño puede ocurrimos solo por escuchar. Cuéntanos, Conan.

Pero el cimmerio no pensaba perder el tiempo hablando. La noche tocaba a su fin. Con un lacónico «seguidme», echó a andar entre las sombras. Los otros cubrieron la hoguera con tierra y se apresuraron a seguirte.

Tan pronto como hubieron llegado a la yurta de Samarra, Conan indicó con un gesto a los demás que le esperaran y entró.

Adentro estaba a oscuras, no había una sola lámpara encendida, y en el gran brasero solo quedaban cenizas de carbón. «Qué

extraño», pensó Conan. Entonces, se percató del anormal silencio que reinaba en la yurta. Se había adueñado del lugar una hueca vaciedad que negaba la presencia de toda vida. El sable se deslizó, casi por voluntad propia, a su mano.

Siguió andando por las alfombras, se abría paso entre los desparramados cojines. De súbito encontró con el pie algo más firme que un cojín, pero, aun así, blando. Con un nudo en el estómago, se arrodilló; descubrió con los dedos los contornos de una figura de mujer, que tenía la piel viscosa y fría.

—¡Conan! ¡Ten cuidado! —le gritó Akeba desde la entrada.

Conan se arrojó al suelo, dio con algo que se tumbó con ruido metálico, y se incorporó, cautamente agachado, blandiendo la espada. En cuanto hubo visto una sombra que tal vez fuera un hombre, algo entró silbando por la entrada y la alcanzó. La borrosa forma, rígida, se desplomó ruidosamente.

—Es un hombre —dijo Akeba sin demasiada convicción—. Por lo menos, me parece un hombre. Pero no ha caído como suelen caer los hombres.

Conan buscó en torno de sí aquello que había tumbado. Era una lámpara, de la que se había vertido tan solo la mitad del aceite. Sacando eslabón y pedernal de la bolsa, encendió la mecha. La lámpara arrojó su luz sobre el cuerpo con el que había tropezado.

Samarra yacía de espaldas, y sus ojos muertos miraban al techo de la yurta. En sus rasgos se mezclaban, congeladas en un gesto, resolución y resignación.

—Ella lo sabía —murmuró Conan—. Me dijo que si entraba en la Tierra Desolada serían muchos los que morirían.

Con un suspiro, acercó la lámpara a la otra figura que de manera tan extraña se había desplomado. La flecha de Akeba había ido a clavarse en el cuello de un hombre de piel amarilla ataviado con ropajes negros, cuyos ojos almendrados había abierto desmesuradamente con incredulidad. Conan pinchó el cuerpo con la espada, y se sobresaltó. El cadáver estaba duro como la piedra.

—Al menos, se llevó consigo a su asesino —dijo Conan con un gruñido—. Y vengó a tu Zorelle.

—No es este, aunque se le parece mucho —dijo Akeba—. Recordaré hasta la tumba el rostro del hombre que mató a mi hija, y no es este.

Conan volvió a acercar la lámpara a Samarra.

—Podría haberla salvado —dijo tristemente, aunque no sabía cómo habría podido hacerlo—. Si me hubiera dicho que… ¡Yasbet!

Poniéndose en pie de un salto, buscó furiosamente en las otras estancias de la yurta, separadas todas ellas por cortinajes. Aquella casa era un matadero. Los esclavos, tanto hombres como mujeres, yacían en confusos montones de carne fría. Ninguno de ellos estaba herido, al igual que Samarra, pero los rostros de todos se retorcían en un espasmo de horror. No encontró a Yasbet.

Cuando volvió con Akeba, Conan ya no pudo contener las arcadas. Muchos tenían que morir si él entraba en la Tierra Desolada. Samarra le había dicho que el futuro se bifurcaba en muchas direcciones. ¿No habría podido encontrar alguna que evitara esto?

—Jhandar no solo envió a este para seguirnos —le dijo al turanio—. Yasbet ha desaparecido, pero los otros han muerto. Todos.

Antes de que Akeba pudiera hablar, Tamur metió la cabeza en la yurta.

—Algo se está agitando en… —Vio el cuerpo muerto de Samarra a la luz de la lámpara—. ¡Que el Padre Universal Kaavan nos proteja! ¡Este era el motivo! Nos van a castrar, nos van a desollar vivos, nos van a empalar…

—¿De qué me estás hablando? —le preguntó Conan—. ¿El motivo de qué?

—Las yurtas de los otros chamanes —le replicó Tamur excitado —. Se están reuniendo hombres allí, aunque a nadie le guste aventurarse en la noche tan cerca de la Tierra Desolada.

Akeba gruñó.

—Estarán al tanto de la muerte de uno de los suyos.

—Pero no nos encontrarán al lado de los cadáveres —dijo Conan, apagando con los dedos la mecha de la lámpara.

La oscuridad pareció todavía más profunda, una vez se hubo apagado la pequeña luz. Salió a la entrada.

Fuera, Sharak, apoyado en su bastón, atisbaba las lejanas antorchas que estaban empezando a avanzar hacia la yurta de Samarra. Los murmullos de los hombres que las enarbolaban llegaban a sus oídos como un rumor airado y constante. El viejo

astrólogo pegó un salto al tocarle Conan el hombro.

—Si hemos de volver a la Tierra Desolada, Conan, hagámoslo ahora. Esa cuadrilla no verá con buenos ojos que merodeemos de noche por su campamento.

—Yasbet ha desaparecido —le dijo Conan en voz baja—, la han raptado o asesinado. Samarra está muerta.

Sharak dio un respingo. Conan se alejó, y Sharak, tras echar una rápida mirada a las antorchas que se acercaban, siguió a los demás en silencio.

Como cuatro sombras, anduvieron entre las yurtas a oscuras, hasta la llanura, y se apresuraron a marchar a su campamento, ignorando como pudieron el creciente tumulto que se armaba a sus espaldas. Entonces se alzó un poderoso chillido, un grito de rabia que brotaba de cien gargantas.

Akeba aceleró el paso para ir al lado de Conan.

—La han encontrado —dijo el turanio—, pero quizá no piensen que nosotros la matamos.

—Somos extranjeros —dijo Conan, riendo sin alegría—. ¿Qué harían tus soldados si una princesa de Aghrapur fuera asesinada y hubiera extranjeros a mano?

El turanio aspiró hondo entre dientes.

—Mitra nos dé tiempo para llegar hasta los caballos.

Sin decir más, los cuatro echaron a correr: Conan y Akeba con pasos que devoraban la distancia, Tamur con más torpeza, pero a sorprendente velocidad. Incluso Sharak seguía a los otros, con jadeos y respiraciones entrecortadas, y aun así encontraba resuello para quejarse de sus muchos años.

—¡Despertad! —gritó Tamur cuando entraron en el oscuro campamento. Las hogueras casi se habían extinguido—. ¡A los caballos! —Los nómadas abandonaron al instante sus mantas, con las botas y la ropa puestas, cogieron las armas y le miraron estúpidamente—. ¡Tenemos que huir! —les gritó Tamur—. ¡Hemos quebrantado la ley!

Dieron un brinco como si les hubieran pinchado, y corrieron hacia los caballos. Tamur se volvió hacia Conan, negando con la cabeza.

—No lograremos escapar. Tendremos que huir entre los juncos costeros. Ellos nos perseguirán con monturas de guerra. Nuestras

bestias se agotarán antes de la aurora, mientras que las suyas podrán mantener el paso hasta el mar.

—Las acémilas —dijo Conan—. ¿Pueden cargar con hombres? Tamur asintió.

—Pero, de todos modos, ya tenemos monturas para todos.

—¿Y si —dijo Conan pausadamente— cuando nuestros caballos estén a punto de caer, cambiamos a otros que, aunque cansados, todavía no hayan cargado con un hombre? Y, cuando esos otros ya no puedan más… —Miró interrogativamente a los otros. Aquella táctica la había oído en un mesón, y ya se sabe que las historias que se cuentan en los mesones no siempre son verdad del todo—. Tenemos varias monturas por cada hombre. Ni siquiera esas monturas de guerra podrán correr más que todas ellas, ¿verdad?

—Podría dar resultado —murmuró Tamur—. Si el Padre Universal Kaavan nos mira desde lo alto, podría dar resultado. Akéba asintió.

—Ya tendría que haberlo pensado. Tengo oído que en la frontera meridional lo hacen.

—Pero, las mercancías… —se quejó Sharak—. No iréis a abandonar las…

—¿Quieres morir por ellas? —dijo Conan interrumpiéndole, y corrió hacia las amarradas acémilas.

Los otros le siguieron de cerca; el último y más lento, el viejo astrólogo.

Los nómadas no perdieron tiempo en cuanto les hubo sido explicada la idea de Conan; se dieron prisa con las bridas en la oscuridad, y terminaron de disponerlo todo en el mismo momento en que aparecieron los aullantes jinetes entre las yurtas hirkanias. Conan perdió un solo momento pensando en el oro que habían ganado comerciando, y en la mayor parte de su propio oro, oculto en un fardo de pieles curtidas, y luego se encaramó a su montura para seguir a los otros y la espoleó para que se arrojara a un desesperado galope. La muerte les pisaba los talones.

Cuando llegaron a las elevadas dunas de arena de la costa, cubiertas de vegetación, había dos monturas que cargaban ya con dos hombres cada una, y no les quedaban caballos de refresco. Las bestias de sudoroso pellejo andaban en desordenada fila, pero ninguno de los hombres espoleaba a su caballo por miedo a que se

desplomara. En el cielo, el sol se acercaba a su ocaso; el viaje de dos días había durado menos de uno, pues les empujaba la amenaza de perder la vida.

La peluda montura de Conan se tambaleaba entre sus piernas, pero el cimmerio oía ya el rompiente de las olas.

—¿Cuánta ventaja les sacamos? —preguntó Akeba.

—Quizá dos giros de clepsidra, quizá menos —replicó el turanio.

—Han refrenado sus monturas, cimmerio, al ver que no podrían darnos alcance con facilidad —añadió Tamur. Su aliento era jadeo, casi tan pesado como el de su montura. Le iba dando a la bestia con el látigo, pero sin verdadera fuerza—. Los nuestros no aguantarán mucho más, pero los suyos estarán casi frescos cuando nos alcancen.

—Solo encontrarán arena —dijo Conan riendo, al tiempo que obligaba a su peludo caballo a subir hasta el final de una duna—, porque hemos llegado hasta el barco.

Las palabras y la risa hallaron un brusco fin cuando pudo contemplar la playa. No había nada en las arenas, y tan solo los fríos vestigios de algunas hogueras les demostraban que habían llegado al sitio que buscaban. Lejos, en las aguas, podía distinguirse una forma, un contorno triangular en el que era posible reconocer la vela latina del Bailarín de las Espumas.

—En ningún momento había confiado en esa hueva cenagosa de Muktar —murmuró Akeba—. Los caballos están exhaustos, Conan, y nosotros también. Estas arenas enfangadas son mal lugar para morir, si es que para morir puede haber algún lugar bueno, pero ya solo podemos pensar en llevarnos algunos enemigos con nosotros a la noche eterna. ¿Qué dices tú, cimmerio?

Conan, que estaba luchando con sus propios pensamientos, no dijo nada. Había ido hasta allí buscando un medio para destruir a Jhandar, y, ¿qué había logrado? Samarra había muerto, con todos sus esclavos. Yasbet se hallaba en manos de los esbirros de Jhandar. Aun en lo más pequeño, los dioses apartaban de él su rostro.

Las mercancías por las que había gastado sus cien monedas de oro —y mucho le había costado ganar aquel oro, pues había tenido que matar a un amigo, aun cuando este hubiera estado embrujado para asesinarlo a él— habían quedado abandonadas. De aquel oro solo le quedaban dos monedas en la bolsa, con el eslabón y el

pedernal, el saquito de Samarra y un poco de carne ahumada. Y no tenía escapatoria, porque había llegado medio giro de clepsidra tarde. Muktar no había esperado siquiera para comprobar que Conan no tenía oro para pagarle el viaje de vuelta. Con todo, dadas las circunstancias, habría podido solucionar con una exhibición de acero aquella nimiedad.

—¿Estás escuchando? —le preguntó Akeba—. Volvamos sobre nuestros pasos, hasta el principio de las dunas. Podremos sorprenderlos, y, si antes reposamos, venderemos cara la vida.

Se alzaron murmullos entre los hirkanios.

Conan no le respondió todavía. Le estaba dando vueltas a un pensamiento. Yasbet había sido raptada por los secuaces de Jhandar. Aquello había de tener algún significado, pero no alcanzaba a descifrarlo. Una débil voz le decía desde dentro que le urgía averiguarlo.

—Muramos como hombres —dijo Tamur, aunque con voz vacilante—, no peleemos fútilmente como el escarabajo pelotero acorralado por las hormigas.

Unos pocos de sus paisanos murmuraron en aprobación; los demás tiraban nerviosamente de las riendas e iban dando miradas ansiosas a sus espaldas, pero no decían nada.

Los ojos negros del turanio se clavaron en el nómada con desprecio; Tamur apartó la mirada.

—Nadie que se llame hombre muere mansamente —dijo Akeba.

—Son de nuestra misma sangre —murmuró Tamur, y el militar gruñó.

—¡Misericordia de Mitra! Es la primera vez que oigo que por ser de la misma sangre se abstenga un hirkanio de degollar a otro. Las manos de quienes nos siguen no se detendrán por eso. ¿Has olvidado lo que harán a los que cojan con vida? Los castrarán. Los desollarán vivos.

Los empalarán. Tú mismo nos lo dijiste. Y también nos dijiste que podía ser peor, si es que algo peor es posible.

Tamur se arredró; se lamía los labios, evitando la mirada de Akeba. Acabó por explotar.

—¡Hemos quebrantado la ley! —Los otros nómadas exhalaron un gemido plañidero. Tamur siguió hablando, sin apenas resuello—: Ya no nos protegen las leyes de nuestro pueblo. Nosotros, si

matamos aunque sea al enviado de un chamán, mancillamos y condenamos nuestro espíritu y afrontamos una eternidad de perdición.

—Pero si vosotros no matasteis a Samarra —dijo Akeba en protesta—. Sin duda alguna, vuestros dioses lo saben. Conan, habla con este necio.

Pero el cimmerio los ignoraba a todos. Los más minúsculos destellos de esperanza titilaban en su ánimo.

—¡Nos presentaremos ante el Padre Universal sin haber quebrantado ninguna ley! —gritó Tamur.

—¡A Erlik con tus leyes! Bien quisisteis desobedecer el edicto que os prohibía vengaros de Jhandar. —Akeba torció sus finos labios en burlona mueca—. Yo creo que lo único que queréis es rendiros. ¡Sois todos unos perros! ¡Mujeres cobardes que lloran por una muerte fácil!

Tamur retrocedió, y llevó la mano al puño de su yatagán.

—Kavaan comprende lo que es la venganza. Vosotros, los turanios, a quienes las mujeres han aguado la sangre durante mil años con la simiente de frágiles occidentales, no entendéis nada. ¡Y no voy a enseñároslo yo!

Ambos empezaron a desenvainar sus aceros, pero el gesto quedó a la mitad por el brusco grito de Conan.

—¡El barco! ¡Nos valdremos del barco!

Akeba lo miró. Algunos de los hirkanios obligaron a sus caballos a apartarse. Conceptuaban que los locos eran hombres tocados por los dioses; matando a uno, aun en defensa propia, se entraba en el camino seguro del infortunio.

Sharak, quien exhausto se sostenía con una mano en su montura y la otra en el bastón, miraba ostensiblemente con sus ojos miopes al Bailarín de las Espumas. Ya no se distinguía del bajel más que un puntito.

—¿Es que quieres que nos convirtamos en peces? —le preguntó.

—La galera —dijo Conan, con clara exasperación ante su estupidez—. ¿Creéis que los esbirros de Jhandar habrán abandonado el campamento mucho antes que nosotros? Y no tenían razón para cabalgar como nosotros lo hicimos, puesto que nadie los perseguía. Puede que su galera todavía los esté esperando. Podemos rescatar a Yasbet, y usar su navío para volver a cruzar el mar.

—Yo no apostaría una sola moneda de cobre por ello —dijo Akeba—. Lo más probable es que esa galera haya zarpado ya.

—¿Y tendremos mejor esperanza si nos quedamos aquí? —le preguntó Conan secamente.

Akeba parecía dudar. Fue mirando a todos los otros; la mitad de los nómadas le miraba todavía con prevención. Sharak parecía perdido en sus cavilaciones.

—Yo no pienso esperar aquí, mansamente, a que me maten —proclamó Conan—. Vosotros, haced lo que queráis.

Forzando a su caballo a volverse hacia el sur, lo espoleó a lo que podía llamarse trote.

Antes de que hubiera recorrido un centenar de pasos Sharak le dio alcance, empleando el bastón como fusta para darle bríos a su peluda montura.

—Qué magnífica aventura —dijo el astrólogo, con forzada sonrisa en su rostro de pergamino—. ¿Tomaremos prisioneros cuando demos alcance a la galera? En las sagas, los héroes nunca toman prisioneros.

Akeba se les unió al galope; su caballo se tambaleó al tirar él de las riendas para que no adelantara a los otros.

—El dinero es otra cosa —dijo el turanio—, pero por mi vida aceptaré apuestas elevadas.

Conan sonrió sin mirar a ninguno de los dos, con sombría sonrisa. Oía más pezuñas, a sus espaldas, sobre la arena. No miró atrás para ver cuántos se le unían. Uno, o todos, bastaría con los que fueran. Tenía que bastar. Con ojos fríos, los guio hacia el sur.

# 22

Uno los caballos se desplomó y se negó a seguir adelante después de que pasaran el primer promontorio, y otro cayó muerto antes de que lo hubieran perdido de vista. La densa maleza crecía allí en parcelas demasiado extensas para rodearlas. Iban más despacio que andando. Era importante que conservaran las fuerzas si querían hacer frente a la tripulación de la galera y a los secuaces de Jhandar, pero los caballos estaban acabando de perder las suyas. Y el tiempo también era importante. Tenían que llegar al barco antes que los raptores de Yasbet, o por lo menos antes de que zarparan, y también antes de que los perseguidores hirkanios cayeran sobre ellos. Poco les costaría a los nómadas seguirles el rastro costa abajo.

Tras tomar una decisión, desmontó. Los otros le miraron mientras le quitaba la rienda de basta cuerda al caballo y echaba a andar. Sharak espoleó a su propia montura y desmontó al lado del corpulento cimmerio.

—Conan —le llamó Akeba a sus espaldas—, ¡qué…!

Pero Conan siguió adelante; los demás podían seguirle o no, como mejor les pareciera. No iba a perder momentos preciosos en convencerles. Seguido por el viejo astrólogo, que trataba de no perderle el paso, siguió andando decididamente. Ninguno de los dos hablaba. Tenían que ahorrar aliento para caminar.

En algunos lugares donde los caballos tenían problemas para avanzar, un hombre podía moverse más fácilmente. Pronto habrían perdido de vista a los hirkanios, en el caso de que alguno de los dos se hubiera molestado en mirar atrás. Ninguno de los dos lo hizo.

No hallaron, sin embargo, ningún camino despejado. Aun cuando encontraban llano suelo arenoso, las botas se les hundían hasta los tobillos, y siempre había piedras dispuestas a hacer

tropezar al incauto para que cayera sobre los espinos y se levantara adornado de púas negras, largas cual un dedo, que desgarraban la carne como garras.

Pero raramente encontraban suelo llano, salvo ocasionales trechos de playa fangosa, en la que iban a romperse las olas airadas. Porque en cada playa había un par de promontorios, de los que hay que descender por un lado y escalar por el otro, y empinados altozanos, y profundos barrancos que los separaban. Cada vez se volvía más vertical el terreno, cuesta arriba o cuesta abajo. Para recorrer cien pasos tenían que dar quinientos, o mil. Los caballos habrían sido inútiles.

Por supuesto —pensaba Conan, que tenía la cara empapada de sudor, y el cabello, los ojos y la boca llenos de arena— podrían haberse internado en tierra hasta el borde de la llanura. Pero entonces no verían la galera cuando alcanzaran la playa donde esta se hallara. No quería ni pensar en la posibilidad de que hubiera zarpado. Además, en la llanura habrían dejado trazas todavía más claras para sus perseguidores, y la mayor parte del tiempo que podían ganar caminando por allí lo perderían huyendo hacia la playa en cuanto los otros les avistaran.

El crujido de algunas ramillas rotas que oyó entre la densa maleza hizo que Conan se volviera con la espada en la mano. Echando maldiciones, Akeba salió a la vista dando traspiés, y con el oscuro rostro cubierto de sudor y de polvo.

—Dos caballos más han muerto —dijo el turanio sin más preámbulos— y otro ha quedado cojo. Tamur me sigue de cerca. Pronto nos alcanzará si queréis esperarle. Cuando los he dejado, los otros estaban discutiendo si debían abandonar los caballos restantes o no, pero tarde o temprano vendrán.

—No hay tiempo que perder.

Volviendo a envainar la espada, Conan siguió adelante.

Sharak, a quien no le quedaba resuello para seguir hablando, le siguió, y tras un momento de vacilación también Akeba.

Tres hombres —pensaba el cimmerio—, pues Tamur no tardaría en darles alcance. Tres y medio, si contaba con Sharak; el viejo astrólogo no valdría más de la mitad que Akeba o Tamur en un enfrentamiento, como mucho. Quizá algún otro de los nómadas les alcanzara a tiempo, pero no podía contar con ellos. Tres y medio,

pues.

Cuando Tamur apareció, arrancándose espinas y mascullando maldiciones que le habrían puesto los pelos de punta a un marinero, Conan sintió gruesas gotas de lluvia en la nuca. El cimmerio miró sorprendido las nubes densas, de airado púrpura. Hasta entonces, por necesidad, no había apartado los ojos del suelo; no se había dado cuenta de que se estaban acumulando.

La rociada se convirtió pronto en diluvio: una salva de pesadas gotas. Se alzó un viento que azotaba la costa, que desarraigaba la maleza de enredadas ramillas, y que aulló con más y más fuerza hasta resonar dentro del oído, y la polvareda que levantaba se mezclaba con la lluvia, y salpicaba de reguerillos de barro a los cuatro hombres. Cerca de allí, un espino de gruesas raíces, sobreviviente de muchas tormentas, quedó un momento enmarañado en las ramas que lo rodeaban, y luego fue arrastrado.

Tamur acercó la boca al oído de Conan y gritó:

—¡Esto es la Ira de Kaavan! ¡Tenemos que buscar un refugio y rezar!

—¡Es solo una tormenta! —le gritó a su vez el cimmerio—. ¡Hiciste frente a una peor en el Bailarín de las Espumas!

—¡No! ¡Esta no es una tormenta ordinaria! ¡Es la Ira de Kaavan! —El rostro del hirkanio parecía una rígida máscara, en la que el miedo luchaba a las claras con la hombría—. ¡Llega sin ningún aviso, y entonces los hombres mueren! ¡Los caballos son arrastrados por los aires, y las yurtas, con todos los que están dentro, y los encuentran aplastados en otro lugar alejado, o jamás se les vuelve a ver! ¡Tenemos que buscar cobijo para salvar la vida!

El viento soplaba cada vez con más fuerza, sí, y sacudía los matorrales de tal modo que parecía que la espesura estuviera tratando de desarraigarse por sí sola y marcharse volando. Las gotas de lluvia arrastradas por el viento golpeaban como piedras arrojadas por hondas.

Akeba, que ayudaba a Sharak a sostenerse, alzó la voz contra el viento y la lluvia atronadores.

—¡Tenemos que ponernos a cubierto, cimmerio! ¡El viejo ya casi no aguanta más! ¡Si no buscamos refugio, no sobrevivirá a esta tormenta!

Apartándose bruscamente del turanio, Sharak logró mantenerse

erguido con el bastón. El desordenado cabello blanco, húmedo, se le pegaba al cráneo.

—Si tú no puedes más, militar, dilo. ¡Yo sí puedo!

Conan miró de soslayo, apenado, al viejo. Sharak aferraba el bastón como si fuera la maroma que tenía que salvarlo. Los otros dos, aunque más jóvenes y más robustos, no se hallaban en condición mucho mejor. En el atezado rostro de Akeba se pintaba la fatiga, y Tamur, cuya capa de piel se había convertido en una masa empapada que le colgaba de las orejas, se tambaleaba cuando el viento le daba con toda su fuerza. Pero todavía no habían rescatado a Yasbet.

—¿Cuántos de tus nómadas nos seguían, Tamur? —preguntó por fin—. ¿Nos darán alcance si los esperamos?

—Nos seguían todos —replicó Tamur—, pero los hirkanios no viajan cuando sopla la ira de Kaavan. Es la muerte, cimmerio.

—Los secuaces de Jhandar no son hirkanios —gritó Conan contra el viento—. Seguirán adelante. La tormenta impedirá que la galera parta. Tenemos que alcanzarla antes de que se calme la tormenta y decidan zarpar. Seguramente, tanto ellos como Yasbet ya estarán a bordo para entonces. Si no quieres ir conmigo, entonces iré solo.

Durante un largo momento, no se oyó ningún sonido aparte del de la tormenta, y entonces Akeba dijo:

—Sin ese barco, jamás podré acabar con Jhandar.

Tamur se encogió de hombros con un suspiro, que nadie oyó a causa de la tormenta.

—Baalsham. Con esto de que nos hubieran declarado quebrantadores de la ley, casi había olvidado a Baalsham. Kaavan comprende la venganza.

Sharak echó a andar hacia el sur, cojeante, encorvado sobre el bastón. Conan y Akeba agarraron al viejo por cada brazo para ayudarle a seguir por el accidentado suelo, y este, aunque gruñera, no trató de rechazarlos. Lentamente, siguieron adelante.

Furiosa, la tormenta batía la costa. Árboles enanos, a los que el viento había dado forma, y grandes espinos, se combaban y torcían. La lluvia los azotaba, y la polvareda golpeaba como una tormenta de arena. El viento que lo arrastraba todo, ahogaba todo sonido en demoníaca cacofonía, hasta que nadie pudo oír ya la sangre que le

palpitaba en los oídos, y ni siquiera sus propios pensamientos.

Fue a causa del incesante ruido que Conan miraba a menudo a sus espaldas, por si aparecía algún perseguidor. Tamur decía que ningún hirkanio se habría aventurado a viajar con la Ira de Kaavan, pero al cimmerio le decía su experiencia que los hombres suelen hacer lo que deben y dejan que los dioses decidan luego la bondad o maldad de sus actos. Así, su partida se incrementó en un hombre, luego en dos más, y al fin llegó un cuarto. Empapados por la lluvia y maltratados por el viento, ya sin rastro de grasa en el lacio cabello, ni de suciedad en su jubón de piel de cordero, los otros seguidores de Tamur aparecían tambaleándose bajo la lluvia para unirse a ellos, y se les pintaba en el rostro un gozoso alivio cuando veían a los demás. ¿Qué les había empujado a retar a la tormenta? ¿El deseo de vengarse de Jhandar, el temor a sus perseguidores, o el terror de tener que afrontar solos la Ira de Kaavan? A Conan no le importaba. Cuantos más fueran, más fácil les resultaría rescatar a Yasbet y hacerse con la galera. Con pétreo rostro, que auguraba desgracias para aquellos a quienes estaba buscando, el corpulento cimmerio siguió forcejeando con la tormenta.

Mientras escalaban por la pendiente de un elevado promontorio —los hombres que avanzaban en desparramada hilera tenían que aferrarse al suelo con las uñas para no ser arrojados al mar—, el viento y la lluvia cesaron de pronto. Arriba, las oscuras nubes se agitaban, y las olas seguían rompiéndose en los acantilados y en la playa, pero, en comparación con lo anterior, el silencio se había adueñado del aire extrañamente calmo.

—Ha terminado —gritó Conan a los que estaban más abajo—, y hemos sobrevivido. Ni siquiera la ira de un dios puede detenernos.

Pero, a pesar de su eufórico ademán, empezó a trepar con más rapidez. Aplacada la tormenta, la galera habría de zarpar. Tamur le gritó algo, pero Conan siguió trepando todavía más rápido. Se encaramó a la cima del promontorio, fue corriendo al otro lado, y casi gritó de alegría. Al pie de la empinada cuesta había otro trecho de playa, y, varada en este, la galera.

Se dejó caer de inmediato sobre el vientre para evitar que le vieran desde abajo, y se arrastró hasta el borde de la ladera. Los mástiles gemelos del bajel habían sido desmontados, y firmemente trincados en la arboladura de proa y de popa. Sin duda, poco

habían podido hacer antes de que se abatiera sobre ellos la tormenta. Dos cadenas anclaban la galera en las dunas para contrarrestar la acción de las olas, y, además, esta había sido arrastrada fuera del mar, aunque las olas también habían empezado a adentrarse más en tierra, y todavía azotaban los costados del bajel. Algunas planchas quemadas en la popa y los tramos chamuscados de la borda recordaban su primer encuentro.

Los otros, cuando llegaron a lo alto del promontorio, se echaron en el suelo al lado de Conan, hasta que hubo una hilera de hombres tumbados a lo largo del margen de la pendiente, observando el barco.

—Que me tueste en los infiernos de Zandru, cimmerio —masculló Akeba—, pero no creía que fuéramos a lograrlo. La tormenta ha amainado y hemos encontrado el barco, como tú decías.

—La Ira de Kaavan no se ha apaciguado todavía —dijo Tamur—. Eso es lo que trataba de explicaros.

Conan se dio la vuelta apoyándose en el codo; se preguntaba si los sesos del nómada no habrían resistido los embates de la tormenta.

—No hay lluvia, ni viento. ¿Qué ha sido pues de la tormenta? Tamur movía la cabeza, fatigado.

—No lo comprendes, extranjero. Esto se llama la Misericordia de Kaavan, y es un tiempo de oración por los muertos y por tu propia vida. Pronto volverá la lluvia, y tan repentinamente como se ha ido, y soplará el viento, pero esta vez soplará en dirección opuesta. Los chamanes dicen…

—Erlik se lleve a tus chamanes —murmuró Akeba. Los nómadas se agitaron, pero estaban demasiado cansados para hacer algo, aparte de proferir maldiciones—. Si dice la verdad, cimmerio, podemos darnos por muertos. Si no reposamos, hasta una tropa de bailarinas podrá derrotarnos, pero ¿cómo podemos reposar? Si no nos apoderamos de ese barco antes de que regrese la Ira de Kaavan…

Se dejó caer en tierra, apoyando el mentón con ambas manos, y observó la galera.

—Reposemos —dijo Conan. Apartándose de la pendiente, se arrastro hasta Sharak. El anciano astrólogo estaba tumbado como

un saco de húmedos harapos, pero logró sentarse al ver que Conan se le acercaba—. Ya puedes tumbarte —le dijo el cimmerio—. Nos quedaremos aquí un buen rato.

—No por mí —dijo Sharak con aspereza. Se habría puesto en pie si Conan no lo hubiera sujetado—. Nos hemos mojado bien en esta aventura, pero mi coraje sigue ahí. La muchacha, Conan. Tenemos que encontrarla. Y también a Jhandar.

—Lo haremos, Sharak.

El viejo se calmó, y Conan se volvió hacia Akeba y Tamur, que le habían seguido desde el margen de la pendiente. Los otros nómadas les miraban sin haberse movido de sitio.

—¿Qué dices de esperar? —le preguntó enérgicamente el turanio—. Nuestra única esperanza es hacernos con esa nave.

—Así es —reconoció Conan—, pero no antes de que vuelva la tormenta.

Tamur tuvo que sofocar un grito.

—¡Quieres que ataquemos durante la Ira de Kaavan! ¡Es una locura!

—La tormenta ocultará nuestro ataque —explicó Conan pacientemente—. Tendremos que pillar a la tripulación por sorpresa si queremos capturarla.

—¿Quieres capturarlos? —dijo Tamur con incredulidad—. Han servido a Baalsham. Les rebanaremos el gaznate.

—¿Sabes pilotar un barco? —le preguntó Conan.

—¡Barcos! Yo soy hirkanio. ¿A mí qué me importan los…? El nómada lo miró con cara de hombre desnucado, y se perdió en maldiciones apenas audibles.

Conan esbozó su plan con otras palabras.

—Explicadlo a los demás —terminó diciendo, y se marchó dejándolos allí sentados.

Se arrastró hasta el inicio de la pendiente, y se tendió de lleno en el suelo duro y húmedo, desde donde observó el barco. El bajel no podría zarpar hasta que se hubiera alejado la tormenta. Con la paciencia del gran felino que acecha una manada de antílopes, se acercó aún más y esperó.

Primero volvió la lluvia —un chaparrón de gruesas gotas, que arreció hasta convertirse en rugiente aguacero—, y el viento no tardó en seguir sus pasos. Aullaba desde el sur, como Tamur había

predicho, y se ensañaba con tal furia que hubo momentos en los que costó creer que hacía solo un rato pudiera haber amainado.

Sin decir palabras, porque ya no era posible oírlas, Conan les guio en la bajada del altozano; cada hombre iba agarrado del cinturón del que le precedía, tropezaba sobre el rugoso terreno, hacía frente al viento con sombría decisión. Conan no desenvainó la espada; aquello tendría que resolverse a manos desnudas. Sin vacilaciones, anduvo por la arena, a pesar de la lluvia que le impedía ver nada. De pronto, la mano que tendía hacia delante tocó madera. El costado del barco. Una maroma que el viento hacía mecerse de aquí para allá le golpeó en el brazo; él la cogió antes de que se le escapara, y trepó, tiró de sí mismo con ambas manos. Cuando hubo logrado encaramarse sobre la borda, en la proa de la galera, sintió que la cuerda se movía. Akeba estaba empezando a subir.

Rápidamente, los ojos de Conan escudriñaron la cubierta. A causa de la espesa cortina de agua que caía sobre el bajel, solo alcanzó a ver turbias figuras, y ninguna de ellas parecía la de un hombre, aunque el cimmerio temía que, aun en medio de aquella tormenta, hubiera vigilancia.

Akeba entró de un salto en la cubierta, y Conan y el turanio, muy cerca el uno del otro, anduvieron hacia la popa. Sabían que los demás les seguirían. No tenían otro sitio adonde ir.

Una trampilla cerraba la escala por la que se bajaba a las bodegas del bajel. Conan intercambió una mirada con Akeba, que se encorvaba para protegerse de la lluvia torrencial. Tirando de la trampilla con el brazo, Conan la abrió, y de un salto bajó rugiendo escalerilla abajo.

Encontró cuatro hombres, obviamente oficiales del barco, en un pequeño camarote, iluminado tan solo por una linterna; estaban bebiendo vino a largos tragos. Las copas les cayeron al suelo cuando Conan apareció entre ellos. Se pusieron en pie; aferraron el puño de sus espadas. Pero Conan no se había detenido al llegar abajo. Golpeó con el puño debajo de una oreja, y el propietario de esta se desplomó encima de su propia copa. Con el dorso del otro puño le partió a otro hombre la nariz, y con la bota alcanzó en el vientre al tercero mientras este aún trataba de incorporarse. El capitán de gruesas mejillas se detuvo con la espada a medio desenvainar.

—No os necesitaré a todos —dijo Conan con un gruñido—. Vosotros elegís.

Pasándose la lengua por los labios, vacilante, el capitán miró a sus colegas. Dos no se movían, mientras que el tercero estaba intentando levantar el vientre del suelo.

—No saldrás de esta impune —le dijo con voz temblorosa—. Mi tripulación os colgará los corazones del cordaje.

Pero, lenta y cuidadosamente, alejó la mano del arma.

—No veo para qué me necesitabas —decía Akeba rezongando, sentado en el primer peldaño de la escalerilla—. De verdad que no lo veo.

—Podrían haber sido cinco —le respondió Conan con una sonrisa que le dio escalofríos al capitán—. Haz bajar a Sharak, Akeba. Estará caliente aquí abajo. Y ve a ver qué hacen los demás.

Con un suspiro, el militar subió por la escalerilla y salió adonde rugía la tormenta. Conan volvió a dedicar su plena atención al capitán.

—¿Cuándo van a volver los que te contrataron?

—Soy un mercader y he venido aquí por mi propia cuenta… —La espada de Conan tocó el labio superior del capitán; el hombre bizqueó al mirarla. Tragó saliva, y trató de apartar la cabeza, pero Conan mantuvo la leve presión del afilado acero.

—No me lo dijeron —se apresuró a responder el marino—. Me dijeron que les esperara hasta su regreso, tardaran lo que tardaran. No quise discutírselo.

Le palideció el rostro y apretó los labios, como temiendo decir más.

Mientras Conan se preguntaba por qué los pasajeros habían causado tal efecto en el capitán, Akeba y Tamur bajaron por la escala, cerrando la escotilla para protegerse de la tormenta que dejaban a sus espaldas. El turanio ayudaba a Sharak a sostenerse; este se sentó en un banco, y se llenó una copa de vino. El astrólogo murmuró las gracias y hundió el rostro en la bebida. Tamur estaba cerca de la escalera, limpiándose la daga en el jubón de piel de cordero.

Conan vio la daga, y tuvo que morderse la lengua para no soltar ninguna maldición. Poniendo una mano en el pecho del capitán, le dio un empujón despreocupadamente para que se sentara.

—Te había dicho que necesitaríamos marineros, Tamur. ¿A cuántos has matado?

—A dos, cimmerio —dijo el otro en protesta—. Solo a dos. Y uno tiene una herida sin importancia. Pero se resistieron. Mi gente está vigilando al resto. Queda una docena completa.

—Os dije que emplearais los puños y la empuñadura de las espadas —dijo Conan con un gruñido. Más le valía ignorarlo que hablar demasiado—. ¿Cómo te sientes, Sharak?

—Muy refrescado —dijo el astrólogo, e incluso parecía que se sentara menos encorvado, aunque, como todos los demás, rezumaba cascadas de agua.

—¿Yasbet no está aquí? Conan negó con la cabeza.

—Pero esperaremos a que la traigan.

—Y luego, iremos a por Jhandar —dijo Sharak. Conan repitió sus palabras:

—Iremos a por Jhandar.

—Ellos se resistieron —decía de nuevo Tamur con tono lastimero—. Y quedan suficientes para hacer la faena. —Nadie le respondió, ni siquiera lo miraron—. Bajé a los bancos de remeros, Conan, para ver si había algún otro escondido entre los esclavos, ¿y sabes a quién me encontré? A ese individuo del otro barco. ¿Cómo se llamaba? Bayan. Eso es. Estaba encadenado a un banco junto con los demás.

El nómada se echó a reír a carcajadas, como si aquella hubiera sido la historia más divertida que había oído en su vida. Conan arrugó el entrecejo. ¿Bayan, allí?

—Tráelo aquí, Tamur —exclamó—. ¡Venga! —Se lo dijo de tal manera que el hirkanio trepó de inmediato por la escalerilla—. Ata a estos otros, Akeba —dijo Conan—, para que no tengamos que preocuparnos por ellos. —Con la espada, le indicó al capitán que se tendiera en el suelo; echando humos, el marino de aguileña nariz le obedeció.

Cuando los cuatro oficiales del barco, dos de los cuales seguían inconscientes, estuvieron atados ya, Tamur regresó con Bayan. Aparte de las cadenas, el nervudo marinero del Bailarín de las Espumas iba cubierto tan solo de verdugones y un sucio harapo. Tenía la cabeza gacha, se estremecía de frio después de haber andado bajo la tormenta, y miraba a Conan por el rabillo del ojo.

El corpulento cimmerio se espatarró encima de un banco; sostenía la espada ante sí, y en la hoja de esta relucía el reflejo de la luz de la linterna.

—¿Cómo has llegado aquí, Bayan?

—Me fui del barco —murmuró Bayan— y esta escoria me capturó. Hay un código entre los marineros, pero a mí me encadenaron a un remo —levantó la cabeza lo suficiente para escupirle al maniatado capitán— y me flagelaron cuando protesté.

—¿Qué sucedió en el Bailarín de las Espumas? Tú no te habrías ido sin más.

El hombre nervudo movió los pies un tanto con entrechoque de cadenas, pero no dijo nada.

—Acabarás por hablar, porque me veré obligado a permitir que Akeba caliente los hierros para ti. —El turanio parpadeó, y luego adquirió un feroz visaje—. Y me dirás la verdad —siguió diciendo Conan—. Este viejo es un adivino. Puede decirnos si estás mintiendo. —Levantó la espada, como examinando el filo—. Por la primera mentira, una mano. Luego, un pie. Luego… ¿Cuántas mentiras llegarás a decirnos? ¿Tres? ¿Cuatro? Más no, sin duda alguna.

Bayan miró a los ojos de Conan, fríos y glaciales; entonces, las palabras le salieron tan rápidas como él podía llegar a pronunciarlas.

—Un hombre vino al barco, un hombre de piel amarilla y ojos que le congelarían a uno el corazón dentro del pecho. Llevaba consigo a…, a la mujer. Ofreció cien monedas de oro por un pasaje rápido hasta Aghrapur. Dijo que su barco estaba dañado, y que sabía que el Bailarín de las Espumas era más rápido. Ni siquiera se molestó en negar que habían tratado de mandarnos a pique. Muktar estaba harto de esperaros, y cuando aquel hombre apareció con la mujer, pues bien, estuvo claro que habíais muerto, o por lo menos nos lo pareció, y parecía fácil marcharse con la mujer, y el oro, y…

—¡No corras tanto! —le ordenó Conan bruscamente—. ¿Yasbet no ha sufrido ningún daño? Bayan tragó saliva.

—No…, no lo sé. Ante Mitra y Dagón juro que yo no alcé una mano en su contra. Estaba viva cuando me fui. Muktar dio una señal, ¿entiendes?, y Tewfik, Matantes y yo arremetimos daga en mano contra el extranjero, pero él mató a los otros dos en menos de

lo que dura un parpadeo. Y entonces…, le exigió a Muktar que me rebanara el pescuezo a mí. —Se le escapó un sonido que era mitad risa mitad llanto—. Dijo que sería una muestra de su futura buena fe. ¡Y esa gorda cría de una cabra apestada iba a hacerlo! Lo vi en su rostro, y huí corriendo. Espero que hayan naufragado en esta maldita tormenta. Ruego porque tanto él como el Bailarín de las Espumas se hallen ya en el fondo del mar.

—Mala plegaria —dijo Conan entre dientes—. Yasbet viaja en ese bajel. —Con un gemido de desespero, Bayan cayó de rodillas en humillación—. Vuelve a llevarlo adonde estaba —espetó el cimmerio.

Tamur hizo ponerse en pie al nervudo marino; Conan los observó mientras se iba.

—¿La galera está demasiado dañada para navegar? —le preguntó enérgicamente al capitán.

El hombre de aguileña nariz había escuchado, tendido en tierra, boquiabierto, mientras Bayan hablaba. En aquel momento, gruñía.

—Solo un cretino lo pensaría. En cuanto termine esta tormenta, dame medio día para hacer algunas reparaciones y podremos partir para cualquier costa del Vilayet, con el clima que sea.

—Las reparaciones que tengas que hacer, las harás en el mar —le dijo Conan tranquilamente—. Y zarparemos en cuanto la tormenta amaine lo bastante para que podamos salir de esta playa sin que el barco se quiebre en astillas.

El capitán abrió la boca para decir algo, y Conan le puso el filo de la espada en el cuello.

—Lo haré. Lo más seguro es que acabemos todos ahogándonos, pero lo haré.

Conan asintió. No había esperado otra decisión. Yasbet estaba cada vez más cerca de Jhandar. La tormenta que fustigaba al buque parecía ir repitiendo el nombre del brujo. Jhandar. Esta vez se enfrentarían cara a cara, él y Jhandar, y uno de los dos moriría. Uno de los dos. Jhandar.

# 23

Jhandar, que estaba repantigado sobre cojines de seda multicolor, desparramados cabe una fuente, en un jardín amurallado, miraba a Davinia, que estaba elogiando los últimos regalos que él le había dado, pero sus pensamientos volaban muy lejos de allí. Tres días más y, si nada cambiaba, todos sus planes habrían quedado en nada. ¿Es que la muchacha no notaba su angustia?

—Son hermosos —decía Davinia, al tiempo que levantaba los brazos cargados de brazaletes de esmeraldas.

En otro tiempo, el sudor habría empapado la frente de Jhandar. Las breves sedas doradas que ella vestía dejaban al descubierto el contorno inferior de sus senos, y el ceñidor, dos dedos de ancho de zafiros y granates, y de abigarradas plumas de raras aves tropicales, caía holgado sobre la curva de sus caderas. Le acariciaba con ojos seductores.

—Tendré que pensar en cómo te demuestro mi gratitud —le dijo ella suavemente.

Jhandar le respondió con un ademán indiferente. En tres días, Yildiz, aquel orondo necio, se reuniría con sus consejeros para decidir dónde había que emplear el ejército que había alistado. De los Diecisiete Celadores, ocho hablarían por el imperio, por la conquista de Zamora. Solo ocho, y Jhandar sabía que Yildiz solo contaría el número de votos en favor y en contra, y que no sopesaría los consejos que de hecho se le dieran. Jhandar necesitaba que algún otro hablara en favor de la guerra. Alguno de los otros nueve. ¿Quién habría podido creer que esos nueve vivían vidas que, si bien no podían calificarse de completamente intachables, tampoco le ofrecían ninguna palanca que pudiera usar contra ellos? Necesitaba a uno más, o, si no, aquellos nueve hablarían en favor de

la paz, y de la reducción de los efectivos del ejército. Aparte de ganarse la atención del propio rey Yildiz, ya había hecho todo lo que podía hacer, y con todo, al cabo de tres días tendría que presenciar el fracaso del trabajo de un año.

Necesitaba más tiempo para poder enderezar la situación. Primero, tendría que preparar el asesinato de uno de los Celadores, y quizá más de uno si sus esfuerzos para guiar la selección del nuevo Celador fallaban. Y entonces, necesitaría más tiempo también para volver a poner el ejército en pie. Si los acontecimientos no seguían ese rumbo, había de ver al cabo de tres días los principios de un imperio que sería el suyo en todo, salvo en el nombre. Los reyes acudirían a su presencia, se arrodillarían a sus pies para escuchar sus órdenes. Si no lo lograba, tendría que empezar de nuevo, esperar todavía más aquello que llevaba tanto tiempo aguardando.

Y la espera añadía otro riesgo. ¿Qué había ido a buscar a Hirkania aquel hombre llamado Conan? ¿Qué habría encontrado que pudiera emplear contra el Poder? ¿Por qué Che Fan no había vuelto ya, con la cabeza del cimmerio en un canasto?

—¿Podré quedármelos, Jhandar?

—Por supuesto —dijo él, ausente, y entonces salió de súbito de sus sombrías cavilaciones—. ¿Quedarte el qué?

—Los esclavos. —Davinia hablaba con petulancia, y Jhandar había notado que últimamente lo hacía más a menudo—. ¿No me estabas escuchando?

—Desde luego que te escuchaba. Pero vuélveme a hablar de esos esclavos.

—Son cuatro —dijo ella, y se esparrancó delante de él.

Esta vez sí, el sudor empapó el rostro de Jhandar. La luz del sol la rodeaba como una aureola: era una mujer de seda dorada, de ardiente fulgor.

—Son hombres jóvenes y musculosos, por supuesto —siguió diciendo—. Dos de ellos tienen la piel negrísima, y los otros dos, pálida como la nieve. Al primer par lo vestiré de perlas y rubíes, y al otro de ónice y esmeraldas. Servirán para adornarme. Me harán más hermosa para ti —se apresuró a añadir.

—¿Y para qué necesitas muchachos esclavos? —dijo él con un gruñido—. Ya tienes gran número de siervos que hacen tu voluntad.

Y esa vieja arpía, Renda, con quien pasáis tanto tiempo cuchicheando.

—Oh, bueno, para que me lleven el palanquín —dijo ella riendo, y en su risa retiñían notas musicales. Se echó ágilmente de rodillas, y se inclinó hasta oprimirle el pecho con sus senos. Le acarició con los labios el perfil de la mandíbula—. Sin duda, mi Gran Señor no me denegara unos porteadores. Mi Gran Señor, en cuyo servicio hallo el mayor de los placeres. En cualquier servicio.

—No puedo negarte nada —dijo él con voz apagada—. Quédate con los esclavos.

Discernió en los ojos de la joven un atisbo fugaz de codicia satisfecha, y aquel momento le resultó amargo. La muchacha le abandonaría tan pronto como encontrara a alguien que pudiera darle más. Quería asegurarse de que no existiera tal rival, pero, con todo…

Habría podido atarla a su persona con el cuenco dorado y la sangre que corría por su corazón. Nadie que la viera, o hablara con ella, sabría que no tenía verdadera vida. Pero él sí lo habría sabido. Alguien se aclaró dificultosamente la garganta. Frunciendo el ceño, Jhandar se incorporó de medio cuerpo. Zefran estaba en el sendero de mármol, y hacía una profunda reverencia al tiempo que juntaba las manos, y cuidadosamente procuraba no mirar a Davinia.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jhandar, airado.

—Suitai ha vuelto, Gran Señor —le respondió su satélite de afeitado cráneo.

Al instante desapareció la cólera de Jhandar, y dejó de pensar en Davinia. Descuidando su dignidad, se levantó con torpeza.

—Guíame —ordenó.

Se dio cuenta distraídamente de que Davinia también les seguía, pero el dominio de los asuntos de la carne sobre su pensamiento se había esfumado una vez más.

Suitai aguardaba en la estancia privada que Jhandar destinaba a las audiencias, en aquella hora en que sus lámparas de bronce en forma de león estaban apagadas. Un gran saco yacía sobre el mosaico del suelo, a los pies del khitanio.

—¿Dónde está Che Fan? —preguntó Jhandar al entrar.

—Ha perecido, Gran Señor —le respondió Suitai, y Jhandar vaciló antes de dar otro paso.

Aunque sabía bien que no lo eran, Jhandar había empezado, en algunos rincones de su mente, a tener por indestructibles a los dos asesinos. Costaba imaginar qué podría haber matado a uno de los dos.

—¿Cómo? —preguntó brevemente.

—El bárbaro consiguió la ayuda de una bruja hirkania, Gran Señor. Ella también murió.

Suitai le estaba diciendo, con su sonrisa, que la había matado él —pensó Jhandar, sin interés alguno.

—¿Y el bárbaro?

—Conan también ha muerto, Gran Señor.

Jhandar asintió brevemente, y sintió un extraño alivio. Este Conan, al fin y al cabo, solo había sido una paja en el viento, que le había obligado a cerrar el ojo cuando vino a darle en el rostro, pero que, con todo, carecía de importancia. La sonrisa de Suitai se había desvanecido al hablarle del bárbaro, sin duda porque había sido Che Fan quien lo había matado. A veces, pensaba que la sed de sangre de Suitai acabaría por crearle riesgos. No tenía tiempo en aquel momento para tales preocupaciones.

—¿Acabasteis con la tripulación de la galera tal y como yo lo ordené, Suitai? No quiero que quede vínculo alguno entre mí e Hirkania.

No antes de que pudiera hacerse con el control de aquella región que los chamanes hablan devastado, y dentro de la cual había algo que podía amenazarle. No antes de que su poder estuviera asegurado en Turan.

El alto khitanio dudó.

—La galera había sufrido daños, Gran Señor, y ya no podía salir al mar. Dejé a su tripulación esperándome. Sin duda, las tribus de la costa habrán terminado ya con ellos. En cambio, pagué por el bajel en que el bárbaro había viajado, y bajé a tierra muy al norte de la ciudad.

—¿Y la tripulación de ese barco?

—Están muertos, Gran Señor. Los maté, y guie yo mismo el barco hasta la playa. —Un ademán inescrutable cruzó por la faz habitualmente impasible del asesino, y Jhandar le miró severamente. Suitai se agitó, incómodo, ante su mirada, y siguió hablando más pausadamente—. El capitán, Gran Señor, un hombre

rollizo que se llamaba Muktar, saltó al mar, y sin duda se ahogó. No me cabe ninguna duda.

—Hay demasiadas cosas de las que no dudas, Suitai.

Jhandar hablaba con voz sedosa, que sin embargo rezumaba veneno como la cola de un escorpión.

La frente de Suitai se empapó de sudor. El mago adolecía de una mortífera falta de paciencia con los que no hacían exactamente lo que él les ordenaba. El khitanio se apresuró a dejarle a sus pies el gran saco.

—Os he traído este presente, Gran Señor.

Deshizo los lazos que ataban el saco, y de este cayó una muchacha sobre el mosaico del suelo, que tenía los brazos atados a la espalda, muñeca con codo, y las rodillas hundidas es los senos; las delgadas cuerdas con que estaba atada se le hincaban en la carne desnuda. Gruñó airada al dar en tierra, pese a la mordaza, y trató de librarse de sus ataduras, pero solo logró mover los dedos de manos y pies.

—Es la muchacha que el cimmerio se llevó de la fortaleza, Gran Señor —proclamó Suitai satisfecho. Jhandar resopló.

—No creo que con esto hayas compensado tus fallos. ¿Qué me importa una muchacha de más o de menos…?

—Oh, es Esmira —exclamó Davinia.

El nigromante arrugó el entrecejo, irritado. Ya no se acordaba de que ella les había seguido.

—Ese no es su nombre. Se llama… —le costó decir el nombre, aunque recordaba que había elegido a aquella moza para su cama, en un tiempo que parecía lejano— Yasbet. Eso es. Ahora regresa al jardín, Davinia. Tengo que discutir algunos asuntos que no te conciernen.

Pero la esbelta rubia se agachó al lado de la atada muchacha, y con ambas manos obligó a su rostro amordazado, que no cejaba en sus forcejeos, a volverse hacia ella, para así poder verla mejor.

—Te digo que es la princesa Esmira, la hija del príncipe Roshmanli.

A Jhandar se le secó el paladar.

—¿Estás segura? Se rumoreaba que la habían enviado a un convento.

La muchacha le miró con un odio que, en cualquier otro, habría

suscitado rápido y doloroso castigo. Pero, viniendo de ella en aquel momento, Jhandar lo ignoró. Aquel príncipe era el consejero más cercano a Yildiz entre los Celadores, uno de los nueve, un hombre que no seducía a ninguna mujer casada y no apostaba oro que no fuera el suyo. Sin embargo, se decía que su hija era su debilidad, que habría hecho lo que fuera para protegerla del mundo. Por tener a salvo a su Esmira, ¿mandaría Roshmanli a Turan a la guerra? Había ordenado la ejecución de algunos hombres que la habían mirado. Si llevaba bien el asunto, podría lograrlo.

Luego miró a Davinia, y sonrió con engreimiento mientras recorría con los ojos a la atada muchacha, y le vino una nueva idea.

Arrastró a la rubia a sus pies.

—Dices que solo quieres servirme. ¿Decías la verdad?

—A ti —le respondió pausadamente—, solo te digo la verdad.

—Entonces, esta noche habrá una ceremonia. En la ceremonia, hundirás una daga en el corazón de esta muchacha.

La miró penetrantemente a los ojos, en busca de dudas, de vacilaciones. No las halló.

—Como mi Gran Señor me ordene —dijo sencillamente Davinia.

Jhandar sintió la necesidad de echarse a reír en violentas carcajadas. La joven había dado el primer paso. El mismo acto de levantar el cuchillo la ataría a él con más firmeza que una cadena de hierro. Y con el mismo gesto, habría ganado la novena voz entre los Celadores del Rey. Todos sus sueños estaban tomando forma. El imperio y la mujer. Los tendría a ambos.

# 24

El mar oscuro se rizaba bajo el espolón de la galera, y bailaban reflejos de luz en el agua que empujaba la proa a medida que sesenta remos que bogaban con calculado ritmo dictaban su avance. Más adelante, entre las sombras de la noche, la más oscura masa de la costa turania era iluminada por las espumeantes olas que en ella iban a romper, relucientes bajo la pálida luna, la perseguida por nubes.

Los ecos de aquellos rompientes volaban sobre las aguas hasta Conan. Este estaba en pie en la popa de la galera, desde donde podía vigilar de cerca al capitán y al timonel. Ya habían intentado una vez llevar al barco por un rumbo diferente del que él les había ordenado —quizá hasta el puerto de Aghrapur, para que él y los demás pudieran ser capturados por piratería—, y solo las pocas cosas que había aprendido de los contrabandistas le habían permitido frustrarles el plan. El resto de la tripulación del bajel, desarmada y taciturna, trabajaba bajo la mirada vigilante de Akeba, Tamur y los nómadas. Sharak estaba agarrado a las jarcias que sostenían el trinquete, y miraba a los cielos, buscando las configuraciones que aquella noche decidirían su destino.

Poco le importaba a Conan lo que presagiaran las estrellas. Que el destino fuera como le pluguiera ser, pues no pensaba cambiar de intenciones ni por el grosor de un cabello.

—Ahí —dijo, señalando al frente—. En aquella playa.

—Allí no hay nada —dijo el capitán en protesta.

—Ahí —repitió Conan—. Está lo bastante cerca del lugar adonde vamos. Yo pensaba que ya tendríais ganas de vernos las espaldas, y que no os importaría el lugar donde tuvierais que dejarnos en tierra.

Mascullando algo, el capitán de gruesas mejillas habló con su timonel, y la galera viró un punto a babor, hacia el lugar que el

corpulento cimmerio le había indicado.

Conan había elegido sin contar con mucha información. El distante fulgor de las lámparas de Aghrapur, más al sur. Una ojeada a las estrellas. Instinto. Quizás —pensó— este último hubiera sido el que más había pesado al fin. Sabía que en aquella orilla se hallaba la fortaleza del Culto de la Condenación, el lugar donde tenían presa a Yasbet, y donde encontrarían a Jhandar, el hombre a quien debía quitarle la vida aun al precio de la suya propia.

Las arenas rechinaron bajo la quilla del bajel. La galera dio un bandazo, escoró, y siguió avanzando por la acción de los largos remos. Al fin, dejó de moverse; la cubierta se ladeó, solo ligeramente.

—Hemos llegado —anunció el capitán de aguileña nariz, y la ira peleaba con la satisfacción en su rostro—. Ya podéis salir de mi bajel, y quemaré ofrendas en honor de Dagón cuando os hayáis marchado.

—¡Akeba! —gritó Conan. Al recibir respuesta, se volvió hacia el capitán—. Os aconsejo, a ti y a tu tripulación, que andéis por la costa hacia el sur. Yo no sé qué va a ocurrir aquí esta noche, pero temo que ciertos poderes sean desatados. En una ocasión, estuve en un lugar donde unos lazos semejantes fueron deshechos; anduvieron pesadillas por la tierra, y algunos acogieron la muerte como una bendición.

—¿Brujería? —La palabra afloró a los labios del capitán con un siseo como de aliento aspirado, que se convirtió en trémula y fanfarrona risa—. Si hay algún peligro por culpa de la magia, no tengo miedo de que a nosotros nos atrape. Nos habremos marchado de la playa antes que vosotros, e iremos al sur tan rápido como puedan ir los remeros en cuanto les demos de latigaz…

Las trampillas de cubierta se abrieron de repente en el barco, y oyeron un estrépito de hombres que salían, llenos de las marcas de latigazos, semidesnudos, que tropezaban entre sí en su ansia por llegar a la borda y saltar a la espuma de las olas. El hombre de aguileña nariz los miraba con ojos desorbitados.

—¡Habéis liberado a los galeotes! ¡Necios! ¡Qué…! Se volvió hacia Conan, y se encontró delante del rostro la espada del cimmerio.

—Sesenta remos —dijo Conan tranquilamente—, y dos hombres

encadenados a cada uno. No me gusta ver hombres cargados de cadenas, porque yo mismo las he llevado al cuello. Por costumbre, no me preocupo de liberar esclavos. No puedo romper todas las cadenas del mundo, ni de Turan, ni siquiera las de una única ciudad, y, aunque pudiera, los hombres encontrarían alguna manera de recomponerlas sin necesidad siquiera de quitarles el polvo. Pero el mismo mundo podría terminar esta noche, y los hombres que me han llevado a mi destino merecen ser libres, porque ellos, y todos los demás, podríamos haber muerto antes del alba. Tu propia vida quizá dependa de cuan rápidamente puedas abandonar este lugar.

El capitán de aguileña nariz le miró con odio, y le vinieron al rostro colores purpúreos.

—¿Me robas los esclavos, y después me ordenas que abandone mi propio barco? ¡Rambis!

Tuvo que callar al ver que no había nadie al timón. Conan había visto que, mientras ellos dos hablaban, el timonel había saltado silenciosamente por la borda.

Al descubrir la deserción, el capitán perdió las pocas agallas que le quedaban. Ahogando un gañido, se arrojó al mar.

Tras envainar la espada, Conan se volvió para unirse a sus compañeros, y se encontró con un par de docenas de sucios galeotes, que se habían reunido todos en cubierta. Akeba y los hirkanios les miraban con recelo.

Un hombre alto, que tenía las barbas largas y enmarañadas, y las marcas de varias palizas, dio un paso adelante e inclinó la cabeza.

—Disculpadme, noble señor. Me llamo Akman. ¿Sois vos quien nos ha liberado? Os seguiremos.

—No soy ningún noble señor —dijo Conan—. Marchaos mientras podáis, y os agradeceré que nadie me siga. Voy a desenvainar mi espada contra un poderoso hechicero, y la muerte rondará esta noche.

Un puñado de antiguos esclavos desapareció entre las sombras, y algunos chapoteos dieron noticia de que se marchaban.

—Sin embargo, los hay que queremos seguiros igualmente, noble señor —dijo Akman—. Para quien ha vivido como esclavo, morir como hombre libre es el mayor favor que podrían otorgarle los dioses.

—Deja de llamarme noble señor —dijo Conan con un gruñido.

Akman hizo otra reverencia, y con él los demás guerreros. Negando con la cabeza, Conan suspiró—. Buscad armas pues, y haced la paz con vuestros dioses. ¡Akeba! ¡Tamur! ¡Sharak!

Sin esperar a ver qué harían los esclavos liberados, el corpulento cimmerio se dio empuje con una mano sobre la borda y saltó al mar, que le llegaba a la cintura y cuyas olas fueron a romperse en sus anchas espaldas, y le salpicaron de espuma los hombros. La gente que había llamado saltó también cuando él ya caminaba hacia la orilla: una playa cubierta de maderamen arrastrado por las aguas, : en la que temblaban las sombras que arrojaba la luna.

—Nos darán más estorbo que ayuda esos esclavos —decía Sharak rezongando, al tiempo que trataba de escurrirse el agua de mar de las ropas sin soltar el bastón—. Esto es trabajo para luchadores.

—Y tú eres el más aguerrido de todos —dijo Akeba riendo, y le dio al astrólogo una palmada en la espalda que casi lo hizo caer.

Su risa parecía hosca y violenta, la risa de un hombre capaz de reírles en la faz a los dioses oscuros, y que en aquel momento lo hacía.

—Y tú, cimmerio. ¿Por qué tan sombrío? Aun cuando muramos, arrastraremos a Jhandar con nosotros ante el Trono Negro de Erlik.

—¿Y si Jhandar emplea la misma magia de cuando lo derrotaron la otra vez? —dijo Conan—. Aquí no hay chamanes que puedan contenerlo.

Los otros dos le miraron; a Akeba se le desvanecía su falsa alegría, Sharak tenía cogida con las dos manos una punta de su túnica —había olvidado que estaba húmeda— y Conan creyó oír que Tamur murmuraba una plegaria.

Luego, los hombres de la galera fueron gateando a la playa —los que no habían sucumbido al miedo o al buen sentido—, encabezados por Akman, que sostenía una pica de abordaje con sus manos callosas. Los nómadas hirkanios les siguieron, e iban profiriendo maldiciones contra el agua marina mientras se abrían paso entre las olas espumantes. «Qué extraño ejército —pensaba el cimmerio—, para salvar el mundo».

Salió del mar. Los otros le siguieron; una hilera de hombres desesperados que acechaba en las sombras de la noche turania.

—¿De verdad que tengo que clavarle un cuchillo en el corazón?

La pregunta de Davinia le chirriaba a Jhandar en las mentes, que casi había logrado apaciguar para su período de meditación.

—¿Lamentas tu decisión? —le preguntó.

En sus adentros, él le daba la orden: no lamentes nada. Asesina a la princesa en brujesco rito. Queda atada a mí, por lazos más fuertes que el hierro.

—No lamentaré nada, mi Gran Señor —dijo ella lentamente, jugueteando con las plumas de su ceñidor. Cuando la joven alzó la mirada hacia él, sus ojos de zafiro aparecían claros y serenos—. Ha vivido una vida inútil. Por lo menos, su muerte habrá servido para algo.

Pese a sí mismo, el mago no pudo dejar de preguntar:

—¿Y si yo te dijera que no ha de servir para nada? ¿Qué quiero su muerte porque sí?

El ceño de la muchacha casi le detuvo el corazón.

—¿No ha de servir para nada? No me gusta tener las manos manchadas de sangre. —Echó atrás con petulancia la melena rubia —. El remordimiento tardaría días en desaparecer. No lo haré si no tiene que servir para nada.

—Sí que ha de servir para algo —se apresuró a responder él—, pero no puedo decirte para qué hasta el momento apropiado.

Y, para evitar nuevas preguntas, salió de la estancia sin más dilación.

Los nervios le ardían al pensar cuan cerca había estado de disuadirla. A duras penas —pensaba él— habría alegría en la victoria si satisfacía todas sus ambiciones sin ella. Algún rincón racional de su mente le decía que aquella idea no era más que locura empapada en lujuria. La misma fruición en los planes de Jhandar la ataría al mago, pues, ¿dónde podría la joven encontrar a alguien con más poder y riquezas? Gracias al rapto de Yasbet —si así prefería llamarse la muchacha, así la llamaría—, todo iba a ponerse en su lugar. Su poder en Turan sería absoluto. Pero Davinia…

Aún estaba luchando consigo mismo cuando entró en la sencilla antesala del Estanque de las Postrimerías. Aquello no iba a funcionar. Tenía que vaciarse de emoción para que pudiera llenarle el poder. Cuidadosamente, fijó el pensamiento en sus sueños. La guerra y el tumulto se adueñarían de las naciones, el desorden

precipitado por su grupo, siempre creciente, de Elegidos. Solamente él podría detenerlo. Los reyes caerían de rodillas ante él. Lentamente, el estanque empezó a refulgir.

Desde el ramaje del árbol, Conan estudiaba la fortaleza del Culto de la Condenación. Las cúpulas de marfil arrojaban destellos a la luz de muchos matices de la luna, y los purpúreos chapiteles parecían alzarse hasta el cielo, pero no alcanzaba a columbrar una sola lumbre tras aquellos altos muros de mármol, y nada se movía. El cimmerio bajó de nuevo a tierra, con los hombres que allí le esperaban.

—Recordad —dijo, hablando sobre todo a los antiguos galeotes —, tenéis que matar a cualquier hombre que lleve un arma, porque no van a rendirse.

Los hirkanios asentían sombríamente; ellos lo sabían bien.

—Pero el que lleva la túnica negra y tiene la piel amarilla, me lo dejáis para mí —les recordó Akeba.

Una y otra vez, durante la breve caminata, había insistido en su derecho a vengar a su hija.

—El de la túnica negra es tuyo —le dijo nerviosamente Akman —. Ojalá pudieras acabar también con los demonios.

Sharak agitó el bastón, agarrándolo con ambas manos como si de una maroma de salvamento se hubiera tratado.

—Yo acabaré con los demonios —decía—. Traédmelos a mí. Un viento marino gimió en las copas de los árboles como para responderle, y Sharak se perdió en sus murmullos.

—Vamos ya —dijo Tamur, azogado, y Conan no habría podido decir si a causa del ansia o del miedo.

—No os separéis —dijo el cimmerio, a modo de última instrucción—. Los que se separen serán presa fácil.

Entonces, los guio hasta la imponente muralla blanca.

Ondearon en el aire los garfios que habían cogido en la galera, hicieron algún ruido al caer en el borde superior del muro, y se quedaron allí trabados. Los hombres treparon por las cuerdas como hormigas y pasaron al otro lado.

En cuanto estuvieron dentro de la fortaleza, Conan apenas si prestó atención a los que entraban después de él arma en mano, que le seguían como si el cimmerio hubiera sido la punta de una flecha. Cogió su propia espada. Ignorando los otros edificios, anduvo a

grandes zancadas hacia la mansión más grande, un palacio de alabastro, con cúpulas bulbosas de oro y pórticos con columnatas, y torres de pórfido. Jhandar estaría allí, en su palacio. Jhandar y Yasbet, si es que esta aún vivía. Pero primero Jhandar, porque Yasbet no estaría a salvo de verdad hasta que el nigromante muriera.

De súbito apareció ante él un hombre de azafranada túnica, que miró a los intrusos, estupefacto. Sacando una daga, gritó:

—¡En el nombre del Sagrado Caos, morid!

Un necio que perdía tiempo gritando, pensó Conan al sacar su propia daga del cadáver del otro para que pudiera caer. Y, en nombre de Crom, ¿qué dios era este Caos?

Pero el ruido había atraído a otro hombre de cráneo afeitado, este con una lanza que arrojó a Conan, mientras profería el mismo grito. El cimmerio agarró el arma del otro para impedir que la punta de esta se le clavara en el cuerpo; la de su sable ahogó el grito del otro entre gorgoteos de sangre.

Entonces, cientos de hombres ataviados con túnicas de azafrán, y mujeres, salieron al descubierto. Al principio parecía que tan solo sintieran curiosidad, y luego los que estaban más cerca de Conan vieron los cadáveres, y chillaron. Al punto les embargó el pánico, y devinieron en frenética masa, que solo trataba de escapar, aunque a punto estuvieron de arrollar a los que les infundían temor por el mismo peso de su desordenado número.

Olvidando sus propias instrucciones de no separarse de los demás, Conan se abrió paso en medio de la masa de carne forcejeante hacia el palacio. Jhandar, ese era el único pensamiento que tenía en las mientes. Jhandar.

—Gran Señor, la fortaleza sufre un ataque.

Jhandar se agitó nerviosamente en su comunión con el Poder. Le llevó un momento apartar los ojos del luminoso estanque y mirar a Suitai, que estaba intranquilo en el fulgor no natural que inundaba la estancia.

—¿Qué? ¿Por qué me molestas, Suitai? Sabes que está prohibido.

—Sí, Gran Señor. Pero el ataque… Esta vez, Jhandar entendió la palabra.

—¿Un ataque? ¿El ejército?

¿Es que el desastre volvía a abatirse sobre él?

—No, Gran Señor. Yo no sé quiénes son, ni cuántos. Toda la fortaleza anda alborotada. Es imposible saber cuántos son. He matado a uno; iba sucio y semidesnudo, y tenía marcas de latigazos.

—¿Un esclavo? —le preguntó Jhandar en tono quejumbroso. Le costaba pensar, porque tenía la mente en armonía con la comunión, y esta no se había completado todavía—. Reúne a los Elegidos y acaba con estos intrusos, sean quienes sean. Luego, restaura el orden en la fortaleza.

—¿Todos los Elegidos, Gran Señor?

—Sí, todos ellos —respondió irritado el nigromante. ¿Es que aquel hombre no podía hacer lo que se le ordenaba? Tenía que apaciguar sus pensamientos, terminar su absorción en el Poder.

—Entonces, ¿demorarás la ceremonia, Gran Señor? Jhandar parpadeó, su mirada se deslizó de nuevo hacia el Estanque de las Postrimerías, y se obligó a apartarla.

—¿Demorarla? Claro que no. ¿Crees que necesito la mirada alucinada de esos orates para ejecutar el rito? —Desesperadamente, trataba de detener las vueltas que le daba la cabeza, y de pensar con claridad—. Reúne a los Elegidos, como te he ordenado. Yo mismo llevaré la muchacha a la Estancia del Sacrificio y haré lo que sea necesario. ¡Ve!

Tras inclinarse en reverencia, el khitanio de túnica negra se fue corriendo, alegre de alejarse de la presencia de aquello que la estancia encerraba.

Jhandar movió la cabeza como en negativa y miró atentamente al estanque. Las neblinas relucientes llenaban los límites de las custodias, se formaba una cúpula que no era de este mundo y que parecía tirar de él hacia sus profundidades. Airado, combatió aquella sensación, aunque no pudo suprimirla por completo. Estaba cansado, y nada más. Decidió que no era necesario terminar la comunión. Turbado como estaba, tal vez no acabara hasta la aurora, y no podía esperar. Lo de la muchacha tenía que estar listo aquella misma noche. El Poder ya le empapaba los huesos, palpitaba en sus venas. Iba a ejecutar inmediatamente el rito.

Recogiendo en torno al cuerpo sus ropajes, se marchó con la intención de llevar a Yasbet y a Davinia a la Estancia Sacrificial.

# 25

Cauteloso, con la espada presta, Conan andaba casi rozando una de las paredes de un corredor del palacio, sin mirar siquiera los ricos tapices, ni los jarrones antiguos para flores de exquisita porcelana khitania. Akeba seguía la otra pared, sable vendhio en mano. Cazaban como un par de perros lobo.

El cimmerio no sabía dónde estaban los demás. De vez en cuando llegaba a sus oídos el entrechocar de aceros, y oía afuera los gritos de hombres que morían, o resonaban estos por los corredores desde otras estancias del palacio. No sabía quién ganaba ni quién perdía, y en aquel momento no le importaba. Estaba buscando a Jhandar, y el instinto le decía que se estaba acercando a él con cada paso que daba.

Silenciosos como la muerte, tres hombres de azafranada túnica salieron de un corredor lateral y trataron de acuchillarlos con sus cimitarras.

Conan detuvo una de las armas con su sable, y la empujó hacia la pared y hacia arriba. Cuando su propia arma estuvo paralela al suelo, le asestó un mandoble al otro que se hundió hasta la mitad de la cabeza. Con rápido gesto, cortó a continuación la cabeza de otro hombre, y un latido después el acero de Akeba se hundió en las costillas del mismo. Dos veces asesinado, el cadáver cayó sobre el del tercer hombre, que en el primer ataque se había enfrentado al turanio.

—Trabajas bien —dijo Akeba con un gruñido, al tiempo que limpiaba su espada en la túnica de uno de los cuerpos sin vida—. Tendrías que pensar en enrolarte en el ejército si llegamos a contar esta…

Tuvo que callar, pues ambos acababan de percatarse de que había alguien más en el corredor. El asesino khitanio de la túnica

negra.

Se acercaba a ellos sin prisas, con la despreocupada confianza de la gran bestia que está segura de poder matar. No llevaba arma alguna en las manos, pero Conan recordaba bien los cadáveres de la yurta de Samarra, que no tenían ninguna herida, y solo una mirada de horror en el rostro, y también a Zorelle, muerta por un mero toque. Conan oprimió con más fuerza el gastado cuero de la empuñadura de su sable, pero, cuando ya se disponía a avanzar, Akeba le cogió por el brazo. El militar le habló con voz fría como acero helado.

—Es mío. Por derecho de sangre, es mío.

Conan le dejó pasar con reluctancia, y el turanio se acercó al otro él solo. Por pura necesidad, el cimmerio se quedó a observar el duelo en que se enzarzaba su amigo. Jhandar todavía era lo más importante para él, pero tendría que adentrarse más en palacio para encontrarlo, tendría que pasar por el lugar donde aquellos dos se disponían a matarse.

El khitanio sonrió; su mano atacó cual serpiente, y, cual mangosta, Akeba ya no estaba allí. El asesino se apartó del camino seguido por el brillante acero del militar, pero la sonrisa se había desvanecido de su rostro. Como maléficos bailarines se movían ambos, el reluciente acero se enfrentaba al toque de muerte, y ambos sabían cuan mortífero era el otro, y ambos querían matar. Inesperadamente, el khitanio descifró el método que había en los lances de Akeba; su malévola mano se abalanzó sobre el cuello del militar.

Desesperadamente, Akeba desvió el golpe, que fue a dar en cambio en su brazo armado. Entre chillidos, el turanio retrocedió tambaleante, el sable vendhio le cayó de una mano, con la otra trató de aferrar la daga. El asesino se paró a reír antes de acercarse al otro para matarlo.

—¡Crom! —rugió Conan, y se abalanzó sobre ellos.

Solo la imposible agilidad del khitanio le salvó de morir atravesado. De nuevo sonriente, retó con un gesto al cimmerio a que se le acercara, si osaba.

—Te prometí que te dejaría matarle —le dijo Conan a Akeba, pero sin apartar la mirada del hombre de la túnica negra—, pero no lo contrario.

El turanio rio con dolorosa carcajada. Aferraba la daga con una mano, pero la otra se le agitaba espasmódicamente, indefensa, y solo el muro cubierto de tapices le privaba de caer.

—Ya que te has entrometido —dijo entre dientes—, tendrás que matarlo tú por mí, cimmerio.

—Sí —dijo el asesino con un siseo—, mátame, bárbaro.

Sin aviso previo, Conan le acometió, trató de clavarle el acero en el vientre al de la túnica gris, pero el asesino parecía deslizarse hacia atrás, y detenerse siempre un poco más allá de donde estaba la punta de la espada.

—Tendrías que hacerlo mejor, bárbaro. Che Fan tenía razón. No eres más que un hombre vulgar. No me creo que entraras de verdad en la Tierra Desolada, pero, si llegaste a hacerlo, sobreviviste por pura suerte. Yo, Suitai, voy a acabar contigo aquí mismo. Acércate, y halla la muerte.

Mientras el hombre alto hablaba, Conan avanzaba lentamente, y deslizaba los pies sobre el suelo de mármol sin levantarlos en ningún momento. Mantenía la espada en alto delante de sí, y la punta de esta se mecía de lado a lado como la lengua de una víbora, y la luz de las lámparas de latón bruñido que había en las paredes se reflejaba en su acero, y el khitanio, aunque hablara confiado en sí mismo, no perdía de vista aquella hoja.

Bruscamente, el asesino dejó de hablar, Conan acometió con la espada de derecha a izquierda, y los ojos de Suitai la siguieron involuntariamente. En aquel momento, el cimmerio arrancó un tapiz de la pared para echarlo sobre el otro hombre. En el mismo momento en que el tapiz caía sobre la cabeza y el pecho del khitanio, Conan atacó, y su espada atravesó ropa y carne, y rechinó sobre el hueso.

Con moroso gesto, el asesino se quitó de encima el tapiz que le cubría la cabeza. Miraba con ojos vidriosos, sin poder creer en la espada que le sobresalía del pecho, y en la oscura sangre que perdía y que estaba manchándole la túnica.

—No he hallado mi muerte —le dijo Conan—, sino la tuya.

El khitanio trató de hablar, pero estaba echando sangre por la boca, y cayó, y ya estaba muerto cuando llegó al suelo de mármol. Conan extrajo la espada del cadáver, y la limpió con un tapiz, igual que si se le hubiera ensuciado con restos de comida.

—Te doy las gracias, amigo mío —dijo Akeba, al tiempo que se apartaba, con paso nada firme, de la pared. Le brillaba el rostro, pues sudaba mucho a causa del dolor, y el brazo le colgaba todavía en el costado, pero logró mantenerse derecho al ver el cuerpo del asesino de su hija—. Pero ahora, todavía tienes que dar caza a otra presa.

—Jhandar —dijo Conan, y, sin añadir otra palabra, siguió adelante.

Como un gran felino cazador, avanzó por pasillos en los que, a pesar de seguir iluminados por las relucientes lámparas de latón, no quedaba ser viviente alguno. Los dioses sonrieron a todos los que no llegaron a encontrarlo por aquellos corredores, pues Conan no se habría detenido a mirar si llevaban armas o no. Su sangre ardía en anhelo por la muerte de Jhandar. Cualquiera que le estorbara o le obligara a demorarse habría de morir en un charco de su propia sangre.

Entonces, encontró unas grandes puertas de bronce, recubiertas de inscripciones que parecían no seguir orden alguno, que rechazaban todos los intentos de hallar el orden de su trazado. Conan apoyó ambas manos contra las enormes jambas de metal, los músculos se le tensaron por el esfuerzo, y forzó los portales a abrirse. Con la espada presta, entró.

En tan solo un instante, el horror de la gran estancia circular se le grabó en las mientes. Yasbet yacía encadenada y amordazada sobre el altar negro, y a un lado estaba Davinia, que levantaba una daga para hundirla en el corazón de la atada muchacha, y al otro Jhandar, de cuyos labios surgía un canto arcano que hendía el mismo aire. Por encima de aquella sobrecogedora escena, una cúpula brillante, de color azul plateado, se estaba formando.

—¡No! —gritó Conan.

Pero al mismo tiempo que se abalanzaba, supo que no los alcanzaría antes de que aquella daga hubiera hecho su terrible trabajo. Echó mano de su cuchillo. Davinia se había detenido al oír su grito. El encantamiento de Jhandar quedó interrumpido, pues el mago tuvo que volverse para hacer frente al hombre que había osado estorbar la ejecución de su rito; el fulgor desapareció tan pronto callaron sus palabras. Desesperado, Conan arrojó el cuchillo… hacia Davinia, pues esta todavía tenía su daga reluciente

presta para acuchillar a Yasbet… pero Jhandar se volvió y se interpuso entre ambos. El mago gritó al clavársele en el brazo el acero, aguzado como un alfiler.

Jhandar, que se aferraba la herida, que perdía sangre entre los dedos, miró a Conan con terrible odio.

—Por la sangre y la tierra y los poderes del Caos yo te llamo —recitaba—. ¡Destruye a este bárbaro!

Davinia se arredró; parecía que, de haber podido, se habría echado a volar.

El suelo tembló, y Conan se detuvo aparatosamente en su carrera, pues empezaban a saltar pedazos de mármol casi bajo sus mismos pies. Un muerto viviente, de piel correosa y colmilludo, como aquellos a los que Conan ya se había enfrentado antes, se abría paso entre la piedra y los escombros. Con un rugido salvaje, el cimmerio le asestó desde arriba un mandoble en el que puso todas sus fuerzas, y abrió el demoníaco cráneo hasta los hombros.

Pero, sin sangrar y sin morir, el diablo seguía haciendo por agarrarle, y Conan tuvo que cortar una y otra vez, tuvo que destrozar aquel ser monstruoso. Incluso entonces los miembros seguían retorciéndose con la misma furia. Más criaturas emergieron del suelo de piedra que lo separaba del altar, y todavía más a su lado, gruñendo en su sed de sangre. Con el mismo gesto con que un hombre siega heno, así blandía Conan su espada; el acero se alzaba y caía, infatigable. Había miembros cortados, y cabezas, y pedazos de obscena carne desparramados por el suelo, pero todavía más, siempre más, se iban abriendo paso desde las entrañas de la tierra. Solo era cuestión de tiempo el que Conan, que no podía llegar hasta Yasbet y el altar, acabara cayendo ante el mero peso del número.

Una sonrisa, dolorida, pero teñida de satisfacción ante la inminente muerte del cimmerio, apareció en el rostro de Jhandar.

—Así, Suitai mintió —dijo con voz áspera—. Tendrá que responder ante mí por esto. Pero ahora, bárbaro, cesa por un momento en tus esfuerzos, si puedes, y contempla el destino de esta muchacha, Esmira. ¡Davinia! ¡Cumple con el rito como te he ordenado, mujer!

Con la cara trasmudada por el terror, Davinia alzó la daga de hoja de plata una vez más. Cuando vio a las criaturas que estaban luchando con Conan las miró con ojos desorbitados, pero mantuvo

la mano firme. Jhandar inició de nuevo su invocación del Poder.

Furioso, Conan trató de abrirse paso hasta el altar a fuerza de mandobles, pero, por cada diabólico atacante que abatía, parecía que aparecieran dos más.

Hubo una conmoción detrás del cimmerio, y un hombre ataviado con la azafranada túnica apareció tambaleante a su mirada, con el rostro cubierto de sangre; hacía vanos intentos por levantar la espada. Después de él entró Sharak. Conan estaba tan sorprendido que dudó, al tiempo que mantenía la espada en alto y le observaba. En la momentánea pausa las criaturas estrecharon el cerco en torno al bárbaro, y este se vio forzado a redoblar sus esfuerzos para contener su avance.

El bastón de Sharak golpeó la cabeza de su oponente; la sangre salpicó el afeitado cráneo, y el hombre cayó, y su espada resbaló por el suelo hasta ir a dar en el altar. Irritado, Jhandar miró por encima del hombro, pero no detuvo su canto.

Conan cortó una cabeza colmilluda y mandó de una patada el descabezado cuerpo, que estaba agitando ciegamente las garras, bajo los pies de otra de las criaturas. Con la espada cortó un brazo, y luego una pierna, sajó medio cráneo, pero sabía que se le acababan las fuerzas. Eran demasiados.

De pronto se dio cuenta de que Sharak estaba a su lado, y agitaba salvajemente el bastón.

—Márchate de aquí —le gritó Conan—, eres demasiado viejo para…

El bastón de Sharak golpeó uno de los cráneos de piel correosa, y la criatura chilló. En el altar, Jhandar tuvo un espasmo, como si él mismo hubiera recibido el golpe. Aun las otras criaturas se detuvieron al tiempo que los destellos cubrían la piel azulgrís del monstruo. Con un estampido, semejante a un trueno, desapareció, dejando tras de sí, tan solo, un humo negro y aceitoso que se elevaba en el aire.

—¡Ya te dije que tenía poder! —gritó frenéticamente el viejo astrólogo. Volvió a golpear; subió más humo grasiento hacia el abovedado techo.

Aquellos seres nacidos en el infierno estaban retrocediendo con cautela ante Conan y Sharak, y miraban a Jhandar con atemorizados ojos rojos. En aquel momento por lo menos, el camino

hacia el altar se despejó, y Conan salió corriendo hacia la piedra negra.

Durante el tiempo que dura un latido de corazón, Sharak contempló su avance, y luego aulló: «¡Hay poderes que no has visto siquiera en tus pesadillas! ¡Ahora, hazles frente!», y huyó corriendo a un pequeño corredor de techo abovedado. Cuando partió, las criaturas, aun las que seguían ilesas, libres al parecer de su dominio, desaparecieron también.

La indecisión corroía a Conan. Por mucho que hubiera jurado que tenía que acabar primero con el nigromante, Yasbet yacía encadenada ante él, con Davinia…

Cuando le dirigió la mirada, la esbelta rubia retrocedió, lamiéndose nerviosamente los labios.

—Oí que te habías marchado en un barco, Conan —dijo, y cambió al instante de táctica cuando vio que el rostro del bárbaro no se ablandaba—. Lo hice forzada, Conan. Jhandar es brujo, y me forzó a hacerlo.

Mantenía baja la daga, sujetándola con el pulgar y el índice, tal como la cogen los que saben destripar a un hombre; pero no se acercó a Conan.

Sin perder de vista a Davinia, Conan subió al altar. Yasbet se retorcía en sus cadenas. Por cuatro veces golpeó con el acero sus grilletes, y, al final, el acero derrotó al hierro.

Tras quitarse la mordaza de la boca, Yasbet bajó dificultosamente del altar y recogió del suelo la espada del fenecido miembro del Culto. El cabello le caía en desorden sobre los hombros y los pechos; parecía una desnuda diosa de las batallas.

—Yo acabaré con esta…

Se quedó sin palabras al mirar con odio a Davinia.

—¡Estúpida muchacha —exclamó Conan—, no te he liberado para que te hagas apuñalar!

—Es un estúpido cimmerio lo que yo veo —gritó Sharak. Aún pegaba saltos como el palo pintado de un titiritero, y hacía desaparecer con el bastón los miembros de las criaturas que todavía estaban desparramados por el suelo—. ¡El nigromante tiene que morir, o todo esto no habrá servido para nada!

Conan sabía que lo que decía el viejo era verdad. Echando una última mirada a Yasbet, que se acercaba torvamente a la hostil

Davinia, fue hacia el pequeño corredor por el que había desaparecido Jhandar.

No era largo, aquel estrecho pasaje. Casi de inmediato distinguió un resplandor, el mismo azul plateado que antes brillaba sobre el altar, pero mil veces más refulgente. Acelerando el paso, irrumpió en una estancia pequeña, carente de adornos. En su centro, rodeada de sencillas columnas, una gran burbuja de neblina arremolinada ardía y palpitaba. A duras penas, pese al fulgor, pudo Conan columbrar la figura de Jhandar al otro lado del estanque, que extendía los brazos, y cuya voz levantaba ecos como una campana de bronce con palabras que nadie habría podido entender. Pero fue la masa de brillante resplandor la que le capturó el ojo, y le golpeó como un martillo. Surgía de aquellas neblinas palpitantes, que no eran buenas ni malas, sino la misma antítesis del ser, y le martilleaba el pensamiento, le amenazaba con hacer, de todo lo que en él había, un millar de añicos.

Pálidas imágenes, borradas por el brillo cegador, se movían por las márgenes de su visión, y se concretaron al fin en la figura de dos de las criaturas de piel correosa salidas de la tumba, y se le acercaron siguiendo la pared como si hubieran temido aquel resplandor. Conan vio que tendría que acabar con los monstruos e ir a por Jhandar, y rápido, antes de que completara cualesquiera brujerías en cuya ejecución se hubiere embarcado; pero había lucha en los adentros del cimmerio. Nunca jamás se había rendido mientras le duraran las fuerzas o los medios para resistir, pero un pensamiento que le resultaba extraño se le estaba deslizando en las mientes. Rendirse. La neblina le abrumaba. Entonces, como si las palabras hubieran servido de chispa, la rabia se inflamó en él. De niño, en las nevadas montañas de Cimmeria, había visto hombres atrapados en un alud, que atacaban con la espada el gran cúmulo de nieve y tierra que les iba a arrastrar, pues se negaban a aceptar aquella cosa que había de matarlos. No se rendiría. No… se… rendiría.

Un chillido informe de rabia primaria brotó de la garganta de Conan. Se dio la vuelta, y acometió con la espada como con un hacha. La cabeza y el tronco de la primera de las criaturas cayeron, limpiamente separados de la cadera y las piernas. «Jhandar», se oía en el cerebro del cimmerio, y este siguió adelante aun antes de

haber acabado de extraer la espada de aquella carne no natural.

Pero no se podía matar a criatura semejante como se mata a un mortal. La parte de arriba se retorció en su caída, agarró a Conan por las piernas, y ambos fueron a dar en el suelo de piedra. Unos dientes afilados desgarraron el muslo de Conan, pero este, en la rabia asesina que se había adueñado de él, tenía tanto de bestia como aquella con la que estaba luchando. El puño del arma golpeó el cráneo de la criatura, una y otra vez, hasta que se encontró con que solo estaba machacando fangosa pulpa. Pero aquellos brazos sin mente seguían agarrándole.

Y el cántico de Jhandar proseguía sin mengua, como si el mismo mago hubiera estado demasiado enredado con el Poder como para darse cuenta de la presencia de otro.

Unas garras que arañaban mármol advirtieron al cimmerio de que la segunda criatura se le acercaba. Salvajemente, medio cegado por el resplandor que no cesaba, Conan arremetió. Su espada logró herir solo un tobillo, pero la criatura se tambaleó, no pudo sostenerse… y cayó, chillando, contra la cúpula refulgente. Estallaron y crepitaron relámpagos, y la criatura desapareció.

El camino hasta Jhandar quedaba despejado. Con hosca decisión miniada en sus ojos gélidos, Conan se arrastró. Una furia animal le ardía en las mientes. El brujo iba a morir, aunque tuviera que abrirle la garganta de una dentellada. Y sin embargo, en un rincón pequeño y cuerdo de su mente anidaba la desesperación. La sonora invocación de Jhandar había entrado en un crescendo. La abominable obra del nigromante estaría completa antes de que Conan llegara hasta él. Los poderes de la oscuridad serían desatados sobre la tierra.

Algo le llamaba la atención en la manera en que había desaparecido la última bestia. Le recordaba la… ¿qué? La barrera de la Tierra Desolada. Febrilmente, buscó dentro de su bolsa —¡tenía que estar allí!—, y sacó el saquito lleno de polvo que Samarra le había dado. Poco le faltó para reír. Aunque las pesadillas llegaran a andar por la tierra, Jhandar no escaparía en aquella ocasión. Desató las correas de cuero que cerraban el saquito, y lo arrojó cuidadosamente hacia el brujo que cantaba abstraído. En el mismo borde de la cúpula ardiente cayó la bolsita, se abrió, y su contenido se desparramó. Con aquello tendría que bastar.

—Voy a vengarte, Samarra —musitó Conan, y lenta, fríamente, dijo las palabras que la chamán le había enseñado. Cuando pronunció la última sílaba, un fulgor se hizo patente sobre el polvo.

Jhandar flaqueó en la recitación de su encantamiento. Por un breve momento, miró fijamente el nuevo resplandor. Entonces, se echó a gritar.

—¡No! ¡Todavía no! ¡No antes de que me haya ido!

A través del resplandor, del área que se había debilitado en las defensas que contenían el Estanque de las Postrimerías, fluyó algo. Algo que la mente no podía abarcar, que el ojo se negaba a ver. Algunas motas plateadas danzaban en el aire que se había vuelto demasiado azul. Entonces, lo que aquello fuera desapareció para la vista, pero un canal cada vez más hondo empezó a abrir surco en el suelo a medida que iba saliendo del estanque. Tocó los pilares que lo circundaban; quedaron pilares truncados por debajo, suspendidos en el aire. Encontró una pared, y las piedras dejaron de existir. La pared, y partes del techo, se desplomaron. Los escombros cayeron en aquel inexorable curso de no existencia, y dejaron de ser.

Conan recobró cierto grado de cordura a la vista de aquel horror. Una parte de aquello se le estaba acercando. Desesperado, acuchilló con ambas manos el brazo inmortal que le aferraba las piernas.

Jhandar salió corriendo, pero, mientras corría, las márgenes de aquella cosa que estaba fluyendo le tocaron. Solo las márgenes, las neblinas exteriores, pero gritó a pleno pulmón, como una mujer que sufre tortura o un alma maldita. Su túnica azafranada se evaporó como el rocío, y la carne de sus piernas fue desapareciendo a cada roce de la niebla. Brilló el hueso con blanco fulgor, y cayó chillando para unir sus gritos a los de todas las víctimas que habían yacido en su negro altar.

Con un crujido, el otro extremo de la estancia se desplomó entre vapores, pero los chillidos de Jhandar ahogaron el estrépito. Conan redobló sus esfuerzos, y siguió rajando la dura carne. Cortó el último miembro; su fuerza contra natura cedió.

Cuando el cimmerio se hubo puesto en pie, y se hubo arrojado de un salto al corredor de entrada, aquel río invisible cuajado de motas plateadas alcanzó también el lugar donde el cimmerio se había hallado. Ignorándose el herido muslo, Conan corrió; las voces

de Jhandar, que a chillidos imploraba a los dioses clemencia, todavía resonaban en sus oídos.

Al llegar a la estancia del altar, encontró a Sharak que miraba dificultosamente adentro del corredor. A distancia segura.

—¿Qué era ese chillido? —le preguntó el astrólogo, para luego añadir pensativamente—: Ha cesado.

—Jhandar ha muerto —dijo Conan, mientras buscaba a Yasbet.

La encontró cortando las ropas del fenecido miembro del Culto para cubrir su propio cuerpo, con la misma daga que Davinia había querido clavarle en el corazón. La rubia estaba de hinojos allí cerca, temerosa, magullada, pero sin trazas de sangre, amordazada con un jirón de sus propias sedas. Una tira de lo mismo le ataba las manos; otra le rodeaba el cuello como una correa, y Yasbet sujetaba firmemente el otro cabo.

De repente, la tierra se movió. El suelo se alzó, salió de su lugar, y se plegó hacia la estancia de la que Conan había huido. Las lámparas cayeron del techo y vertieron charcos de aceite hirviendo. Se levantó una polvareda, que arrojaba al aire el mismo temblor del suelo, un suelo que con cada latido del corazón se ladeaba aún más.

—No hay tiempo —gritó Conan, agarrando a Yasbet de la mano —. ¡Corred!

Y acompañó las palabras con obras, arrastrando a Yasbet tras de sí, y por la fuerza a Davinia, pues la mujer de ojos oscuros no estaba dispuesta a soltar la correa de la rubia. Sharak les siguió con sorprendente rapidez.

Corrieron por pasillos que se desmoronaban, por estancias incendiadas, por alfombras sin precio y exquisitos tapices que ardían. Por todas partes había polvo, y caían los cascotes de los techos que se derrumbaban.

Salieron afuera, a las sombras de la noche, pero tampoco allí encontraron refugio. Los retumbos del suelo seguían, como si el mismo Erlik hubiera estado andando por las espaldas de la tierra y la hubiera hecho retemblar bajo sus pisadas. Grandes árboles caían como hierbajos, y los altos chapiteles se venían abajo estruendosamente.

Allí había gentes, a cientos, que huían en todas direcciones, hirkanios envueltos en sus capas de piel, entremezclados con los miembros del Culto de azafranada túnica. Pero no siempre lograban

ponerse a salvo, aunque huyeran. Conan vio frente a sí una hendedura que se abría en la tierra bajo los mismos pies de cuatro hombres que corrían, tres con la cabeza afeitada, y el otro con un grueso jubón de piel de cordero. Cuando el cimmerio llegó allí el suelo había vuelto a cerrarse, y los había sellado a los cuatro en un sepulcro común.

Estaban abriéndose otras fisuras, grandes grietas que no se cerraban. Una torre se ladeó lentamente, luego cayó al suelo, y desapareció toda entera en un gran abismo que se ensanchaba y alargaba ante los ojos de Conan.

No fue necesario escalar la muralla. De grandes tramos de esta solo quedaban escombros. Treparon por la piedra apilada. Conan no pensaba darles ningún reposo. El recuerdo de la Tierra Desolada le empujaba, le forzaba a huir de la fortaleza, hacia el bosque que colindaba con esta, más y más lejos, aunque sus músculos se estremecieran por el esfuerzo y no supiera ya si llevaba o arrastraba a Yasbet y a Davinia.

Con asombrosa brusquedad, el suelo dejó de temblar. Se adueñó del lugar un profundo silencio. Empezó un nuevo sonido, un rugido sibilante que se hacía cada vez más fuerte.

—El mar —dijo Conan entre jadeos. Las mujeres se agitaron, fatigadas, en sus brazos—. Las fisuras han llegado hasta el mar.

A sus espaldas, los negros cielos se habían vuelto de color escarlata. Con un rugido emergió magma ardiente, fuentes bermejas mezcladas con rugientes géiseres de vapor, pues el mar se había adentrado en las entrañas de la tierra. El aire se agitó, se tornó en céfiro, en vendaval, que se precipitaba a la batalla con el vacío postrero.

Conan trató de retener a las dos mujeres contra el ímpetu de aquel viento, pero las fuerzas de este parecían crecer sin fin. Repentinamente cayó, no pudo sujetar más a las dos mujeres, y se aferró al mismo suelo para evitar que el holocausto lo tragara. Tierra, hijas, ramas, e incluso piedras, volaban por el aire como pedrisco.

—¡Agarraos! —trató de gritarles, pero la furia del viento impidió que las palabras le salieran de entre los dientes.

Entonces, el suelo volvió a alzarse. El cimmerio solo tuvo un instante para ver una rama rota que volaba hacia él, y luego le

pareció que la cabeza le estallaba y se sumía en la negrura.

# Epílogo

Conan despertó a la luz del día. En vez del llano bosque costero vio ondulados cerros, cubiertos por una maraña de árboles desarraigados. Yasbet. Se puso dificultosamente en pie, y empezó a abrirse paso entre los árboles abatidos como paja, gritando su nombre sin recibir respuesta. Al fin, tras llegar a lo alto de uno de los collados, cayó en atónito silencio.

La aparición de los cerros no era el único cambio sufrido por aquella tierra. Se adentraba en ella una bahía, abundantemente cubierta de peces muertos. Algunas volutas de vapor se elevaban del agua, y Conan habría osado apostar que, aunque todo el mar tratara de enfriarlas, aquellas aguas no se enfriarían jamás.

—La fortaleza estaba allí —dijo una voz ronca, y Sharak subió cojeando hasta ponerse a su lado.

Vio que, quién sabe cómo, el astrólogo había logrado conservar su bastón pese a todo lo ocurrido. Se apoyaba fatigado en este, llena de desgarrones la túnica y embarrado el rostro.

—No creo que los pescadores vayan a echar a menudo sus redes en estas aguas —respondió Conan. Sharak hizo un signo que protegía del mal—. ¿Has visto a Yasbet?

El astrólogo negó con la cabeza.

—He visto a muchos, sobre todo a miembros del culto que se iban del lugar tan rápido como podían. He visto a Tamur y a media docena de hirkanios, que solo querían marcharse de Turan, pero no tenían claro que fueran a acogerles bien en su tierra. Apuesto a que los encontraremos en algún mesón de Aghrapur. He visto a Akman, que se apresuraba a marcharse al este. —Se le entristeció la voz—. Me temo que Yasbet no haya sobrevivido.

—Yo también lo temía, viejo tonto —gritó la voz de la muchacha.

Una ancha sonrisa apareció en el rostro de Conan cuando vio que la joven trepaba por el cerro, llevando todavía a Davinia de la correa, y que Akeba las seguía de cerca. Los tres iban llenos de barro, y el cimmerio se dio cuenta por primera vez de que lo mismo le sucedía a él.

—He perdido la espada —dijo Yasbet cuando estuvo con los otros.

Llevaba como único atuendo un escaso jirón de tela azafranada, que apenas si le permitía cubrirse mejor que las muchachas de las posadas de Aghrapur; sin embargo, aquel atavío parecía realzar su desenvoltura.

—Pero conseguiré otra. Me debes más lecciones, Conan. —Su sonrisa se volvió traviesa—. Con la espada, y con otras cosas.

Akeba tosió para disimular su propia y burlona sonrisa; Sharak no ocultó una mirada lasciva.

—Tendrás tus lecciones —dijo Conan—. Pero ¿por qué sigues tirando de Davinia? Libérala, o mátala si ese es tu deseo. Tienes derecho, pues ella te habría matado.

A la rubia le flaquearon las rodillas. Se acurrucó llorando a los pies de Yasbet; la abundante suciedad ocultaba su belleza.

—No haré ninguna de las dos cosas —dijo Yasbet, tras estudiar con la mirada a la encogida mujer—. La venderé a un burdel. Solo para eso sirve, y ese es el lugar que le corresponde. —Davinia gimió tras la mordaza; el horror que se pintó en sus ojos decía a las claras que habría preferido que la mataran—. Y así —añadió Yasbet—, tendré dinero para comprarme una espada.

—Me alegro como el que más de volver a veros a todos —dijo Akeba—, pero me gustaría marcharme lo antes posible de este lugar.

—Sí —dijo Sharak con entusiasmo—. Tengo que volver a Aghrapur. Ahora que han sido probados los poderes de mi bastón, podré duplicar, qué digo, triplicar mis estipendios. Tú darás fe de ello, ¿verdad que sí, Akeba?

—¿Dar fe de qué? —dijo el militar—. ¿Ya vuelves a cantar las virtudes de ese palo?

Ofreciéndole una mano a Yasbet, Conan empezó a bajar del collado, y se alejó de la bahía, hacia Aghrapur.

—Jhandar te llamó un nombre distinto de Yasbet —le dijo a la

muchacha, que le seguía con dificultad—. ¿Cuál era?

—No debiste de oír bien —le respondió ella suavemente—. No tengo otro nombre que Yasbet. —Davinia se avanzó, y a través de la mordaza llamó a Conan con insistencia—. ¿Es que quieres sentir un chasquido a tus espaldas antes de que te venda?

Con los ojos desorbitados por el susto, la rubia calló, y su mirada no volvió a cruzarse con la del cimmerio.

Conan asintió para sí. Estaba claro que Yasbet le mentía, pero hay quien dice que mentir es un derecho de toda mujer. No quería porfiar en aquel asunto.

Le llegaron al oído algunos retazos de la conversación de los dos hombres que les seguían.

—Si Conan lo vio, él podrá dar fe. Yo no vi nada.

—Pero tú eres sargento, eres un oficial, por así decirlo. ¿Es que no ves que tu palabra tiene mucho más valor? Estoy seguro de que Conan te dirá lo que vio.

La sonrisa que no había abandonado al cimmerio desde que viera con vida a Yasbet se ensanchó todavía más. Después de los días que habían pasado, no podía ahorrarle alabanzas a este. Vivía, tenía algún oro —miró en la bolsa para ver si las dos monedas seguían allí; así era, buenos amigos, y una bonita mujer. ¿Qué más puede pedir un hombre? ¿Qué más?



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.